

LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA



LUCHA ARMADA

DICIEMBRE | ENERO | FEBRERO
REVISTA TRIMESTRAL - AÑO 1 - NÚMERO 1

EN LA ARGENTINA

- » **El concepto del enemigo en el PRT-ERP**
VERA CARNOVALE
- » **Lectura en dos tiempos**
OSCAR TERÁN
- » **El mito del Policlínico Bancario**
GABRIEL ROT
- » **La vida plena**
SERGIO BUFANO
- » **Orígenes de las FAL**
Entrevista a Juan Carlos Cibelli
- » **Memoria, militancia e historia**
HUGO VEZZETTI
FEDERICO LORENZ
PILAR CALVEIRO
- » **Tupamaros: la construcción de su pasado**
SILVINA MERENSON
- Documentos**
Organización Comunista Poder Obrero
DARDO CASTRO y JUAN ITURBURU
- ¿Revolución en la Revolución?**
RÉGIS DEBRAY

1

LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

Dirección
Sergio Bufano
Gabriel Rot

Secretaría de Redacción
Licia López de Casenave

Colaboraron en este número

Dardo Castro
Pilar Calveiro
Vera Carnovale
Juan Carlos Cibelli
Ana Guglielmucci.
Juan Iturburu.
Federico Lorenz
Charo López Marsano.
Silvina Merenson
Ernesto Salas
Oscar Terán
Hugo Vezzetti

Diseño
Juan José Olivieri

Imprenta
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Correo electrónico
ejercitarlamemoria@yahoo.com.ar

Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción parcial
o total. Propiedad Intelectual
de Publicaciones Periodísticas y
registro de Marca: en trámite.

Las colaboraciones firmadas
expresan la opinión de sus autores
y no reflejan necesariamente la
opinión de la revista.

Las reglas del juego

"Todo hay que decirlo: el silencio, la ocultación, 'procedimiento favorito del poder' en los dispositivos de control del pasado, no ha sido ni es el monopolio de las clases dirigentes. Tan solo varían o difieren los procedimientos de escamoteo y los objetivos perseguidos por los partidos que apelan a la clase obrera y que, a su vez, se han convertido en organizadores de la memoria social y mantienen un control —con frecuencia excesivo— de la conciencia del pasado."

George Haupt

Desde las primeras manifestaciones de violencia contestataria hasta hoy ha transcurrido medio siglo. Los investigadores, los historiadores, los protagonistas y un número cada vez mayor de jóvenes se preguntan qué sucedió, y cuáles son las maneras de interpretar un período que dejó significativas consecuencias. Aun los sobrevivientes de aquellos tumultuosos años discrepan acerca de la lectura que le cabe a aquel fenómeno. Nos preguntamos si al cabo de tantos años es posible tomar cierta distancia. Los historiadores desde los saberes de su formación académica. Y los sobrevivientes desde la perspectiva que les brinda el tiempo, que también brinda saberes. Porque ya no son los mismos de entonces; pueden mirar hacia atrás con otros ojos, con la mirada crítica que suelen otorgar los años, la experiencia y la reflexión.

El estudio y análisis de la lucha armada en la Argentina aún es un tema pendiente. Así como algunas guerrillas ocurridas en otros escenarios americanos (México, Guatemala, Perú, El Salvador y Venezuela, por citar algunas) cuentan con una nutrida literatura sobre el tema, entre nosotros todavía no se ha realizado un análisis minucioso del conjunto de organizaciones que escogieron el camino de las armas, así como los múltiples aspectos políticos, sociales y culturales que su praxis implicó.

Síntoma de una inapelable derrota política que dejó su impronta en el campo de la historiografía y la reflexión, esta escasez de trabajos se hace aún más manifiesta si se tiene en cuenta el desarrollo alcanzado por las organizaciones armadas y su gravitante presencia en la historia política del país, en muchos casos mayor que las sucedidas en los países mencionados.

Pero si la escasez cuantitativa se destaca, no son menos preocupantes otros aspectos. La *dimensión nacional* del desarrollo de la lucha armada se encuentra por completo desestimada y subsumida a la actividad guerrillera en unas pocas provincias o ciudades (Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Rosario y La Plata, para el caso) desconociéndose casi por completo el desarrollo de la guerrilla en el resto del país. Esta notable carencia impide incorporar al análisis no sólo el aporte e influencia que pudieron tener las diferentes guerrillas en el desarrollo de las luchas locales y regionales, sino también sus características y especificidades propias, diferentes a la de los grandes centros urbanos.

Tampoco existe un detallado *mapa* del conjunto de las formaciones político —militares que actuaron entre los años 60 y 80. De las más de 15 organizaciones que operaron en aquellos años, sólo se conoce con algún tipo de precisión las dos que alcanzaron mayor protagonismo —PRT-ERP y Montoneros— quedando el resto condenadas a la

marginalidad en alguna nota a pie de página, o en el recuerdo de algún militante memorioso. Sus orígenes, los debates en los que participaron, las características de su desarrollo, crecimiento y desaparición, han quedado, hasta el momento, fuera de consideración histórica y política.

Así, la experiencia de la lucha armada sigue esperando su reevaluación histórica desde una perspectiva crítica, en la que se aborde sin prejuicios la riqueza política de la misma. Se destaca, en cambio, una clara tendencia hacia la historia autolegitimante, encorsetada en moldes estereotipados, donde la riqueza política y cultural de la experiencia se ha visto reducida a la dimensión de "espíritu de época", "juvenilismo", episodios anecdóticos y relatos mitificantes, que terminan por sustituir la historia viva y real. La falta de una perspectiva crítica impuso una matriz en donde la justificación sustituyó el análisis de la circulación de ideas, desdibujó la vida interna de las organizaciones y los presupuestos teóricos, los conflictos y las tensiones surgidas en ellas. Y es sabido que sin interpelación crítica, sin plantear los contrastes entre lo dicho y lo hecho, la historia se convierte en un instrumento de legitimación para una memoria acrítica carente de reflexión.

Creemos que asumir los actos del pasado desde una conciencia crítica que rescate todo lo bueno y lo malo contribuirá a evitar la autocomplacencia o la denigración, la épica o la demonización. Los protagonistas de entonces no deben temer abrir los recuerdos y revisar las estrategias y los dichos del pasado. Recuperar lo recuperable y reconocer los errores. Estas páginas están abiertas precisamente para eso, para el debate, para la polémica que no teme disputas encendidas.

Intentamos la sistematización de un debate que contemple los diversos elementos teóricos, políticos, sociales e ideológicos que dieron sustento a la praxis guerrillera, como elementos de construcción de una cultura e identidad propia, que alentaron la incorporación de miles de jóvenes en las organizaciones armadas, jóvenes que se entregaron a la militancia a costa de su seguridad y propia vida.

No pretendemos una homogenización en la interpretación del pasado. Aspiramos, sí, a revisar ese pasado con el propósito de contribuir a una transmisión de experiencias históricas que conmocionaron la vida política en Argentina y en América latina.

Vamos a intentar sistematizar una reflexión, no concluirla.

El número que el lector tiene en sus manos intenta dar los primeros pasos en la dirección señalada.

Viejos militantes, intelectuales y jóvenes investigadores intentan echar luz sobre aspectos desconocidos o polémicos en el desarrollo de la lucha guerrillera local. **Lucha Armada en la Argentina** aparecerá trimestralmente y nada deseáramos más que una participación activa de todos aquellos que quieran decir algo sobre aquellos años. ●

S. B. / G. R.

Sumario

- 01 **Las reglas del juego**
- 04 **El concepto del enemigo en el PRT-ERP**
Vera Carnovale
- 12 **Lectura en dos tiempos**
Oscar Terán



- 16 **El mito del Policlínico Bancario**
Gabriel Rot





22 **La vida plena**
Sergio Bufano

32 **Orígenes de las FAL** Entrevista a
Juan Carlos Cibelli

46 **Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social**
Hugo Vezzetti

64 **La memoria de los historiadores**
Federico Lorenz

71 **Puentes de la memoria, terrorismo de Estado, sociedad y militancia**
Pilar Calveiro



78 **Peludos, caramelos y sucedidos. La incorporación del campo y los trabajadores rurales en la construcción de un pasado para la militancia tupamara montevideana**
Silvina Merenson

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

92 **Perejiles. Los otros Montoneros**
Charo López Marsano

96 **Mujeres Guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas**
Ana Guglielmucci

98 **Organizaciones Político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)**
Ernesto Salas



DOCUMENTOS

102 **Organización Comunista Poder Obrero**
Dardo Castro y Juan Iturburu

122 **¿Revolución en la Revolución?**
Régis Debray



EL CONCEPTO DEL ENEMIGO EN EL PRT ERP

Hacia la Liberación
por el Poder Obrero
y el Socialismo



**Discursos colectivos,
experiencias individuales
y desplazamientos de sentido.**

BASÁNDOSE EN EL ANÁLISIS DE DOCUMENTOS PARTIDARIOS Y TESTIMONIOS ORALES, LA AUTORA INDAGA LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE ENEMIGO EN LA ORGANIZACIÓN POLÍTICO-MILITAR DE ORIGEN MARXISTA MÁS IMPORTANTE DEL PAÍS, A LA VEZ QUE RASTREA EL ORIGEN DE SUS DIVERSAS ACEPCIONES Y SIGNIFICADOS.

VERA CARNOVALE*

* Historiadora - UBA

1 Miguel, entrevista de la autora, 2/3/2000.

2 Raúl, entrevista de la autora, 12/3/2000.

La idea de indagar sobre el concepto de "enemigo" en el PRT-ERP surgió en el transcurso de mi investigación al notar que en el discurso de mis entrevistados convivían dos acepciones de la idea de "enemigo".

Una de ellas se vincula con definiciones teórico-ideológicas: "el enemigo" aparece asociado a la estructura de poder económico de la sociedad argentina. En esta acepción, "el enemigo" es "la burguesía", "la sociedad capitalista", el Estado: "*El enemigo era todo el sistema capitalista, con toda su superestructura ideológica, política, militar...o sea...la burguesía [...] ese era el enemigo*"¹

La otra acepción de la idea de "enemigo" se vincula con los efectos de ciertas particularidades de la dinámica política de los años setenta: "el enemigo" aparece clara y fundamentalmente identificado en los agentes represores del Estado: "*En concreto, el enemigo nuestro de ese momento era la cana, que era con quien nos enfrentábamos por ahí, viste [...] lo concreto...yo te digo por mi experiencia, para mí el enemigo concreto era la cana*"²

Para dar cuenta de la dinámica a través de la cual se construye este concepto de enemigo de doble acepción es necesario remitirse a la forma en que se articulan y se retroalimentan la dimensión colectiva y la dimensión individual de la experiencia perretista, puesto que si, por un lado, el discurso institucional-partidario contiene y habilita esta doble acepción, el mundo de la experiencia individual, por otro, es formador de sentido y marco a partir del cual se resignifica el discurso partidario.

El discurso partidario: “guerra” y desplazamiento de sentido

En junio de 1970 el PRT realiza su V Congreso que da carta de fundación al ERP. Momento de redefiniciones ideológicas por excelencia, el V Congreso es un acontecimiento fundamental en la historia de la organización, por las implicancias políticas y simbólicas de las nuevas concepciones allí delineadas.

Es en este evento que el PRT declara que *“la guerra civil revolucionaria ha comenzado en nuestro país desarrollada por sectores de la vanguardia; que continuarán librándola la vanguardia obrera y sectores del proletariado y el pueblo y que, por último, será la lucha de la vanguardia obrera, la clase obrera y el pueblo, contra la burguesía y el imperialismo”*³

La acepción de enemigo contenida en este párrafo es, sin lugar a dudas, aquella que asocia al enemigo con la estructura del poder económico. Sin embargo, las implicancias políticas y simbólicas de la nueva definición de la etapa como “guerra revolucionaria” ya iniciada y el tono de urgencia contenido a lo largo de todo el documento no se harán esperar.

En las mismas Resoluciones del Congreso podemos encontrar en distintos párrafos ciertos *desplazamientos de sentido* que introducen en el discurso partidario la otra acepción de la idea de enemigo, aquella vinculada a los agentes represores del Estado: *“...en la guerra revolucionaria lo que se busca no es la destrucción física de la masa enemiga: en todo caso podría interesarnos destruir una parte de sus cuadros de dirección pues la fuerza en su totalidad está compuesta por una mayoría de reclutas de igual origen de clase que nuestras propias fuerzas”*.⁴

Si en esta “guerra” que ya ha comenzado la “masa enemiga” está identificada con las FFAA no es de extrañar que a los ojos de la dirección partidaria la tarea urgente del momento sea la fundación de *otro ejército*, revolucionario y popular, construido en oposición a ese otro identificado como “enemigo”.

En la resolución de fundación del ERP leemos:

“Considerando:

Que en el proceso de guerra revolucionaria iniciado en nuestro país, nuestro Partido ha comenzado a combatir con el objetivo de desorganizar a las FFAA del régimen para hacer posible la insurrección victoriosa del proletariado y del pueblo.

Que las Fuerzas Armadas del régimen sólo pueden ser derrotadas oponiéndoseles un ejército revolucionario [...]

El V Congreso del PRT resuelve:

1° Fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo y dotarlo de una bandera [...]

*3° Construir un Ejército Revolucionario del Pueblo incorporando a él a todos aquellos elementos dispuestos a combatir contra la dictadura militar y el imperialismo”*⁵

Fundado el nuevo ejército, cuyo objetivo principal es la desorganización de las FFAA, queda por resolver el tipo de vínculo que éste mantendrá con el Partido. La pregunta por el vínculo codificado entre Ejército y Partido no es más que la pregunta por la relación entre la política y las armas o, mejor dicho, la pregunta por la concepción de la política contenida en las formulaciones conceptuales y sus implicancias tanto en las prácticas como en las subjetividades partidarias.

El momento fundacional del ERP es, también, el momento de la codificación del vínculo entre Ejército y Partido. Allí, el PRT resuelve, citando y adhiriendo al pensamiento del General vietnamita Giap, que el ejército revolucionario debe estar bajo la dirección del Partido. En la argumentación de esta decisión leemos: *“Nuestra corta experiencia nos indica [...] que la cuestión no es sólo combatir, sino que en la guerra revolucionaria es dominante la política, que el Partido manda al fusil”*⁶

Sin embargo, a pesar de estos recaudos y de los repetidos y explícitos esfuerzos por establecer la jerarquía en esa relación, parece ya un lugar común referirse a la “militarización” o a la “desviación militarista” del PRT-ERP. El mismo Luis Mattini, refiriéndose al primer año de debut del flamante ejército revolucionario (1971) protesta

3 PRT, “Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores”, 1971, pág. 66. El subrayado me pertenece, VC.

4 Idem, pág. 77

5 De Santis, Daniel: **A vencer o morir. PRT-ERP documentos**, Tomos I y II, Eudeba, Buenos Aires 1998 y 2000, pág. 167-168. El subrayado me pertenece, VC.

6 De Santis, Daniel: op.cit., pág. 171

7 Mattini, Luis: **Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada**, de la Campana, Buenos Aires, 1996, pág. 113.

8 PRT, "Resoluciones del V Congreso y Resoluciones posteriores", op. cit., pág.

72. El subrayado me pertenece, VC

9 Miguel, entrevista de la autora. El subrayado me pertenece, VC.

10 Carlos, entrevista de la autora, 18/3/2000.

que, al caer presos los principales cuadros políticos de la organización: "...los *Comités Militares Regionales y el Comité Militar Nacional, organismos que teóricamente dependían del CC, o sea, del Secretario General del Partido, se independizaron de hecho y pasaron a constituirse en direcciones paralelas. Era la consumación más cruda del militarismo. [...] La desviación crudamente militarista se manifestaba en el despliegue de la actividad armada, independientemente del desarrollo político de la organización, de la situación política nacional y alejada totalmente de los puntos de vista de clase...*"⁷

¿Cuál es la razón de esta independización de los comités regionales? ¿Se la puede atribuir a los azarosos avatares cotidianos del conflicto político-militar? Y aún más importante, este militarismo ¿es una desviación? Entiendo que no. Volvamos al momento fundacional del ERP, el V Congreso. Si bien allí quedaba bien en claro, siguiendo al General Giap, que la política es quien manda al fusil, lo cierto es que la urgencia de los tiempos de "guerra" impulsa mandatos partidarios, difíciles de rechazar teniendo en cuenta el dramatismo con que se enuncian: "*Un partido de combate se caracteriza por eso mismo, porque combate, y en esta Argentina que está en guerra, la política se hace en lo fundamental armada, por lo tanto, en cada lugar donde el Partido esté presente en las masas se debe impulsar las tareas militares. Combatir, formar el ejército en la práctica de la lucha armada: quien no pelea no existe*"⁸.

Para Roberto Pittaluga la concepción de guerra revolucionaria que planteaba el PRT-ERP posee un conjunto de características cuyos efectos sobre las formas del pensar y el hacer políticos, sobre las subjetividades militantes y sobre los dispositivos organizacionales, fueron más que relevantes. Coincido con él en que lo que permite esta nueva argumentación de la guerra revolucionaria es empalmar conceptualmente la dinámica sociopolítica con la construcción del ejército revolucionario, y ésta es, para el PRT, la tarea fundamental. De este modo, la militarización del PRT no es una desviación, sino el núcleo de las formulaciones conceptuales y de las imaginaciones de la revolución como guerra.

Si "*la política se hace en lo fundamental armada*" es porque ésta Argentina está en guerra. De ahí, que quien quiera hacer política, deba empuñar un arma, o al menos estar dispuesto a hacerlo si el partido así lo dispone. A partir de entonces, toda persona deseosa de intervenir en el mundo de la política con ansias transformadoras deberá ingresar primero al Ejército, y sólo a partir de allí, luego de dar cuenta de la solidez de sus convicciones, de la entereza de su moral, de su coraje y de su decisión de combate, podrá incorporarse al Partido. Paralelamente todo "militante" del partido es recategorizado como "combatiente" del Ejército. El lenguaje bélico coloniza la política y las implicancias subjetivas de esta colonización y los mandatos de combate que contienen aparecen sorpresivamente nítidas en los discursos de mis entrevistados, puesto que si la concepción de guerra habilita e introduce en el discurso partidario la acepción de enemigo vinculada a las fuerzas represoras del Estado, en el mundo de la experiencia individual parece producirse un nuevo *desplazamiento de sentido* en la misma dirección:

– **E: Dentro de los cánones del Partido ¿cómo era el militante ideal?**

– "*...el militante que nosotros vivíamos ...el más alto militante era el guerrillero, ese que dejaba todo por enfrentarse a los militares. Eso era como nosotros lo sentíamos.*"⁹

– **E: ese enemigo que estaba "de la vereda de enfrente" ¿cómo era?**

– "*¡Ah, no! Era...salvo los heladeros, eran todos los que llevaban uniforme. Claro, era muy precario...*"¹⁰

El mundo de la experiencia individual. Apropiación, resignificación y nuevos desplazamientos de sentido.

La dimensión de la experiencia individual es tanto un marco a partir del cual se apropia el discurso partidario como una instancia *formadora de sentido*. Es, en definitiva, un espacio de resignificación.

Las personas que componen la militancia perretista, nacidas en su mayoría en la década del 50, han aprendido a lo largo de su historia personal previa al ingreso partidario, a través de distintos espacios tanto privados como públicos, una versión de la política fundada en el paradigma *amigo-enemigo* que excluía la posibilidad de un espacio un negociación. Sus primeras aproximaciones al mundo de la participa-

ción política asumían la forma de un enfrentamiento violento.

Tanto Carlos como Miguel participaron como estudiantes, antes de ingresar al ERP, de la ola de movilización político-social de fines de la década del 60. Sus recuerdos dan cuenta de las implicancias políticas y subjetivas que esta experiencia tendrá para sus vidas.

– “*Cuando ibas a una movilización, como estudiante, te encontrabas con los otros, los de a caballo, a sablazo limpio [...] te empiezan a manifestar que no ibas a vivir seguro, no vivías en democracia, bueno, tampoco vivías seguro*”¹¹

– “*Y bueno, el enemigo, los malos, eran la policía y la represión, viste, y empezar a constatar que era así, que la policía reprimía, que la policía no solamente estaba para ...poner presos a los ladrones...*”

– **E: ¿Qué efectos políticos tuvo el Rosarizao para vos?**

– “*Yo creo que es la cara de la represión, qué es la policía, qué es la represión, lo que son los muertos, lo que más me podía convencer, dos años después por qué la guerrilla... la fuerza bruta, digamos, la fuerza bruta [...] y por el otro lado la fuerza de la gente [...] Ahí ya me quedó en claro algo: que entrar a la facultad significaba entrar a luchar en contra de la dictadura*”¹²

La política comenzaba a ser entendida así, no como un encuentro de voluntades con resolución incierta sino más bien, como un enfrentamiento dramático y terminante cuya resolución sólo podía consistir en la destrucción física de uno u otro. Este aprendizaje inicial será, más tarde, el punto de articulación y confirmación de la concepción de política implicada en el discurso institucional perretista: la guerra.

El bautismo de fuego de estas primeras experiencias constituye, para gran parte de la militancia perretista, el momento original de una construcción identitaria conformada por un “nosotros” y un “ellos” enfrentados bajo la lógica de la violencia material.

La identidad que comienza a construirse es, justamente en oposición a un otro que son, en principio “los de a caballo”, “la policía” y los militares. Un enemigo enfáticamente vinculado a las fuerzas represivas, que actúa a “sablazo limpio” y al cual sólo se lo puede interpelar con las armas:

– **E: ¿Y por qué el PRT-ERP?**

– “*Bueno, yo ya te conté, la duda era entre el ERP y el peronismo. Estaba de acuerdo con el tema de la lucha armada, o sea que a los militares no se los iba a desalojar con buenos modales, sino que había que enfrentarlos con un ejército... esa era la idea*”¹³

En tanto el mundo experiencial es un espacio formador de sentido, las definiciones ideológicas y políticas del PRT-ERP que contenían una doble acepción de la idea de enemigo serán resignificadas en el plano subjetivo provocando un nuevo desplazamiento de sentido en favor de un enemigo básicamente uniformado. Si la concepción de revolución entendida como guerra encerraba en el discurso partidario el núcleo del militarismo, esta cadena resignificativa tendrá, como principal efecto una nueva des-politización del enemigo. Éste aparecerá, cada vez más distanciado de la estructura de clases que le da origen. Militarismo y despolitización se despliegan a la par a través de una dinámica de retroalimentación entre el discurso partidario y la experiencia subjetiva.

Ya para 1972 leemos en una publicación partidaria:

“ASÍ DE IDENTIFICA A LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO”

Generalmente son policías, militares y delatores al servicio de nuestros explotadores

Son los que torturan y asesinan a nuestro pueblo

Son los que asesinaron a [...]

Son los defensores incondicionales de los amos de nuestras fábricas.

Son los que cuidan las fábricas con armas, garrotes y gases.

Son los que con la prepotencia y las balas nos quieren domesticar

Son los gusanos, parásitos de nuestro pueblo que no trabajan

y se comen el presupuesto nacional”¹⁴

Sólo la última de estas siete formas de identificación publicitadas a viva voz por el órgano oficial del ERP alude a un enemigo vinculado a la estructura de clase. La jerarquía explícita de este orden no resulta ser un detalle menor por cuanto las repercusiones que provoca en la imaginaria militante. La insistencia enfática en la identificación de un ene-

11 Carlos, entrevista de la autora, 7/2/2000. El subrayado me pertenece, VC.

12 Miguel, entrevista de la autora, 12/1/2000. Archivo personal de la autora. El subrayado me pertenece, VC.

13 Miguel, entrevista de la autora, 20/1/2000.

14 **Estrella Roja**, N° 13, junio de 1972.

15 Miguel, entrevista de la autora, 2/3/2000. El subrayado me pertenece, VC.

16 Raúl, entrevista de la autora, 12/3/2000.

17 Raúl, entrevista de la autora, 21/1/2000.

migo uniformado obtura, cada vez más, la posibilidad de internalización de la otra acepción de enemigo.

Si al enemigo se lo reconoce por los rasgos que aquí se le atribuyen no sorprende el estupor de Miguel cuando, al evocar su experiencia de custodio en las "cárceles del pueblo" donde se encuentra frente a frente con su prisionero, recuerda: "*Eh...yo lo respetaba viste [...] no trataba de asustarlo, nada de eso. [...] No me parecía tan malo como decían. Me parecía un tipo bastante parecido a mí...que estaba ahí, viste. No era un militar [...] era un empresario. Me daba la impresión que era parecido a mí, viste. O sea, la sensación, más allá de lo teórico, era decir bueno, no sé por qué este tipo está acá [risas] no es tan malo bah, no lo veía como una persona mala, no lo veía como a un enemigo*".¹⁵

Mencionaba anteriormente los efectos que tienen sobre estas subjetividades personales aquel aprendizaje político primario de jóvenes estudiantes bajo la dictadura de Onganía, en el cual el enemigo tenía el rostro de la represión policial y militar que caracterizaron las movilizaciones sociales de la época. Sin embargo, el enfoque, aunque pertinente, resulta parcial o, mejor, insuficiente. Y esto, porque encuentro en otros entrevistados con experiencias iniciales distintas un movimiento paulatino que va desplazando al enemigo de clase por un enemigo uniformado.

Pensemos en la historia de Raúl. Obrero metalúrgico desde los 16 años, comienza su lucha política a través de la participación sindical por reivindicaciones salariales y laborales. Sus broncas y sus odios crecieron en la fábrica al abrigo de una experiencia de explotación extrema. Para él, que también había sido reprimido en el Rosariazo por las huestes policiales, el enemigo estaba constituido, al inicio de su militancia, fundamentalmente, por la patronal. Se incorpora al ERP a mediados del 1973. Exploremos sus recuerdos:

– **E: De las acciones armadas en las que participaste ¿cuál es la que recordás como más importante?**

– "*Y de por sí, la primera, donde tomamos la fábrica donde yo estoy, que los patrones eran todos unos hijos de puta y...verlos en ese momento todos cagados, temblando...era algo que yo me acuerdo siempre como si fuera hoy, dónde estábamos parados cada uno...todo [...] Te imaginás que la gente siempre puteando contra la patronal que estos hijos de puta que nos hacen esto, que hacen tal cosa y cuando vos llegabas y les juntabas los patrones ahí adelante de todos y los apretabas y los tipos se cagaban todos y te daban la llave del auto sin problema, no sabían en qué bolsillo buscar para dártela más rápido y eso...qué sé yo, entonces, era el goce después de los compañeros*"¹⁶

Aquí, el enemigo es, sin duda alguna, un enemigo de clase y la gratificación de "los compañeros" encuentra su significado en el efímero instante de reparación justiciera a través del cual se invierte el sentido del miedo y la humillación. En su experiencia cotidiana de explotación Raúl construyó un enemigo cuya acepción implica, básicamente, la noción de clase. Lo que lo equipara en un inicio a otras experiencias militantes es, en todo caso, su noción polarizada de la política, la política entendida como espacio de confrontación con pocas o ninguna posibilidades de negociación. Cuenta Raúl que en las reuniones entre los delegados y la patronal, el dueño de la fábrica, "el turco", asistía con su inseparable escopeta de caño recortado. En el caso de Raúl, esta primera aproximación al mundo político encierra una noción bélica del conflicto de clase. Esta noción de enfrentamiento a un enemigo-patrón hallará una articulación feliz, por un lado, con la acepción perretista del enemigo-burgués y, por el otro, con la noción partidaria de la revolución entendida como guerra:

– **E: ¿Cómo eran las acciones armadas?**

– "*Bueno, en esa fábrica, todo compañero que ingresaba, debutaba tiroteándole la casa al Turco, viste. Es más, él decía que estaba en guerra con el ERP, él personalmente estaba en guerra con el ERP y andaba siempre con tres o cuatro guardaespaldas. Además era presidente de la Cooperadora Policial de la provincia, la cana siempre a su disposición*"¹⁷

Hasta aquí, está bien claro quién es el enemigo de Raúl. Sin embargo, me pregunto por los efectos que sobre su memoria tuvieron la otra acepción de enemigo contenida en el discurso partidario y sus años siguientes de experiencia militante. Cuando en una entrevista posterior le pregunto *quién era el enemigo* contesta: "*Mirá, por ahí en los planes y en teoría, el enemigo sabíamos quién era: la burguesía, el imperialismo, el Estado.*

*Pero en concreto, el enemigo nuestro de ese momento era la cana que era con quien nos enfrentábamos por ahí, viste...Yo te digo, por mi experiencia, para mí, el enemigo concreto era la cana*¹⁸

Efectivamente, en su vida cotidiana, y a medida que la represión se encrucece, el militante del PRT-ERP se enfrenta, casi cotidianamente a un enemigo que aparece cada vez más frecuentemente representable a través de un uniforme. No huye del empresario, ni del burgués. En su experiencia clandestina, en los frentes de masas, en las cárceles y en las calles, el militante se enfrenta casi exclusivamente a los agentes represores del Estado. Éste es el enemigo para él, un enemigo casi privado, desvinculado de la estructura del poder de clases y, por tanto, despolitizado. Si la dimensión colectivo-partidaria había habilitado a través de la coexistencia de las dos acepciones del término enemigo, la dimensión experiencial permite una apropiación y resignificación del concepto que empuja, desde diversos ángulos y razones a nuevos desplazamientos semánticos.

Leyendo las editoriales de **El Combatiente**, algunos boletines internos o declaraciones extraordinarias del Partido, uno puede reconocer algunos esfuerzos retóricos por invertir el sentido del desplazamiento semántico y restituirle al enemigo su carácter de clase. Sin embargo, lo esporádico de dichas intervenciones, la presencia siempre tangible tanto en el discurso partidario como en la dimensión experiencial del enemigo como represor convierten a aquellos esfuerzos en fallidos y pronto olvidables intentos. Los cuadros primarios de dirección permanentemente perseguidos, asesinados o encarcelados son reemplazados por entusiastas y nuevos compañeros que traen consigo la experiencia resignificadora de su práctica militante en tiempos de guerra. En sus manos irá quedando la formación política y militar de los nuevos ingresantes.

Luis, que comienza su militancia en el ERP a comienzos del 74, recuerda muy bien haber sido "preparado" en las "escuelas" del ERP para enfrentarse al enemigo: *"en cierta medida habíamos recibido cierta instrucción en cuanto a la operatividad del enemigo... éramos conscientes de infiltrados, éramos conscientes de los servicios de inteligencia, éramos conscientes de la policía común, del policía que anda con el Comando Radioeléctrico por la calle, del vigilante que dirige el tráfico o el vigilante que cuida un banco"*¹⁹

Es cada vez más en oposición a este enemigo, que el PRT-ERP irá construyendo, a partir de un movimiento casi especular, su propia identidad. Piénsese, por ejemplo, en el uso casi obligatorio y ceremonial del uniforme verde oliva, que se impondrá a los guerrilleros perretistas a partir de 1974. Y esta construcción identitaria, involucra a su vez en una relación dialéctica la construcción del otro. La afirmación e identificación de un "ellos" en la misma dinámica de afirmación e identificación de un "nosotros".

– **E: Antes de la cárcel ¿cómo te imaginabas que era ese enemigo?**

– "Yo me imaginaba nomás que me podían matar. No me imaginaba que me podían torturar, pero...no me imaginaba el retorcimiento, no me imaginaba los desaparecidos, sabía que torturaban pero...[...] Yo pensaba que era un Ejército de línea, con una ideología...o sea me lo imaginaba a imagen y semejanza nuestra pero al revés..."²⁰

Por lo demás, esta especularidad excede con mucho las prácticas rituales y las dimensiones subjetivas para encontrar también su espacio en el mundo material de la línea y la praxis partidarias.

En septiembre de 1974, luego del asesinato de algunos guerrilleros en Catamarca, Santucho hace pública a través de los órganos oficiales del Partido y del Ejército la siguiente decisión: *"Luego de 16 días de investigaciones, hemos tomado una grave determinación. Nuestra organización ha decidido emplear la represalia: mientras el ejército no tome guerrilleros prisioneros, el ERP, tampoco lo hará. Responderemos ante cada asesinato con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura a respetar las leyes de la guerra"*²¹

En última instancia, el PRT-ERP está en guerra. Y en esa guerra el principal sujeto interpelado es ese enemigo-Ejército que a los ojos del PRT-ERP ha dejado de respetar el mundo de códigos compartidos de combate que toda guerra delimita. Abrumado a estas alturas por la acepción de un enemigo des-politizado, la única respuesta posible es la militar, invadida a su vez ésta, por el móvil casi privado, de la represalia.

En esta cadena de resignificación-despolitización el destino personal de cada

18 Raúl, entrevista de la autora, 15/3/2000.

19 Luis, entrevista de la autora, 14/5/2000.

20 Miguel, entrevista de la autora, 2/3/2000. El subrayado me pertenece, VC.

21 **El Combatiente** N° 136, 14/9/1974 y **Estrella Roja** N° 40, 23/9/1974.

22 Miguel, entrevista de la autora, 20/1/2000. El subrayado me pertenece, VC.

23 Resoluciones del Comité Ejecutivo, abril de 1971, en De Santis, Daniel, op. cit., pág. 264. El subrayado me pertenece, VC.

24 Resoluciones del Comité Ejecutivo, enero de 1972, en De Santis, Daniel, op. cit., pp. 193-194. El subrayado me pertenece, VC.

25 Editorial de **El Combatiente**, 30/7/1972, en De Santis, Daniel, op. cit., pág. 201. El subrayado me pertenece, VC.

militante hará lo demás: *"en los ocho años preso yo adquirí algo que antes no tenía: que era el odio, el odio a los represores [...] el odio al enemigo, a los militares, a todo lo que viste uniforme lo adquirí en la cárcel. [...] yo cuando salí de la cárcel los quería matar a todos, les tenía un odio terrible [...] ya no porque se explota a la clase obrera, no, no, odio contra este hijo de puta que me torturaba, que me humillaba"* ²²

Estado, clase y política en los años 70.

La convivencia de dos acepciones del concepto de enemigo –convivencia originada y alimentada tanto en la concepción de la política entendida como guerra propia de las formulaciones partidarias como en la dimensión experiencial– remite a una pregunta que si bien escapa a las posibilidades de este trabajo no puede dejar de plantearse.

Esa pregunta interpela, por un lado, a la forma en que el PRT-ERP piensa la relación entre Estado y clase en la Argentina; por otro, busca cotejar esa mirada con las particularidades de la realidad político-institucional de los tempranos años '60 y '70.

Una de las primeras cuestiones a destacar es el rol, por momentos ambiguo, que el PRT-ERP le atribuye en sus análisis políticos a las FFAA en relación con la clase dominante. Pues si bien por un lado podemos ver que éstas aparecen tan sólo como garantes necesarios de un orden capitalista dependiente, por otro lado, ese rol parece desplazarse hacia una suerte de autonomización política de las FFAA.

Veamos cómo aparecen cada una de estas caracterizaciones en dos resoluciones del Comité Ejecutivo de 1971 y 1972: Haciendo referencia a los intentos de acuerdos políticos entre Lanusse y los partidos políticos para garantizar una salida "ordenada" de la dictadura militar, se explica que *"sería el movimiento la Hora del pueblo, donde se concretaría la alianza de la burguesía con el visto bueno del imperialismo, permitiendo el retorno de los militares a los cuarteles, asegurada la estabilidad del régimen..."* ²³

Casi un año más tarde, leemos: *"La crisis actual de la Argentina capitalista no tiene ninguna posibilidad de ser superada a corto o mediano plazo, por ningún gobierno burgués. El gobierno que surja del proceso electoral próximo, lo mismo si es o no peronista, estará incapacitado para concretar ni siquiera soluciones mínimas. [...] En el caso de un gobierno peronista, este proceso no será más lento porque la posibilidad de maniobra, producto de la confianza de las masas, será contrarrestada porque esta confianza favorecerá también la movilización obrera y popular por reivindicaciones inmediatas. Así, un nuevo gobierno parlamentario se encontrará con las masas en la calle, con la ampliación de la lucha de masas, obligado desde bambalinas por las FFAA a reprimir violentamente."* ²⁴

En la primera cita las FFAA aparecen tan sólo como garantes de un orden en crisis, rol que les "permitiría" volver a los cuarteles una vez que la alianza de la burguesía pudiera asegurar por sí misma la estabilidad del régimen. De lo cual se deduce que la intervención de las fuerzas represivas del Estado en la conflictividad política encuentra su razón de ser en la imposibilidad de la clase dominante de garantizar un régimen político estable que permita llevar adelante su proyecto de dominación.

En la segunda cita, la clase dominante aparece imposibilitada para cumplir con ese objetivo por sí misma. Sin embargo, ya no es ella quien apela al aparato militar del Estado para garantizar el disciplinamiento político-social necesario, sino que son las propias FFAA las que "obligarían" al gobierno burgués a reprimir violentamente. El giro discursivo no resulta menor, puesto que de ser el auxiliar armado de un orden las FFAA pasan a ser el núcleo duro del poder, el bastión del sistema, las beneficiarias últimas de un orden social desmovilizado.

Es indudable que la participación violenta de las FFAA en la vida institucional argentina, al menos desde 1930 en adelante, no sólo viene a verificar esta mirada sino que, en efecto, esta reiterada irrupción las constituye en factor de poder determinante en el mapa político de la época. Sin embargo, es menester detenerse en el tipo de relación existente entre las FFAA y la clase dominante argentina. Y es aquí donde intuyo que el PRT-ERP sobreestima a las FFAA en cuanto a la posición que ocupan en el entramado de las relaciones de poder: *"Hoy en la Argentina, ante el embate de las masas, la persistencia de la guerrilla, la agudización de la crisis económica, le es imperioso a la burguesía y a su dirigente el Partido Militar, recurrir al engaño para reorganizarse"* ²⁵

Aquí, para el PRT-ERP, las FFAA son, en definitiva, el grupo hegemónico de las cla-

ses dominantes. Han dejado de ser custodios de un orden burgués para ocupar el puesto de dirigencia de clase. Que la clase dominante de la Argentina de la época se encuentre imposibilitada de resolver pacíficamente las pujas internas de las distintas fracciones que la componen, es más que plausible. Pero sospecho, y quiero recalcar el carácter tan sólo especulativo de estos párrafos, que atribuirles el rol de dirigencia de clase es atribuirles, de alguna manera, un interés último y autónomo que vendría a oscurecer la naturaleza intrínseca de su rol en el entramado de un Estado.

Y esto nos envía a otra cuestión fundamental que es la forma en que el PRT-ERP piensa al Estado.

En una declaración titulada: "Por qué el EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora", del 13 de abril de 1973 y firmada por el Comité Militar Nacional, leemos: *"El gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias [...] En cuanto a la policía, que supuestamente depende del Poder Ejecutivo, aunque estos últimos años ha actuado como activo auxiliar del ejército opresor, el ERP suspenderá los ataques contra ella a partir del 25 de mayo y no la atacará mientras ella permanezca neutral, mientras no colabore con el ejército en la persecución de la guerrilla y en la represión a las manifestaciones populares [...] La experiencia nos indica que no puede haber tregua con los enemigos de la Patria, con los explotadores, con el ejército opresor y las empresas capitalistas expoliadoras [...] NO DAR TREGUA AL ENEMIGO [...]*

¡Ninguna tregua al ejército opresor!

¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!"²⁶

Para decirlo sencillamente, el PRT-ERP, está **fragmentando** al Estado, y **autonomizando** las partes que lo componen: ejército, poder ejecutivo, policía, aparecen en esta declaración como actores políticos autónomos, independientes unos de otros.

Escapa a mis posibilidades y a los objetivos primarios de este trabajo ahondar en la naturaleza y características del Estado argentino de la época. Baste tan sólo afirmar que cualquier pregunta sobre la "militarización" de la política de aquellos años necesita indagar una dimensión poco sencilla: aquella que remite al complejo entramado de fuerzas articuladas a través de la coerción y el consenso. Se trata, en definitiva, de desentrañar la radiografía y la dinámica del poder.

He intentado en este escrito dar cuenta de la compleja dinámica de construcción de uno de los componentes claves del sistema de referencias perretista: el enemigo. Las dimensiones involucradas en el análisis responden a la certeza de que la conformación identitaria y las prácticas políticas de una organización como el PRT-ERP debe pensarse como un complejo proceso que articula tanto el universo de las formulaciones ideológicas, como el de la producción de subjetividades.

Y esto porque volver inteligible nuestro pasado reciente exige inmiscuirse, una vez más, en las profundas razones de quienes acuñaron, con la fuerza de un grito de guerra, el mandato último y dramático de "A vencer o morir". ●

BIBLIOGRAFÍA:

- De Santis, Daniel: **A vencer o morir. PRT-ERP documentos**, Tomos I y II, Eudeba, Buenos Aires 1998 y 2000.
- Mattini, Luis: **Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada**, La Campana, Buenos Aires, 1996.
- Ollier, María Matilde: **La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria**, Ariel, Buenos Aires, 1998.
- Pittaluga, Roberto: "La historiografía sobre el PRT-ERP", **El Rodaballo**, año VI, N° 10, Buenos Aires, 2000.
- Pittaluga, Roberto: "Por qué el ERP no dejará de combatir", ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas y Departamentales de Historia, Salta, septiembre 2001.
- Prieto, Helios: "Sobre la historia del PRT-ERP. Memorias volterianas con final maquiavélico", **El Rodaballo**, año VI, N° 11/12, Buenos Aires, 2000.
- Seoane, María: **Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho**, Planeta, Buenos Aires, 1991.
- Tarcus, Horacio: "La secta política" en **El Rodaballo**, año V, N° 9, Buenos Aires, 1998-1999.

LECTURAS EN DOS TIEMPOS

DESDE SU PRIMERA LECTURA EN EL BARRIO DE BARRACAS HASTA HOY HAN TRANSCURRIDO CUARENTA AÑOS DE UNA HISTORIA CONVULSIONADA. EL AUTOR REFLEXIONA SOBRE UN TEXTO EMBLEMÁTICO PARA AQUELLOS QUE SE INICIABAN EN EL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN. SE HA INCLUIDO EL DOCUMENTO DE DEBRAY AL FINAL DE LA REVISTA.

OSCAR TERÁN

UBA - UNQ

Se ha dicho que un libro no cambia mientras el mundo cambia. Pero si el texto es no sólo su escritura sino asimismo su recepción, y si esta última está fuertemente condicionada por un contexto temporal, fácil es concluir que los *corsi e ricorsi* de la historia colocan nuestras lecturas bajo el posible efecto de las resignificaciones. Tanto más inquietantes resultan esas relecturas cuando se refieren a textos que coincidieron con pasiones que gravitaron sobre elecciones y prácticas significativas de nuestras vidas. Pero entonces, ¿qué lee quien lee ya lejos de aquellas pasiones y con los ojos tallados por nuevas experiencias y presuntas enseñanzas?

Tomo entonces en esta primavera de 2004 **¿Revolución en la revolución?**, de Régis Debray, y le formulo una serie de preguntas canónicas que orientan la lectura: quién habla, a quién habla, qué dice, cómo lo dice. En principio, es evidente que la construcción del autor en este opúsculo corresponde a la de quien se autorrepresenta como venido a darle forma (a *in-formar*) una revolución nacida sin teoría, aun cuando en rigor dicha teoría estaría en la gesta armada en "estado práctico". Así, Debray no trae su formación académica para agregar nada a lo que la historia de la guerrilla ha construido *de hecho*, pero sí para informar a través de la letra dicha experiencia. Ya que, sostiene, "*de la Revolución cubana se*

ignora hasta el abecé", debido a que, "*para decirlo en lenguaje de filósofo, una cierta problemática ha muerto desde la Revolución cubana*". Introduce así una noción construida por Althusser, para concluir rápidamente que las fracciones marxista-leninistas latinoamericanas se mueven en la misma problemática que la burguesía, porque no son las respuestas las que hay que cambiar sino las preguntas.

¿Qué preguntas? Las que Debray retrotrae a lo que sería la cuestión esencial de todo emprendimiento revolucionario: ¿cómo tomar el poder? Mas ocurre que esa pregunta ya tiene la respuesta preparada, que se presenta como evidente de por sí, ya que el núcleo de la revolución castrista reside en haber restaurado una verdad vieja como las luchas por la liberación social: que la revolución es "*el resultado de una lucha armada contra el poder armado del Estado burgués*".

Para esa conclusión fundacional, el saber libresco con sede en la cultura europea hubiera resultado impotente sin la inmersión en dicha experiencia y sin el concurso de los líderes revolucionarios (Fidel Castro, Ernesto Guevara). Para ello, el joven y brillante discípulo de Althusser es presentado por la alta autoridad cultural e institucional de Fernández Retamar, quien celebra que Debray haya conocido la realidad latinoamericana "*no a través de ideas preconcebidas sino de experiencias*". Esta apelación a la experiencia como *magistra revolutionis*



recorrerá con su estela antiintelectualista y populista todo el texto, colocando el emprendimiento revolucionario en las antípodas de un saber abstracto del que no estarían exentos los partidos comunistas de esta parte del mundo, así como tampoco los troskistas o los editores de la revista **Monthly Review**. De allí que deba celebrarse que *"Fidel no haya leído los escritos militares de Mao Tse-Tung"*, ya que las teorías elaboradas en otras latitudes son más bien un obstáculo cuasi epistemológico para realidades idiosincráticas como las latinoamericanas. En definitiva, aquí la estrategia rinde tributo a la táctica, en la estricta medida en que esta última se fusiona con la experiencia.

Empero, no sólo por los libros está aquí el intelectual separado de la realidad. Apelando a los ideologemas entonces dominantes del juvenilismo y del corporalismo, puede entonces concluir con el corazón liviano que aunque *"un hombre viejo posea una militancia a toda prueba –una formación revolucionaria– no basta ¡ay! para afrontar la vida guerrillera, sobre todo al comienzo"*. Con un guiño hacia un lector no precisamente iletrado, y al sostener que la aptitud física es condición de ejercicio de todas las

otras aptitudes posibles, intuye que *"la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce"*. Esta incapacidad se extiende a los ciudadanos y a los intelectuales, baldados de incapacidad revolucionaria por su *"debilidad física"* y su *"inadaptación a la vida de campaña"*. Afirmaciones todas éstas que se encastran como en un Tetris en el tradicional legado del populismo romántico, que por momentos adquiere la correspondiente tonalidad rouseauniana.

La experiencia entonces es el extraordinario crisol donde se funden los saberes, ya que incluso el fracaso –se lee– es *"teóricamente más rico que el triunfo"*, dado que *"acumula una experiencia y un saber"*. Naturalmente, lo que legitima las derrotas es la convicción teleológica de que aun la experiencias fracasadas son mejores que las teorías presuntamente verdaderas, sobre la base de la metafísica de la historia que garantiza que las derrotas padecidas confluirán finalmente en la victoria de los revolucionarios.

Es claro a quiénes se apela y a quiénes se expulsa de este curso triunfal, puesto que la revolución es un tajo que separa los auténticos luchadores de *"los reformistas y futuros traidores, asimilados con el pacifismo y el espíritu de derrota de los socialdemócratas que combatió Lenin"*. Y esto porque los tiempos que corren han iluminado con un relámpago blanco el *"fin de una época: la del equilibrio relativo de las clases, y el principio de otra definida por la guerra total de clases, que excluye las soluciones de compromiso y los repartos del poder"*. Consecuentemente, en el nuevo marco de *"la lucha a muerte no hay lugar para las soluciones bastardas"*.

Las líneas de fuerza del discurso tendidas en **¿Revolución en la revolución?** diseñan entretanto un retrato ideal del revolucionario. Éste se halla lejos del supuesto por Gramsci, Mao y tantos otros, puesto que debe alejarse no sólo de la burguesía sino además de su sociedad civil. De allí que la justificación de la clandestinidad ahora no es sólo para simularse frente a los enemigos de clase y del sistema de dominación imperante: la clandestinidad, el uso de seudónimos, segrega e independiza al revolucionario de la sociedad civil, considerada como un potencial –aunque ingenuo– enemigo. La autodefensa armada en enclaves territoriales tomados al enemigo sirve como ejemplo de los inconvenientes de aquella convivencia. Allí los revolucionarios cohabitan con sus familias, que se convierten en un verdadero lastre a la hora de las urgencias del enfrentamiento armado.

También ese producto y motor conspicuo de la modernidad que es la ciudad configura una amenaza para el temple revolucionario. En la más que secular querrela entre el campo y la ciudad, y a contramano de la doctrina marxista clásica, el fiel de la balanza –otra vez con un gesto populista– se inclina hacia el elogio de la vida rural. Por el contrario, la práctica

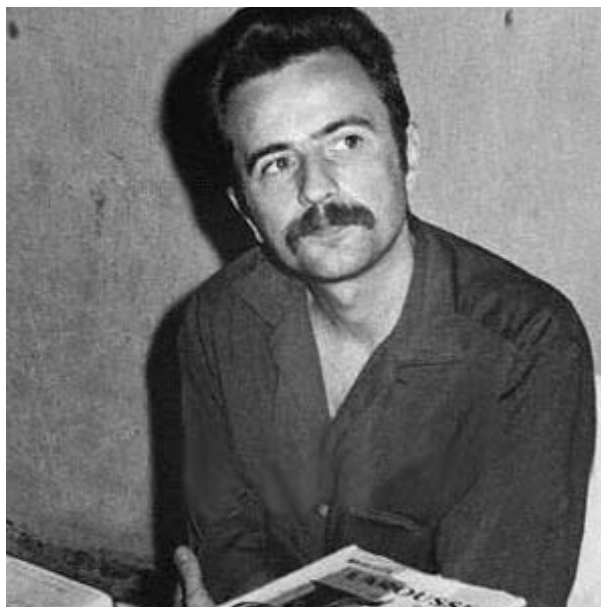
política sindical corrompe, así como la "bajada a la ciudad" coloca al guerrillero rural en extremo peligro. Se puede allí mismo apelar al criterio de autoridad de una frase de Fidel Castro: "La ciudad es un cementerio de revolucionarios".

El medio urbano determina un destino contrarrevolucionario porque aleja de esas necesidades de la escasez rural, únicas capaces de forjar el acero sin el cual pierde filo incluso la ideología revolucionaria: "¿Cómo un habitante de esas ciudades, por marxista-leninista que sea, podrá adivinar la importancia vital de un metro cuadrado de nylon, de un pote de grasa de fusil, de una libra de sal, de azúcar y de un par de botas?". Ya no es la ubicación en un modo de producción lo que constituye a los sujetos de clase. Por ello la revolución no puede surgir de la fábrica, urbana por naturaleza, ya que "todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero".

El equivalente general del dinero, esa abstracción engañosa pensada por Marx, contribuye a la corrupción del militante ciudadano. Obrero o burgués, "el hombre de la ciudad vive como consumidor. Basta un billete en el bolsillo", y si éstos se acaban, "con la afluencia de yanquis y su cortejo de corrupciones se ganarán otros sin demasiadas dificultades". Para decirlo todo, "la montaña proletariza a burgueses y campesinos, y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios". De allí, in extremis, que "cuando una guerrilla habla con sus responsables urbanos o en el extranjero, trata con 'su' burguesía".

Esta fundamentación de la teoría del foco requiere otra pieza funcional a la misma: la construcción de la mitología de la revolución cubana matizada sobre la excepcionalidad de "los doce del Granma". Fue así como finalmente 300 guerrilleros derrotaron a 10.000 hombres del ejército de Batista. De poco vale que allí mismo esta desestimación de la poderosa red urbana del Movimiento 26 de Julio choque con una carta de Fidel Castro a Frank País desde la Sierra Maestra: "Ahora sí sé lo que es el pueblo; lo veo en esa fuerza invencible que nos rodea en todas partes, lo veo en las caravanas de treinta y cuarenta hombres, alumbrados con antorchas, bajando las pendientes enfangadas, a las dos o las tres de la madrugada con sesenta libras de peso al hombro, conduciendo abastecimiento para nosotros".

Populismo, antiintelectualismo, juvenilismo, ruralismo, antirreformismo, son algunos de los mojoneros categoriales que organizan el libro de Debray. También una concepción militarista que conduce a la negación de la democracia, no sólo de la burguesa, sino también de la interna al grupo revolucionario. Así, por vías bizarras se reinstala una visión elitista: si en Vietnam la pirámide militar se construyó desde la base, en América Latina debe hacerse desde arri-



Régis Debray en los '60.

ba. De lo contrario, se recae en "ese vicio deliberativo de que habla Fidel, opuesto a los métodos ejecutivos, centralizados y verticales [...] que reclama la conducción de las operaciones militares. Esta conversión exige, pues, la suspensión provisional de 'la democracia interna' en el Partido y la abolición temporal de las reglas del centralismo democrático que aseguran aquélla. [...] La disciplina del Partido se convierte en disciplina militar".

Y es que si "se ha jugado el todo por el todo", también se legitima esta frase sincera y estremeceadora: "Vencer es aceptar, desde un principio, que la vida no es el bien supremo del revolucionario". Tampoco la abnegación —aunque sí la eficacia— es un argumento político, ya que "el mártir no tiene fuerza de prueba". De tal modo, la gesta cubana ha cancelado el divorcio entre teoría marxista y práctica revolucionaria, y esa reconciliación está consumada como un encuentro entre el cielo y la tierra en una heroificante cita de Guevara sobre esa guerrilla dueña de su dirección política y encarnada en un puñado de hombres "sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria un mito que sólo un revolucionario puede soñar"...

Este "mismo" texto lo he leído en una bella tarde de domingo en el barrio de Barracas hace casi cuarenta años, cuando nos habíamos convocado para una lectura colectiva del libro recién aparecido. Gobernaba Onganía aún con dura mano, de modo que el libro en cuestión había sido traído por quien fungía como jefe o inspirador del pequeñísimo grupo protorrevolucionario que queríamos integrar. Por la dicha mano férrea, pero también porque el jefe o inspirador amaba el conspirativismo tipo resistencia

francesa, el libro había sido traído desde La Habana (previo y obligado paso por Praga) bajo la forma de microfilm. El compañero Javier había conseguido un proyector, y poco después del almuerzo nos encontramos en su cuarto: una suerte de buhardilla de estudiante pobre en la casa de su madre viuda.

Nos habíamos conocido con Javier en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte. Éramos marxistas, valorábamos la justicia social, nos ofendía y rebelaba el mundo en el que vivíamos. También éramos jóvenes, creo que inteligentes y seguramente lectores, dotados por fin de una serie de certezas intensas propias de las pasiones ideológicas.

Con esta breve historia y con este trasfondo político e intelectual nos encontramos esa tarde en el cuarto de Javier, cuyas bibliotecas estaban armadas con los inevitables ladrillos de cemento pintados de blanco. De blanco, al igual que las paredes de ese cuarto, lo que iba a permitir, suponíamos, la lectura del microfilm. Es cierto, empero, que las paredes no son lisas como una pantalla, de manera que las letras vacilaban y adoptaban la textura granulada de la pared. Ciertamente es que la calidad de la película tampoco era de lo mejor, lo que dificultaba aún más la dicha lectura. Pero sobre todo era cierto que nada de esto podía importar, porque estábamos plenamente dispuestos a dar por bueno todo lo que contenía la nueva biblia llegada desde lo que llamábamos "La Isla". Incluso dispuestos a aceptar aquella descripción en la que se fundamentaba la superioridad de la guerrilla rural por sobre la urbana apoyándose en el carácter aburguesador de la ciudad, argumento cruzado con un dejo de desprecio antimoderno y romántico que no resultó siquiera disonante con la sensibilidad de estudiantes especialmente urbanos.

En suma, decía lo que decía, y tal vez podría haber dicho otra cosa, pero el aura de ese texto, leído en esas condiciones, tornaba irrefutables todas sus más arbitrarias argumentaciones. El criterio de autoridad que lo respaldaba era naturalmente no la palabra de un joven intelectual francés, sino el extraordinario prestigio de la revolución cubana, cuyo faro irradiaba como modelo de revolución y de construcción del socialismo, en un clima epocal donde un ejército desarraigado de vietnamitas derrotaba al del país más poderoso de la tierra.

De manera que luego de varias horas de lectura forzada (como quien dice "de marcha forzada"), henchidos de un novedoso y para esos días prácticamente exclusivo saber, Javier me acompañó hasta la puerta de su casa. Quiero repetir que era un bello domingo de verano, porque entonces se entenderá mejor que era natural que por la calle pasaran numerosas parejas de jóvenes rumbo al parque cercano. La tarde se acercaba a su ocaso. Entonces Javier me miró seria y fijamente y me dijo: "*Pensar que no*

saben el mundo que estamos armando para ellos". No se me ocurrió responder nada –quizás porque estaba de acuerdo con esa aseveración–, y sin embargo esa frase quedó para siempre clavada en un rincón de mi cerebro...

Pasaron años, que se tornaron entonces sí de fuego y de plomo. La vida y la política nos separaron. Un día leí un comunicado de un grupo guerrillero que acababa de realizar un audaz y exitoso operativo. En la proclama que emitieron se utilizaba la palabra "escamotear". Supuse inmediatamente que había sido escrita por Javier. Otra tarde porteña compré La Razón 6ª, y me enteré que Javier había sido abatido en un operativo frustrado. Luego, la derrota, el terror estatal, los encarcelados, los torturados, los muertos, los desaparecidos, los exiliados de adentro y de afuera (de estos últimos un día me encontré formando parte).

Desde entonces, una y otra vez he vuelto a aquella tarde de domingo en el barrio de Barracas, y a aquella buhardilla de estudiante pobre, y a aquella frase estremecedora. Y me he preguntado con temor y temblor cuál es el sentido de aquellos años de feroces pasiones ideológicas, hasta dónde fuimos simplemente arrastrados por ese huracán que barría la historia y hasta dónde llegaron nuestras responsabilidades.

Para encuadrar la entonación de una pregunta final, creo que lo que ocurre en la historia es más o menos lo que tiene que ocurrir, pero que sobre ese "más o menos" están los seres humanos (Koselleck). Del mismo modo, es pensable que quien emprende una acción política tiene que hacerse cargo en cierto sentido de los efectos no queridos que esa acción genera. Si así fueren las cosas, los jóvenes ilusionados que éramos aquella tarde creyendo en un texto cuya autoridad era irrefutable y cuya endeblez argumentativa hoy resulta clamorosa, los jóvenes que queríamos construir un mundo mejor para quienes tal vez ni lo pedían ni lo querían, ¿teníamos que saber que el monstruo ya estaba en las entrañas del Poder argentino y que podíamos contribuir a parirlo?

En ese aspecto, entre el mundo que queríamos preparar y el que llenó de sonido y de furia la década del setenta media la distancia breve y al mismo tiempo infinita que quedaba entre quienes terminamos ese domingo con los ojos rojos y las parejas que pasaban hacia el parque. Por eso es preciso concluir que un libro cambia mientras el mundo cambia. Han sido los cambios de ese mundo los que determinaron que hoy el texto de Debray luzca ya no como la sistematización de una vía exitosa hacia la justicia social, sino –según se quiera– como una fuente historiográfica o como el fragmento de un naufragio de trágicas dimensiones. ●

EL MITO DEL POLICLÍNICO BANCARIO

POPULARIZADA COMO LA PRIMERA ACCIÓN DE LA GUERRILLA URBANA EN LA ARGENTINA, EL ASALTO AL POLICLÍNICO BANCARIO OCUPA UN SITIAL EN LA GENEALOGÍA DE LA LUCHA ARMADA QUE EL AUTOR CUESTIONA EN ESTA NOTA.

GABRIEL ROT

1 Para el caso, ver el trabajo de Pittaluga, Roberto, "La historiografía sobre el PRT-ERP", *El Rodaballo* N° 10, Buenos Aires, verano 2000.

2 Poder Ejecutivo Nacional, Buenos Aires, 1979.

3 Díaz Bessone, Ramón Genaro, Fraterna, Buenos Aires, 1986.

4 Alonso Piñeiro, Armando, Depalma, Buenos Aires, 1980.

5 Para el caso ver, entre otros: García, Karina, "Policlínico Bancario. El primer golpe armado de Tacuara", *Todo es Historia*, N° 373, Buenos Aires, agosto de 1978; González Jansen, Ignacio, *La Triple A*, Contrapunto, Buenos Aires, 1996; Bardini, Roberto, *Tacuara. La pólvora y la sangre*, Océano, México, 2002; Gutman, Daniel, *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana argentina*,

Inicuada hace más de cuatro décadas, la experiencia de la lucha armada en nuestro país —entendida en los términos inscriptos tras la revolución cubana— sigue exhibiendo en el plano de los estudios históricos una orfandad proporcional a su fracaso político, como si la derrota política que sufrieran las organizaciones que la implementaron en la práctica se continuara en la dimensión de los estudios históricos¹.

En efecto, desprovista hasta ahora de una prolija y completa reconstrucción organizacional que retrate los numerosos grupos que le dieron vida en casi todo el país; ausente el análisis de las diversas tendencias políticas e ideológicas que la animó a través de la exhumación de documentos y publicaciones; carente de un nutrido corpus testimonial de sus integrantes, tanto de dirección como de base, acerca de los múltiples aspectos que hicieron a su militancia y a su imaginario político y, finalmente, sin una profunda reflexión crítica que contraste sus discursos y planteos conceptuales con la praxis que implicó, la experiencia de la lucha armada en nuestro país ha quedado reducida a unos pocos fragmentos a los que recurren, para uso y abuso, los más variados observadores. Unos, identificados en mayor o menor medida con su accionar, como fuente ejemplar de entrega sacrificial y heroica; otros, enmarcados sobre todo en la izquierda no armada, para señalar el ejercicio de una política dramáticamente equivocada, sin dejar de resaltar, con la insistencia de un ritual, los aciertos propios. Los más, sin contar con una evaluación crítica profunda, reelaborando la experiencia sobre la base de versiones muchas veces antojadizas y malversadas, que se proyectan con singular éxito en el campo de la memoria colectiva.

Uno de los más flagrantes ejemplos de este estado de la cuestión tiene que ver con la consagración del asalto al Policlínico Bancario como primera acción de la guerrilla urbana en nuestro país.

Un comienzo que no fue tal

Son numerosos los autores que señalan como primera acción de la guerrilla urbana argentina el asalto al Policlínico Bancario, perpetrado en la mañana del 29 de agosto de 1963. La acción, que fue precisamente eso, un asalto, dejó un saldo de dos ordenanzas muertos, varios empleados y un policía heridos y el robo de uno 14 millones de pesos, algo así como cien mil dólares, destinados al pago de los haberes del personal. Los autores del hecho —realizado bajo el nombre de *Operativo Rosaura*— fueron ex integrantes del Movimiento



Nacionalista Tacuara (MNT), quienes, tras escindirse de su organización con posturas de izquierda, formaron el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT).

Es interesante (e inquietante, también) subrayar que esta consagración pionera no está dada por las Fuerzas Armadas y de seguridad, ya sea a través de publicaciones oficiales o de autores que representan sus puntos de miras. Quien busque tal referencia, por ejemplo, en obras como *El terrorismo en la Argentina*²; *Guerra Revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*³, o *Crónica de la subversión en la Argentina*⁴, se llevará tamaña sorpresa. En efecto, no sólo no la señalan como la acción original de sus más acervos enemigos, sino que la ignoran olímpicamente.

Por el contrario, será un nutrido grupo de periodistas e investigadores⁵ quienes, recalando en los años sesenta, hallaron semejante antecedente primal de la "sangrienta" década siguiente o, por decirlo sin eufemismos, un primer peldaño de la consagrada *Teoría de los dos demonios*. Así, para Karina García, "Puede afirmarse que la espiral de violencia tuvo su primer y trágico acto en este atraco con contenido ideológico, realizado con la feroz determinación de lograr su objetivo aún al costo de vidas humanas inocentes", y concluye: "Y todavía hoy, a más de treinta años de este hecho, la memoria colectiva lo registra como la primera y sangrienta aparición en escena de un grupo subversivo dirigido a usar la violencia como instrumento de su política"⁶. En la misma perspectiva, Daniel Gutman señala: "De hecho, en febrero de 1964, el Movimiento Nacionalista Tacuara original daría un buen anticipo de los métodos que utilizarían los grupos parapoliciales de la derecha. Antes de eso, en agosto de 1963, [es decir, con el asalto al Policlínico Bancario, GR] el nuevo Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara avisaría sobre la forma igualmente sangrienta en que estarían dispuestos a actuar los jóvenes decididos a hacer la revolución"⁷.

Ahora bien, estas afirmaciones nos plantean dos interrogantes básicos. En primer término: ¿Fue el asalto al Policlínico Bancario, efectivamente, el hecho inicial, el operativo fundante en el que la guerrilla urbana hace su aparición en la Argentina? La pregunta, es fácil advertirlo, conlleva un segundo planteo, aunque ya no de orden estadístico, sino político: ¿Puede afirmarse que los autores del hecho constituían una organización guerrillera urbana?

Vayamos por partes.

Entre 1958 y 1964 se dieron a conocer las primeras experiencias de lucha armada en nuestro país, las que en sus diversas manifestaciones expresaron un período de experimentación tanto de opciones foquistas puras (EGP), movimientistas e insurreccionales

Vergara, Buenos Aires, 2003. A ellos se le suman dos obras cuyos autores hacen confesión de fe anti-comunista: el casi disparatado tomo de Acuña, Carlos Manuel, *Por amor al odio, la tragedia de la subversión en la Argentina*, Del Pórtico, Buenos Aires, 2000; y el muy documentado libro de Rojas, Guillermo, *Años de terror y pólvora. El proyecto cubano en la Argentina (1959-1970)*, Santiago Apóstol, Buenos Aires, 2001.

6 Op. cit., pág. 18.

7 Op. cit., pág. 165.

8 Para analizar estas experiencias, se puede acudir a la siguiente bibliografía básica: Salas, Ernesto, **Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista**, Biblos, Buenos Aires, 2003; Nicanoff, Sergio y Castellano, Axel, **Las primeras experiencias guerrilleras en Argentina. La historia del "Vasco" Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional**, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo N° 29, Buenos Aires, 2004; González, Ernesto (coord.), **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina, tomo 3, Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana, volumen 2 (1963-1969)**, Antídoto, Buenos Aires, 1999; Rot, Gabriel, **Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo**, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2000; Rot, Gabriel, "Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las FAL", **Políticas de la Memoria**, N° 4, Buenos Aires, 2003.

9 Ver en este mismo número, la entrevista con Juan Carlos Cibelli.

(Uturuncos, las primeras FAL) y de formas combinadas (FARN, del grupo Bengochea)⁸.

Me apresuro a señalar que salvo el EGP, el resto de los grupos señalados también entendieron a la ciudad como uno de los escenarios fundamentales donde desarrollar la lucha armada y, consecuentemente con ello, llevaron adelante numerosas operaciones urbanas. Incluso, en alguno de ellos, descalificando la teoría del foco y de la guerrilla rural, como es el caso del núcleo originario de las primeras FAL⁹.

Ahora bien, paralelamente a estas experiencias, o más bien a partir de sus frustraciones, surgirán pequeños grupos que no tardarán en reflejar los profundos cambios devenidos de dos procesos que influenciarán decisivamente en el desarrollo de la lucha armada.

En primer término, la sucesión de derrotas de las guerrillas en casi todo el continente, hasta entonces hegemónicamente rurales. Si bien esta sucesión de derrotas se sellarán casi definitivamente con la muerte de Camilo Torres en Colombia, en 1966, y la del Che, un año más tarde, ya en los primeros tramos de la década del sesenta habían acontecido numerosos fracasos guerrilleros, muchos de ellos de inspiración guevariana. El mismo Régis Debray, el máximo teórico y defensor del foco rural, no pudo dejar de reconocer esta *larga marcha* cubierta de frustraciones¹⁰.

Por otro lado, resultarán de capital importancia las profundas transformaciones en la dirección de la revolución cubana, cuya influencia sobre el desarrollo de la lucha armada se manifestaba, hasta entonces, de manera inocultable. En efecto, la hegemonía de las posiciones soviéticas en su seno, impondrá una línea donde la *exportación guerrillera* se mantendrá sobre todo en virtud de la persistente actividad del propio Guevara (Congo, Bolivia), aunque a partir del fracaso de su última campaña ya no volverá a tener cabida más que en el plano discursivo-propagandístico y, en algunos casos, en cierta dimensión logística, pero muy lejos de la original política del Che de continentalizar la revolución.

El efecto inmediato de esta situación será el desencadenamiento vertiginoso de un complejo proceso que comprenderá la nacionalización de las formas y contenidos de las nuevas guerrillas americanas, que se desarrollarán desde entonces con una mayor incidencia en las ciudades. En otras palabras, este proceso se traducirá en un paulatino abandono de las viejas tácticas de intervención guerrillera y en una nueva lectura de las realidades nacionales, con sus sujetos políticos específicos. Este cambio se devela tempranamente en el Uruguay¹¹ y en nuestro país, donde hacen su aparición pequeños grupos que adquirirán una identidad de guerrilla urbana, aunque aún de una manera muy precaria. Para el caso resulta sumamente aleccionador la aparición de un grupo que, tomando como herencia política al EGP de Masetti, realizará acciones de propaganda armada en la ciudad con el tentativo nombre de Grupo de Resistencia Urbana (GUR), denominación que no llegará a estrenar públicamente¹². Es interesante analizar la aparición de estos comandos urbanos pioneros, como así los que aparecieron en la segunda mitad de la década, ya que lo hicieron al margen y hasta en oposición a las tesis de Debray, quien no sólo seguía diseminando la fórmula del Che ("*el terreno de la lucha armada en la América sub-desarrollada, debe ser fundamentalmente el campo*") sino que explícitamente subrayaba que, "*entendida como forma regular de lucha revolucionaria, no hay 'guerrilla urbana'*"¹³. No deja de sorprender que mientras el francés suscribía semejante afirmación, la guerrilla urbana ya había comenzado a desandar su propio camino.

La emergente guerrilla urbana, pues, no es el resultado de un devaneo teórico ni de una decisión logística, un mero cambio de escenarios a partir del sorpresivo descubrimiento de un sujeto histórico revolucionario que prevalece en las ciudades y no en el campo, sino el producto de una profunda crisis política y organizativa que continúa su particular desarrollo a lo largo de los años sesenta y se prolonga hasta los albores de la década siguiente. *Sus acciones, por lo tanto, no pueden datarse sino en el contexto de tal desarrollo y como expresión del mismo.*

Para el caso que nos ocupa, cobran particular importancia los pequeños grupos inominados que en la primera mitad de la década del sesenta animaron un proyecto político vertebrado por la acción armada urbana, realizando acciones con el denominador común de sumar tres objetivos esenciales: a) acumulación de armas para la realización de prácticas militares y como expresión de fuerza; b) acumulación de experiencia en la planificación y la realización de operaciones de tipo militar; y c) acumulación financiera para el sostenimiento de la infraestructura guerrillera, subordinada a la estrategia de guerra revolu-



Joe Baxter
y José Luis Nell.



El Policlínico
Bancario, 1963.

cionaria prolongada. Es en este marco que hay que entender la sucesión de robos a grandes empresas, entidades bancarias, armerías, farmacias y establecimientos asistenciales, muchos de los cuales, al no ser esclarecidos por las fuerzas de seguridad, pasaron a engrosar la lista de delitos comunes irresueltos. A estos operativos hay que sumarles los innumerables “levantamientos” de autos y desarmes a policías, acciones todas que revestían la categoría de auténticos “ejercicios de aprendizaje”.

Entre todas estas acciones se destacó, tanto por su dimensión logística como por el blanco elegido, la realizada en el Instituto Geográfico Militar, el primer operativo de gran envergadura contra una representación directa de las Fuerzas Armadas. En este operativo, realizado en la Capital Federal el 16 de junio de 1962, es decir, *atorce meses antes* del asalto al Policlínico Bancario, un comando compuesto por casi una treintena de militantes, muchos de los cuales conformarán poco después las primeras FAL, vació la sala de armas del IGM, en una acción que asombró por su preparación minuciosa y su perfección operativa.

Queda claro, entonces, que la primera operación llevada a cabo por una organización armada urbana no sólo *no fue* el asalto al Policlínico Bancario, sino también que a ésta última le precede, hasta donde conocemos, por lo menos una que, tanto en lo simbólico como en lo operacional, constituye un antecedente de mayor relevancia política.

Ahora bien, puede aducirse que hasta entonces no se conocieron organizaciones que se adjudicaran la autoría de un hecho de esas características –lo que es enteramente cierto– pero eso no quita que dichas acciones no se hubieran realizado y es, justamente, tarea de los investigadores presentarlas en sociedad. De todos modos, argumentar la falta de *firma* en tales acciones es un recurso pobre. Apresurémonos a aclarar que el MNRT tampoco se adjudicó el hecho, sino que su paternidad fue descubierta por las fuerzas de seguridad, y hasta es lícito conjeturar que si esto no hubiera sucedido, el asalto al Policlínico Bancario jamás hubiese sido considerado como una “acción guerrillera”.

La apresurada consagración pionera del *Operativo Rosaura* no puede, pues, sino despertar sospechas acerca de la seriedad de la investigación de algunos autores o de las posturas ideológicas y políticas que los animan. Volveremos sobre esto.

La segunda cuestión que nos planteamos tiene que ver con la paternidad de la acción contra el Policlínico Bancario. En otras palabras, ¿hasta dónde es posible afirmar que, efectivamente, el MNRT era una organización guerrillera urbana?

El primer problema con el que nos encontramos es la definición misma de *guerrilla*, término que en general es casi exclusivamente asociado a una determinada táctica operativa, donde prevalece la lucha armada irregular. Desde este punto de miras, que podríamos denominar *logístico*, la guerrilla es la práctica llevada adelante por un grupo que establece el desarrollo de la lucha armada como método necesario (y en algunos casos imprescindible) para lograr un objetivo militar o político determinado; sobre esta base es que la organización guerrillera desarrolla diversas estrategias de formación de unidades de combate, las cuales pueden ser integrantes de un ejército popular en construcción, o apéndices o soportes de ejércitos nacionales fragmentados o en disolución. La historia abunda en ejemplos desde la Guerra de las Galias hasta la resistencia francesa contra los nazis, pasando por las tribulaciones napoleónicas en Rusia y las guerrillas de la independencia americana¹⁴. Tomadas exclusivamente desde este ángulo, las guerrillas pueden estar animadas por diversas tendencias políticas y sus objetivos variar, por ejemplo, entre reivindicaciones nacionales, religiosas, políticas y sociales, y ser reformistas, de derechas o revolucionarias.

Pero ninguna práctica guerrillera (ninguna práctica social, en verdad) se presenta sin una *identidad política* que la atraviese, y es esta identidad política la que en definitiva establece las diferencias entre los distintos tipos de guerrilla.

Así, la guerrilla en tanto núcleo de vanguardia que pretende acaudillar al conjunto

10 Debray, Régis, “El castroismo: la larga marcha de América Latina”, *Pasado y Presente*, N° 7-8, Córdoba, octubre 1964/marzo 1965, pág. 127-128.

11 En enero de 1963, el grupo originario de los Tupamaros realizó el asalto al Club Tiro Suizo, a partir del cual se proponían ser en la ciudad “la caja de resonancia” de la lucha de los trabajadores cañeros en el norte del país. Para el caso, ver en este mismo número el trabajo de Silvana Merenson sobre la experiencia tupamara.

12 El GUR se gesta en 1964; más tarde, algunos de sus integrantes constituyeron la Brigada Masetti y, finalmente, se incorporaron a las FAL. Por la misma época se conformó otro comando urbano, el Grupo Armado Revolucionario de Liberación (GARDEL), que actuó en la ciudad de La Plata y Capital Federal.

13 Debray, Régis, op. cit., pág. 146.

14 Una sucinta reseña de estas experiencias puede buscarse en Pereyra, Daniel, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Los libros de la catarata, Madrid, 1994 y en Lora, Guillermo, *Revolución y foquismo, balance de la discusión sobre la desviación “guerrillera”*, El yunque, Buenos Aires, 1975.

15 Bardini, Roberto, op. cit., pág. 93-94.

16 "Hasta ese momento, las milicias encabezadas por Baxter y Nell –que aún no habían roto con la Tacuara fundadora– venían efectuando por su cuenta algunos pequeños golpes comando para apoderarse de armas de guerra. Al mismo tiempo, recaudaban fondos a través de asaltos a farmacias y estaciones de servicio", Bardini, Roberto, op. cit., pág. 91.

Posteriormente esta tendencia se multiplicó. Entre enero y noviembre de 1963, las fuerzas de seguridad contabilizaron 43 actos "terroristas" perpetrados por Tacuara, entre los que se contabilizaban ataques a centinelas, robos de armas, acciones contra compañías extranjeras, etc., Bardini, Roberto, op. cit., pág. 29.

de los explotados reivindicando la destrucción del Estado burgués, y el socialismo, se diferencia de otras formaciones que, si bien llevan adelante acciones guerrilleras, subordinan sus estrategias, por ejemplo, a políticas reformistas o nacionalistas burguesas.

Finalmente, un tercer elemento contribuye a definir a las guerrillas: el *vínculo que establecen los núcleos operativos con los sujetos sociales* que constituyen su base de apoyo. Las guerrillas revolucionarias, por ejemplo, subordinan su estrategia a la relación con las masas explotadas (su mayor paradigma es la teoría maoísta del pez en el agua), a diferencia de la mayoría de las guerrillas de derechas que suelen ser brazos armados de estructuras partidarias o filo partidarias ligadas al (o a un) Estado. La combinación del carácter logístico de la lucha armada, la *política revolucionaria que la sustenta y su vínculo con el sujeto histórico revolucionario* (rural o urbano), certifican, pues, la identidad de las *guerrillas revolucionarias modernas*. Es decir, no toda organización –cualquiera sea la dimensión de su estructura– debe ser asimilada como tal, aunque algunas de sus formas operativas sean, en un determinado momento, similares.

Vale aclarar el punto toda vez que el accionar del MNRT intenta ser, en la pluma de algunos autores, relacionado a las organizaciones político-militares que operaron en nuestro país en los años sesenta y setenta, y cuya identidad política pasaba por diversas variantes del marxismo y el peronismo de izquierda.

Ahora bien, ¿cuáles eran las características del MNRT?, ¿qué tenía en común el MNRT con aquellas guerrillas argentinas?

En sus investigaciones sobre el *Movimiento Nacionalista Tacuara*, organización de reconocido origen liberal y derechista, tanto Bardini como Gutman aciertan en presentar las graves crisis internas que la llevaron a numerosas rupturas y reagrupamientos políticos e ideológicos: en 1960, con la formación de la *Guardia Restauradora Nacionalista*, alentada por J. Meinvielle; al año siguiente, con la aparición del *Movimiento Nueva Argentina*, de E. Calabró y D. Cabo; y en 1963, con el desarrollo de la llamada *Tacuara Rebelde*, en la que confluyeron distintos sectores internos, entre los que se destacaron militantes como J. L. Nell, J. Baxter, J. Cafatti y A. Ossorio, entre otros. Este último reagrupamiento dará vida, ese mismo año, al *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara* –su primer comunicado es del mes de octubre– que a su vez se dividirá, conservando la misma denominación, en el sector Ossorio y el sector Baxter. Por último, convalidando el período de permanente transformación y crisis de estos grupos, convivirán en el MNRT de Baxter dos tendencias, las que paulatinamente irán acrecentando sus diferencias; una, capitaneada por R. Viera y M. Duaihy, se inclinaba hacia una acción de tipo foquista rural; otra, representada por el propio J. Baxter y J. L. Nell, pretendía combinar la agitación política –estrechamente ligada al peronismo– con acciones armadas en la ciudad.

Es decir que, a lo largo de 1963 el MNRT se hallaba en plena estructuración, inmerso en una vertiginosa crisis cruzada por tendencias, debates internos y reagrupamientos políticos. En su libro, Bardini cita al tacuarista Fredy Zarattini, quien da cuenta del estado deliberativo en que se hallaba la organización: "*Desde mucho antes del asalto al Policlínico existía una discusión política muy intensa acerca de si Tacuara se unía o no a la JP. Después del operativo, hubo una reunión entre Bonfanti, por un lado, y Baxter, Nell, Ossorio, yo (Fredy Zarattini) y algunos otros, donde planteamos, en síntesis, que o nos integrábamos todos al peronismo o nos separamos. Para producir la ruptura esperamos tener el poder que representaba el éxito del operativo... Entonces decidimos denominarnos MNRT y efectuar un cambio ideológico, no exactamente hacia la izquierda, pero sí hacia los sectores revolucionarios del peronismo... Nos separamos amistosamente y tomamos rumbos diferentes...*".¹⁵ Este proceso estuvo acompañado por numerosas acciones de acopio de armas y dinero, que cada sector realizó.¹⁶

Es en este marco que el sector de Baxter y Nell realizará el Operativo Rosaura, como parte de una estrategia de acumulación financiera que les permitiera realizar diversas actividades relacionadas con la lucha por el regreso del general Perón, a quien entendían como el indiscutido jefe del proceso de liberación nacional. Es el propio Bardini quien señala inequívocamente que el MNRT subordinaba su militancia a las "*instrucciones tácticas*" de Perón: "*Treinta días después de la detención de los participantes en el asalto al Policlínico Bancario, el MNRT difundió un comunicado en el que se definía como 'peronista y revolucionario'*". Y cita en extenso una declaración de la organización: "*El MNRT tiene el orgullo*

de decir que es una de las organizaciones peronistas que viene cumpliendo con mayor disciplina las instrucciones tácticas y estratégicas del Jefe del Movimiento, y por eso hoy es atacada de 'nazi' o 'izquierdista', según convenga a la prensa del régimen para desorientar a la opinión pública y sembrar la confusión en las filas del pueblo... El MNR Tacuara no es ni de 'derecha' ni de 'izquierda', porque tanto una como otra son, consciente o inconscientemente –que para el caso es lo mismo– sostenedoras del régimen de explotación... El MNRT es peronista y revolucionario.”¹⁷.

Desde esta perspectiva, el MNRT se presentó más como una evolución izquierdista de la Tacuara original, fuertemente influenciada por la tradición de la Resistencia Peronista, la Revolución Cubana y los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo (especialmente de Argelia y Egipto) que como un representante de la estrategia guerrillera revolucionaria, más allá de las declamaciones que por entonces destacaron a algunos de sus integrantes o el posterior involucramiento de algunos de ellos en organizaciones como el PRT o los Montoneros. En este sentido, la supervivencia de la denominación de la organización madre en su sector más radicalizado es un indicativo de la orientación política que lo sostenía, y que no estaban dispuestos a ceder. Las acciones de tipo militar que llevaron a cabo no pueden ser analizadas sin tener esta orientación como base. En otras palabras, organizados políticamente para contribuir al objetivo político del regreso del general Perón, las acciones militares del MNRT fueron parte de una acumulación militar-financiera que sostuviera tal estrategia. *Su relación con las organizaciones político-militares de los 60 y 70 no tiene punto de asimilación.*

¿Qué entraña, pues, adjudicarle al MNRT la acción pionera de la guerrilla urbana en la Argentina? ¿Por qué insistir en instalar el asalto al Policlínico Bancario como primera acción de la misma?

En primer lugar, no cabe la menor duda que un *origen delictivo* es un inmejorable escenario para despolitizar y desacreditar cualquier praxis revolucionaria, a la vez que sienta las bases de su necesaria represión. Si la acción se desarrolla bajo un gobierno constitucional, mueren inocentes y se roba el salario de cientos de empleados, aún mucho mejor. No es casual el comentario de Guillermo Rojas, quien escribe al respecto: “*Se produce una gran confusión y al amparo de la misma los asaltantes toman el dinero, suben a la ambulancia y se dan a la fuga, dejando atrás una estela de pánico y muerte. Los disparos de la metralleta habían segado la vida de dos humildes trabajadores: Cogo y Morel, mientras las esquirlas de los proyectiles habían herido de gravedad a Cullazo, Bobolo y al policía Martínez. La operación Rosaura culminaba como una delirante mascarada criminal*”¹⁸. También Gutman se hace eco del carácter criminal del operativo, en el que sorprende la acción de “*ladrones que disparasen a matar con tanta naturalidad*”¹⁹.

De esta manera, la acción de la guerrilla –urbana o rural, poco importa para el caso– queda atrapada en lo *delincuencial y sanguinario* (¡Qué notoria diferencia con el operativo contra el Instituto Geográfico Militar!). El asalto al Policlínico Bancario, pues, permite tejer un entramado donde la acción de la guerrilla se presenta despiadada, sin conocer otra lógica que el ejercicio de la fuerza y el interés propio. Tan irresponsable como cruel, atenta por igual contra la vida y los bienes de los trabajadores, a los que por otro lado señala como los sujetos de sus devaneos políticos. Su acción, entonces, implicará y justificará una reacción. Sus *excesos*, el de sus enemigos. La *Teoría de los dos demonios*, consagrada en los 80, halla en los 60 a su primer antecedente.

Pero así como las características de la *Operación Rosaura* se instrumentarán funcionalmente para la *criminalización* de la guerrilla, la apuesta política e ideológica de sus autores contribuye a otorgarle una *identidad brumosa*, tan cercana del fascismo italiano, el falangismo español y el antisemitismo, como de los movimientos tercermundistas y de liberación nacional. De esta manera, el método de lucha implementada por numerosas organizaciones revolucionarias y populares queda emparentada tanto con la *desmesura* como con la *confusión*. Una de las tantas malversaciones que, en el campo de las ideas y de la historiografía, la *Teoría de los dos demonios* intenta consolidar.

En definitiva, no se trata, claro está, de ocultar los claroscuros de la lucha armada, ni de recrear, desde otra orilla, una fantasía que redima a sus cultores y los convierta en pieza de culto. Todo lo contrario. Sólo la evaluación profunda de tales experiencias puede evitar las deformaciones interesadas que impiden, al conjunto de la sociedad, la apropiación crítica de las mismas. ●

17 Op. cit., pág. 97-98.

Poco después de las detenciones de algunos de los que perpetraron el asalto al Policlínico Bancario, Joe Baxter señalaba: “... el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara reafirma nuevamente con claridad su total identificación con el Movimiento Peronista y su Jefe indiscutido, el General Perón”, Gutman, Daniel, op. cit., pág. 246.

18 Op. cit., pág. 441.

19 Op. cit., pág. 181.

LA VIDA PLENA

EN CUALQUIER LUGAR QUE NOS SORPRENDA LA MUERTE, BIENVENIDA SEA, DECÍA EL LEGENDARIO CHE GUEVARA. EL AUTOR ANALIZA CÓMO EL VÉRTIGO DE LA VIOLENCIA Y LA CERCANA PRESENCIA DE LA MUERTE CONTRIBUYEN A CONFIGURAR UNA SUBJETIVIDAD MILITANTE QUE SE REPITE A LO LARGO DE LA HISTORIA.

SERGIO BUFANO

"Cortejar a la muerte para afirmar los sentimientos y la felicidad"

Bruno Bettelheim

"La convivencia diaria, las batallas que se dan juntos, el permanente jugarse la vida, va desarrollando una hermandad de sangre, mejora a los hombres, los convierte en seres más honestos, más puros", afirma el Che Guevara según el relato de Inti Peredo.¹ Hay algo de cierto en esto: los combatientes se sienten mejores, más plenos.

Pocas veces los hombres tienen vivencias tan intensas, desarrollan a tal extremo la sensualidad como cuando la sombra de la muerte está presente a la vuelta de cada esquina. La vida cambia de tonalidad, los colores se perciben más intensos, los olores también, la amistad –hermandad de sangre, dice el Che–, se cultiva rápidamente. En un par de horas dos personas pueden llegar a un grado de relación similar a la que en otras circunstancias hubiera demorado años. Sólo hace falta un elemento para que ello se produzca: que esa noche, o al día siguiente, ambos vayan a compartir el peligro del combate y por lo tanto la presunción de la muerte. Las horas previas cobran un significado particularmente intenso. Es la vida plena, la que vale la pena vivir porque nada, absolutamente nada, se transforma en rutinario, vale decir, en gris.

Cada mirada que se echa en derredor es magnífica porque puede ser la última; los objetos, los seres, las situaciones cobran vida propia, dicen cosas nuevas, lanzan inéditos mensajes que antes pasaban desapercibidos por la fuerza de la costumbre. La cercanía de la muerte exalta el sentido de la vida. Cada gesto puede ser más alegre y cada minuto más aprovechado. Esto no es nuevo. En su **Manual para las bandas revolucionarias**, escrito en 1833, Carlo Bianco² dice que la vida del guerrillero *"es toda ardor poético, emociones continuas y arrebatos de alegría, temibles peligros, privaciones físicas y satisfacciones morales. Se traslada de un lugar a otro en un grupo de leales hermanos; descubre que pertenece a una familia afectuosa, un conjunto de jóvenes excelentes y honorables, todos los cuales conspiran para la liberación de su país y el bien de la humanidad."*

La descripción de Bianco es excesivamente declamativa, pero no por eso menos cierta. El guerrillero, apropiado de un objetivo concreto de vida, tiene una doble percepción, o si se quiere, una mayor sensibilidad, para encontrar en un día decenas de actos, gestos o sensaciones que antes habían pasado inadvertidas.

Entre 1968 y 1976 las relaciones de pareja que se establecían poseían este componente de *vida plena*. No solo en vísperas de una acción armada la pareja vivía las *últimas* horas con una intensidad amorosa particular, sino, también en la vida cotidiana

¹ Peredo, Inti, **Mi campaña con el Che**, Edibol, 1971, pág. 46.

² Citado por Noel O'Sullivan, **Terrorismo, ideología y democracia**, Alianza, 1987, pág. 29.



na. Porque el peligro de detención o muerte no existía únicamente en las operaciones militares sino –y quizás en mayor medida–, en las citas en bares, en el traslado de armas, en el ingreso a una casa de reunión. Las parejas establecían su código para el caso de detención o muerte: la hora límite de regreso. Si ese regreso no se producía de acuerdo con lo convenido había que sacar del domicilio todos aquellos elementos que pudieran ser salvados. Existía la presunción de detención o muerte. ¿Cómo no vivir cada día, entonces, con el arrebató y la alegría a la que se refiere Bianco? Todas las relaciones personales se transformaban en uniones solidarias fuertemente intensas. ¿Qué enojo matrimonial podía durar más que unas escasas horas cuando el riesgo de no verse *nunca más* estaba presente en la pareja como un tercer integrante que convierte en fútiles todos los motivos de disputa?

El vértigo de la violencia, el uso de las armas, la sola presencia de un arma en el cajón de la mesa de luz, siempre lista para ser usada, no podía menos que transformar todas las relaciones humanas.

Se pueden entender, entonces, las dificultades que se produjeron cuando la emoción dejó de ser un componente considerable. El tedio, en muchos casos, produjo decisiones de la más diversa índole. Porque la vida se tornó incolora, desapareció la embriaguez del combate, la fascinación de la clandestinidad, el mundo oculto y prohibido que es costoso pero a la vez atractivo de vivir. Más allá de las convicciones políticas que expliquen el regreso de decenas de militantes montoneros desde México y Europa a la Argentina cuando, en 1979, su máximo jefe Eduardo Firmenich ordenó hacerlo, no hay que descartar el deseo de reintegrarse a la acción, por la acción misma. Nadie ignoraba que el ingreso por las fronteras era particularmente riesgoso y que, aún conseguido ese propósito, sería difícil sobrevivir en un país cuya población era severamente controlada. No había casas ni documentos ni dinero que pudiera garantizar la vida de nadie. No obstante, el flujo hacia la Argentina prosiguió. ¿Es posible suponer que militantes que tenían formación política, que habían alcanzado el exilio luego de durísimas experiencias personales, podían ser seducidos por un jefe que –sin fundamento visible–, anunciaba una etapa de contraofensiva militar que derribaría a la dictadura militar y colocaría a Montoneros en la cabeza de las luchas obreras? ¿Eso en 1979? Un número considerable desistió de esa aventura; algunos buscaron una excusa política porque no se atrevían a decir una saludable verdad: que tenían miedo de volver, sentimiento que nadie en su sano juicio podía cuestionar en aquel año. Para otros fue la confirmación de que Firmenich era un irresponsable.

FAP
V

3 Rapoport, David, **La moral del terrorismo**, Ariel, 1985, pág. 39.

4 Consigna guerrillera de los años 70.

5 Rapoport, op. cit., pág. 32.

6 Callois, Roger, **La cuesta de la guerra**, F.C.E. México, 1972, pág. 258.

7 Howe, Irving, "El desencanto de los sesenta", Revista **Vuelta 76**, México, marzo 1983.

El hecho es que muchos regresaron. Y más allá de interpretaciones psicologistas no hay que desdeñar una gran cuota de impaciencia por escapar de la vida ordinaria que el exilio deparaba. Trabajo, familia, hijos, hábitos normales que carecen del brillo de la emoción de la guerra. *En el exilio nos estamos oxidando*, graficó un joven poco tiempo antes de retornar a la lucha. Y esa comparación de su propio cuerpo con el fusil cuyo metal se corroe por la falta de uso era elocuente de un sentimiento que invadía a muchos guerrilleros que de la acción habían pasado a vivir en una paz para la que no habían sido adiestrados.

Gregori Gershuni, uno de los fundadores del grupo de combate de los Socialistas Revolucionarios de la Rusia de principios de siglo, le escribió a su novia, en 1903, poco antes de ser arrestado por la policía zarista, una carta que refleja muy bien este estado de ánimo.

*"Nadie tuvo más expectativas de felicidad que yo, hasta el extravío de mis sentidos. Por eso mi experiencia puede ser instructiva para otros. Y voy a decirte esto: si alguna vez hubo un momento en que fuera yo realmente feliz y triunfara por completo, ese momento es ahora. Tú sabes que no he sido jamás del tipo ascético, soy simplemente incapaz de renunciar a las alegrías de la vida, pero jamás me he visto tan anegado como ahora por la plena alegría de vivir. Jamás he logrado tanto en la vida y jamás me ha sido ésta tan preciosa como me es ahora. [...] Y yo estoy pleno de felicidad [...] porque he cesado de ser esclavo de mi propia vida y me he convertido en su señor."*³

No hay momento para la depresión ni la melancolía. Mucho menos para la tristeza: *"A los compañeros muertos no se los llora, se los reemplaza"*.⁴ La febril actividad trasgresora no da tiempo para la reflexión y por lo tanto todo sentimiento de angustia es fugaz y se agota velozmente. La angustia era, para los más duros, particularmente para los militantes que participaban del aparato militar, un sentimiento pequeño burgués.

"No sé de hombre alguno a quien el destino haya dado tanto regocijo en la acción...",⁵ dice A. Mijailov (refiriéndose a sí mismo), también miembro de los Socialistas Revolucionarios, cuando ha sido condenado a muerte por el Zar.

El revolucionario deja de pertenecerse a sí mismo, su vida es de la Revolución y ella, la Revolución, decide, casi como un dios devorador de hombres, quién vivirá y quien no. Y mientras se vive, la intensidad es de tal magnitud que bien vale la pena el riesgo; exuberantes, alegres pero también frenéticos, los minutos del guerrillero son febriles. Por lo tanto, inolvidables.

"La guerra moderna –dice Callois–, y la fiesta primitiva son épocas de intensas emociones: crisis espaciadas, febriles, que rompen la apagada y tranquila monotonía de los días. Las preocupaciones personales ceden paso a las obsesiones colectivas".⁶

No sería aventurado preguntarse ahora si la voluptuosidad de la vida revolucionaria no influyó en la obcecación por proseguir con la guerrilla. Cuando todos los mensajes que lanzaba la realidad social indicaban que era el momento de acallar las armas, las distintas organizaciones armadas insistieron en el proyecto y se negaron a volcar sus energías en la acción política. ¿Acaso el cese de la actividad armada ponía en peligro la existencia misma de las organizaciones? Es frecuente que los grupos cerrados se conviertan en clanes que justifican su propia existencia mediante mecanismos autocomplacientes. La teoría se fundamenta en la propia práctica y esa práctica se verifica por sí misma.

En febrero de 1907, cuando los socialistas revolucionarios rusos discutieron acerca de la posibilidad de abandonar el terrorismo, varios miembros del ala militar se opusieron con el argumento de que sin la actividad armada la disciplina se destruiría y la organización acabaría por desaparecer. Lo que los unía era la acción más que la ideología. ¿Y qué es lo que posee la acción, cuál es el atractivo del peligro sino la secreta hermandad que se crea entre los seres gracias a la emoción que depara la presencia de la muerte? *"Una política reformista es a veces aburrida –difícilmente puede ser una negociación sobre el mejoramiento de la seguridad social más emocionante que el asalto al Palacio de invierno–, la alternativa puede muy bien resultar mortífera, homicida. El ceder ante el apetito de Apocalipsis resbala con demasiada facilidad hacia el suicidio moral"*, sintetiza Irving Howe.⁷

Pero ¿es sólo la emoción, el tuteo con el sacrificio de la sangre el que otorga esa magnífica y a la vez perversa plenitud de vida? De ser así, los delincuentes podrían considerarse afortunados porque conocen un aspecto de la felicidad humana. Bianco, nuevamen-

te, responde a esta pregunta: el hombre ideal "es el ciudadano [...] que, animado por un sagrado entusiasmo, dedica libremente su vida y sus posesiones a su país, se une a las bandadas patriotas como voluntario y toma las armas para servir [...] y participar con todas sus fuerzas en el sublime propósito de su regeneración".⁸

Es en esas últimas siete palabras donde se encuentra el corazón de esa elemental forma de amar la vida: la transformación social, la regeneración de la especie humana, la búsqueda de objetivos supremos, la fractura de la historia para construir otra, la conversión radical, en fin, del hombre. El militante guerrillero se apodera de un apostolado, que es el de erradicar de la tierra toda injusticia social. Y no es sólo el arma el que transforma su vida y le otorga ese goce tan peculiar. Es el arma junto con la convicción de que se está usando para un objetivo noble. El combatiente se siente acompañado por la historia; cada acto que lleva a cabo forma parte de un gigantesco tejido que miles de hombres comparten y ejecutan día a día. Nunca se sentirá solo. Porque sabe que comparte con otros una misma voluntad de cambio social.

El mismo lenguaje que se utilizó revela esa naturaleza de *hermandad sectaria* que tiñó a miembros de las organizaciones armadas. El *cumpa*, el *hermano*, los *tíos*, daban cuenta de una gran familia que no involucraba únicamente a los argentinos, sino también a los latinoamericanos. Los hermanaba, precisamente, el desinterés por los bienes materiales y por la propia vida. Los hermanaba el renunciamiento a las carreras profesionales, al dinero, al éxito profesional; los hermanaba la absoluta convicción de que eran capaces de transformar el mundo en un mundo puro y absoluto.

La vida plena, alcanzable solo a través de la relación física, voluptuosa con la muerte, se confunde con la mística de la violencia, de la guerra, con la exaltación de las armas como metálicos instrumentos de poder sobre el resto de los hombres. El combatiente, autorizado por la ideología a quebrar todas las convenciones sociales, es dueño de una libertad que no conocen quienes no participan de esa agitada vida. Es fundamentalmente un trasgresor, un libertario que puede fracturar el orden establecido porque lo hace con una intención superior. Y si esa intención no es reconocida por algunos miembros de la comunidad –aún aquellos aliados–, no importa; es apenas un lapso el que los separará: el lapso que va desde la incomprensión hasta la toma de conciencia que inevitablemente se producirá en algún momento. Tiempo, el guerrillero lucha contra el tiempo y lo hace con la convicción de que la historia ya está definida en cuanto al rumbo a tomar. Con la historia de su parte, con la verdad de los maestros que ya señalaron el camino, no hay impedimento alguno para que tarde o temprano se descubra el rol que debe cumplir la clase obrera. Se trata de que los hombres entiendan que deben ser libres.

Mientras ese proceso de concientización se produce, mientras los actores principales –obreros industriales, campesinos sin tierra, explotados, subsumidos, olvidados– se acercan lentamente hacia la verdad transparente y rotunda que es la Revolución, son los combatientes quienes asumen el papel de avanzada, de rompehielos que abre la brecha más difícil de la estructura de poder, de ejemplo de que es posible penetrar profundamente la aparentemente sólida fortaleza capitalista y producirle pequeñas derrotas que prepararán el terreno para el Día Final.

Pero al hacerlo, al lanzarse a la gran aventura que significa la lucha con las armas contra el formidable enemigo, el combatiente cae en la trampa –antigua trampa, por cierto–, de ser subyugado por la guerra, de ser atrapado por el vértigo que ella produce, seducido por los "*gritos de guerra y de victoria*" a los que se refería –también subyugado–, el Che Guevara.⁹

El combate es, por lo tanto, una fiesta, una gratificación de los sentidos. El *bautismo de fuego* es el primer contacto con el límite de la excitación. A partir de ese momento, conocido ese acto de exaltación, comenzará a producirse en muchos hombres el enamoramiento por la acción, la necesidad de repetir ese vértigo tan fácilmente confundible con el vértigo del amor.

Y a medida que se repita ese contacto con el combate se producirá un sentimiento místico que invariablemente distinguirá a los combatientes de aquellos que no lo son. Los primeros serán los que juegan con el riesgo, los que se acercan peligrosamente al límite de la vida y la muerte, los que conocen el placer de las grandes emociones, los que escuchan

⁸ O'Sullivan. op. cit. El subrayado me pertenece, S. B.

⁹ Guevara, Ernesto, **Crear dos, tres... muchos Vietnam es la consigna**, Del Plata, Buenos Aires, 1967.

FAL

10 Ernesto Guevara, op. cit.

11 Dostoyevsky, *Diario de un escritor*, Aguilar, pág. 1259.

12 Citado por Caillois, op. cit.

13 Ibid.

14 Ibid.

15 Ibid.

16 Marighella, Carlos, "La acción revolucionaria en la constitución de la organización", *Revista Nueva Antropología*, año IV, 15-16, México 1980.

17 Marighella, Carlos, *La guerra revolucionaria*, Diógenes, México, 1979, pág. 72.

la música de guerra que el Che Guevara describió como "*los cantos luctuosos*".¹⁰ Guerra y fiesta se equiparan como actos en los cuales los hombres eliminan falsos temores para recuperar el regocijo y la alegría.

No son pocos los que cantaron loas a la guerra. Dostoyevski dijo que la guerra es buena porque exalta el espíritu de sacrificio que hace la grandeza del hombre; la humanidad, que tiene conciencia de ello, ama por esta razón, confusamente, la guerra; la paz prolongada conduce al cinismo y a la hipocresía, hace a los hombres ávidos, feroces y groseros; mata el honor y deja subsistir sólo los gestos y las palabras de honor; la guerra da un impulso precioso a las ciencias y a las artes.¹¹

El escritor ruso dice que el combate da la oportunidad al más miserable de demostrar su nobleza. También Proudhon pregunta "*¿se sabría lo que vale el hombre sin la guerra?*" y se refiere a ella como un hecho divino, que escapa a la razón y a la voluntad humana. Su aparición tiene el valor de una teofanía. No admite interrogantes ni dudas. Es la expresión plástica del derecho divino, la fuente suprema de la justicia y la poesía. Sin ella, el hombre se empequeñece por doquier.¹²

John Ruskin confirma que en la guerra cualquier hombre puede morir dichosamente y que gracias a ella se han elevado las más altas virtudes de la humanidad. El arte, insiste, no florece sino en los pueblos de soldados. Los pastores y los cultivadores no producen obras de arte en tanto viven en paz. La guerra está, dice, en el origen del gran arte.

Es el combate entre los hombres el que demuestra toda la fuerza personal de la criatura humana, el que distingue al mejor hombre: el más ejercitado, más desinteresado, el más indomable, aquel que demuestra la mayor sangre fría. Este juego termina obligatoriamente con la muerte.¹³

De acto terrible donde la muerte impera, la guerra se transforma en un hecho estético: "*La guerra es para los hombres lo que el agua tranquila para los cisnes: el lugar de su belleza*". Es allí donde los hombres son hermanos. Y probablemente mucho más que hermanos: "*El contacto con el enemigo es un contacto de amor. Las primeras líneas en reposo son mujeres que duermen*".¹⁴

Mujeres a las que es posible poseer bajo el canto de la metralla. La guerra concentra la "*voluptuosidad de la sangre que se asemeja a la voluptuosidad del amor*".¹⁵

Acto amoroso, acto estético, momento en que los hombres recuperan su calidad de seres dignos, la guerra es la que permite expresar aquellos sentimientos generosos que la paz -lapso rutinario que impulsa hacia instintos mezquinos-, se encarga de ocultar tras el aparente disfraz de la civilización.

La guerra, una vez conocida, practicada, ejerce una atracción de la que no es fácil sustraerse. Carlos Marighella fue uno de los que explicitó su seducción por la guerra, aunque la disimuló bajo una cobertura ideológica: "*Nuestra función principal no es hacer reuniones sino desencadenar la acción...*".¹⁶ "*Alrededor de esa potencia de fuego que surge de la nada y va creciendo poco a poco, la masa se aglutina...*", [...] "*lo que nos hizo crecer fue la acción, única y exclusivamente la acción revolucionaria...*".¹⁷

Potencia de fuego, acción, guerra revolucionaria son conceptos que evocan riesgo, pelea, lucha con el cuerpo. Pero a la vez hermandad, amor, contacto, emoción. Un grupo de hombres armados, entrenados, solidarios y valientes que luchan por una causa justa no puede dejar de ejercer cierta atracción como imagen de la plenitud humana.

Nuestra compañera, la muerte

Todo revolucionario debe estar dispuesto a morir; esa es la regla del juego. Una vez iniciado el proceso que conducirá a la conquista del poder no existe retorno; se alcanza la victoria o el costo de la derrota será altísimo para los protagonistas.

En el instante en que asume el compromiso de tomar las armas para alcanzar el poder, adopta a la muerte como compañera de los próximos años, como dama que permanecerá a su lado y provocará en el revolucionario temor, seducción y en muchas ocasiones un irresistible deseo de poseerla. O mejor dicho, de ser poseído por ella.

A vencer o morir, Patria o Muerte, montoneros hasta la muerte, morir de pie, ni un paso atrás, son apenas algunas de las consignas que certifican ese camino sin retorno. Se gana o se muere es la consigna; no habrá situaciones intermedias. Ni siquiera la cárcel, que sólo será un lugar de tránsito para retornar luego a la lucha.

Esa vinculación que se va intensificando a través del tiempo tiene su correlato en la casi certeza del revolucionario de que no verá la Revolución.

Conciente de que la empresa es considerablemente grande, el revolucionario sabe que la guerra que se inicie será larga y exigirá una cuota de sangre muy alta. Ofrece su vida como un sacrificio necesario para pagar el precio que reclama ese formidable objetivo final. "Ofreceremos nuestros pechos a las balas de nuestros opresores", consigna repetida, es una muestra de esa dádiva de vida que el revolucionario asume con total convencimiento. Es una ofrenda al futuro.

Es probable que haya sido el Che uno de los revolucionarios que con más claridad explicitó esa relación. "En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, *bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria*".¹⁸

Es en ese texto donde el legendario Guevara ofrece su testamento y prácticamente se despide de la vida, tal como lo hicieron muchos otros años más tarde y en numerosos países americanos. Dice el Che: "Morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil... sea igualmente glorioso y apetecible...".¹⁹

Apetecible, dice Guevara. La muerte, la novia de todos, la amante arrebatadora y a la vez infiel, es apetecible. Ella nos ofrece el futuro que justificará nuestra existencia. "Cada gota de sangre derramada... es experiencia que recoge quien sobrevive...".²⁰

La sangre se derramó, inmisericorde, y la experiencia recogida fue –paradójicamente–, inversa a la deseada. Si algo igualó al campesino boliviano con el obrero industrial de Buenos Aires fue su renuncia a una propuesta que ofrecía morir ahora para que otros –en un futuro tan incierto como lejano–, viviesen mejor. Tan solo estaba el Che entre campesinos que rehuían su presencia, como los guerrilleros argentinos que en 1976 golpeaban por las noches –inútilmente–, las puertas selladas por el miedo. Tan abandonado a su suerte estuvo el Che en Famaillá, horas antes de su asesinato, como los jóvenes maniatados y encapuchados que esperaban la muerte en cualquier centro de las fuerzas armadas ante el aplastante silencio de las masas.

Es que el atractivo juego que ofrece la muerte sólo unos pocos lo juegan. La guerra, con su cuota de heroísmo, con su anecdótico épico, con su propia estética, con valores más fundados en agallas que en la razón, con la omnipotencia que otorgan las armas, la guerra, la violencia, en fin, no pertenece a la lógica de las mayorías.

Pero en aquel momento no lo sabíamos. Había confianza en que aquel grito de guerra llegara a un oído receptivo para extenderse como reguero que despertara a los trabajadores adormilados bajo la injusticia. Se ofrecían las vidas, el sacrificio; se ofrecía, como decía el Che, "lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra... regada con nuestra sangre".

Se ofrecía sangre ahora para una felicidad distante; tan distante que nadie podía vislumbrarla, ni siquiera el Che. En particular el Che, obstinadamente recurrente en su mención a la muerte, al rojo de la sangre, al dulce sonido de las ametralladoras y los gritos de guerra.

El tema de la muerte aparecía con frecuencia en las conversaciones de los combatientes. Su presencia cercana la convertía en un personaje de obligada referencia; hablar de ella enaltecía, de alguna manera, a los revolucionarios. Se le perdía el miedo, se la toreaba. A fuerza de hablar de ella se integraba a la rutina conspirativa. Era, por lo tanto, menos temible.

Pero esa vinculación no fue la misma al principio que en la etapa final. En 1970 eran pocos los muertos y pocos también los que habían visto morir a compañeros cercanos. El hecho de la muerte era todavía distante; una referencia leída en los diarios pero escasamente protagonizada por la mayoría de los guerrilleros. Salvo los casos muy excepcionales llevados a cabo por grupos que comenzaron la experiencia armada provocando combates, la mayoría tenía a la muerte como un personaje más literario que real. Exaltada como la

18 Ernesto Guevara, op. cit. El subrayado me pertenece, S. B.

19 Ibid.

20 Ibid.



21 MLN Tupamaros, *Actas Tupamaros*, Schapire, 1971.

22 *Evita Montonera*, año II, No. 14, Octubre 1976

23 Camus, Albert, *El hombre rebelde*, Losada, 1970, pág. 262.

24 *Ibid*, pág. 52.

25 Biedma, Patricio, Minello, Nelson, "La crisis y la guerra urbana en el Uruguay"; *Revista Nueva Antropología*, año IV, No. 15-16, pág. 125.

máxima ofrenda que un hombre puede hacer a otros hombres, la muerte formaba parte del folklore revolucionario: la guerra de España, la Revolución Rusa, los cubanos en el Moncada, eran historias en las que la violencia se confundía con cánticos heroicos, puños cerrados, fusiles en alto y campesinos cortando caña con un rifle en bandolera. No se conocía aún el pormenor de la muerte, la miseria inenarrablemente violenta de una vida que está acabándose. Esa fue una experiencia que se vivió con los años que siguieron, años en los que no se ahorraron vidas.

"*Sí, moriremos, pero será una hermosa muerte*", dice un decembrista ruso en 1825, en vísperas de la insurrección en San Petersburgo. Bella muerte es la que imagina el revolucionario cuando aún no ha ingresado en el mundo del terror. Es la misma exaltación que acompaña al soldado durante las primeras escaramuzas y que sigue junto a él en el fragor más intenso del combate, pero que lo abandona cuando el campo se puebla de cadáveres, cuando la visión de la sangre trastorna el bello paisaje en un escenario donde aparecen los gestos mezquinos, miserables, marcadamente primitivos de la muerte.

"*Ahora que tenemos todo asegurado, si hay que ponerle el pecho a las balas, lo pondré contento; no me importa morir*", dice el tupamaro Fernán Pucurull, exactamente 48 horas antes de caer muerto.²¹

"*Y sí, vos podías morir, como todo lo que se ofrece en sacrificio para que la Patria viva*", dice un montonero cuando escribe una semblanza a Paco Urondo pocos días después de su muerte en Mendoza. Y agrega: "*No te hacías ilusiones sobre la supervivencia personal. En todo caso estabas preparado para la muerte, como las decenas de muchachos y muchachas que se juegan diariamente la vida en una pinza, en una operación*".²²

El 10 de mayo de 1881, el revolucionario Kaliayev rechaza al sacerdote que se acerca al pie del patíbulo y se adelanta casi cien años al montonero: "*He terminado con la vida y estoy preparado para morir*".²³

No temer a la muerte, estar preparado para morir, ofrecer el pecho a las balas es la mención recurrente del revolucionario. No puede ser menos; la Revolución exige su cuota, insaciable, y quienes la invocan deben ser la ofrenda. El suplicio de la muerte ya no es tal; se convierte en un acto que confirma la condición de revolucionario de quien muere y construye simultáneamente una estética de la Revolución y el sacrificio.

"*En nombre de esa última alegría (la Revolución) que vos no viste y yo no sé si voy a ver...*", dice el mismo montonero que recuerda a Urondo, prácticamente dando a entender que él tampoco alcanzará la gloria de participar en la toma del poder.

La semejanza es asombrosa con la carta testamento que Zheliabov, deja antes de partir para asesinar a Alejandro II de Rusia: "*No tendré el privilegio de ser testigo de la última batalla. El destino me ha condenado a una muerte temprana; no veré, pues, la victoria...*".²⁴

Tenaces, recurrentes, los testimonios de revolucionarios que dan por hecho su muerte antes del triunfo se repiten a lo largo de la historia. La certeza de una hermosa muerte es más subyugante que la victoria final.

En los diarios de los años 70 los nombres de los grupos comando que participaban en acciones militares eran de militantes muertos. Se recordaba a los caídos a través de su nombre y en muchos casos adjetivándolos: Héroes de Trelew, Mártires de Córdoba, garantizaban el recuerdo de los muertos y conquistaban, de alguna manera, la eternidad; quien tuviese miedo de morir sabía que su nombre, en caso de muerte, sería recordado por sus compañeros en otras hazañas que eternizarían su figura y que obtendrían un propósito: vencer a la muerte.

"*Políticamente, los muertos, los mártires, tienen siempre mucha importancia. Ni la ultratumba puede brindar descanso a un militante político*"²⁵, dicen los tupamaros, quienes siempre expresaron con mayor ingenuidad lo que otras organizaciones disfrazaban con un lenguaje más retórico.

Pero si es la muerte el mayor diploma del revolucionario; si llega a ella y con su sacrificio alcanza la dignificación que la vida no puede darle, la recordación debe ser grandiosa, magnífica, debe convertir a ese hombre en un ejemplo intachable. No importa su conducta en vida. El acto del sacrificio lava todas las culpas, purifica mediante la sangre, absuelve para la eternidad.

En los periódicos de las organizaciones armadas se dedicaban grandes espacios a



26 Evita Montonera, Octubre 1976.

27 Texto reproducido por la revista *El Portefío*, abril 1986.

recordar a los muertos: revolucionario ejemplar, padre adorable, firme junto a su compañera, disciplinado, temido por el enemigo, audaz, valiente, pero al mismo tiempo imbuido de las virtudes que deben caracterizar a un militante del pueblo: humilde, sufrido, sensible a la injusticia social y estoico ante la desventura.

El maniqueísmo fue tan ingenuo que llegó a deformar las características personales de muchos militantes. Era tan interesado en mantener en alto la moral que no vacilaba en tergiversar los hechos con tal de ofrecer una imagen heroica.

Un caso fue el del poeta Paco Urondo. Trasladado a Mendoza en mayo de 1976, muere en junio de ese año. El parte de guerra publicado en Evita Montonera²⁶ dice que "el 17 de junio cayó combatiendo en Mendoza el oficial 1o. Francisco Urondo". Luego de una extensa nota laudatoria, se expresa: "...cuando te llegó el momento –en una cita de rutina–, te batiste junto a tu mujer y tu hijita y a otra compañera. Pero ellos eran demasiados, esa tarde aciaga".

Rodolfo Walsh, en un texto fechado el 29 de diciembre del mismo año da, sin embargo, otra versión sobre la muerte de Urondo: "El traslado de Paco a Mendoza fue un error. Cuyo era una sangría permanente desde 1975, nunca se la pudo mantener en pie. El Paco duró pocas semanas... Fue temiendo lo que sucedió. Hubo un encuentro con un vehículo enemigo, una persecución, un tiroteo de los dos coches a la par. Iban Paco, Lucía con la nena y una compañera. Tenían una metra pero estaba en el baúl. No se pudieron despegar. Finalmente Paco frenó, buscó algo en su ropa y dijo 'Disparen ustedes'. Luego agregó: 'Me tomé la pastilla (de cianuro) y ya me siento mal'. La compañera recuerda que Lucía dijo 'Pero papi, por qué hiciste eso'. La compañera escapó entre las balas, días después llegó herida a Buenos Aires... a Paco le pegaron dos tiros en la cabeza, aunque probablemente ya estaba muerto".²⁷

El relato de Walsh, amigo de Paco Urondo y minuciosamente fiel en la descripción de los acontecimientos, agrega que el episodio se produjo "en un contexto de derrota", lo que significa que muchos militantes –y probablemente Urondo–, no estaban en condiciones anímicas para tolerar el clima de represión y muerte que imperaba en 1976. Las delaciones, las citas cantadas, el avance de la dictadura militar habían ocasionado una desmoralización que debía ser ocultada mediante cualquier procedimiento, aún la mentira. ¿Cómo reconocer que Paco Urondo, un poeta revolucionario que conocía la cárcel y cuyos méritos militantes eran destacables, había sucumbido tomando el cianuro apresuradamente, sin ofre-





cer resistencia hasta la muerte, tal como lo indicaban algunas normas de procedimiento? El veneno se había admitido para ser usado cuando ya no existían posibilidades de fuga o cuando la víctima se encontraba desarmada frente a la policía.

Pero Paco, desalentado como una buena parte de la militancia que a fines de 1976 veía el descalabro que se estaba produciendo en las filas guerrilleras, decide morir cuando quizás podría haber vivido. O al menos ocasionado bajas al enemigo. Esa actitud, ese gesto del suicidio tan comprensiblemente humano en ese contexto de derrota que define Walsh, no puede ser tolerado por la dirección montonera, que en su periódico oficial modifica los hechos para evitar un posible contagio del desánimo que aquejaba al poeta.

Quien haya vivido la militancia guerrillera posterior al golpe de Videla recordará el profundo escepticismo que comenzó a extenderse desde el 24 de marzo. Hacia diciembre de ese año lo que quedaba de la mayoría de las organizaciones había sido infiltrado mediante un método que revelaba –precisamente–, la decepción imperante. Algunos militantes secuestrados eran “reintegrados” a las filas guerrilleras y operaban como delatores que causaban verdaderos estragos en los grupos. El que hasta ayer había sido un valioso militante revolucionario se convertía, asombrosamente, en un entregador de sus amigos y compañeros. “Todo está perdido”, era el argumento que le servía para justificar la delación que presuntamente le garantizaría su vida. La desconfianza en sus dirigentes, la sensación de derrota y la implacable maquinaria de la represión que golpeaba indiscriminadamente minó las escasas fuerzas que ya desde 1975 habían comenzado a caer.

Entonces, para “levantar la moral” era posible recurrir a cualquier procedimiento; desde la exaltación de los muertos hasta la disciplina férrea.

En un grupo armado se realizó una reunión de dirigentes en donde la mayoría insistió en la condena a muerte de un militante que luego de haberse refugiado en una embajada envió una carta –muy poco creíble, por cierto–, en la que afirmaba que se había visto obligado a ingresar en la misión diplomática luego de una persecución policial. La carta fue enviada el mismo día en que partía hacia el exterior, lo que de hecho convertía a la condena a muerte en un acto simbólico dada la imposibilidad de llevarla a cabo. No obstante, fue una ardua discusión la que se libró en esa reunión. El argumento de los que propiciaban la condena era que si no se penaba este tipo de indisciplina *cualquiera tenía derecho a desertar*.

Simultáneamente, los periódicos partidarios dedicaban páginas extensas a resaltar

hasta la caricatura a los que iban muriendo. En el artículo en que se informa sobre la muerte del "oficial primero" Carlos Caride se destaca que era "un hombre temido por el enemigo, como debe serlo todo militante popular". En el obituario se recuerda su trayectoria y se afirma que "frente a la tortura Carlos Caride impone una conducta revolucionaria: al enemigo no se le entrega ningún dato, ningún compañero".²⁸

El mensaje iba dirigido a una militancia que cada día era más débil frente a los tormentos físicos que los militares habían perfeccionado hasta límites inconcebibles. Pero no era ese perfeccionamiento el que doblegaba la voluntad de la mayoría, sino el desánimo en que había caído gran parte de esa militancia.

"Su lealtad (la de Caride) a los intereses revolucionarios era tan inmovible como la de Evita" insiste el articulista, quien luego de destacar la solidez "en la vida con su compañera y sus hijos" recrea la imagen final: "...ya malherido en su último combate, mostrando y gritando un montonero no se rinde".²⁹

A pesar de estas apelaciones un número alarmante de guerrilleros de todas las organizaciones se rendía más allá de lo previsto. Exhaustos, desmoralizados, muchos de ellos respiraban aliviados cuando eran capturados; porque si bien el terror a la tortura era intenso, el acto de ser apresado significaba el fin de los padecimientos que se vivían cotidianamente. La prolongada agonía de las organizaciones armadas produjo innumerable cantidad de muertes que podrían haberse evitado. Pero las direcciones de los grupos insistían en mantener una ofensiva suicida contra un poder que cada día estaba más firme. Con apelaciones al combate, con la glorificación de los muertos y la condena a los desertores, se intentaba revertir un proceso que era a todas luces poderoso en su avance y criminal en sus métodos.

"La rebelión, desviada de sus orígenes y disfrazada cínicamente, oscila en todos los niveles entre el sacrificio y el asesinato. Su justicia, que ella esperaba que fuese distributiva, se ha hecho sumaria". Este juicio corresponde a Camus³⁰ y es inquietante. Aunque parezca excesivamente cruel en su juicio a los revolucionarios, su afirmación no está alejada de la realidad. En particular, cuando esa realidad se produce en un contexto general de derrota y escepticismo.

A fines de 1976 el mundo de la guerrilla se había convertido en un mundo donde la muerte y el disparate eran los principales protagonistas. Fuera la que correspondía al enemigo o la propia, la muerte se deslizaba furtivamente entre los hombres y las mujeres; instalada como el principal personaje de la historia, se había adueñado de las voluntades y con su presencia influenciaba cada decisión, cada propuesta de esa militancia.

El suicidio, inicialmente condenado por las organizaciones armadas, se puso en práctica y fue aceptado como método luego del golpe militar, debido a las terribles torturas a que eran sometidos los prisioneros. Como ya no era posible garantizar la resistencia de la militancia se autorizó el uso del cianuro para los casos de secuestro y en donde no se podía hacer uso de las armas. No es fácil transmitir el estado de ánimo de una persona que diariamente circulaba por la calle llevando en el bolsillo una cápsula de veneno que sería ingerida ante la menor sospecha de detención. Era la vida en un hilo a punto de cortarse; era la sensación de que ese día quizás fuera el último. Pero a diferencia de los inicios de la guerrilla, allá por 1970, etapa en donde la muerte tenía rasgos heroicos y gloriosos, en el final era el agobiante estado de ánimo que teñía cada hora, cada cita, cada conversación con algún compañero que –por qué no–, podía ser el delator que con un gesto habría advertido a los matadores que ya era el momento de actuar.

Cercados, desanimados, carentes de fe pero a la vez empecinados en una inercia difícilmente explicable, los sobrevivientes de los grupos rebeldes ya diezmados, se cohesionaban ante la ofensiva enemiga a través de un comportamiento autodestructivo.

Hubo una suerte de suicidio, producto de la sensación de pérdida de integración a grupos que poco antes habían sido poderosos y que ahora se debatían entre la vida y la muerte y agonizaban ante la feroz represión. La sensación de aislamiento y la certeza no confesada de inminente derrota impulsaban al militante a bajar los brazos, entregarse, dejarse agarrar o suicidarse. Ese acto final, que justificaba la ingestión del cianuro, otorgaba al militante una certeza –la de la muerte–, último ademán final de una gesta frustrada.

Pasar de la simpatía inicial de la sociedad al rechazo popular, de los cantos heroicos a la triste certidumbre de la derrota, nos llevó apenas ocho años. Lapso insignificante en la historia que dejó, paradójicamente, una cicatriz que atraviesa a más de una generación. ●

28 Evita Montonera, año II, No. 14, octubre 1976.

29 Ibid.

30 Op. cit.



Entrevista a

JUAN CARLOS CIBELLI

FIGURA EMBLEMÁTICA DE LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA, LA HISTORIA DE JUAN CARLOS CIBELLI, QUE OCUPÓ UN LUGAR DE RELEVANCIA EN LA FORMACIÓN DE LAS FUERZAS ARGENTINAS DE LIBERACIÓN (FAL), REVELA EPISODIOS DESCONOCIDOS Y CONTROVERTIDOS ASPECTOS DE LA MILITANCIA ARMADA.

En la entrevista que sigue, el *Ciego*, su apodo más conocido, pasa revista a sus orígenes en Chivilicoy, la militancia en el grupo Praxis de Silvio Frondizi, la formación de las FAL, los operativos ejecutados, la cárcel y los balances políticos realizados, reflexionando sobre una experiencia militante con el indisoluble interés de contribuir al desarrollo de las nuevas expresiones políticas y organizativas de los movimientos sociales en los que participa activamente.

—Comencemos con los datos personales.

—Muy bien, nací el 7 de octubre de 1935, en Chivilicoy, provincia de Buenos Aires, en el seno de una familia de chacareros. Antes de convertirse en un reducto conservador Chivilicoy era una de las zonas más progresistas de la provincia. Mi abuelo tenía unas hectáreas en Enribel, una zona cercana. Mi vieja era maestra, mi viejo chacarero. Mi vieja enseñaba en la escuela 38 de Enribel, una escolita rural en donde hacía desde el trabajo de portera hasta el de directora. Vivía con

mi abuela hasta que conoció a mi viejo y se casaron. Con los años y en virtud de los meritos acumulados, mi mamá fue promovida y trasladada a una escuela de ciudad, y en el 42 nos mudamos a Chivilicoy.

—¿Qué pasos siguió tu formación?

—Terminé la primaria y comencé la secundaria en la Escuela Normal Mixta. Había otras opciones, como el Colegio Nacional y la escuela Técnica, pero yo tenía el mandato de ser maestro, como mis tíos, mis hermanos y mi vieja. Y me recibí en 1953. Por entonces yo era un tipo predispuesto a la literatura y, sobre todo, a la filosofía. Recuerdo a un profesor que me esperaba en la puerta de la escuela, para luego ir conversando sobre temas filosóficos hasta su casa; conversaba con un compañero que escribía poesías y con otro profesor, Juan Domingo Serpa, poeta de origen quechua, con quien íbamos a su casa para hablar de literatura. También por entonces y gracias a mi profesor de Botánica descubrí a Darwin, y hasta comencé a rastrillar la zona buscando huesos.

—Y políticamente, ¿cuáles eran tus alternativas o tus elecciones?

—Mi padre era conservador. Después, con la llegada de Perón en el 43, como muchos conservadores se convirtió en peronista. Por él comencé a escuchar sobre las reivindicaciones obreras. Y gracias a mi único tío radical, tuve las primeras nociones de Reforma Agraria. Todos los demás hablaban de cuestiones obreras. Mi vieja, que tenía otro nivel intelectual, me inculcó otro concepto: el de la justicia, que me marcaría para siempre: si algo era injusto, había que luchar para que sea justo. Y así me fui formando. Por un lado, con lo que mi viejo me decía sobre las reivindicaciones obreras y cuánto era lo que Perón había hecho por ellas. Por otro lado, mi vieja y el tema de la justicia. A los quince años era todo un peronista.

—¿Y como siguió tu relación con el peronismo?

—Bien, exactamente hasta la muerte de Eva Perón, cuando vivo una experiencia que va a marcarme a fuego.

—¿Qué pasó?

—Resulta que yo era escolta de bandera, y cuando muere Eva Perón tuve que realizar todos los días,



durante un mes y medio, la misma ceremonia: nos llevaban a la plaza del pueblo, donde se velaba un retrato de Evita, con crespón negro y todo, y ahí nos teníamos que quedar custodiando el retrato, en posición de firme, durante 45 minutos; después, cuando nos íbamos, teníamos que dar el pésame al jefe del partido, al intendente, al jefe de la CGT y a la jefa de la rama femenina. Eso me indignó tanto, que ya no pude ser nunca más peronista.

—¿Y luego?

—Por 1953-54 intenté afiliarme a la Juventud Radical, que era lo más progresista que podía haber en la zona, y hasta intenté formar una especie de Centro de Egresados, pero finalmente no resultó. De todos modos yo quería irme de Chivilicoy, y venir a Buenos Aires a estudiar filosofía. Finalmente consigo trabajo en la sucursal 16 del Banco Provincia, Alsina y San José, y me vengo a la Capital. Recuerdo que cuando desembarqué lo primero que me impresionó fue una enorme pintada que decía: "¡Fuera yanques de Guatemala!". Me impresionó mucho y me pregunté: ¿qué habrá pasado en Guatemala? Porque yo no tenía la menor idea.

—¿Conocías gente acá?

—No, llegué y me fui directo a vivir a una pensión, como todos los que venían del interior del país. La vida en una pensión es muy rica, porque se conoce gente de todos los rincones. Casi como una colimba laica. Los fines de semana prácticamente no se salía: o estabas muerto por el trabajo de toda la semana o no tenías adonde ir porque se ganaba poco. Y entonces nos juntábamos todos los pensionistas a tomar mate. Y es allí donde conozco gente que estaba ligada a Silvio Frondizi.

—¿Seguías esquivo con el peronismo?

—Totalmente. Es más, por entonces era muy, pero muy gorila, y hasta me alegré cuando cayó Perón. Peor todavía, hasta tuve la intención de incorporarme a las Comandos Civiles ¡Mira si era gorila! En 1956, caminando por la avenida Corrientes, tuve mi gran encuentro con un libro: **El Estado y la Revolución**, de Lenin, y eso fue para mí un antes y un después. Porque a partir de allí me convierto en un revolucionario.

—¿Hasta ese momento no habías accedido a otras lecturas?

—Nada, absolutamente nada. Lo máximo era Kant, y con eso creo decirles todo. Es paradójico, pero con la Revolución Libertadora tuve acceso a los libros de marxismo, sobre todo porque el "veranito democrático" que llegó después del golpe permitió que todas las librerías se abrieran a los libros y materiales de formación del Partido Comunista.

—¿Y a partir de esa lectura?

—Cambió todo. Me acordé de un compañero de la pensión que me había hablado de un grupo, y le pedí que me llevara. Entonces caigo en Praxis, donde me presentan a Silvio Frondizi, a Eugenio Werden, a Ricardo Napurí y a Marcos Kaplan. Cada uno de ellos tenía a su cargo un área distinta de capacitación, y empiezo a estudiar con ellos. Werden nos daba clases de Filosofía; Napurí sobre realidad latinoamericana y Silvio sobre la realidad de nuestro país. Leíamos su libro **La realidad argentina**. Una verdadera escuela de formación de cuadros. Y a veces, cada 15 o 20 días, nos reuníamos con Kaplan y su compañera, para ver las cuestiones prácticas de la organización de Praxis. Nos ocupábamos de temas

teóricos y así estuvimos más de un año. Además repartíamos el periódico **Revolución**.

—¿Cuántos militantes eran?
—Yo no lo sabía muy bien, porque cuando hacíamos nuestras reuniones no éramos más que seis o siete. Pero en el apogeo de Praxis debimos haber sumado entre 200 y 300 distribuidos en cuatro regionales: oeste, norte, sur, y Capital.

—¿Cómo continuaron tus lecturas?
—Seguí leyendo cuanto cosa de Lenin caía en mis manos, ya que por entonces se había convertido en mi autor preferido. Pero yo tenía inclinación hacia la filosofía y trataba de responderme en términos trascendentes, es decir, buscaba los por qué de las cosas. Por entonces me hice muy compinche de Werden, con quien tuve conversaciones interminables. Recuerdo dos libros que trabajamos juntos: **El mundo de los hititas** era uno, y **El miedo a la libertad**, de Erich Fromm, el otro.

—¿Y con Silvio Frondizi?
—Silvio nos apabullaba con sus conocimientos. Imagínense, yo tenía 20 o 21 años y cuando Silvio se ponía a hablar, ¿qué te quedaba por hacer? Aprender y absorber todo lo que se podía. Nada más. No podías decir nada. Hasta que comenzó el trabajo político. Ahí la cosa cambió.

—¿Cuáles fueron esos cambios?
—En esa época el movimiento obrero se había dividido en tres partes: los 19 gremios del PC, los 32 gremios democráticos y mayoritarios y las 62 organizaciones del peronismo. Yo militaba en el banco y había sido elegido delegado de la sección. Además, había comenzado a trabajar en La Bancaria y participando en su organización. Entonces nos dimos la política de echar del gremio a los 32 mayoritarios y democráticos, para convertirlo en un gremio muy progresista. Ahí compartí el trabajo con la militan-



cia sindical frondizista y con algunos del PC, como Floreal Gorini y hasta con Carlos Ruckauf, que militaba en el gremio del seguro.

—¿Cómo siguió tu militancia?
—Después del golpe, y por varios años, me dediqué a la militancia bancaria, hasta que en la famosa huelga del 58 fuimos todos en cana. La Asociación Bancaria dio la orden de tomar las sucursales y la única sucursal tomada fue la mía. ¿Se imaginan? Nos sacaron encadenados, custodiados con fusiles y nos llevaron a Campo de Mayo. Aquello fue increíble. Los familiares de los detenidos fueron todos para allá, atravesaron los controles, las vallas, invadieron Campo de Mayo y llegaron hasta donde estábamos nosotros. Un auténtico quilombo para la "libertadura".

—Tu experiencia práctica comenzó a ser tan importante como la teórica.

—A mi me afianzó muchísimo la actividad sindical y comencé a ser un dirigente destacado del gremio. Hasta llegamos a organizar un comité de huelga que llevó adelante una histórica huelga de 62 días. Eso me dio mucha "calle". Nos reuníamos cada media hora y volvíamos a dispersarnos y así todo el día, para impedir funcionar a los bancos. Finalmente, con Frondizi como presidente, sobreviene la derrota. La Asociación Bancaria da la orden de plegarnos a una huelga general y yo soy de los pocos que la cumplen.

—¿Qué suerte corriste?
—En la sucursal donde trabajaba el jefe me dijo: "Cibelli, ¿que quiere



hacer, una revolución con una honda? Déjese de joder”, y me castigaron enviándome a una sucursal. Y caigo en Lomas de Zamora. Eso motivó que pidiera el traslado en Praxis, y así dejé de militar en la Capital para hacerlo en zona sur.

—¿Cómo era la militancia en la nueva regional?

—En la regional había unos 19 militantes, pero sobresalían dos: el gordo Lemar y Ricardo, tipos brillantes que tenían su propia concepción de como hacer las cosas, y con un gran ascendiente sobre el resto. Ambos venían de militancia en el PC. Lemar era profesor del Instituto de Lomas, y Ricardo un estudiante; va a ser él quien nos marcará a fuego durante la primera etapa de las FAL.

Apenas llego y me recibe Ricardo,

quien me da una serie de indicaciones y normas que debía cumplir para poder militar en la célula. El creía que yo era un niño bien, un náufrago de la Capital, y en su mente estaba esa necesidad de conectarse con la realidad, lo que llamaba “embarrarse”. En lo sustancial, la militancia no era muy distinta a la de la Capital: repartir la prensa y asistir a reuniones de formación. Los sábados discutíamos la realidad nacional, cada hecho ocurrido en la semana. Y después realidad internacional. Y así estábamos todo el día, desde las 8 de la mañana hasta las seis de la tarde. Los domingos los dedicábamos a la formación integral: economía, filosofía y política. Lemar, por ejemplo, era el especialista en PCUS y revolución rusa; de las cuestiones políticas, se encargaba Ricardo; y yo de la economía. Eso era Praxis zona sur. Y a todos los demás los descalificábamos diciendo que eran pequeños burgueses del centro.

—¿Seguías viviendo en pensiones?

—No, ya había conocido a mi compañera y vivía en su casa. Mi compañera merece un recuadro aparte. Ella no era militante; y siempre fue mi auténtico cable a tierra. Toleró todo, conocía todo y sabía a la perfección todo. Sufrió persecución, secuestro, cárcel y tortura, y jamás canto nada. Si hubiese hablado, de las FAL no quedaba nada. Hace 46 años que estamos juntos y muchos le debemos la vida.

—¿Había desacuerdos con la dirección de Praxis?

—En 1958 comienza a prepararse el congreso de Praxis, para definir una estrategia. La zona sur tenía una postura propia, diferente y contraria a la de la dirección. Nosotros decíamos que había que continuar con la formación teórica, pero que teníamos que profundizar el contacto con la clase. Además agregábamos un punto clave: que a la militancia había que añadirle algunas acciones de tipo militar,

para acumulación financiera, de experiencia y de armas. Es decir, preparar a los compañeros en actividades que hicieran su formación más integral. Partíamos de la premisa que los militantes iban a participar, en algún momento, de un movimiento insurreccional, y que todas estas cuestiones no deberían serles ajenas.

—¿De dónde sacan esa tendencia? ¿Quiénes influyen en ustedes?

—Bueno, no hay que olvidar que por entonces había un movimiento internacional de liberación muy importante. Curiosamente, los cubanos no nos influenciaron en nada. Incluso decíamos que Fidel Castro era un niño bien que se estaba dedicando a hacer una revolución. Para nosotros era la versión cubana de la Libertadora. Así que la influencia venía de otro lado. De todas las lecturas y de toda la formación que recibíamos. Imagino que todo esto debe haber salido de las elucubraciones brillantes de Ricardo, de las de Lemar, y algo que pude haber aportado yo. Esas tres personalidades más lo que podía aportar Jorge Pérez, que por entonces tenía 17 años, y otro Jorge, que venía del Partido Socialista.

—¿Y cómo les fue en el Congreso?

—Para la mierda; presentamos la tesis y demás está decir que nos sacaron a patadas. En realidad, más que sacarnos, nuestra propuesta perdió y al más puro estilo de la izquierda, al perder nos fuimos. Y nos fuimos todos, los 17 que éramos.

—¿Tenían idea que hacer después de semejante final?

—Tras la ruptura, lo primero que dijimos fue: “lo que se viene ahora va a ser muy pesado, ¿quién de nosotros sirve para eso?” Y entonces decidimos echar al resto de los compañeros y empezar solos con una nueva cosa. Para eso convocamos a una reunión al grupo y le dijimos que habíamos llegado al

final, que cada uno se iba a tomar mate a casa, nos despedimos como buenos camaradas y adiós. Todos se fueron y sólo quedamos los cinco fundadores de una organización nueva. Esto ocurrió en enero de 1959, en una casillita de la Salada, de la tía de Lemar. Ahí fundamos la organización que aspiraba a disputar el poder a la burguesía en nuestro país.

—¿No le pusieron nombre?

—No, porque estábamos convencidos de que íbamos a participar en la insurrección, no la íbamos a hacer; por consiguiente, todo lo que hiciéramos por izquierda no tendría por qué conocerse. En nosotros primaba el concepto de acumulación: capacitarnos y, mientras tanto, profundizar el trabajo en la clase.

—¿Qué los precipitó a comenzar a prepararse?

—El Plan CONINTES y la toma del frigorífico Lisandro de la Torre nos alentó a fundar la organización. Casi enseguida se produjo la huelga del frigorífico Monte Grande, justo en una zona muy cercana a la que estábamos nosotros.

—¿Que participación tuvieron?

—Estuvimos trabajando en el frigorífico seis o siete meses, y tal es así que llegamos a participar en las reuniones del Comité Directivo de la Carne de Monte Grande, con el negro Salto y otro más. Hicimos una tarea bastante interesante dentro de lo que nosotros considerábamos "ir al barro", es decir, fuimos a la huelga, apoyamos a los compañeros, movimos a todo el barrio, hicimos colectas, conseguimos cosas para que puedan vivir, hicimos rifas, los acompañábamos a las movilizaciones, en fin, a los tumbos tratamos de estar con la clase y repartir nuestro periódico.

—¿Cuál era?

—"Llamarada". Y Lemar era el encargado.

—De "La Chispa" rusa ustedes pasaron directamente a la "Llamarada".

—Me acuerdo que Lemar dijo: "Iskra" era "La Chispa" y no podemos ponerle el mismo nombre. Bueno, entonces metámosle algo que tenga que ver, y así se eligió "Llamarada". Éramos muy pendejos. Yo tenía 24 años y era el más viejo de todos.

—¿Cómo continuó el desarrollo de la organización?

—En el 59 hicimos ese trabajo en la carne y seguimos con la formación teórica. Yo me convertí en el espe-

nuevo militante? Primero, entrega total, capaz de armar y desarmar una pistola 11,25 en pocos segundos y de trabajar en una huelga. Nos planteamos entonces incorporar gente de absoluta confianza. Y si no nos convencía, no los admitíamos. El trabajo comenzaba en el círculo de amigos y relaciones personales. En el 59, 60 y 61 nos dedicamos exclusivamente a eso. En 1962, año de grandes hitos de nuestra historia como organización, ya éramos poco más de treinta. Pero la verdad es que no teníamos mucho interés en ser más que eso; falta-



cialista en economía y, por consiguiente, agarré el manual de economía de la URSS y con eso daba un cursito, ¿leer a Marx? Ni loco, a lo sumo Politzer. Además, por mi intervención en el gremio, era el encargado de las cuestiones gremiales. Jorge Pérez, a la vez, se encargaba de la realidad internacional, que conocía a fondo.

—¿Incorporaron gente en esa época?

—Nosotros nos preguntábamos: ¿cómo hacemos para incorporar gente a este nuevo tipo de organización? ¿Cómo tenía que ser ese

ba mucho para la insurrección y teníamos tiempo.

—¿Se buscaba a la gente en algún núcleo en especial?

—Yo buscaba bancarios, otros telefónicos, otros en el Partido Socialista, es decir, en nuestro ámbito. Los que trabajaron dentro del PS, por ejemplo, especialmente en las células de Remedios de Escalada y Lanús, terminaron incorporando a toda la juventud de esas zonas, entre los que estaban Alejandro Baldú y Carlos Dellanave. Por el 60/61 nos habíamos conectado con el gremio de los Canillitas, gracias al trabajo

de dos compañeros ex PC que atendían un quiosco de diarios en la estación de trenes de Constitución, en el andén n° 8. Allí comenzó a funcionar en gran parte la "sede" central de nuestra organización. Ellos nos conectaron con otra gente del gremio y luego con los trabajadores de la estación, en el rubro vía y obra. También conocimos gente de gráficos y de gastronómicos, en especial con gente del aparato de autodefensa.

—¿Qué otras tareas desempeñaban?
—Algunas tareas específicas, como localizar coleccionistas de armas,



para luego ir a afanárselas. Así nos alzamos con una Lugièr. Por mi parte, aprovechando el hecho de ser empleado bancario, comencé con otros compañeros a estudiar la posibilidad de realizar estafas, lo que nosotros bautizamos "acciones de guante blanco", intentando hacer las cosas organizadamente y bien planificadas.

—¿Tenían algún modelo de organización en especial?
—Teníamos un gran respeto por el PC. Pensamos que eran una manga de reformistas, pero nos gustaba su estructura, como hacían el tra-

bajo, y lo que estábamos haciendo era en parte una copia del PC, sin ser el PC. Es más, muchos de nosotros teníamos admiración por Stalin y el trotskismo era nuestro peor enemigo.

—¿Ninguno se cuestiona que estaban formando una secta política?
—No ninguno. Nos sentíamos elegidos, detentábamos el saber absoluto y la verdad, y creíamos que si no lo hacíamos nosotros no lo haría nadie. Pero no obstante, la formación que nos había dado Silvio Frondizi nos otorgaba por lo menos la característica de querer entender qué pasaba a nuestro alrededor. Algo captábamos, pero igual, éramos unos pendejos soberbios.

—¿Qué estrategia política se daban?
—Entre 1964 y 1965 se produce la etapa más original de la organización y la que más frutos acarreo, sobre todo en los aspectos que hacen a la planificación de acciones. Ayudó mucho tener un concepto de acumulación, que nos permitió una estrategia sin tiempo. Sabíamos que la revolución no estaba a la vuelta de la esquina.

—¿Tenían relaciones con los cubanos, como otros grupos de la época?
—Los cubanos vinieron a acá buscar gente para hacer cursos de guerra de guerrillas, con la estrategia de considerar a los Andes como la columna vertebral de la guerrilla. El único grupo que no viajó fue el nuestro. Primero, porque acá la revolución se iba a dar en la ciudad y no en el campo; teníamos 82% de población urbana, y un desarrollo industrial proletario muy importante en los suburbios de las grandes ciudades, como Buenos Aires, Córdoba y Rosario. Entonces, si querían ayudarnos a nosotros, que éramos los que haríamos la revolución, exigimos que nos dieran otro tipo de apoyo.

—¿Cómo cual?
—Cursos de Estado Mayor, movimientos de columnas, cursos de aviación y manejo de tanques. Si no, no servía. Teníamos la idea de infiltrar a las fuerza armadas, a las que íbamos a destrozarnos en la insurrección. Esto nos daba características especiales y reivindicábamos nuestra capacidad de pensar y movernos autónomamente.

—¿Cómo creían que se daría el proceso revolucionario local?
—Decíamos que la realidad argentina era muy diferente al resto del continente, y teníamos razón. Argentina no era Latinoamérica y nuestro proceso revolucionario tendría particulares señas nacionales.

—¿Y en qué frentes trabajaban?
—Trabajábamos en la clase y con la juventud, aunque limitados a las escuelas secundarias, a través de nuestra Liga de Estudiantes Revolucionario (LER). Lo hacíamos con ese nombre porque decíamos que en los frentes de masas había que tener una nominación para poder ser identificados. Ricardo fue el responsable de ese frente que se desarrolló en Lanús y gracias al cual se incorporaron algunos militantes.

—¿Y la militancia universitaria?
—No queríamos saber nada con ella. Por entonces la universidad era el foco de atención de todos los servicios y si aparecíamos en la universidad seríamos de inmediato fichados, y en esa etapa no queríamos saber nada de eso. Ese fue otro aspecto de nuestra organización: éramos muy buenos para evitar ser infiltrados. Además teníamos la soberbia de pensar que en la universidad todos eran pequeños burgueses que no servían para nada y que lo único que sabían era hablar de la revolución, pero sin pasar a la acción.

—¿Cómo se decidieron a realizar una tarea armada?
—Finalmente, llegó la hora de la

verdad y había que probarse. La primera acción se preparó durante un año. El blanco era el Instituto Geográfico Militar, ubicado en la avenida Santa Fe, donde había dos compañeros haciendo la colimba. La idea fue que durante ese año, y aprovechando los contactos, planificaríamos una acción que culminaría con el robo de todas las armas. Primero se le encargó a nuestros dos colimbas que roben la llave de la sala de armas, le hagan un molde de plastilina y la dupliquen. La cosa marchó muy bien y para confirmar nuestra planificación, me mandaron a mí a sacar fotos del interior y a recorrerlo hasta llegar al blanco final, chequeando que todas nuestras informaciones fueran correctas.

—¿Y vos fuiste al IGM?

—Claro, entregué mis documentos, dije que quería comprar un mapa y caminé por adentro sin problemas, reproduciendo el itinerario que tendríamos que hacer para entrar y salir. Finalmente terminamos con la planificación y se decidió hacer la operación el 16 de junio, fecha por demás emblemática. Queríamos hacer aparecer el operativo como un afano de los "colorados", que estaban en plena lucha contra los "azules".

—¿Cuál era la dimensión de la organización en ese momento?

—Entre todas las células no había más de 30 o 32 militantes, contactos y simpatizantes. La gente no sabía cuántos éramos, y creían que la organización era muy importante. Tampoco decíamos que nosotros cinco éramos la conducción. Al contrario, decíamos que arriba nuestro había más gente y arriba de esa gente, todavía más.

—¿Por qué la fantasía de decir que eran muchos más de los que realmente eran?

—Porque creíamos que la mística ocupaba un lugar fundamental en estas cosas, la mística de formar parte de algo muy, pero muy gran-

de e importante.

—¿Pero no se cuestionaban que la mística estaba fundada en una falsedad?

—En absoluto, lo decíamos alegremente. Después, en la cárcel, fui recapitulando y viendo muchos de esos errores.

—Volvamos al primer operativo.

—Un día, al cabo de un año, reunimos a toda la gente en aquella casilla de La Salada. Era increíble, nadie se conocía porque estaba prohibido saber hasta el nombre de los compañeros. Dirección y teléfono ini hablar! Para esa época Lemar ya se había ido, porque estaba en desacuerdo con hacer el IGM. Imaginen 30 o 32 tipos, entre los que habían ocho o nueve mujeres, reunidos en una casilla en la que apenas entrábamos. ¿Qué es lo que veían? Una dirección que les decía qué tenían que hacer. Había planos, organigramas de grupos, fotos ampliadas ¡Parecía el Estado Mayor Conjunto! Y se logró el efecto buscado. Todos pensaban que estaban en una organización de la san puta. Tampoco sabían que era la primera operación que realizaríamos; creían que era una especie de prueba que íbamos a hacer para saber si estaban a la altura de la circunstancias. En otras palabras, para probarlos. En fin, la manipulación de la voluntad humana. El operativo se discutió muy bien y se permitió que cada uno expresara sus dudas. El objetivo, por supuesto, se les comunicó recién el mismo día de la operación.

—¿Y cuál fue el resultado?

—La acción se hizo sin problemas y con la prolijidad pensada. Cuando terminó el operativo, dejamos un boleto de tren marcado en la estación correspondiente al barrio donde vivía el jefe del IGM, que era "colorado", para involucrar a esa fracción del ejército. Y hasta donde supimos, en un primer momento los inculparon a ellos nomás. Nuestros compañeros que-



daron más que convencidos que la cosa iba en serio y que el viaje de nuestra lucha no tenía retorno. El espaldarazo fue tan grande que en un par de años la cantidad de simpatizantes, contactos y militantes se duplicó.

—¿Qué se llevaron del IGM?

—Nos alzamos con 42 pistolas 11,25 y 7 ametralladoras, entre PAM y Halcón. No les dejamos ni una. Nada. Después cerramos con llave y nos fuimos.

—Y tras esa primera acción, ¿cómo siguió el desarrollo de la organización?

—Cumplido el primer aprovisionamiento de armas, comenzamos a pensar el aprovisionamiento financiero. ¿Por qué? Porque se necesitaba que la organización comenzara a crecer en infraestructura. Por consiguiente se le dio la orden a los militantes bancarios para que estudiaran cómo podíamos realizar esta fase. Lo primero que se pensó fue en realizar alguna estafa a los bancos.

—¿Qué hicieron?

—Decidimos que todos debían pedir ser trasladados a la sección de Cuentas Corrientes, porque allí

... como también al-
ores.
itacar que con an-
fueron denunciadas
illares, actuaciones
y intervino el juez
gazzi,

en distintas direcciones. El
pital Ramos Mejía.
● Frente a la estación C
ayer, a la 0.30, dos indivi
pa 6.225, conducido por A
y al llegar a la esquina de

... también Ocurrió

de 37 Pistolas

us Deshechos

de Espectacular

o los autores del
bulones de cobre,
itas y material, por
00, del estableci-
ue la firma Cesma
ca poseo en Ingla-
de dicha localidad.
ros de dichos ta-
habían asociado pa-
r tales sustraccio-
squel Hernández,
s; Sebastián Man-
17, y Andrés Hora-
eri, de 24 años,

ducido por Osvaldo Mai-
llo, lanzándolo contra la
rta conminada en medio
a causa de un choque in-
spectacular y los vehicul
la garita quedaron con-
perfectos, sin que en el
cidente se registraran
tinas.

ACLARACION

Con referencia a la in-
tación de papel en formu-
losa, de la cual informá-
ría en su edición de ay
firma Plácido Vega, de
320, aclara su total des-
lación del aspecto ilícito
caso, dado que solo fue
sitaria de las bobinas y fi-
consignados a Atoparda
Limitada, cuyo socio ge-
Carlos Racher, fue deb-

estaban los datos necesarios para conocer aquellas cuentas a las que se les podía estafar. Para entonces ya habíamos asaltado un Registro Civil, del que sacamos muchas libretas y sellos necesarios para falsificar documentación. El mayor problema que teníamos era cómo resolver la impresión digital. Finalmente se nos ocurrió una solución por demás sencilla: a la hora de poner la huella, pusimos la del dedo del pie, que pensábamos no estaba registrada en ningún lado. Además, con una máquina de coser y unas agujas especiales hicimos las perforaciones de las libretas. Finalmente logramos un documento a nombre de un tal Carlos Amoroso, siempre ayudados por gente de gráficos y de prensa.

—¿Para qué servía la documentación falsa de una sola persona?

—En aquel entonces la libreta de cheques tenía un papel blanco con una determinada tipografía que decía: "entréguese por la presente.... chequeras". Los que estaban en la sección cuenta corriente recibíamos el pedido de los clientes, certificábamos la firma y las mandábamos a imprimir. Luego elegíamos la cuenta corriente a la que le sacaríamos la guita, hacíamos una

impresión de su firma para luego copiarla a la perfección y, finalmente, conseguir un lugar a donde el banco mandaría las chequeras solicitadas. Dábamos la dirección de alguna casa abandonada, a la que arreglábamos el frente para que pareciera ocupada; si había césped lo cortábamos. Y lo más importante, le poníamos un buzón.

—Un trabajo paciente

—Por supuesto, previamente hacíamos la prueba de mandar cartas a esa dirección y comprobar que los carteros las dejaban en el buzón plantado por nosotros. Por fin, una vez que las chequeras llegaban a la casa y las teníamos en nuestro poder, hacíamos la firma del cliente y le dábamos los cheques para que los cobre Amoroso, quien asistía al banco con la documentación que le habíamos fabricado.

—¿Nadie sospechaba en el banco?

—Estaba todo pensado. Las cifras no podían ser muy grandes para no llamar la atención, pero sí hacíamos muchos cheques. Cuando el cheque venía al banco, lo recibía un compañero nuestro, que autorizaba su pago al constatar que tenía fondos. Después se lo pasaba a su jefe, que le daba automáticamente la autorización final. Lo mismo hicimos en un par de sucursales del Banco Nación y del Banco de la Provincia de Buenos Aires. La cosa salió tan bien que a partir de entonces los bancos comenzaron a hacer chequeras con una barra de seguridad imantada, para evitar que les vuelvan a hacer la misma trampa.

—¿Cuánto dinero hicieron?

—Suficiente para comprar once o trece terrenos en el gran Buenos Aires. Allí cada célula tenía la obligación de levantar una casita, tal como habíamos empezado nosotros.

—¿Y la capacitación armada?

—Consistía especialmente en el armado y desarmado de las pistolas 11,25

y de las ametralladoras. Además hacíamos prácticas en la laguna Vitel, cercana a la de Chascomús, que estaba llena de juncos y a la que, salvo nosotros, nadie iba.

—¿Qué hacían en la laguna?

—Nos instalábamos una semana, sin nada para comer; la idea era vivir de lo que pudiéramos pescar. Hacíamos ejercicio físico, tiro al blanco y hasta organizábamos acciones armadas supuestas: se le daba un objetivo a un grupo, mientras otro tenía que evitar que el primero logre realizar su misión. Además dábamos charlas sobre seguridad, donde se recomendaba, por ejemplo, tirar siempre el boleto del colectivo para evitar que se sepa de qué zona se viene; hacer la "calesita" para monitorear el área antes de llegar a una cita; siempre pasarse de parada en el colectivo; cambiar de vehículo; jamás anotar un teléfono, a lo sumo escribir en clave, etc.

—¿A qué otros lugares iban a realizar su preparación militar?

—Cuando íbamos a realizar prácticas con armas la cosa se ponía más problemática. Entonces preferíamos viajar en tren, donde la policía controlaba menos. Uno de los lugares era Ezeiza, donde en esos años prácticamente no había nada.

—¿Esta labor no perjudicaba el trabajo en los frentes de masas?

—Absolutamente, poco a poco se fueron esclerosando, y se terminó en una especie de déjalo ser, donde el aspecto militar era lo fundamental. Estábamos convencidos que en las masas tenían que estar otros compañeros. Nosotros éramos la vanguardia armada de la insurrección. Teníamos que ser militares y no le dábamos mayor bola a los frentes de masas. El único que cuestionó eso fue Jorge Pérez, en la crisis del 64/65. Pero desde el punto de vista de "la clase está en el peronismo, hay que ir al peronismo"; era una posición entrista y fue rechazada. Recordemos que yo era

un gorila, igual que Ricardo y los compañeros de Tucumán, regional que habíamos abierto, que estaba dirigida por un ex PC, también recontragorila. Bueno, no paso nada y Jorge Pérez se fue.

–Hablabas de la crisis de 1964/65.

–En ese entonces yo sufrí una enfermedad en la vista y estoy prácticamente dos años fuera de circulación. A pesar de que tuve tres operaciones perdí un ojo. En ese momento Ricardo queda al frente de la orga, prácticamente solo. Se incorporan entonces algunos compañeros más jóvenes, entre ellos Alejandro Baldú y Sergio Bjellis, que era tan duro y autoritario como Ricardo, aunque sin su vuelo. Ricardo estaba muy paranoico y se puso muy mal; yo había sido su ancla y el que aportaba cierto grado de cordura, por decirlo de alguna manera. La organización entró en una etapa de distorsión y la seguridad se convirtió en el eje de la organización; paulatinamente se cerraron todos los frentes, siempre por algún motivo de seguridad.

–¿Era una suerte de sospecha permanente?

–Permanente. Se suspendían tareas por motivos de seguridad y eso cuestionó la posición de Ricardo. Cuando un par de años más tarde me reincorporé yo sabía que Ricardo había hecho mal las cosas y que los compañeros “medios” que lo cuestionaban tenían razón: no se había hecho nada y se estaban abandonado las viejas tradiciones de la organización. Casi se impuso el desplazamiento de Ricardo. Por lealtad no me animé a dar el golpe de Estado. Habíamos hecho muchas cosas juntos y juntos nos formamos como aprendices de brujos. Fueron los compañeros “medios” quienes lo decidieron. A Ricardo lo mandaron como contacto, ellos se hicieron cargo de la dirección y a mi me incorporaron como anexo. Transferí todas las armas que yo

guardaba, y ahí empezó otra etapa, en donde se reivindicaron cosas de la etapa anterior, pero que por la dinámica impresa fue foquismo puro.

–¿Quiénes eran los cuadros “medios” que asumieron la dirección?

–Alejandro Baldú, Carlos Dellanave, Sergio Bjellis, Jorge Caravellos, Carlos Malter Terrada y Carlos D’Arruda, los famosos “siete” que más tarde van a aparecer en un afiche de la Policía Federal, tipo “buscados”.

–Durante esa etapa, pensaron o evaluaron las experiencias guerrilleras de Masetti, el Vasco Bengochea o el mismo Guevara?

–Básicamente decíamos que ellos habían meado fuera del tarro, por pensar en luchas rurales que de acuerdo con nuestra línea eran imposible de realizar.

–¿Pero ustedes abrieron un frente en Tucumán?

–Es verdad. Yo fui el encargado de abrir ese frente rural, seguramente por mis antecedentes de chacarero. Pero en realidad fuimos a Tucumán buscando un lugar seguro donde guardar gente. Sabíamos lo importante que era la FOTIA, pero la cuestión campesina era secundaria. Pensábamos que los “suburbios” del país iban a realizar su aporte de gente, pero todo se iba a decidir en Buenos Aires. La guerrilla rural, a lo sumo, podía servir como una maniobra de distracción. Por consiguiente veíamos que lo del Che no andaba y que sus copias locales no iban a servir. Afirmábamos que se seguían utilizando –como ahora– teorías y conceptos elaborados en otras latitudes y con otras idiosincrasias. En cambio, nosotros, seguíamos reivindicando nuestra autonomía en el campo de la elaboración. Ninguno planteó jamás ir a la guerrilla rural. Eso lo teníamos claro,

–¿Qué relación tuvieron con otras organizaciones?

–Ninguna, porque partíamos de la siguiente premisa: todas las organizaciones revolucionarias están infiltradas por el enemigo; por consiguiente, si nosotros nos conectamos con ellas, tendremos al enemigo detrás. Entonces apenas nos veíamos muy esporádicamente con algún compañero de confianza probada. Incluso con Tupamaros: queríamos tener relación con ellos pero la seguridad lo impedía. Con la dirección nueva la cosa cambió. Ellos se abrieron y se conectaron con organizaciones similares a la nuestra.

–¿La crisis de la organización estalló por estos motivos?

–Exactamente, porque no se podía seguir siendo tan cerrados, tan secta. El problema es que los compañeros “medios” cometieron el error de irse para el otro extremo. Y ahí se terminó la cosa.

–¿Por qué?

–Porque hicieron en tres meses lo que la vieja dirección hubiera tardado dos años. Comenzaron a realizar acciones armadas una tras otra, eran el paradigma del concepto de la acción por la acción misma. Baldú decía: “déjense de romper las pelotas con tanto análisis de acá y de allá. Hay que darle, viejo, eso es lo que hay que hacer”. Junto a Darruda y Bjellis eran acción pura.

–¿En que año estamos?

–En el 68/69. Todo se precipita. Después nos rastrean a todos, por un error en el copamiento de Campo de Mayo, y ya entra en acción Tato Aguirre, el “Lucho”.

–¿Tato estaba en contacto con ustedes?

–Desde un tiempo atrás estaba relacionado con la dirección nueva, y cuando nos buscan por lo de Campo de Mayo, él es el que nos brinda el lugar para que los compañeros pasen a la clandestinidad. Fue todo muy peligroso y no sé como no terminó en un desastre: Tato consiguió un departamentito

en donde apenas entraban los compañeros con sus mujeres. Pero bueno, fue así.

—¿Tato se incorporó a la organización?

—Con todos clandestinos y buscados, Tato pasó a ser el contacto hacia afuera. Él venía del Partido Comunista Revolucionario con algunos militantes y se incorporó a la dirección. Y si Baldú era un “loquito”, por decirlo de alguna manera, Tato era un desenfrenado. Él creó la frase: “lo único que hace falta es acelerador y metra”.

—¿Se sumó más gente a la organización?

—También viene una nueva columna, la de Cristóbal, creo, que viene del oeste. Y ahí la FAL ya es otra cosa. Cuando hacemos el Banco Popular de Liniers éramos unos 120 compañeros, entre militantes, contactos y simpatizantes.

—¿Los operativos se multiplicaron?

—Muchísimo. Del 69 al 70 se hicieron varias cosas: la bandera de los Andes y otras siete acciones en diferentes ciudades del país, y todas en el mismo día. Pero es el secuestro del cónsul del Paraguay la primera operación con firma. El nombre lo eligió Malter Terrada.

—¿Cuáles fueron los operativos más importantes?

—Los más refinados el IGM y el Banco Popular de Liniers. Esos fueron realmente de “riffifi”. Campo de Mayo y el 7° de Infantería se descubrieron, pero esos dos no. Las falsificaciones también estuvieron muy bien hechas. Lo que iba a ser muy pero muy grande era el asalto al tren pagador de Luján, que traía muchísima guita para ser quemada. Si nos robábamos eso, nunca la iban a localizar, porque era plata usada y sin control de numeración.

—¿Cómo fue el asalto al Banco Popular de Liniers?

—Sabíamos que al banco se accedía muy fácilmente desde los techos

de un bar cercano, así que durante varios meses nos hicimos habitué de ese bar. Ibamos varios, dos o tres veces por semana, y nos quedábamos hasta el cierre. Queríamos saber qué hacía el gallego al cerrar. Y el gallego siempre hacía lo mismo: cerraba la cortina y chau, jamás limpiaba nada. Simplemente se iba. Una noche, antes del cierre, D’Arruda y Baldú se encerraron en el baño. Cuando el gallego se fue, salieron y se quedaron a pasar el fin de semana en el bar. Durante la noche se escabullían por los techos y llegaban hasta la reja que comunicaba al banco. Finalmente cortaron la reja y entraron. Después, miren qué detalle, volvieron a pegar la reja cortada y ¡hasta la pintaron! Del mismo color, para que nadie supiera por dónde ingresaron.

—¿Pasaron el fin de semana entre el bar y el banco?

—Sí, inclusive el lunes, porque era un fin de semana largo. Y cuando el martes el banco abrió sus puertas e ingresaron los empleados, uno a uno los encerraron.

—¿No había forma que el gerente avisara a la policía?

—Lo habíamos previsto. Ubicamos una larga fila de compañeros frente a teléfonos públicos llamando al banco. Uno logró comunicarse y lo atendió el gerente que le dijo muy disimuladamente: “avise a la policía, en este momento nos están asaltando”. El compañero le contestó: “ya lo se, somos nosotros”. Nos llevamos todo el tesoro: 75 millones de pesos. No dejamos nada.

—¿Nunca los descubrieron?

—Al principio se volvieron locos para descubrir cómo diablos entramos. Después descubrieron la reja cortada y vuelta a pintar, pero tardaron mucho tiempo.

—¿Y la organización continuaba su desarrollo?

—Éramos una secta que no tenía mayor conexión con la realidad. Operativos como el Banco, por ejemplo, resumían nuestra política. No editábamos nada, no teníamos prensa, ni boletines internos ni nada. La línea era operar activamente en el área rural, urbana y semiurbana. Teníamos frentes en Tucumán y Buenos Aires. Más tarde se mandó a D’Arruda a Rosario y a Caravellos a Córdoba, para ver si podían crear columnas con los contactos que teníamos. En alguna medida, pensábamos que la insurrección se haría con el PC; ellos aportarían la masa y nosotros los especialistas. Por eso no hacíamos tanto trabajo político abierto.

—¿Tenían grados militares?

—Nunca. Había responsabilidades y responsables de llevarlas adelante, pero sin rangos. Cada uno hacía las tareas en función de sus capacidades, por su propio peso específico.

—¿Realizaron secuestros?

—No. Nos oponíamos a los secuestros, decíamos que no era revolucionario. Además, señalábamos que nunca había que responder a las provocaciones del enemigo con muertes. Nunca, jamás. “Las víctimas las tenemos que poner nosotros”, decíamos. Porque sino perdemos la batalla política. Un ejemplo concreto: tomamos el 7° Regimiento de Infantería de La Plata. La idea era incendiar todo el regimiento, donde había un montón de camiones. Participaron 20 compañeros armados con FAL. Pero un colimba nos dice: “van a quemarme la motoneta, déjenme la sacar muchachos”. ¿Y nosotros que respondimos? “Anda y sacala”. El pibe se subió a la motoneta y se fue a avisar a su comandancia. Pasó delante nuestro y nadie le disparó.

—¿Qué pasó con la operación?

—Ya se había derramado un montón de nafta sobre varios rezagos de guerra de Vietnam que ocupaban

casi toda una manzana. También habíamos dejado abierto un surtidor de nafta; estaba a punto de ser un desastre. Pero se levantó todo por ese motivo. Víctimas no. Esa era nuestra característica.

-No habrán hecho secuestros en la primera etapa, pero después inauguraron una nueva era con el cónsul paraguayo Waldemar Sánchez.

-Sí, pero eso sólo perseguía la liberación de Baldú que ya había sido secuestrado por la policía. La idea era salvarle la vida a Alejandro, a quien sabíamos que el comisario Sandoval lo torturaría sin parar. Ese fue el motivo, nunca pensamos en ese método para acumular dinero. Incluso temimos que la policía matara a Sánchez, para ensuciarlos y discutimos qué hacer para que al cónsul no le pase nada.

-¿Había algún contacto dentro de las Fuerzas Armadas?

-En eso fuimos pioneros. Conocíamos algunos suboficiales de la ESMA que eran del palo: liberación nacional y esas cosas. Y su responsable era otro suboficial ligado a Coordinación Federal. La cosa es que desde 1963 teníamos una célula dentro de las Fuerza Armadas con 5 compañeros en total.

-¿Pero quienes eran los integrantes?

-Suboficiales peronistas. No hay que olvidar que en la ESMA eran casi todos del interior, hijos de trabajadores o campesinos chaqueños, salteños, correntinos. Muy influenciados por el peronismo.

-Paradójico que siendo tan gorilas apelaran al peronismo para abrir un frente.

-No apelábamos al peronismo: decíamos que había una contradicción flagrante y aprovechábamos la situación.

-¿Pero ellos sabían que se trataba de una organización marxista?

-Claro, isi hasta leían **El Estado y la Revolución!** Después fueron cayen-

do en cana en distintas operaciones.

-¿En algún momento se preguntaron si había llegado el momento de empezar a matar gente?

-Es un tema complicado. Mi hija se llama Alejandra por Alejandro Baldú, que era un tipo extraordinario, de una entrega total. Y el comisario Sandoval lo mató ¡y cómo! Lo destrozó en la tortura. Entonces no se podía pensar muy bien. Sandoval era un tipo muy quemado, fue el que me torturó a mí, torturó a mi mujer y la tuvo secuestrada durante 13 días, fue el que torturó hasta la saciedad a Carlos Dellanave; era el "especialista" en las FAL. En fin, se había convertido para las FAL en algo casi personal. Sandoval llevaba un llavero con los rostros de Franco y Hitler a sus lados. Me lo mostró a mí cuando me torturaba y me dijo: "Jabón vamos a hacer con ustedes".

-¿Quién organizó la operación?

-Sergio Bjellis. Yo estaba preso. Él tenía los datos necesarios. Ahí se trató de terrorismo específico para lograr que se pare la mano contra nosotros. Y, efectivamente, la muerte de Sandoval significó un parate en la tortura de los compañeros detenidos, por ejemplo con el "Tano" Durante: después de la muerte de Sandoval no lo volvieron a tocar. El mismísimo juez Luque negoció con el "Tano": "Si ustedes no hacen más nada, nosotros no hacemos más nada".

-¿La policía estaba preocupada por la eficacia de las FAL?

-Absolutamente. No entendían cómo lo agarramos a Sandoval cuando él tenía enormes medidas de seguridad y nunca repetía los mismos pasos. Yo creo que se asustaron.

-¿Cuál era la moral interna, qué sistema de valores reivindicaban?

-Éramos verdaderos cuáqueros. Recuerdo, por ejemplo, cuando un compañero, el pibe Morales, acusó



en una reunión de célula a Ricardo, por tener relaciones con una compañera que, a la vez, salía con otro. ¡Para qué! Para nosotros era un crimen de lesa patria. Debo confesar que yo era el peor de todos, e impulsaba esa línea.

-¿En qué derivó esa denuncia?

-Se realizó un tribunal para decidir qué se hacía con Ricardo que, para colmo, estaba en la dirección. El tribunal estaba formado por Baldú, Caravello, Bjellis y yo. Finalmente a Ricardo se lo condenó a pasar un año como contacto, pero conservando todas las tareas que venía realizando.

-¿Y la homosexualidad?

-Teníamos la cultura del momento: homosexuales no porque seguro cantan en la tortura. Aparte temíamos que trajeran conflictos internos, que se quieran levantar a un compañero y esas cosas.

-¿Se realizaron otros tribunales, por otras causas?

-Y sí, por ejemplo cuando Ricardo quiso fusilar a dos compañeros. Con las armas obtenidas en el IGM iniciamos prácticas de armado y desarmado. Una vez, en una reunión de célula, mientras desarmábamos 11,25, dos contactos repararon en la numeración de las pis-



tolas. Ricardo lo advirtió y se volvió loco. Dijo que si cantaban la numeración se sabría que eran del IGM y nos iban a localizar. Y propuso ejecutarlos acusándolos de policías. La cuestión se discutió mucho. Había dos posturas, la de Ricardo, intransigente, y la mía, que era darlos de baja y cortar todo contacto, fundamentando que era mejor sufrir persecución que liquidar a dos posibles inocentes. Las opiniones estaban divididas y todos encontraban buenas razones en las dos posturas. Por suerte primó la cordura y los tipos fueron separados y no los volvimos a ver.

—El tipo que es autoritario, Ricardo, por ejemplo, lo es porque está en un grupo armado, o porque es autoritario termina fundándolo o militando en él?

—¡Qué pregunta! Éramos todos jóvenes, nos metimos en esto por idealismo. Creo que la misma práctica lleva a ser cada día más autoritario. Y más por como éramos nosotros, que no le dábamos pelota a los trabajos teóricos y aportábamos, en cambio, la experiencia concreta. La dinámica nuestra nos llevaba a ser cada vez más autoritarios. Con una cosa interesante. Éramos autoritarios, mandábamos a la gente al frente, pero íbamos nosotros adelante. No mandába-

mos a la gente mientras nos quedábamos en retaguardia.

—Los presidía el "ejemplo guevariano".

—En eso lo seguíamos al Che. De hecho, los que sacaron las armas del IGM fueron dos compañeros de la dirección, mientras que los de base se destinaron a tareas de control, etc. Y en el Regimiento 1 de Patricios, el que dirigía el operativo era Bjellis, que era de la dirección. Pero es una dinámica de hierro: terminás siendo un dictador, un autoritario.



—¿Eso es frecuente en las organizaciones armadas?

—Sí. Estábamos en Devoto y de pronto se escuchaba: "Atención", y los miembros del ERP formaban dos filas para saludar al comandante Santucho que pasaba por el medio, en el mejor estilo militar.

—¿Cuándo caes preso?

—El 7 de mayo de 1969, y partir de allí nadie de la organización me da más bola. Era nuestra característica: a los presos sólo asistencia jurídica. Desde ese momento no participo en la historia de las FAL.

—¿Cómo te atrapan?

—Al día siguiente de una operación convocábamos a una reunión de evaluación. En esas reuniones éramos muy detallistas. La cosa era saber qué errores cometimos, y por esos errores a qué podíamos enfrentarnos. Así ocurrió después del operativo en Campo de Mayo, el 5 de abril de 1969, cuando fuimos a robarnos nada menos que unos

1700 FAL. Habíamos utilizado un camión que simulaba ser del ejército. En la reunión de evaluación Baldú cuenta que había comprado cubiertas nuevas en la gomería de un amigo. "Ahí está", dijimos, "Ese es el error. Tarde o temprano van a llegar a nosotros". Entonces le pedimos a Baldú que nos contará, hasta la obsesión de detalle, con cuáles compañeros tenía relación, desde ir al cine hasta salir como aval en un crédito. Así concluimos que si llegaban a Baldú llegarían a seis compañeros más. Nos olvidamos del octavo, que era yo. A esos compañeros los guardamos muy bien, pero yo seguí en lo de siempre.

—Y llegaron a vos

—Exactamente, me vinieron a buscar a casa. Pensé que era por las actividades en el banco, porque no podía explicarme qué me relacionaba con Alejandro. Y es que habíamos olvidado algo muy importante: una vez fuimos a buscar a Raúl, un compañero de Tucumán, que tenía tuberculosis biliar. Fuimos con nuestros documentos verdaderos, pues sólo íbamos a buscar a un enfermo. La cosa es que descubrieron que Baldú había rentado una avioneta y localizaron al aviador que no dudó en reconocerme. Y ahí empezó para mí otra historia.

—¿Te blanquearon enseguida?

—Me detuvieron y me interrogaron. Teníamos la estrategia de la "mentira dentro de la mentira": bancarse un día de tortura y con las preguntas que te hacían armar una historia más o menos creíble. Después, en la siguiente sesión de tortura, "quebrarse" y largar la mentira elaborada, que tendía a justificar algunas cosas y a no decir la verdad. Conmigo funcionó. Además yo era tuerto, jubilado por incapacidad, con unos anteojos gigantes... No tenía pinta de ser un tipo "importante".

—¿Sabían qué buscaban?

—Más o menos. Pensaban que había una organización en la que Baldú

era el comandante. Y Baldú no era nada de eso, sino un adjunto de la dirección media. Después de decir "la verdad", cometieron el error de mandarme al juez Jorge Luque.

—¿El juez Luque participó en las sesiones de tortura?

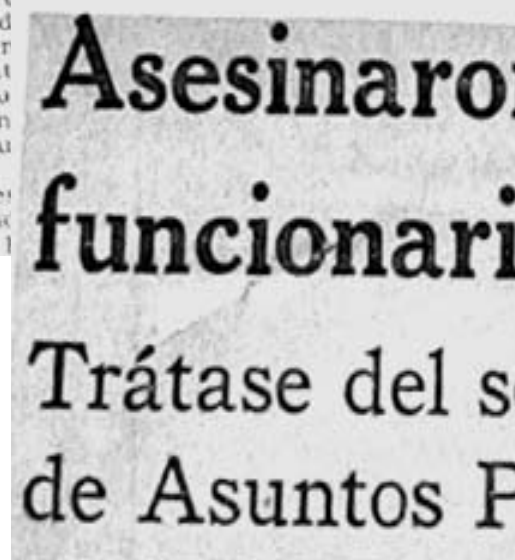
—Por supuesto. Pero luego me tomó declaración y me blanqueó. Entonces se quedaron con lo que les dije y listo. El jefe de Coordinación Federal, Colombi creo que se llamaba, me dijo el día que me enviaban a Olmos: "Yo no se sí sos un gil o realmente un pescado grande. Todavía no lo se".

—¿Cómo fue la cárcel?

—En Junio del 69 llegué a Olmos. Me trasladaron por un túnel que se va metiendo en la tierra; las paredes transpiraban agua y uno siente el ruido de las rejas que se van cerrado. Olmos es una estructura de cemento y reja. Pasé la primera noche durmiendo en piso y a la mañana se acercó un tipo y me dijo: "Soy Tieri, yo también tomé un cuartel en algún lado, y lo vengo a invitar a nuestra ranchada". Todos eran presos comunes, menos Tieri y yo. El era extraordinario, del PC paraguayo, que había hecho un curso de guerrilla. Después de los 70, lo mataron.

—¿Cómo era la vida en Olmos?

—Muy jodida. Te levantaban a las 6 de la mañana y había que acostarse a las diez de la noche. No teníamos radio ni entraban diarios. Solamente podíamos hablar entre nosotros. No había celdas, sino un solo pabellón para 22 o 24 presos, y siempre había más de 40, muchos durmiendo en el suelo. Como no había puertas, íbamos al baño delante de todos. Después, con Tieri, organizamos el pabellón y pusimos una frazada sostenida por un palo de escoba y le dimos un poco de intimidad. En el pabellón las cosas cambiaron bastante. Yo, como era maestro, me dediqué a enseñar a leer y a escribir a los presos. Por eso me decían Jacinta



Pichimahuida. Luego de varios traslados terminé en Rawson. Tuve la suerte de compartir la celda con el flaco Méndez, del Ejército Guerrillero de Pueblo, que me dio un curso completo de estado Mayor Conjunto de la URSS. También estuve preso con otro ex EGP, Héctor Jouve, un tipo extraordinario y muy, pero muy pensante.

—¿Qué evaluación hiciste en la cárcel?

—Que el camino escogido no era el correcto. Elaboramos un trabajo de análisis económico donde concluimos que la guerrilla no era una opción y que hacía falta, esencialmente, trabajo político.

—¿Qué sucedió con ese trabajo?

—Intentamos debatir con los presos de otras organizaciones. Se lo pasamos a los Montoneros, al ERP, al PC, a todos, pero pocos nos dieron pelota. Para Santucho, por ejemplo, yo era un "quebrado". Si renegaba de la guerrilla, chau, se quebró y no se le hable más. No nos contestó y es muy posible que ni leyera el texto. Por suerte pudimos rescatarlo.

—¿Cómo lo rescataron?

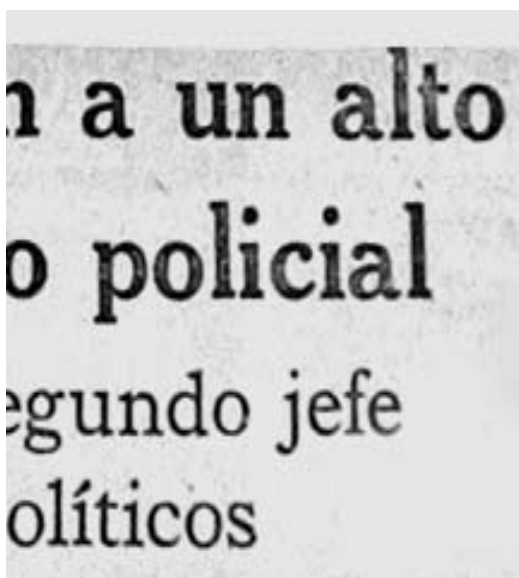
—El trabajo estaba escrito en papeletos mínimos, decenas y decenas de papeletos. Entonces Dellanave hizo una maqueta de un fuerte con fósforos de madera. Puso los pape-

les adentro y con el pretexto de regalárselo a un sobrino la maqueta salió de la cárcel. En 1973 recuperé la libertad y hacia el 74/75 algunos viejos de las FAL nos reagrupamos en tres células que no operaban militarmente. Llegamos a la conclusión que se venía la noche y que había que proteger a los más quemados. Recuerdo que hicimos la última reunión en el parque Rivadavia y decidimos que los más comprometidos se irían del país. Una de las células estaba formada por los Sivak.

—¿Los Sivak?

—Sí, el padre era un viejo PC que decía que había que tener relaciones con todos, y también estaban los hermanos Jorge y Horacio. Jorge era el que estaba más expuesto y fue el único de ellos que salió de la Argentina. A Horacio lo secuestraron junto a Tomatini y, si no me equivoco, al Mataco, en una emboscada montada por las fuerzas de seguridad. Pudo zafar y via-

jar a París gracias a los contactos de la familia con militares vinculados con la empresa familiar: Buenos Aires Building. Jorge estaba mal anímicamente: ya de regreso, un día subió al último piso de un edificio que estaban construyendo, saludó a los obreros que estaban



trabajando, les dijo "compañeros", "camaradas", alzó el brazo, cerró el puño y se tiró. A Osvaldo lo secuestró una banda compuesta por coroneles del ejército, comisarios de la Federal y un par de agentes de la SIDE. Él ya había sido raptado una vez y liberado tras el pago de medio millón de pesos. Después lo secuestran nuevamente, cobran el rescate de un millón de dólares y lo matan igual. Finalmente Buenos Aires Building quebró.

—¿Qué labor desempeñaban?

—Ayudaban a compañeros. Manejaban fortunas. Yo iba al edificio que tenían en el centro, y ahí abrían paquetes enormes de dinero envuelto en papel de diarios. Montones y montones de guita. De pronto te tiraban unos fajos y te decían: contála. Increíble, gracias a ellos compramos un campo.

—Un campo: ¿para qué?

—Por decisión personal yo preferí quedarme en el país porque estaba

convencido de que sufriría mucho en el exterior; además, quería intentar construir algo para después, para más adelante. Creía por entonces que podía montar alguna cosa en el campo como base para construir una estructura en las ciudades que nos permitiera hacer algún tipo de trabajo: democracia burguesa y esas cosas. Para eso compramos 50 hectáreas de campo en la zona de Brandsen y me dediqué a establecer una granja completa, que sirviera de apoyatura económica. Finalmente vino el golpe de Estado y en el '76 la cosa se puso imposible y el campo terminó siendo más que una posibilidad política futura, una posibilidad concreta de rajarse. Y bueno, quedé instalado en el campo.

—¿Cómo siguió la vida?

—En 1981, cuando ya había pasado el chubasco y se veía la posibilidad de un cambio, lo primero que hice fue tratar de conseguir un documento. Sólo tenía la Libreta de Enrolamiento en donde figuraba que había estado preso en Rawson. Y lo logré. Después participé de la asociación cooperadora y en la Sociedad de Fomento de la zona de Brandsen. Fue difícil porque acostumbrado a grandes proyectos pasé a discutir durante horas si a los pibes les dábamos sandwiches o saladitos. Eran otros tiempos políticos. Yo pensaba que había que tratar de estar lo mejor posible, porque cuanto peor, peor. La idea era sencilla: lograr que en la Argentina funcione la democracia burguesa. Para eso me afilié al radicalismo, que era una buena cobertura, un paraguas. Cuando ganó Alfonsín me nombraron en el Ministerio de Acción Social de la zona como Agente Institucional en Territorio. Y ahí comenzó otra militancia: visitar 35 quintas, hablar con los peones, conseguir colchones y frazadas, participar en el plan de alfabetización con muchachas y pibes de la zona y hasta festejar los cumpleaños de los hijos de los peones golondrinas, que nunca habían

tenido una fiesta. En fin, acumulación utilizando la estructura radical. Después, ya en junio del '89, fundamos la Cooperativa del Progreso. Hicimos muchas cosas, entre ellas una cooperativa telefónica para darle servicio a más de 4000 personas en El Peligro, El Pato y La Carolina. Arreglamos calles, pusimos cloacas, etc. Después renuncié al radicalismo, pero ya se estaba prefigurando lo que más tarde sería el Movimiento de Unidad Popular (MUP). Actualmente soy el presidente de la Cooperativa y coordinador del MUP, que se integró en el Frente Darío Santillán con los MTD y varias organizaciones más.

—Al cabo de los años, ¿qué evaluación haces de tu experiencia en las FAL?

—Lo primero que me pregunto es por qué nos pasó esto, cómo llegamos a esto. Y me contesto: yo nací en el '35 y hasta el '58 casi no conocí la democracia; lo de Frondizi fue más que efímero, Illía duró tres años y medio. Hasta el año '70, había habido escasos años de democracia y todo lo demás había sido garrote. Nosotros nos mimetizamos con el enemigo, con el mismo que nos garroteaba. En algunos aspectos adoptamos su propia lógica.

Intentamos de alguna manera que la revolución fuera cosa de los trabajadores, pero después fuimos corridos por la dinámica militar. Creo que no fuimos dialécticos, sino "aplicadores" de formas que funcionaron en otro lado. Además había un pensamiento absolutamente dicotómico: o eras revolucionario o eras contrarrevolucionario. Punto. Creo que una de las claves más importantes reside en la cuota elevadísima de autoritarismo que hay en el conjunto de la sociedad y sus expresiones institucionales: la iglesia, el ejército, los sindicatos... Casi, casi, como que no podía ser de otra manera. ●

S.B. — G.R.

Buenos Aires, octubre 2004

CONFLICTOS DE LA MEMORIA EN LA ARGENTINA

**¿CÓMO PUDO SER POSIBLE, CÓMO SUCEDIÓ LO QUE NUNCA DEBIÓ HABER SUCEDIDO?
EL AUTOR FORMULA PREGUNTAS QUE AFECTAN Y PONEN A PRUEBA LAS REPRESENTACIONES Y
VALORES QUE CONSTRUYEN UN LAZO SIMBÓLICO PARA UN GRUPO, UNA COMUNIDAD O UNA NACIÓN.**

HUGO VEZZETTI*

* UBA / CONICET

1. Presentación. La memoria en la Argentina¹

¹ Este trabajo retoma y desarrolla algunos planteos tratados en *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2002.

La cuestión de la memoria social en la Argentina ha sido, paradójicamente, una herencia de la última dictadura y se ha implantado como una causa asociada estrechamente a la defensa de los derechos humanos y a la demanda de justicia. Puede decirse que las prácticas y los actores de la memoria han nacido como reacción y como intento de reparación de los males que la dictadura trajo a la nación como comunidad política. En el origen se reconoce un carácter reactivo, defensivo, de la memoria así concebida. La vigencia de los temas de la memoria, incluso lo que se puede llamar un deber de memoria, ha dependido de un acontecimiento brutal, una situación límite para la sociedad y sus instituciones: el terrorismo y la criminalización del estado ocurridos en una escala nunca vista en el país. Y la importancia que la memoria ha adquirido en el espacio público resulta proporcional a la enormidad de los crímenes, a la afrenta a valores básicos que sostienen una pertenencia y una historia comunes.

Acontecimientos de esa magnitud producen un sacudimiento de las representaciones habituales del pasado. Algunas preguntas inevitables vuelven sobre esa herida: ¿cómo pudo ser posible, cómo sucedió lo que nunca debió haber sucedido? Esas preguntas no dejan de afectar y poner a prueba las representaciones y valores que construyen un lazo simbólico para un grupo, una comunidad o una nación. Allí reside un sustento cultural de la memoria, que se refiere a un pasado compartido como herencia y destino; no recoge los acontecimientos crudos (eso que Todorov llama "memoria literal") sino que toma forma en relatos y escenas que condensan un sentido; e incluye valores.

Ahora bien, la memoria no es un registro espontáneo del pasado sino que requiere de un marco de recuperación y de sentido en el presente y un horizonte de expectativa hacia el futuro. En la experiencia argentina, la democracia ha constituido este horizonte, a la vez como un valor y como un nuevo marco institucional que buscaba establecer un estado de derecho.



En el nuevo ciclo abierto por la democracia se ha producido una novedosa formación de la memoria pública, focalizada en el terrorismo de estado. Es lo que puede verse en la venta masiva del **Nunca más**, en la amplia repercusión pública del Juicio a las juntas, en la presencia permanente del tema en los medios y la amplia difusión de relatos testimoniales de las víctimas.²

Los efectos de esa formación de memoria pueden verse igualmente en el impacto más reciente que han producido en la sociedad algunos crímenes que mostraban rasgos de impunidad en el estado. Allí se reactualiza un pasado cargado de combates, que no se limita a los años de la dictadura. En el nuevo ciclo político, la experiencia vivida bajo la dictadura (en una sociedad que la había recibido, por lo menos, con resignada conformidad), adquiere otro significado. Pero también se rectifica el significado de la violencia y las luchas políticas de los años sesenta y setenta.

Desde luego, esta nueva formación de la memoria también arrastra elementos ilusorios, narraciones ya formadas, pequeños mitos que parecen contener todas las respuestas. En verdad, es posible distinguir diversas formaciones, en una enumeración que no pretende ser exhaustiva. Por una parte, hay una memoria de los crímenes masivos, bajo una forma jurídica basada en la investigación y la prueba, a partir de la vía abierta por el Juicio a las juntas. Por otra, hay una memoria de familiares y grupos allegados, una memoria de vínculos afectados particularmente por esa ofensa moral que se agrega a los asesinatos, la desaparición de los restos mortales de las víctimas. Esa memoria, abierta a los procesos de duelo, se continúa en la búsqueda de los niños capturados; y la acción de los familiares, Madres, Abuelas, Hijos se convierte en objeto de identificación y compasión para la sociedad.³ Finalmente, están las memorias ideológicas, facciosas incluso, de grupos que reafirman identidades y afiliaciones del pasado; unos sostienen el relato de la "guerra anti-subversiva" y reproducen la imagen que la dictadura proporcionaba de sí misma, otros, con variantes, reivindican el relato combatiente de la aventura revolucionaria.

No hace falta decir que esas memorias habilitan diversas combinaciones y gradaciones en narrativas amasadas con la fuerza de las pasiones políticas, públicas y privadas. Me propongo explorar la historia de esas formaciones a partir de una hipótesis general que ha sido ya aludida: con el ciclo que abre la postdictadura, es decir, la recuperación de la democracia y lo que permite recuperar de la experiencia histórica inmediatamente anterior, y a partir de un extendido consenso que condena la violación de los derechos humanos, nace un nuevo régimen de la memoria, entendida como relación y acción pública sobre el pasa-

2 El Presidente Alfonsín, al comienzo de su gobierno, creó la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) con el objetivo de investigar el destino de los desaparecidos. Ernesto Sábató fue elegido como Presidente por la propia Comisión, la que entregó su Informe en septiembre de 1984. Dicho Informe fue publicado como libro con el título *Nunca más*. El Juicio a las juntas militares comenzó en abril de 1985 y estuvo a cargo de la Cámara Federal de la Capital. Después de escuchar centenares de testimonios y los alegatos en defensa de los procesados, en diciembre, el tribunal dictó penas que iban desde prisión perpetua, para los jefes del Ejército y la Armada, Videla, Videla y Massera, hasta lapsos menores de cárcel para otros acusados. Los jefes militares de la última junta fueron absueltos.

3 La agrupación HIJOS (Hijos por la identidad y la justicia, contra el olvido y el silencio) es una organización de derechos humanos que agrupa a los hijos de desaparecidos y perseguidos políticos de la dictadura militar. Des pues de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo se continúa así con un criterio de agrupamiento basado en los lazos familiares.

do. Trataré de examinar de manera crítica esas figuras de la memoria y de contrastarlas con otras del pasado anterior para admitir que en un tiempo no tan lejano eran otras las formas dominantes de apropiación del pasado.

La memoria y las políticas de la historia

La acción política sobre el pasado que estuvo presente en el nacimiento de la democracia, no es un hecho enteramente original. El cruce de la política con la historia ha proporcionado un teatro de operaciones para la construcción simbólica del estado nacional; por otra parte, procesos semejantes se han dado en todo el mundo occidental y en América Latina. Dicho brevemente, en ese terreno, la recuperación del pasado busca ser referida al desenvolvimiento de la nación y los usos políticos de la historia apuntan a esa materia siempre difícil de abordar y definir, la identidad nacional, como algo que deber ser construido o afirmado, mediante formas más o menos impositivas, desde el estado o desde formaciones políticas y tradiciones ideológicas. Y frente a las historias "oficiales", estatales, se alzan las contrahistorias. En todo caso, en unas y otras es fácil advertir la lógica de una politización de la historia que trae el pasado a la arena de los enfrentamientos presentes.⁴

Aquí quiero destacar una diferencia central en los cambios recientes de la memoria histórica asociada a los valores de la democracia y los derechos humanos. En aquella política hacia el pasado siempre había un papel central para los héroes y las gestas. En ese sentido, la historia y la contrahistoria han disputado un panteón de héroes y una cierta filiación positiva, como identificación y toma de posición en el presente. Por supuesto, ese linaje, a menudo exaltante, ha podido desplazarse del héroe individual a las gestas colectivas, igualmente gloriosas, sean victorias militares o puebladas y rebeliones populares.

Con el nuevo régimen de la memoria social, asociado a la experiencia histórica de una masacres y de crímenes masivos, en el centro no hay héroes o gestas sino víctimas. En la medida en que se admita la profundidad de una verdadera conmoción de la memoria habitual, que tuvo su expresión trágica con los desaparecidos, como un agujero ético y político, se advierte que es difícil, en verdad imposible, establecer alguna identificación exaltante o positiva con ese pasado. Lo que ha quedado como símbolo mayor es un rechazo y una negación: "nunca más". Al menos es el núcleo central de esa recuperación, aunque pueda reconocerse un aspecto heroico en la evocación de los que resistieron. Pero en el consenso establecido por la investigación y el Juicio esa dimensión positiva está asociada a las luchas por los derechos humanos, a las Madres o las Abuelas, antes que a los combatientes armados que enfrentaron la dictadura.

2. Para una genealogía de la memoria: historia y política

Dado el horizonte abierto con el nacimiento del ciclo democrático, me interesa explorar los cambios en las formas de incorporar escenas del pasado en las acciones y proyectos del presente, una dinámica del tiempo social que es constitutiva de eso que puede ser llamado conciencia histórica. En principio, esa causa de la memoria asociada a la condena del terrorismo de estado, ha encontrado sus núcleos más activos en el espacio cultural del progresismo o la izquierda, en un sentido que, brevemente dicho, comprende una cosmovisión que es a menudo más moral que política. Al hablar de una cultura o incluso una "sensibilidad" de izquierda evito deliberadamente referirme a una "ideología" política que requeriría un análisis más complejo. Aunque es evidente que la amplia adhesión a los derechos humanos comprende un sector más amplio de la sociedad, los portadores más consecuentes de esa memoria de la dictadura responden a ese perfil de izquierda; de modo opuesto y correlativo, la posición común del conservadurismo liberal argentino en este punto tiende a la justificación autoritaria.

Por otra parte, ese sentido renovado de la memoria nace en el universo de las víctimas del terrorismo de Estado y esto justifica una indagación de los modos de la apropiación del pasado en el espacio político e ideológico previo de la izquierda y el peronismo combativo. Una constatación se impone: en los años previos a la dictadura no se hablaba casi de memoria, en el sentido presente, es decir como memoria de derechos agraviados y de víctimas inocentes. En los tiempos de la radicalización política y

de la imaginación revolucionaria, la recuperación del pasado estaba dominada por las escenas de lucha y resistencia. Las operaciones de transposición de la historia en los combates del presente se referían a otras prácticas y el dominio de las representaciones aludía a fracturas de las visiones del mundo que expresaban directamente las fracturas del orden político. Del “Cordobazo” al retorno de Perón, pasando por el asesinato de Aramburu y las acciones insurgentes, se alimentaba una narrativa de combates y combatientes. En esos años, más que de memoria se hablaba de ideología, y los alineamientos impuestos por la confrontación ideológica transportaban un relato preformado del pasado.

No es fácil delimitar lo que corresponde a las ideologías en las formaciones de la memoria.⁵ Pero se puede decir que las ideologías constituyen sistemas fijados de memoria histórica que se incorporan como un sostén que otorga sentido a las luchas políticas. Y en el corpus de las producciones sobre el pasado que alimentaba el camino de una revolución que finalmente fracasó, la conciencia histórica buscaba otras representaciones, apegada a imágenes bélicas: conflictos, lucha, guerra, incluyendo la figura de la “lucha antisubversiva”, con la que las fuerzas represivas presentaban su acción ante la sociedad.

De los sesenta hacia los setenta los vientos de una aceleración de la historia imponían diversas figuras de lo nuevo: nueva izquierda, nuevo hombre, nueva sociedad. Y aunque no se hablaba abiertamente de “nuevo peronismo” (en la medida en que en la figura de Perón el pasado se convertía directamente en un presente transfigurado), la novedad radicaba en la reconversión que buscaba reunir la experiencia histórica del primer peronismo con el socialismo cubano. Desde ese nuevo sentido se rearmaba hacia atrás una tradición nacional popular que incorporaba los tópicos del revisionismo histórico.⁶ En todo caso, en esa formación que comunicaba (y confrontaba) la nueva izquierda con el peronismo combativo, las dos vertientes enfrentaban una relación incómoda con sus respectivos pasados. La izquierda cargaba con el lastre histórico de la pérdida de las masas volcadas al peronismo en 1945 y debía romper con las tradiciones reformistas que habían dominado por décadas las líneas de los partidos socialista y comunista.⁷ Por su parte, en el peronismo contestatario y la “izquierda nacional”, el proyecto de construcción de una tradición hacia el pasado debía disimular todos los rasgos que emparentaban al primer peronismo con la experiencia de los fascismos europeos.

En esa formación de ideas, imágenes y esquemas de acción el fantasma revolucionario trastocaba tradiciones y experiencias históricas y producía una formidable reorientación del acento temporal hacia el futuro. Era el tiempo propio del imaginario de la revolución que tenía su faro instalado en La Habana. Ernesto Guevara había producido el documento fundamental que anunciaba el nuevo hombre y la nueva sociedad; en él casi no había referencias a algo que hubiera que buscar en el pasado: “El presente es de lucha; el futuro es nuestro”; atrás debían quedar las “taras del pasado” que pesaban sobre la conciencia en la transición subjetiva hacia el hombre socialista.⁸ El mito revolucionario imponía un corte radical y una denuncia global del pasado, incluyendo la impugnación de las élites anteriores, destinadas a ser liquidadas y reemplazadas por la nueva dirigencia. Y en las peculiares condiciones del socialismo a la cubana, sin clase obrera y sin tradición comunista internacional que recuperar, Guevara podía omitir toda referencia a los ejemplos o las banderas del pasado para embarcarse directamente en las proyecciones de una transformación autoconsciente que anunciaba el “hombre del siglo XXI”.

Pero la irradiación del mensaje insurgente fuera de la situación cubana debía buscar algún arraigo en un pasado capaz de cumplir una función legitimante de las posiciones presentes. Y por supuesto, la experiencia histórica argentina ofrecía otras vetas en esa empresa de construcción simbólica de la política, alrededor de la experiencia peronista. En octubre de 1960, la revista **Che**, publicada por un grupo de socialistas argentinos inspirados por la revolución cubana, incluía una nota con el título “¿Qué hacía Ud al caer la tarde del 17 de octubre de 1945?”⁹ El periodista, se decía, “ha rastreado en la memoria de la gente”; esa era la fórmula hallada para presentar una encuesta que contrastaba los testimonios en la calle con las respuestas de un conjunto de personalidades de la política, las letras y las artes. Se trataba de una indagación de vivencias y recuerdos cargada de sobreentendidos sobre la significación de esa fecha, símbolo de la resistencia peronista. El arti-

5 Ver Bronislaw Baczo, **Los imaginarios sociales**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, especialmente “Imaginación social, imaginarios sociales”.

6 Ver Carlos Altamirano, **Peronismo y cultura de izquierda**, Buenos Aires, Temas, 2001. Alejandro Cattaruzza, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en A. Cattaruzza y A. Eujanian, **Políticas de la historia**.

7 Sobre las fracturas y conflictos en el PC y el PS en esos años, ver María C. Tortti, “Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondismo”, **Prismas**, Quilmes, UNQ, núm. 6, 2002.

8 Ernesto Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, **La Rosa Blindada**, I, núm.6, octubre de 1965. Sobre la “transición” ver Claudia Gilman, **Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina**, Buenos Aires, Siglo XXI ed. Argentina, 2003.

9 **Che**, núm.3, 18/10/60. Sobre la revista ver Che ver María C. Tortti, op. cit.

10 *Che*, num. 4, 25/10/60.

11 **Cristianismo y Revolución** [CyR], núm 1, setiembre de 1966.

12 John William Cooke fue diputado durante el primer gobierno del General Perón y luego de su derrocamiento fue delegado del ex presidente y una figura clave en la organización de la "Resistencia" peronista. Exilado en Cuba, fue el mayor impulsor de la convergencia la lucha revolucionaria y el tópico antiimperialista con el nacionalismo popular peronista. Murió en 1968.

13 J. W. Cooke, "Definiciones", *CyR*, num.2, oct-nov. 1966.

14 Carlos Altamirano, **Peronismo y cultura de izquierda**, op. cit.

15 Emilio Mignone, **Iglesia y dictadura** (1986), Quilmes, UNQ, 1999.

culista encontraba lo que había ido a buscar: mientras que en la calle todos eran peronistas y acomodaban a esa afiliación su recuperación de la fecha emblemática, en las figuras convocadas, salvo pocas excepciones, predominaba una actitud evasiva o de rechazo. Lo que muestra que por entonces esa escena sólo interpelaba a los viejos peronistas o los nuevos convencidos. "No me acuerdo" responde Quinquela Martín, restándole importancia al episodio, mientras que Borges directamente rechaza la pregunta.

La revista expresaba la reorientación política de una izquierda guevarista que tendía a reunirse con los peronistas de la resistencia, como el Padre Benitez, a quien entrevistan largamente en el primer número. Lo destacable es que el término memoria quedaba asociado a una fecha, una escena emblemática de la contraposición ideológica que dominó la vida política argentina desde 1945; y es desde esa fractura básica que los convocados rearmaban sus recuerdos o su negativa a recordar. Algunas respuestas (Silvio Frondizi, Abel Latendorf) rescataban al peronismo desde la reescritura de la historia cumplida por la izquierda nacional. Cuba (ya destacada por el Padre Benitez), tal como Abel Latendorf se va a ocupar de exponer en un número posterior, proporcionaba el modelo para una revolución social y a la vez nacionalista en el enfrentamiento con el imperialismo dominante.¹⁰

Sólo puedo ofrecer un examen rápido de esos modos de representación de las luchas y las identidades pasadas, sujetadas a los compromisos de la militancia. En pocos años, a partir del golpe del General Onganía, en 1966, la asociación entre el tema antimperialista y la Revolución (que comenzaba a escribirse siempre en mayúsculas) había adquirido en ese espacio ideológico que reunía al peronismo y la izquierda una implantación firme. **Cristianismo y Revolución**, aparecida en setiembre de 1966, exponía ya un camino general e irreversible: "Se está consolidando en las conciencias de todos los hombres la afirmación del nuevo signo de nuestro tiempo: la Revolución". La reacción de los "pueblos del Tercer Mundo" indicaba un camino abierto y disponible para Argentina y América Latina. En la nueva fe, la propia gestación del Tercer Mundo como entidad política dependía de un proceso revolucionario que se extendería "a través de una acción dura y violenta pero profundamente humana". El ejemplo y las palabras del cura Camilo Torres daban cuenta de la radicalización en el mundo católico que reunía el horizonte de la salvación con la causa de los pobres y las luchas revolucionarias, "la única manera eficaz y amplia de realizar el amor por todos".¹¹

En esa dimensión escatológica, todo el pasado que debía quedar atrás se resumía en las figuras del sufrimiento y la explotación de los pueblos: los hambrientos, los que no tienen techo, los explotados y los despojados. En las definiciones de John W. Cooke, Evita y el peronismo revolucionario aportaban una narración nacional y popular en un movimiento de redención política, social y moral que necesariamente, se advertía, debía pasar por la prueba de la violencia.¹² Como sea, una causa final, el objetivo mayor de la reconciliación en la dignidad y la caridad, impregnaba esta primera formación político-teológica inspirada en el Cristo de los pobres. No había muchos ejemplos que recoger de la tradición católica argentina en esa dirección, de modo que no era la memoria de la fe sino el testimonio vivo y actual de la lucha política lo que dominaba en ese programa integral. Sólo contaba con la imagen de un mártir, Evita abanderada de los pobres, y las inspiraciones provenientes del corpus leninista a partir de las cuales Cooke soñaba con reorganizar al peronismo como un "partido revolucionario", una vanguardia dotada de su propia teoría.¹³

Carlos Altamirano ha señalado el peso decisivo que la radicalización del mundo católico tuvo en la reconfiguración del campo de la izquierda y en las formas del militan-tismo que incendiaron la década previa a la irrupción de la dictadura.¹⁴ Pero en esa escalada hacia la catástrofe también la derecha, aun en el conglomerado peronista, hacía suya una reconversión mesiánica de la acción política, impregnada de una visión esencial de la nación católica y sus derivaciones en los combates por el patriotismo legítimo. Con la escalada hacia los extremos y la generalización de la violencia aniquiladora del enemigo, esa radicalización de una ultraderecha afiliada al catolicismo ultramontano va a mostrar sus facetas más siniestras en la propia Iglesia, incluyendo la bendición que obispos y vicarios, sobre todo en el ámbito castrense, otorgarán al terrorismo de estado presentado como una guerra por la fe.¹⁵

El enunciado ya citado en **Cristianismo y Revolución** que aludía a los cambios en la “conciencia de los hombres” presentaba el tópico del “nuevo hombre” guevarista. Dos años más tarde, en la revista que nace con ese nombre, **Nuevo Hombre**, los guerrilleros peronistas apresados en Taco Ralo (que van a formar las FAP, Fuerzas Armadas Peronistas) fueron entrevistados por Dardo Cabo.¹⁶ Dos puntos merecen destacarse en la justificación que ofrecían de la primera experiencia guerrillera en la Argentina. Por una parte, el peso de la dimensión subjetiva en los métodos y los fines, que reiteraba el ejemplo del Che Guevara: en la lucha armada lo que importaría “no es el material sino el espíritu del hombre”; la “revolución de fondo no sólo debe transformar estructuras económicas sino modelar un Hombre Nuevo”. En segundo lugar, los militantes preferían llamarse “montoneros” antes que guerrilleros (varios años antes del nacimiento de la organización que van a fundar Fernando Abal Medina y Mario Firmenich) y en esa denominación se plasmaba una proyección del pasado sobre el presente: la repetición de las luchas del pueblo que encontraba una expresión originaria en el enfrentamiento de aquellas tropas irregulares con el ejército español. Explícitamente, la “guerra revolucionaria” que anunciaban sería la continuidad de una línea que de San Martín y Güemes, había pasado a los caudillos y a su encarnación en Rosas, “síntesis de todos los caudillos y defensores de lo nacional y popular ante la barbarie civilizadora, cajetilla y minoritaria”. No se hablaba de memoria en esta evocación mítica de una tradición nacional y popular que estaría allí disponible para quienes tuvieran el coraje de asumir esa identidad y pasar a la acción. Pero esa historia esencial y compacta formaba parte de una representación fracturada de la nación que llegaba hasta el presente y se manifestaba en la separación tajante de las lecturas que la cárcel les había posibilitado a los entrevistados: de un lado, los textos canónicos de la revisión nacionalista, J.M. Rosa, F. Chavez, A. Jauretche y Hernández Arregui;¹⁷ del otro, la línea repudiada a la vez por “liberal” y por “caduca”, es decir, J.L. Borges, V. Ocampo, E. Martínez Estrada y E. Sábato.

Las dos Argentinas

Para ese estado de la conciencia histórica la ficción de las “dos Argentinas” operaba como la matriz inamovible de toda representación posible del pasado. Desde luego, ese tópico no era nuevo y se remontaba a la década del treinta; allí habían nacido dos narrativas enfrentadas de la nación cada una con sus padres fundadores y sus escenas originarias. Es sabido que la oposición peronismo/antiperonismo, hacia los sesenta, va a retomar y profundizar esa fractura esencial en la que el debate ideológico asume “el carácter de una pugna por la historia”, una lucha por “la representación legítima del pasado. [que] se volvió un objeto privilegiado de la lucha por la definición legítima del presente nacional”. El pasado como “alegoría” del presente impregnaba los significados del discurso y de la acción políticos: Rosas es Perón así como la generación del 37 solo aguarda a quienes sean capaces de reencarnarse en ella.¹⁸ Lo destacable, en el período que se abrió después de la caída de Perón, en 1955, es el componente épico aportado por la **Resistencia**, sus mártires y sus héroes, en un ciclo de creciente conflictividad política y social que en tanto concentraba sus objetivos presentes en el retorno de Perón evocaba y embellecía como una “edad de oro” a la etapa del primer peronismo. En esa formación de ideas e imágenes se resumía un mito político volcado a las luchas de la hora y se reforzaba hacia atrás una identidad que recuperaba esa narrativa preformada de la nación peronista. Pero no se hablaba de memoria sino de identidad y, en todo caso, de historia; y pronto se hablará sobre todo de ideología. Es muy característico que el término “memoria peronista” surja a posteriori, en las condiciones de la postdictadura que han desactivado esa identificación con la nación. Antonio Cafiero, un militante político del peronismo a lo largo de medio siglo, reflexiona retrospectivamente en un libro dedicado a la “Memoria de la Resistencia Peronista”: “Los peronistas nos debíamos una tarea, que no pudimos hacer en su momento, porque la dinámica de los hechos a partir de 1955 nos empujó a actuar aceleradamente y a postergar nuestra reflexión y la organización de nuestra memoria”. Y la mención de una experiencia (testimonios, documentos, evocaciones) que debe ser “organizada” marca ya la distancia respecto del mito identitario.¹⁹

¹⁶ **Nuevo Hombre**, núm.1, 21-27 de julio de 1971.

¹⁷ La derecha nacionalista argentina buscó construir, desde los treinta, una visión de la historia que fuera una alternativa total a la del liberalismo y la izquierda tradicional. Los nacionalistas crearon una escuela de revisionismo histórico (el Instituto “Juan Manuel de Rosas” de Investigaciones Históricas fue fundado en 1938), reinterpretaron el papel de los caudillos y exaltaron la figura del dictador Juan Manuel de Rosas. Pero en verdad es en los años sesenta cuando se afianza esa visión nacionalista y antiimperialista, en particular por los trabajos de Juan J. Hernández Arregui y Arturo Jauretche, que impregnan las corrientes insurgentes del peronismo y de lo que se conoce como la “izquierda nacional”.

¹⁸ C. Altamirano, “Las dos Argentinas”, en **Peronismo y cultura de izquierda**, pp.29-31, 36-37.

¹⁹ L. Carulli, L. Caraballo, N. Charlier, M. Cafiero, **Nomeolvidos. Memoria de la Resistencia Peronista, 1955-1972**, Buenos Aires, Biblos, 2000 p. 11.

20 L. Carulli, L. Caraballo, N. Charlier, M. Cafiero, *Nomeolvidos*, p. 274. A. Cattaruzza, obra citada, p. 170.

21 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 1976. Ver también "Georges Sorel", a cura di Diego Fusaro, en <http://www.filosofico.net/sorel.htm>.

22 P.Giussani, Montoneros. La soberbia armada, Buenos Aires, Planeta, 1984.

Por contraste con esta recuperación inestable y evocativa se destaca la otra forma compacta, autoevidente, que en el ciclo previo a la irrupción de la dictadura proporcionaba una explicación integral y anticipada a las incertidumbres del presente y el futuro. Algo cambia en la escalada de radicalización política desde mediados de los sesenta. El vuelco a la acción embarca a los contendientes en una representación bélica de las formas legítimas del combate por la definición del presente que arrastra necesariamente ese bastión privilegiado, la conciencia nacional. La reunión de nacionalismo y catolicismo había proporcionado una primera forma mítica de esa representación esencial de la nación. La revolución cubana aportaba al mito un criterio de realidad, el acontecimiento redentor que descendía a la historia. La consigna "Patria o Muerte" condensaba esa fusión del nacionalismo con la revolución; a ello se agregaba, para algunos al menos, la realización del reino de Dios.

Las primeras formas de acción directa exhiben esa búsqueda de seguridades en un pasado amasado por el mito: en 1963 un grupo de la Juventud Peronista "secuestraba" el sable corvo del General San Martín, una primera acción espectacular de propaganda que si por una lado prefiguraba la acción armada (ese mismo año se desataba el desdichado foco guerrillero en Salta) a la vez convertía a la reliquia en el ícono de las luchas por una segunda emancipación. Ese mismo año, otro comando peronista explicaba en Rosario los atentados con bombas contra bustos de Sarmiento. La imaginación guerrera se extendía a la empresa imposible de borrar violentamente el pasado considerado repudiable.²⁰

El nacimiento del mito revolucionario encontraba sus condiciones en una configuración ideológica e imaginaria que reunía resistencia peronista, guevarismo y radicalización católica, bajo las banderas del antiimperialismo. Las fórmulas conocidas de esa visión alcanzaban una extensa legitimidad y promovían hacia el fin de la década una convergencia nueva entre activismo sindical y movilización estudiantil. El papel determinante de la Juventud Peronista como organización de militantes, activadora de los más diversos espacios de movilización en la sociedad, dependió mucho de esa expansión en la universidad. En el tiempo acelerado del voluntarismo militante, dominado por las urgencias de la acción y por la prédica que anunciaba un futuro transfigurado al alcance de la mano, las representaciones del pasado se multiplicaban en las acciones de propaganda, a menudo bajo formas violentas. Los esquemas prefijados se codificaban en fórmulas: el pueblo oprimido, la dependencia, el ejemplo de los héroes liberadores. Finalmente, la consigna "Liberación o dependencia" conformaba la matriz de recuperación del pasado y operaba al mismo tiempo una simplificación que aplastaba todo análisis de las condiciones particulares presentes.

Esa operación sobre el pasado dependía de la lógica soreliana de la acción. Para Sorel, la acción crea ya un mundo fantástico contrapuesto al mundo histórico como su completa negación. Y cuando ese mundo fantástico se convierte en patrimonio de las masas y orienta su movilización nace el mito político. El mito, en la acepción soreliana, no es un producto de la inteligencia sino de la voluntad, a diferencia de la utopía que propone un modelo discutible y contrastable con la sociedad existente. El mito guarda una relación inherente con la violencia en tanto mueve a los sujetos a la destrucción de lo existente; la utopía, en cambio, admite una vía de reformas y está en la base de la degradación parlamentaria de la tradición socialista. La apropiación soreliana del marxismo apunta, entonces, a la refutación de la dimensión utópica y programática y su reemplazo por la fuerza destructiva del mito revolucionario.²¹ El rechazo de la tradición liberal-democrática y del parlamentarismo, el antiintelectualismo, la ética del guerrero, la recuperación de una raíz religiosa en las figuraciones de la redención por la violencia, el papel adjudicado al grupo iluminado: muchos rasgos de esa formación de ideas, imágenes y valores estuvieron presentes en las organizaciones del peronismo revolucionario. Pablo Giussani, que fue director de **Che** y conoció de cerca la movilización intelectual y política que reunía al socialismo con el peronismo y el guevarismo, ha retratado los componentes de esa constelación ideológica en la organización Montoneros, incluyendo los ingredientes que la emparentaban con las formas históricas del fascismo: el culto a la violencia, la concepción heroica de la historia y la militarización de la acción política.²²

Pero esa representación amplificada en el imaginario del peronismo revolucionario enfrentaba una dificultad insólita y sin antecedentes. En principio un mito polí-

tico cimenta tanto más firmemente la identidad de un grupo cuanto más nítidamente define a su enemigo. E. W. Said, por ejemplo, ha expuesto el papel de las "narrativas de la nación" y las disputas de relatos totales mutuamente incompatibles en el enfrentamiento de israelíes y palestinos: en ese combate sobre el territorio se oponen lengua, religión, y hábitos culturales.²³ Puede decirse que en la vieja tradición del nacionalismo argentino, que nutría esa visión sobre el pasado, el enemigo era claramente la línea "liberal", un término necesariamente impreciso que podía incluir tradiciones bien diferentes, del conservadurismo al socialismo y aun el comunismo. Pero en la medida en que el nuevo peronismo quería incorporar ingredientes de izquierda, por la vía del castro y el leninismo, no podía dejar de chocar con una derecha, incluso una ultraderecha, que se reconocía en el mismo panteón y en las mismas escenas originarias (Rosas y los caudillos) para concluir en la misma consagración de Peron como culminación de esa identidad. Como es sabido, las disputas en el interior del conglomerado que se proclamaba leal a la conducción del general Perón se constituyeron en el elemento central de la desestabilización política posterior al recambio político de 1973, y culminaron con el golpe palaciego contra el Presidente Cámpora y la acción de las "Tres A".

No me propongo entrar en el análisis histórico de esa confrontación; sólo señalar que las divisiones en el interior del peronismo (sintetizadas en la confrontación de la "Patria socialista" con la "Patria peronista") que alcanzaron una expresión extrema en la masacre de Ezeiza y en la acción de las "Tres A", mostraban una fractura esencial en la representación de la nación y un desacuerdo inconciliable en esa conjunción de identidad, acción política y redención del pasado. No puede decirse, en rigor, que estuviera en juego un conflicto de memorias en el sentido de dos formaciones estables y consolidadas sobre el pasado. En todo caso, esa comunidad en las referencias originarias agregaba un plus de violencia en la medida en que obligaba a sobrecompensar los riesgos de confusión o indiferenciación.

La batalla por la verdad: de la guerra antsubversiva a la causa de los derechos humanos

Una historia de representaciones, afincada en zonas del imaginario social, mantiene una autonomía relativa y se organiza según principios y lógicas que no replican las de la historia política o social. Esta salvedad es necesaria para poder advertir que, más allá de las diferencias evidentes entre las acciones terroristas de la ultraderecha, a través de las "Tres A" y el sistema puesto en práctica por el terrorismo de estado a partir de 1976, en el terreno de las justificaciones ideológicas y las búsquedas de cimientos míticos, la acción militar reencontraba las mismas certezas, sobre todo en sus vertientes militantes radicalizadas, que comprendían sobre todo la confluencia de la oficialidad joven con jefes y efectivos de las fuerzas policiales.

El golpe de 1976 fue recibido con una mezcla de alivio, expectativa y resignada aceptación: las promesas de orden y autoridad no sólo se correspondían con una experiencia histórica que habían reservado a las fuerzas armadas ese papel, sino que parecían, para muchos, la única salida frente a las evidencias de la fractura política, el caos social y el desquicio del estado. No voy a insistir sobre las condiciones que contribuyeron a instalar cierto consenso en esos años en torno del relato de la lucha antsubversiva sino a examinarlo en el terreno de las representaciones que lo sostenían. A la idea de una comunidad quebrada se agregaba esa figura de la subversión que ponía en riesgo una esencia nacional, una imagen que no había faltado en los modos en que el peronismo y el propio Perón habían enfrentado el desafío montonero. En todo caso, el régimen militar también buscaba afirmar su legitimidad hacia el pasado con referencias al nacionalismo, el patriotismo y los héroes de uniforme, según el modelo de eso que Baczo llamó historia-propaganda.²⁴ Por ejemplo, la conmemoración de la "Conquista del desierto", en 1979 sirvió para proponer una equivalencia característica entre el pasado y el presente: los salvajes de ayer, inasimilables para el proyecto civilizador, se reencarnaban en los subversivos de hoy y desde luego merecían la misma solución exterminadora.

Esas formas de la propaganda de la dictadura resultaron en ese punto bastante

²³ Edward W. Said, "Invention, Memory, Place", *Critical Inquiry*, vol. 26 (2) Winter 2000.

²⁴ Bronislaw Baczo, *Los imaginarios sociales*, op. cit., pp. 159-168.

²⁵ Ver Luis A. Romero, "Malvinas, veinte años después. Una pregunta insoslayable", *Puentes*, núm. 7, julio 2002. Sobre las constelaciones mitológicas en las representaciones y particularmente sobre la conspiración, ver Raoul Girardet, *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

²⁶ Elias Bernard, "La Guerra Sucia. Soldados de Cristo en el Siglo XX", En: <http://genocidios.faihtweb.com/guerra-sucia.html>

ineficaces. Pero no puede decirse lo mismo de la explosión de memoria patriótica que estalló con la aventura de las Malvinas. Se ha insistido en analizar el episodio desde el ángulo de los intereses, los objetivos y de las fallas de la acción militar; en cambio se ha señalado menos lo que puso de manifiesto en la sociedad. La casi unánime euforia nacionalista que acompañó lo que parecía (y se quería creer) como una guerra victoriosa, reveló como pocos acontecimientos la fuerza de esa potencia mítica que atraviesa ideologías y experiencias: un nacionalismo esencial fundado en una visión sacralizada del territorio: fuente de identidad, garantía de destino y objeto fabuloso sobre el que se despliegan las amenazas siempre al acecho de alguna conspiración. La capacidad de animación y movilización de los sectores más diversos del espectro político, de la extrema derecha a la extrema izquierda, revelaba estratos profundos y oscuros de una memoria de largo plazo en torno de las visiones de la nación, un fondo disponible para diversas empresas, encarnado en fórmulas de lenguaje, imágenes, símbolos y pasiones.²⁵ La insólita reanimación de un componente antiimperialista por parte de una dictadura de proclamada fe anticomunista, tuvo su expresión más bizarra en el abrazo del canciller Costa Méndez, un integrante de la derecha conservadora, con Fidel Castro en La Habana.

En un período de meses, de la derrota en las Malvinas al llamado a elecciones, empezaba a cambiar profundamente la representación de los años de la dictadura. Luis A. Romero interroga el papel de las "pasiones nacionalistas" en los orígenes del repudio a la dictadura; inicialmente condenada por haber perdido la guerra, antes que por haber desatado una aventura irresponsable. En ese período clave en las transformaciones de la memoria del pasado inmediato hicieron su aparición pública las víctimas de la dictadura; y lo hicieron de un modo que las separaba tajantemente de la figura de la subversión y las asociaba a las víctimas más recientes, los soldados sacrificados en el Atlántico Sur. La responsabilidad, en ambos casos, recaía en los jefes militares. A partir de ese desplazamiento, desde las figuras del orden y la autoridad al sufrimiento de las víctimas, el relato de la "guerra antisubversiva" empezaba a cambiar hacia una primera narrativa de la democracia: el resguardo de los derechos de los afectados por el terrorismo de Estado convertía a las víctimas en representantes y portadores de un objetivo de reconstrucción ética y política de la sociedad. Allí nace, en el mundo de las víctimas y los perseguidos, la asociación perdurable de memoria y derechos.

También hubo víctimas producidas por el terrorismo insurgente y queda pendiente una indagación específica de ese capítulo. En principio, fueron muchos menos y sus familiares no cargaban con la afrenta adicional de la desaparición de los cuerpos. La organización más relevante, FAMUS (Familiares y Amigos de los Muertos por la Subversión), no fue capaz de asociar su reclamo a valores y principios universales en el orden de los derechos. Sus pronunciamientos y acciones públicas (sobre todos las misas) eran una respuesta política contra los organismos de derechos humanos, sobre todo los familiares; de modo que al hablar en nombre de esas otras víctimas siempre eludieron la generalización de una demanda de justicia para todos, que promoviera la construcción de un espacio pacificado y sometido a la ley. Apéndices del discurso justificatorio de la masacre elaborado por las propias fuerzas armadas, las misas organizadas por FAMUS, durante el Juicio a las juntas, eran la ocasión de una reivindicación total de lo actuado por las fuerzas militares, cuando no un ataque abierto a la democracia. En una de ellas, celebrada un par de años después de la vuelta al orden constitucional, decía el oficiante, padre Manuel Beltrán: "... con la democracia llegó el destape anticlerical, el auge de la droga, la delincuencia y la pornografía..."²⁶

Los familiares de esas víctimas no aceptaban (como sí lo hizo una buena parte del movimiento de los derechos humanos) la idea de impartir justicia y castigo equivalentes para los que hubieran cometido crímenes (después de la amplia amnistía de 1973) en las filas uniformadas tanto como en las organizaciones guerrilleras. Esa fue la versión de los "dos demonios" expuesta en la presentación del Informe de la CONADEP y en el Juicio, que se convirtió en ingrediente de un consenso básico establecido en el nacimiento de la democracia. En las misas de FAMUS los allegados de las víctimas de la guerrilla se igualaban con los de los jefes militares juzgados por los tribunales constitucionales. Por ejemplo, de la misa de mayo de 1985, "en homenaje a los caídos en la lucha antisubversiva", participaron los generales Bignone, Saint Jean y Harguindeguy, la esposa y el hijo de Videla y una treinte-

na de oficiales en actividad; el oficio terminó con vivas al Operativo Independencia y condenas al marxismo al que se acusaba de estar en el gobierno. En la del mes de junio, asiste el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Ríos Ereñú y el subjefe Mario J. Sánchez, junto a más de cien oficiales del Ejército con uniforme; participan igualmente la esposa del general Videla y varios jefes del período dictatorial. Aunque la homilía insistió en el perdón y la reconciliación el oficio culminó con vivas a la Patria, al operativo Independencia y a las Fuerzas Armadas.²⁷

La presencia conjunta de los familiares de las víctimas de la insurgencia y los de los comandantes detenidos en esos pronunciamientos, mostraba que se asimilaba la acción actual de la justicia con las acciones pasadas de la guerrilla. Con la misma lógica que había igualado a los pocos combatientes con los muchos militantes políticos y sociales desarmados que fueron indistintamente blanco de la masacre, sólo una diferencia de grado separaba ahora a los fiscales y los jueces de la acción del terrorismo insurgente. En verdad la prédica de FAMUS se interesaba menos por sus familiares caídos que por una amplia denuncia del enemigo subversivo que por entonces era más o menos equivalente a la democracia recuperada. En marzo de 1984, cuando ya gobernaba Raúl Alfonsín, una delegación de FAMUS concurrió a la embajada de Estados Unidos para solicitar, sin éxito, apoyo financiero e "información sobre el incremento de la subversión en Argentina".²⁸

Nacida como una organización de presión de las fuerzas armadas sobre el Presidente Alfonsín, y carentes de iniciativa y de autonomía como organización de la sociedad civil, FAMUS dejó de actuar cuando sobrevinieron las leyes de extinción de la acción penal y los indultos. De allí lo irrisorio de la argumentación de esos grupos (y de la derecha política en general) que repiten que los caídos por la acción de la guerrilla también tenían derechos humanos que no han sido reconocidos ni defendidos. Esto es cierto, pero nunca asociaron sus demandas a la causa de la justicia y los derechos sino que se sostuvieron en las condiciones excepcionales que habrían justificado el modo criminal en que se había desarrollado la "guerra" contra la guerrilla y la disidencia políticas. Como consecuencia, todo el movimiento de los derechos humanos quedaba asimilado a una forma ideológica del mismo combate, en la medida en que se establecía una equivalencia entre "terrorismo" y "derechos humanos". En verdad, ésto ya había empezado durante la dictadura. Por ejemplo se podía leer: "Respecto del asesinato de Aramburu, conviene grabar muy bien el nombre de Firmenich, que ahora está colaborando en Nicaragua y que se halla entre quienes pretenden que para él tengan vigencia los derechos humanos".²⁹

Después de haber rechazado largamente la pertinencia de aplicar la óptica de los derechos a una guerra, que, en la visión del actor militar, se libraba sin ningún apego a normas legales o morales y una vez asimilado de ese modo el tópico de los derechos humanos a la acción ideológica del terrorismo insurgente, no había recomposición posible: sólo la reivindicación de esa guerra así librada. Como veremos, es la agumentación reiterada *ad nauseam* en el Juicio por los defensores de los jefes militares. Puede decirse, entonces, que en la confrontación pública de los allegados de unas y otras víctimas se actualizaba un conflicto irreconciliable de memorias de ese pasado. Pero esos otros familiares, que habían recibido el apoyo del Estado militar, que en muchos casos recibían fondos y pensiones, difícilmente podían convertirse en actores significativos en el nuevo escenario. Sólo reproducían un relato reivindicativo de la dictadura que permanecía como un componente residual en la nueva situación, en la que la significación de lo sucedido se rearmaba enteramente bajo la causa de la justicia.

Juicio y memoria

La representación más acabada del ciclo de la violencia y el terrorismo de estado condensada en el relato de la "guerra antisubversiva", se expuso en el Juicio a las juntas, convertido en un teatro público de la confrontación por el sentido legítimo del pasado. A partir del descubrimiento de las víctimas, de los testimonios que revelaban el destino de los desaparecidos, se implantaba un nuevo relato en el que la ley desplazaba a la guerra como núcleo de sentido de lo acontecido.

En los alegatos de los defensores y en la exposición final de los acusados se expusieron dos líneas de argumentación: una se amparaba en que las fuerzas armadas intervinieron a partir de decisiones surgidas del poder constitucional, antes de 1976, aunque deja-

27 Clarín, 22/5/85. Clarín, 26/6/85; La Razón, 26/6/85.

28 Documento del 19/3/1984. En: **Argentina: La lucha continúa**, <http://www.lafogata.org/02argentina/8argentina/bebes.htm>

29 Ismael G. Montovio, **Derechos Humanos y Terrorismo**, Colección Humanismo y Terror, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1980, p.105. Corresponde a uno de los diez tomo de la "Colección Humanismo y Terror", que la dictadura empezó a difundir en 1977, que servían como materiales de difusión en la Universidad y los ámbitos educativos.

30 *Diario del Juicio* [DJ], num. 20, 8/10/85.

31 Massera, DJ, num. 20, op.cit. Dr. Orgueira, defensor del Viola, DJ, 21, 15/10/85.

32 Orgueira, DJ, 21, 15/10/85.

33 *La Razón* [LR] 25/5/85; ver también P. Giussani, "Un desafío a la posición de la Iglesia", LR, 22/5/85

34 El testimonio de A. Lanusse en DJ, núm.4, 18/6/85. Las declaraciones de Saint Jean en *Clarín*, 25/5/85.

35 LR, 14/6/85.

ba sin explicar por qué para cumplir ese mandato consideraron necesario derrocar ese mismo poder. La otra insistía en el carácter particular de una guerra que sólo podía ganarse mediante los métodos empleados, es decir, al margen de la ley. Carlos Tavares, defensor de Videla, daba cuenta de las instrucciones recibidas del procesado, entre ellas, defender "la legitimidad de la guerra afrontada por las fuerzas armadas con motivo de la agresión subversivo-terrorista"; y rechazaba el límite fijado para el proceso que establecía un "línea divisoria" a partir del 24 de marzo de 1976, línea que hubiera dejado fuera a quienes desde el Poder Ejecutivo del gobierno de Isabel Perón impartieron las primeras órdenes que llevaron a la intervención militar.³⁰

Un tema volvía una y otra vez: los que perdieron la guerra pretenderían ahora triunfar en el terreno de la política y la sede judicial. "Nadie tiene que defenderse por haber ganado una guerra justa"... "pero aquí estamos. Porque ganamos la guerra de las armas y perdimos la guerra psicológica"... "los vencedores son juzgados por los vencidos". Los "subversivos se han acercado al estrado judicial para lograr un triunfo a través del juicio".³¹ Una táctica habitual consistía en descalificar a los testigos interrogándolos sobre su militancia o su ideología política. No sólo se cuestionaba su imparcialidad: se dejaba entender que los testigos siempre obraban de mala fe en la medida en que formaban parte del campo enemigo. Así como, por principio, todas las víctimas eran consideradas terroristas, los testigos eran, de entrada, subversivos dispuestos a reanudar su lucha, lo que venía a confirmar la tesis mayor de la confrontación bélica interminable: [los testigos] "trataron de convertir a los victimarios en víctimas y a los vencedores en vencidos. Y esto lo hicieron porque esperan volver."³²

En el límite, las defensas exponían una posición extraña a las mismas convenciones que sostenían el proceso jurídico. En efecto, concurrían al teatro del derecho para decir que los actos juzgados se situaban por encima de las prescripciones de la ley. En definitiva, era la base misma del Juicio y la autoridad de las instituciones de derecho las que estaban siendo impugnadas. Pero no estaban solos. Monseñor Plaza, arzobispo de La Plata, quien mantenía intacta su fidelidad a la dictadura, consideraba por entonces que el Juicio era "una revancha de la subversión" y un proceso en el que "los criminales están juzgando a los vencieron al terrorismo".³³ La justificación de los crímenes por los rasgos propios de una guerra, concebida como el retorno a un estado de naturaleza, encontró su más extensa exposición en los defensores de Galtieri. Para sostener que en la guerra todo está permitido (incluso la tortura, el asesinato y los saqueos) encontraron apoyo en los escritos del fraile dominico Francisco de Vitoria (*De Jure Belli*, 1538-1539). Y ese retorno a antecedentes tan remotos, que suprimía el derecho moderno, era bien representativo de una configuración de ideas que se extendía de la ideología política hacia la teología. Pero si bien todos los defensores concordaban en la tesis de guerra para justificar los hechos juzgados, los que defendían a los jefes menos comprometidos (particularmente de la Fuerza Aérea) estaban más dispuesto a admitir la autonomía del derecho y a obrar en consecuencia con argumentos o medidas propias de una defensa jurídica antes que política. Al mismo tiempo, no dejaban de producirse divisiones dentro de los miembros de la fuerzas armadas: algunos oficiales declararon en contra de la metodología represiva y acusaron a sus superiores. El cuestionamiento público más resonante en ese sentido fue el del ex comandante Lanusse, que incluyó una polémica en los medios con el general Saint Jean.³⁴

A menudo los defensores actuaban en la escena del Juicio de un modo que evocaba los interrogatorios en los campos de concentración: el citado Orgueira llamó "detenido" a un testigo. En ese espacio público amplificado, al mismo tiempo que se desarrollaba un proceso de gran impacto institucional en la búsqueda de reparación del estado, se mostraba directamente, se teatralizaba incluso, un choque entre esas imágenes del pasado, que mostraban sus aristas más siniestras, y las promesas de un futuro diferente. El fiscal Strassera era bien consciente de que en esa ceremonia su rol excedía el del funcionario judicial y a veces hablaba para la opinión pública antes que para los jueces: "Si algunos letrados defensores siguen por ese camino, le van a decir al testigo: puede sentarse y sáquese la capucha".³⁵

En el contenido de los interrogatorios a los testigos había algo más en juego

en tanto los abogados contaban con información sobre sus antecedentes políticos, incluyendo datos sobre su militancia en organizaciones insurgentes, que sólo podían provenir de los servicios de información del estado. Con lo que se mostraba que el conflicto estaba afincado en el propio aparato estatal, que era ya un órgano en transición en el nuevo ciclo político democrático. El mismo estado que como entidad de derecho enjuiciaba a los militares, por otro lado, en las zonas más oscuras y apegadas a las herencias de la dictadura, proporcionaba apoyo para esos argumentos de la defensa; bastante torpe, por otra parte, dada la actitud del tribunal que invariablemente rechazaba la pretensión de convertir a los testigos en acusados.³⁶ De modo que el combate por la justicia y por la memoria legítima lo era también por el control de un estado que en el aparato judicial y de seguridad se había acoplado con relativa facilidad a los procedimientos clandestinos. Y el desprestigio generalizado que terminó cayendo sobre algunos de los defensores (algunos llegaron a ser acusados por transgresiones éticas ante los colegios profesionales), mostraba los signos de esas batallas en la comunidad de abogados.

A esa altura el fantasma de la guerra social, que había operado como una justificación convincente para muchos en las condiciones de caos y desbarranco institucional previas al golpe de estado, ya no convencía a nadie. Con variantes, la estrategia discursiva de los defensores provenía de otro tiempo y reiteraba las tesis esgrimidas por la jerarquía militar y sus acompañantes civiles y eclesiásticos. Pero en la nueva situación, en el tránsito a la formación de un nuevo régimen de memoria, no tenían ya otro auditorio que los ya convencidos. El Juicio se constituía así en un escenario público en el que se confrontaba la representación legítima del pasado pero también las promesas de cambio instaladas en el nuevo ciclo. Que esa lucha por el pasado era también una lucha por el futuro es lo que muestra el final de la intervención de Massera. El ex jefe de la Armada expresaba una convicción que seguramente otros compartían: la historia los habría de absolver. "Mis jueces disponen de la crónica, pero yo dispongo de la historia y es allí donde se escuchará el veredicto final".. "Sólo de una cosa estoy seguro. De que cuando la crónica se vaya desvaneciendo porque la historia se vaya haciendo más nítida, mis hijos y mis nietos pronunciarán con orgullo el apellido que les he dejado".³⁷

Finalmente, esa contienda por el pasado se daba en un marco que contribuía a sus efectos de verdad; ese marco involucraba no sólo a fiscales y jueces sino al Presidente que dictó el decreto de procesamiento y al Parlamento que había derogado la ley de autoamnistía y aprobado la enmienda del Código Militar. Pero el conflicto se libraba también y sobre todo en la opinión pública y la conciencia de los argentinos. "Cinco semanas que cambiaron a la Argentina" era el título de una de las notas de Pablo Giussani sobre el Juicio. Los crímenes de la dictadura habían formado parte de las preocupaciones del movimiento de los derechos humanos y las "élites progresistas", mientras una buena porción de la sociedad había permanecido al margen, por indiferencia, miedo o pasividad. Aun cuando un primer velo había comenzado a descorrerse con la publicación del Informe de la CONADEP, la realización del Juicio, en la que pocos habían creído, en medio de presiones militares, políticas y eclesiásticas, inyectaba otra fuerza al impacto de esa intervención rectificadora del pasado. Y los testimonios sobre el terror eran suficientemente convincentes como para promover un repudio horrorizado. Al mismo tiempo, la ola de atentados y amenazas a la paz pública que se producían durante el Juicio, mostraba un terrorismo bien presente, asociado explícitamente a la causa de los ex comandantes; y hacía presentes esos años a los que casi nadie quería volver. De modo que la demanda del orden y la autoridad estaba esta vez, en la cambiante opinión nacional, del lado de las instituciones de la democracia y en contra de cualquier retorno al pasado.

Esas erupciones de violencia contribuían a imponer mayor dramatismo al proceso.

Los objetivos de los atentados eran bien explícitos. En junio de 1985, en Córdoba, un comando clandestino acompañaba la explosión de una bomba con una proclama contra "el descontrol jurídico-político sobre el insultante juicio que el oponente marxista lleva a cabo sobre las victoriosas armas de la Patria".³⁸ En octubre del mismo año, sobre el final del Juicio, se producía un promedio de dos atentados diarios, incluyendo una ola de amenazas de bombas sobre escuelas y jardines de infantes.³⁹ Si

36 P.Giussani, LR, 8/8/85.

37 DJ, num. 20, 8/10/85.

38 P.Giussani, "Una derecha que emula a la ultraizquierda", LR, 5/6/85.

39 DJ, núm. 22, 22/10/85.

40 DJ, núm. 22, id. "El Papa y Alfonsín los más admirados", *Clarín*, 8/6/85. Teresa de Calcuta y Alicia Moreau de Justo encabezaban el ranking de las mujeres. Después de Alfonsín se ubicaban Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges; en la lista figuraba también René Falvaloro y Adolfo Pérez Esquivel: como puede verse, se destacaban las figuras asociadas a los derechos humanos.

41 En la Semana Santa de 1987 se produce el alzamiento de militares "carapintadas" (por el betún con que cubren sus rostros), en rebelión con la conducción del ejército y contra las citaciones judiciales que involucran a oficiales acusados por su participación en la represión clandestina. El domingo de Pascua se produce una gran manifestación de apoyo a la democracia. El Presidente Alfonsín después de entrevistarse con los sublevados, anuncia a la multitud que la crisis se ha superado. En los días siguientes releva al Comandante en Jefe y pasa a retiro a una docena de militares. Casi inmediatamente se sanciona la Ley de Obediencia Debida, que exime de responsabilidad penal al personal militar y policial, amparados en la presunción de que han obedecido órdenes superiores.

42 LR, 16/7/85.

43 Inés Izaguirre, **Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada**, Buenos Aires, CEAL, 1994.

44 Entre 1920 y 1921 se produjo en Santa Cruz un movimiento de huelgas y revueltas obreras que fue brutalmente sofocado por el ejército.

la ceremonia judicial obraba, entonces, como un ritual colectivo en el que se procesaba esa transformación de la conciencia histórica, al mismo tiempo contribuía a reforzar la autoridad de las instituciones. Las encuestas daban un apoyo al Juicio de más del 85% de la población y según una encuesta de Gallup, el presidente Alfonsín estaba sólo después de Juan Pablo II entre las figuras más admiradas por los argentinos.⁴⁰ Todo ello explica el masivo respaldo de la ciudadanía, los partidos y las instituciones en ocasión del levantamiento de la Semana Santa de 1987. Como es sabido, la resolución del alzamiento defraudó esas esperanzas y el Presidente Alfonsín terminó cargando con un desprestigio que en gran medida derivaba de esa nueva conciencia, que asociaba el futuro de la democracia con la realización de la justicia sobre los poderosos, y que él había contribuido como nadie a fundar.⁴¹

Ahora bien, la figura de la guerra también estaba presente en una simétrica recuperación del pasado desde la izquierda. Néstor Vicente, por entonces en el Partido Intransigente, no se privaba de imaginar un escenario de luchas que, como el de los adherentes de la dictadura, reproducía sin cambios el pasado: "El gobierno de Alfonsín es continuador tanto del poder económico opresor cuanto del poder militar represor". Simultáneamente un sindicalista de la izquierda denunciaba, frente a conflictos en la planta de Ford, al "general Alfonsín" como responsable de "la continuidad de la dictadura militar de los generales Videla y Viola".⁴² Aunque apreciaciones como ésta carecían de consenso en la opinión pública (Vicente debió rectificarse por las presiones de su propio partido) no han estado ausentes en la izquierda, sobre todo en la universidad.

Una versión académica de la tesis de la guerra, desde la óptica de la izquierda universitaria, puede verse en los trabajos posteriores de Inés Izaguirre.⁴³ Resultado de una investigación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el trabajo muestra sus tesis mayores en el último capítulo, "La transición en una sociedad domesticada". Según la autora en la Argentina hubo una guerra de la que resultaron victoriosos, no la dictadura militar (mero aparato de dominación) sino sus "mandantes", a saber, el gran capital concentrado y la burguesía monopólica. Es ya problemática esa visión del bloque militar-civil como un mero "instrumento" en la que las condiciones políticas e ideológicas (por ejemplo, la formación en el largo plazo de la doctrina y de la metodología), quedan reducidos a un papel "superestructural". Pero aun más dudosa resulta la reducción del complejo de factores, condiciones y conflictos a una lógica única y homogénea de acumulación y beneficio del gran capital norteamericano, según las representaciones del imperialismo florecidas en los sesenta. Por otra parte, tal recuperación del pasado debía pasar por alto que uno de los factores externos más urticantes para la dictadura argentina fue la política del Presidente Carter, mientras que tanto la URSS como Cuba habían evitado cuidadosamente condenarla en los foros internacionales.

La lucha de clases sirve a Izaguirre como matriz de una figuración de la guerra social permanente. De acuerdo con esa concepción, todas las luchas sociales se refieren a la confrontación de dos polos que, con distintos agrupamientos o alianzas, básicamente serían siempre los mismos. A esa tesis Clausewitz le aporta ciertas nociones: sobre todo la idea de la paz como "un dominio estable, hecha por el vencedor". Lo destacable en esta representación izquierdista residual de la conflictividad social es que permanece muy cerca del sistema de nociones y creencias que impulsaba la imaginación insurreccional de aquellos años. Por ejemplo, en la búsqueda de la "situación revolucionaria" destaca una fecha y un acontecimiento: el "Cordobazo", 1969. Esa visión del pasado y de las escenas de la revolución perdida no es original. Efectivamente, después de muchos años, desde las matanzas de la Patagonia, el ejército intervenía a través de una acción represiva sobre sectores sociales rebeldes, y su acción comprendía la ocupación territorial.⁴⁴ Como es sabido, en los años del Cordobazo, incluso antes, el diagnóstico y la acción políticas de un amplio conjunto de organizaciones de la izquierda estaban basados en la certeza de la "situación revolucionaria", en la Argentina y en América Latina. Pero en la postdictadura esa historia preformada sólo puede responder a la fuerza de las creencias a costa de desatender los resultados catastróficos a los que había conducido. Al situar allí, en el Cordobazo, el comienzo efectivo de una guerra se confunde una revuelta social, aguda y disruptiva,

con un afrontamiento de largo alcance de fuerzas organizadas. En esa visión, al margen de toda definición militar, la "situación de guerra" se configura sobre todo en el terreno de las representaciones y es definida desde la voluntad de los sujetos sociales involucrados. Pero ese énfasis subjetivo, que apostaba todo a la voluntad revolucionaria, no sólo había sido un término clave de la militancia de la izquierda y el peronismo. También había impregnado los análisis y la acción, igualmente fundados en el poder de la voluntad, de la extrema derecha, incluyendo los sectores más radicalizados que actuaron en la represión y el exterminio durante la dictadura. Al mismo tiempo, a esa visión del pasado se acopla una toma de posición sobre el presente: no sólo hubo una guerra y de ella resultó el aniquilamiento de una de las fuerzas enfrentadas, sino que desde 1983 las mismas "fracciones sociales" aspiran a "enfrentarse en el ámbito de la lucha política".⁴⁵ Como consecuencia de la tesis de la guerra, allí donde el **Nunca más** y el Juicio habían hablado de víctimas, se trata, para Izaguirre, del recuento de las bajas del campo popular. Y como la desproporción es tal que hace muy difícil sostener la idea de un enfrentamiento de dos ejércitos, para negar que se trató de una masacre, se ve forzada a interpretar la amplia trama de oposición y contestación social en términos de una suerte de ejército popular en gestación. Ese había sido, finalmente, el enfoque de quienes llevaron adelante el exterminio.

3. Una nueva formación: memoria y democracia

En el Juicio a los otrora poderosos se gestaba un símbolo potente del nuevo ciclo y de las promesas de la democracia: si eso era posible, todo era posible. Allí nacieron grandes expectativas y también ilusiones excesivas, la idea de que con la democracia y las reglas del estado de derecho todo se solucionaba. Se trata de los tiempos en que estamos inmersos y es difícil determinar hoy si la democracia en la Argentina ha alcanzado a implantarse como un nuevo mito político. En todo caso, los jefes militares desfilando ante el tribunal construyen una escena fundadora, disponible y reactivable; y han proporcionado un fundamento para el ideal de una ciudadanía identificada a la ley, aun cuando eso no hace desaparecer las tradiciones más largas del conflicto ideológico. En todo caso, la dislocación de identidades y narrativas esencialistas en los partidos muestra esa dilución de las identidades definidas por la confrontación.

En cuanto se acentúan los derechos humanos como núcleo del ideal democrático quedan relegadas las figuras de la guerra, incluyendo las que habían acompañado la contienda de las Malvinas. Como consecuencia, hacia el presente, las narraciones que buscan reinstalar esa visión del pasado han quedado como producciones residuales de la derecha ideológica, tal como puede verse en un libro reciente de Vicente Massot.⁴⁶ La tesis de la continuidad de la violencia política desde las luchas civiles del siglo XIX sirve para reflotar la tesis de la guerra, justificadora de la masacre dictatorial. Una condición de tal argumento es el rechazo a admitir el corte histórico instaurado por la democracia en 1983, una posición que se corresponde con una visión puramente instrumental y accesorio de la ley y el sistema constitucional. Por el contrario, es el nuevo régimen de memoria asociado a la democracia el que promueve una visión pacificada del pasado más lejano y tiende a socavar esa representación escindida de la nación, en la que se cimentaron todas las variantes radicalizadas del nuevo orden, a la izquierda y la derecha del espectro político.

Un análisis de las transformaciones operadas por el ciclo democrático en las formas de apropiación del pasado debe admitir la superposición de estratos y de duraciones en las formaciones de la memoria ¿Cómo introducir en el análisis las dimensiones más permanentes de la conservación del pasado? Un estudio de la memoria social debe admitir que la temporalidad implicada no es del orden del acontecimiento. Una arqueología de la memoria descubriría en ella la coexistencia de diversos pasados y sus transformaciones, al modo en que pervive en el conocido análisis de Freud, la Roma del Imperio en la ciudad moderna. En esta perspectiva, los conflictos no son simples oposiciones de memorias diversas sino que son inherentes al trabajo de la memoria, en tanto se reconozca que incluye también lo rechazado.⁴⁷ La rectificación simbólica del pasado operada por la primera experiencia democrática no cancela un trasfondo

to, en un episodio que se conoce como la "Patagonia Trágica" o la "Patagonia Rebelde". El "Cordobazo", en 1969, fue una revuelta popular impulsada por sectores sindicales con el apoyo de estudiantes y una buena parte de la población de la ciudad de Córdoba. Superada la policía, el ejército fue el encargado de reprimir y restablecer el orden.

45 Izaguirre, p.9.

46 Véase Vicente G. Massot, **Matar y morir. La Violencia Política en la Argentina, 1806 - 1980**, Buenos Aires, Emecé, 2003.

47 Sigmund Freud, **El malestar en la cultura, Obras Completas**, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, p.69ss. Ver también Jeffrey Andrew Barash, "The sources of memory", **Journal of the History of Ideas**, vol.58 (4), october 1997.

48 Un estudio ejemplar en esa dirección puede encontrarse en el enfoque, a la vez sociológico e histórico, que Norbert Elias aplica al estudio del nazismo y sus condiciones de largo plazo: N. Elias, **The Germans**, en especial, "The Breakdown of Civilization", Columbia University Press, 1996. Sobre los modos de abordar la relación entre memoria e "identidad" en los estudios de memoria, véase J.A. Barash., "The sources of memory", op.cit.

49 Sobre profundidades y temperaturas de la memoria, ver Bronislaw Baczko, **Los imaginarios sociales**, pp. 168 y 186-192.

más permanente, un imaginario sustantivo hecho de narraciones que se han mostrado relativamente impermeables a la experiencia.

Introducir esa perspectiva en este estudio exigiría un análisis de largo plazo.⁴⁸ Brevemente, en la Argentina, esas narraciones han girado en torno de la amenaza del caos, de las representaciones de la nación escindida, del mal proyectado en un otro demonizado; y han oscilado entre el impulso anárquico y la búsqueda de un orden, potencialmente autoritario, localizado en alguna figura salvadora. Entre una visión esencialista de la identidad y una consideración demasiado apegada a la acumulación y el cambio de las "experiencias" históricas, hay un lugar necesario para un concepto de la pervivencia del pasado en el presente que reconozca estructuras de fondo más permanentes.

En verdad, el período "caliente" de la memoria, en los comienzos de la democracia, expuesto en testimonios, pronunciamientos, conmemoraciones y manifestaciones, no dejaba de exponer algunos rasgos de esas estructuras preformadas de la memoria, en particular en la proyección de todo el mal sobre los responsables criminales que devolvía un halo de inocencia a la propia sociedad.⁴⁹ Se relegaban de ese modo las preguntas dirigidas a explorar de otro modo la relación de la dictadura con la sociedad, incluyendo lo que esa etapa límite y desquiciada podía revelar de sus instituciones y sus dirigencias. Al mismo tiempo, esa renovación correlativa de las memorias y de las esperanzas que se abrió en 1983 estuvo afincada en una notable resurrección de la sociedad civil. La relación de la memoria con la democracia no sólo se establecía por la reparación de la justicia, sino por un extendido movimiento de la opinión pública que por su propia dinámica resentía la implantación de una narración única. Aun con altibajos, la temática de la justicia, los derechos humanos y los efectos del terrorismo de estado han ocupado un lugar destacado en la producción intelectual y en la escena mediática.

Un hecho destacable es que las transformaciones de esa formación estratificada de recuerdos, pasiones y valores han dependido de intervenciones y acciones públicas. Esa dimensión política de la memoria ha sido fundamental, resultado de prácticas sociales, de decisiones de grupos y del estado que han fortalecido una acción y una voluntad de implantación política, de imposición incluso. Se puede hablar de "violencia simbólica" si se quiere, por ejemplo en la insistencia con que los grupos de familiares y militantes de los derechos humanos buscaron penetrar la muralla de silencio y la red de complicidades, de conformidades y oportunismos que han sido la condición, no sólo en la Argentina, de las dictaduras. Se puede decir lo mismo de la acción sectores del estado, por ejemplo, en la acción desplegada por los fiscales en la investigación de los crímenes y el Juicio a los responsables.

Una historia de la memoria, nacida con la democracia, se enfrenta necesariamente con los fracasos y los déficits en la construcción pública de esa nueva tradición política a la que había quedado tan estrechamente asociada. Está a la vista el fracaso prolongado del sistema político, ya perceptible en los comienzos de la democracia, cuando fue imposible establecer un pacto entre los partidos mayoritarios sobre una agenda básica de la transición. En principio, ese peso de la memoria, como se dijo, ha nacido con un carácter defensivo, definida sobre todo por aquello que rechaza. Es lo que se vió en la reacción masiva de defensa de la democracia en la Semana Santa de 1987, cuando un alzamiento militar enfrentó a la sociedad con el fantasma de una nueva irrupción militar.

Al mismo tiempo, desde el Juicio, los conflictos de memoria han adquirido un sentido político e ideológico más explícitos, que ha incluido la evocación heroica de los combates y los militantes pero también los debates sobre la construcción democrática y sus consecuencias hacia el pasado. Como consecuencia de esa politización (radicalización, inclusive) la mirada sobre el pasado se ha extendido a un ciclo histórico más largo, que no se reduce a la irrupción de la dictadura y el terrorismo de estado. Inevitablemente, los pronunciamientos y las posiciones en materia de derechos humanos y la lucha por la ampliación de la verdad y la demanda de justicia han llevado a discutir ese pasado, en particular los años setenta. En parte, se ha reforzado una memoria más militante que ha insistido en mostrar la correlación posible de la etapa dictatorial con los cambios en la escena política y social que sobrevienen en la década

“menemista”. En un período más reciente, ha crecido una producción intelectual ligada a la universidad y el encuentro con núcleos del movimiento de los derechos humanos. Una acción importante en ese sentido ha sido desarrollada por la Comisión Provincial por la Memoria y su revista **Puentes**, en La Plata.

Ahora bien, la movilización de la memoria ha dependido de la convergencia de la acción de las entidades de los derechos humanos con la acción del estado, tal como sucedió en los procesos judiciales y su repercusión en la opinión pública. En ausencia de un verdadero acuerdo político de partidos, caído el protagonismo estatal después de las leyes de Punto final y Obediencia debida, erosionado el prestigio del Presidente Alfonsín, reinstaladas las incertidumbres sobre el futuro de la democracia a partir de las rebeliones carapintadas y el insensato ataque guerrillero al cuartel militar de La Tablada,⁵⁰ el debilitamiento de esa primera eclosión de la memoria comenzó a transitar entre la desilusión y el miedo.⁵¹ La experiencia catastrófica de la hiperinflación derrumbó al gobierno de Alfonsín. Queda mucho por explorar del choque y la superposición con esa otra experiencia reciente, la dictadura, que comenzaba a elaborarse con la afirmación de los valores del derecho, el bien común y un proyecto de ciudadanía. La nueva coyuntura, de la hiperinflación al ascenso del Presidente Menem, hizo aflorar en la sociedad el miedo junto con los reflejos disociadores, corporativos o individuales, adquiridos en el largo plazo, y que habían estado presentes en las reacciones defensivas bajo la dictadura. Los miedos sociales disuelven las redes asociativas públicas; tanto más cuanto no emergen como reacción frente a una amenaza externa, sino frente a incertidumbres y fragilidades difusas que impulsan la búsqueda de un orden protector o de un salvador iluminado.⁵²

Con la gestión del Presidente Menem vinieron los indultos y las iniciativas de “reconciliación” que involucraban a la nueva administración junto con sectores de la Iglesia y algunos cabecillas montoneros sobrevivientes. Para muchos, sobre todo para quienes habían impulsado la causa de los derechos humanos, pudo parecer, hacia comienzo de los noventa, que esa formación de la memoria asociada a la realización de la justicia había quedado cancelada. La derecha ideológica, que en el fondo nunca renegó de su adhesión a los objetivos políticos y represivos de la dictadura, casi llegó a convencerse de que el capítulo quedaba cerrado, junto con las “heridas y sufrimientos del pasado”, una expresión que tendía a igualar a víctimas y victimarios en la búsqueda del olvido colectivo. Probablemente la jugada más audaz en esa dirección, en el estilo menemista, fue el intento de manipulación de un pasado mucho más lejano a través del espectáculo de la repatriación de los restos de Rosas, en 1989. El pasado indultado buscaba extenderse así a los orígenes de la visión fracturada de la nación.

El eclipse relativo de la memoria se producía bajo el impacto de las urgencias económicas, el mercado (significante mayor de una jungla donde sólo pocos sobrevivían) y una idea de la reconciliación que arrasaba con las responsabilidades y las búsquedas de verdad. Todo ello se correspondía con un debilitamiento del impulso democratizador que se había desbordado en el origen de la nueva etapa y que había encontrado una escena fundadora en el Juicio. El nuevo curso no sólo desandaba el camino de la justicia sino el programa general de reparación política y social que había nacido con la democracia. El período marcado por el amplio liderazgo de Menem instalaba (o en algunos casos sólo reforzaba), en nombre del mercado, una amplia transferencia de recursos públicos a manos de grupos favorecidos por sus relaciones con el poder; a lo que se añadía una generalizada regresión en las ya precarias instituciones republicanas. A los pocos beneficiarios y a los convencidos, militantes duros de la “revolución conservadora”, se añadían muchos, oportunistas o resignados, arrastrados por lo que parecía un giro irreversible.

Sin embargo, aun cuando una mayoría de la sociedad aprobaba con su voto ese rumbo económico y social, las encuestas de opinión revelaban, ya desde el indulto, que la mayoría hubiera preferido que se mantuviera el camino de la justicia frente a los crímenes del terrorismo de estado. Al mismo tiempo se mantenía el prestigio de los organismos de familiares, a lo que se agregaba la creciente visibilidad social de la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo en la recuperación de los nietos, en la medida en que esos niños secuestrados y suprimidos en su identidad hacían reaparecer el rostro de las víctimas inocentes. A pesar de la enorme acumulación de poder económico y político y de la amplia adhesión social, el menemismo encontraba un límite firme a su polí-

50 A comienzos de 1989, un puñado de militantes del Movimiento Todos por la Patria toma por asalto un regimiento del ejército en La Tablada, Provincia de Buenos Aires. Son reprimidos por fuerzas del ejército luego de un enfrentamiento en el que mueren siete militares, un sargento de la Policía y 28 de los atacantes.

51 Ver Gabriela Cerruti, “La historia de la memoria”, **Puentes**, 3, marzo de 2001.

52 Ver Norberto Lechner, “Some People Die of Fear. Fear as a Political Problem”, en Juan E. Corradi et al. (eds.), **Fear at Edge. State Terror and Resistance in Latin America**, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1992.

53 Sobre las políticas de la memoria y sus límites: Marie-Claire Lavabre, "Peut-on agir sur la mémoire?", *La documentation Française, Cahiers Français*, La mémoire, entre histoire et politique, 303, juillet-août 2001.

54 Ver Horacio Verbitsky, *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

55 Documento del Jefe del Ejército Teniente General Martín Balza., 25/04/95, en <http://www.desaparecidos.org/arg/doc/arrepentimiento/balza.html>; también *Clarín*, 26/4/95.

tica de olvido.⁵³ Hacia 1995 resurgía espectacularmente el testimonio de las prácticas terroristas en la escena siniestra de los vuelos de la muerte: para deshacerse de los cuerpos de los prisioneros la Armada procedía rutinariamente a arrojarlos, a veces vivos, al Atlántico. Pero esta vez la revelación no provenía del testimonio de las víctimas sino de la palabra de un integrante del grupo represor, el capitán Scilingo.⁵⁴ Inmediatamente se suceden otros testimonios de suboficiales del Ejército y, finalmente, el documento autocrítico del teniente general Balza. Una nueva generación se incorpora a las prácticas de memoria: los HIJOS de desaparecidos imponen una nueva modalidad de intervención pública a través de los "escraches". Surgen también escritores, cineastas, artistas plásticos, investigadores universitarios, que renuevan el espectro de las búsquedas hacia el pasado, incluyendo el período anterior a la irrupción dictatorial. No es posible realizar aquí una evaluación ceñida de una producción extensa y multiforme. Al lado de las memorias de los militantes, de evocaciones diversas en primera persona, celebratorias o melancólicas, nace un nuevo impulso para una voluntad de conocimiento y una interrogación de las responsabilidades. Los objetivos se amplían en ese cruce necesariamente conflictivo con diversas formas de transmisión de una experiencia social. Ya no se reducen al núcleo de los perpetradores de la masacre sino que extienden a dirigencias, instituciones y grupos de la sociedad: la Iglesia, la prensa, los intelectuales, los partidos políticos, la universidad y el sistema educativo, los sindicatos. Se encaran tópicos o períodos antes excluidos de ese ejercicio de rememoración, como el nacionalismo, las tradiciones de la izquierda, el Mundial de fútbol de 1978 o la guerra de las Malvinas.

Vale la pena volver sobre el documento del Comandante del Ejército, General Balza. Ante todo, su importancia depende de que lo más importante de la constitución y la reactivación de la memoria ha dependido, como se dijo, del papel cumplido por el estado. Esto no supone desconocer las iniciativas surgidas desde la sociedad sino destacar que la eficacia del movimiento de los derechos humanos, como se demostró en 1983, ha dependido de la capacidad para comprometer una acción pública de los poderes estatales. A través del general Balza, por primera vez una autoridad militar admitía las torturas y los asesinatos al declarar que en el enfrentamiento con el "adversario" la fuerza se había ubicado "por encima de la dignidad, mediante la obtención, en algunos casos, de esa información por métodos ilegítimos, llegando incluso a la supresión de la vida".

El documento evita usar palabras como "guerra" o "enemigo", habituales en el discurso justificador de la dictadura; y se refiere a la acción militar como "una represión que estremece". Por otra parte, confiesa que el golpe de estado ha sido un error y llama a un reconocimiento de responsabilidades compartidas, aunque al mismo tiempo remite la culpa, un poco enigmáticamente, a un "inconsciente colectivo" que parece borrar las responsabilidades concretas de individuos o instituciones: "Siendo justos veremos que del enfrentamiento entre argentinos somos casi todos culpables por acción u omisión, por ausencia o por exceso, por anuencia o por consejo. Cuando un cuerpo social se compromete seriamente, llegando a sembrar la muerte entre compatriotas, es ingenuo intentar encontrar un solo culpable, de uno u otro signo, ya que la culpa en el fondo está en el inconsciente colectivo de la Nación toda, aunque resulta fácil depositarla entre unos pocos, para liberarnos de ella".

Al mismo tiempo, a diferencia de la prédica oficial del elenco del gobierno de Menem, el documento reconoce que el "momento de la reconciliación" no ha llegado todavía y en esa dirección se promueve la reconstrucción de listas de desaparecidos, a partir de la colaboración voluntaria de quienes tuvieran información; el general Balza se compromete a recibir la información reservadamente y hacerla pública.⁵⁵

La solicitud, que apelaba a la "conciencia individual" de sus subordinados (seguramente porque podía anticipar que una orden no sería acatada), no tuvo ningún efecto apreciable. Ese reconocimiento autocrítico, que quebraba el frente unido de las fuerzas armadas en torno de la figura de la "guerra interior", debía chocar con los núcleos más duros, en particular con los militares directamente comprometidos con los crímenes. El llamado a un diálogo y al reconocimiento de responsabilidades adquiría

un nuevo sentido en ese momento. Vigentes las leyes que impedían la persecución penal y los indultos, ese reconocimiento, separado de cualquier pretensión punitiva, podría ayudar al propósito de una lenta reconciliación. En esa línea se deciden los llamados "Juicios por la Verdad", que admiten el derecho de los familiares de conocer los hechos que rodearon al secuestro y muerte de sus allegados y eventualmente el destino de sus restos, aun cuando queda suspendida la causa penal. Pero tampoco en este caso los militares o policías convocados por los jueces proporcionaron información. De modo que ni la apelación a la conciencia (en el llamado del general Balza) ni el mandato judicial, penetraron el pacto de silencio de los participantes o asistentes de la masacre. Hoy puede verse que nadie en verdad creía que la demanda de justicia había quedado definitivamente cancelada: ni los propios implicados, que invariablemente recibían el consejo jurídico de no hablar por el riesgo de implicarse en procesos futuros, ni los familiares y acusadores que no dejaban de mostrar su repudio, ni los jueces que, en algunos casos, habían continuado en secreto reuniendo pruebas.⁵⁶

Paralelamente, la demanda de justicia se concentraba en el país en las causas por la apropiación y cambio de identidad de los niños secuestrados o nacidos en cautiverio, un delito no amparado por las leyes que impedían la acción penal. Legitimadas por el prestigio moral y la capacidad política de las Abuelas de Plaza de Mayo y por la extensa adhesión solidaria que despertaba esa demanda de restitución de lazos familiares, estos procesos volvieron a traer a la luz pública la escena del Juicio y los derechos de las víctimas. Se trataba de los niños, las víctimas más inocentes y ejemplares para la visión del terrorismo de Estado construida en el **Nunca más** y el Juicio.

Por otra parte, como un ingrediente de no menor importancia, la dictadura argentina y la causa de los "desaparecidos" (un término que se dice en castellano en el mundo) han quedado incorporados a la memoria de Occidente. Una prueba de esa internacionalización de la memoria, que incorpora la tragedia argentina a la serie de los crímenes masivos del siglo XX, puede verse en la reciente designación, por unanimidad, de Luis Moreno Ocampo, que fue el fiscal adjunto en el Juicio a las juntas, como primer fiscal de la Corte Penal Internacional.⁵⁷ En esa extensión más allá de las fronteras argentinas, los procesos abiertos en el extranjero, incluyendo la detención de Augusto Pinochet en Londres y las alternativas de su fallida extradición, contribuyen a devolver a la justicia un lugar público destacado en las acciones y las prácticas de la memoria. Y en ese terreno se reactivan las huellas del Juicio como una escena originaria que se prolonga en otros procesos. A partir de una causa por sustracción de menores, el juez federal Gabriel Cavallo, dicta la primera nulidad de las leyes de Punto final y Obediencia debida en marzo de 2001 y en un extenso fallo califica los delitos que enmarcaron esos hechos como "crímenes contra la humanidad", por lo tanto sujetos al derecho internacional y no susceptibles de ser beneficiarios de leyes de amnistía como las objetadas. Se convalida así una jurisdicción universal, amparada en las tradiciones éticas y jurídicas construidas en contra de las experiencias de los genocidios y las masacres políticas que pesan como una sombra siniestra sobre la conciencia de Occidente.

Cumplidos veinte años del nacimiento de la democracia los debates y los fantasmas que agitaron la conciencia pública en sus comienzos no se acallan. Pero una experiencia histórica está disponible para un análisis que sitúe las cuestiones en juego en una perspectiva más amplia. En el surco de los derechos humanos, el ideal positivo de construcción de una tradición democrática ha girado sobre todo en torno de una idea y de una demanda de estado, no sólo como remedio frente a la impunidad de los poderosos, sino como garante del bien común, espacio y ámbito de prácticas en la formación una comunidad de ciudadanos. En esa dirección sigue abierta una recuperación pública y una edificación política y jurídica de la memoria y de una acción efectiva sobre el pasado. Y parece confirmarse que hay allí una relación estrecha con el destino de la democracia en la Argentina. En la intersección de memoria y política se sitúan las apuestas decisivas e inciertas de una formación duradera, equilibrada, de la relación justa entre memoria del pasado e imaginación y voluntad proyectadas al futuro. ●

⁵⁶ G. Cerruti, "La historia de la memoria", obra citada.

⁵⁷ Ver

<http://www.terra.com.ar/canales/politica/65/65947.html>

LA MEMORIA DE LOS HISTORIADORES

¿QUÉ HACEMOS LOS HISTORIADORES FRENTE A LOS DESAFÍOS QUE PLANTEAN LAS MEMORIAS ACERCA DEL PASADO RECIENTE? EL AUTOR INDAGA LAS POSIBLES RESPUESTAS NO SÓLO DESDE EL ÁMBITO PROFESIONAL SINO DESDE SU PROPIA PRÁCTICA POLÍTICA.

FEDERICO GUILLERMO LORENZ*

* Historiador - UBA.

Cada vez que pienso en la relación entre los historiadores y su sociedad, inevitablemente en algún momento se cruza en mis reflexiones esta fábula del escritor guatemalteco Augusto Monterroso¹:

LA OVEJA NEGRA

En un lejano país existió hace muchos años una oveja negra. Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

¿Hasta qué punto se ven corroborados el cinismo de este razonamiento, el carácter efímero de nuestros posicionamientos en torno al pasado, de la función crítica de los historiadores, implícito en la moraleja del relato? Es claro que el texto es una lectura extrema, una reducción al absurdo de las consecuencias de un culto ingenuo por el pasado. Pero no deja de ser una advertencia acerca de lo que el vuelco al pasado *per se* puede producir socialmente, y también un recordatorio de la politicidad y coyunturalidad de las narrativas históricas. Frente al paso del tiempo, inmersos en ciertas modas y políticas de memoria, acaso nada podamos hacer.

Sin embargo, esto entronca con un segundo recuerdo. En forma recurrente, cada vez que toco en clase temas de historia de los últimos cincuenta años, vienen algunos padres que piden hablar conmigo y se quejan más o menos con estas palabras:

- *Usted enseña política y no historia.*
 - *Usted habla de un bando solo.*
 - *Usted no es objetivo.*
 - *La época de los militares no es Historia.*
 - *Bueno, señora, y entonces, ¿qué es?*
- Y uno podría agregar(se):
- *Bueno, señor historiador, ¿y qué es?*

1 Monterroso, Augusto, *La oveja negra y demás fábulas*, Alfaguara, Madrid, 1998, p. 25.

¿Qué expresan estas demandas de objetividad e imparcialidad? Sin duda numerosos elementos, pero pretendo concentrarme en el carácter político de nuestra práctica profesional, a partir de las tensiones entre ésta, las memorias sociales acerca del pasado, y las nuestras, como profesionales cuya materia prima es este.

Desde el 24 de marzo de 2004, con el acto del presidente Néstor Kirchner en la ESMA en ocasión de la conmemoración del golpe de estado de 1976, asistimos a un proceso de recalentamiento de las memorias en torno a la dictadura militar y, más ampliamente, alrededor de los períodos de alta movilización social, en algunos casos canalizada mediante las armas, de los años sesenta y setenta. Este es el emergente de un proceso más amplio, iniciado probablemente a principios de la década del noventa, caracterizada por profundos cambios socioeconómicos en nuestro país.

La política oficial hacia el pasado reciente ha reavivado discusiones aparentemente sepultadas desde los años ochenta, fundamentalmente centradas en el papel jugado por la violencia política en nuestra historia, en las actitudes sociales frente a ésta y la dictadura militar, y en la identidad política de los desaparecidos. Numerosos actores sociales tienen algo que decir acerca de ese pasado, tanto desde sus heridas como desde un presente urgente que obliga a definiciones. Y lo dicen apelando a categorías aparentemente perimidas y desde paradigmas políticos e ideológicos cuya partida de defunción había sido firmada hace tiempo.

¿Qué hacemos los historiadores frente a este panorama? ¿Cuáles son los desafíos que las memorias acerca del pasado reciente nos plantean? Quisiera responder a estas preguntas desde el terreno cenagoso que nos confronta con la subjetividad de la práctica: aquel ocupado por memorias antagónicas acerca del pasado. ¿Cómo nos ubicamos frente a la sociedad de la que somos parte? ¿Es posible disociar nuestra condición de sujetos sociales, de ciudadanos, de nuestro papel profesional?

¿Qué consecuencias, si es que es posible identificarlas, tiene nuestro trabajo en la discusión pública acerca del pasado? ¿Qué consecuencias queremos que tenga?

En buena medida, los fundamentos de la sociedad democrática posdictatorial fueron contruidos en oposición al baño de sangre del régimen anterior, y a un rechazo de las formas autoritarias y violentas que habían caracterizado a la política argentina con posterioridad al golpe militar contra el gobierno de Juan Domingo Perón (1955).

En la instalación de estos temas en la discusión pública, los organismos de derechos humanos, surgidos la mayoría de ellos durante la dictadura militar, desempeñaron un papel determinante mediante sus esfuerzos de denuncia y justicia. Sucesivas consignas, desde la demanda de "aparición con vida", pasando por la de "juicio y castigo a los culpables" para llegar a la de "memoria, verdad y justicia" son jalones de una lucha que, aunque cosechó diversas derrotas desde el punto de vista político más coyuntural, tal vez haya logrado avances en terrenos menos urgentes pero más duraderos.

La última de estas consignas, que alude a la "memoria" merece mayor atención. Pocos términos, probablemente, hayan ganado tanta preponderancia en los últimos tiempos dentro de la discusión pública como el de "memoria". Este fenómeno, aunque no es privativo de la Argentina, se ha acentuado en nuestro país debido a la actual crisis de representatividad, caracterizada a nivel mediático por una constante apelación a la memoria de los argentinos, con los más diversos fines y evocando imágenes que por ejemplo tanto advierten acerca de la reincidencia en el autoritarismo como reclaman abiertamente su regreso.

Sin embargo, este surgimiento de la memoria como objeto y categoría analítica ha derivado en que su polisemia esté caracterizada por una pérdida de especificidad proporcional al aumento de su poder retórico². Así, por ejemplo, desde el sentido común, es posible reconocer a la memoria como el ejercicio mismo de "recordar", pero así también el pasado mismo que se recuerda. La memoria como un mandato es pues tanto un ejercicio subjetivo y cívico (recordar) como un legado (aquello que debe recordarse).

Por otra parte, existe una asunción popular de que la "memoria" aparece como la opción frente a una "historia" que ha estado alejada de "la gente" y ha tendido a ocultar determinados aspectos del pasado, argumento que evoca, aunque de un modo rudimentario, el eje crítico sostenido por el revisionismo argentino de la primera mitad del siglo XX. Las consignas que oponen "olvido" a "memoria", las visiones conspirativas acerca de la "historia oficial" son excelentes ejemplos de esto. Esto no es un juicio de valor acerca de

3 Ver Jelin, Elizabeth, **Los trabajos de la memoria**, Siglo XXI, Madrid-Buenos Aires, 2002.

4 Halbwachs, Maurice, "Memoria colectiva y memoria histórica", en *Sociedad* N° 12/13, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1998, pp.197 y ss.

5 Ricoeur, Paul, **La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido**, Universidad Autónoma de Madrid/ Arrecife, Madrid, 1999, p.18.

6 Ricoeur, Paul, op. cit., p. 41.

7 Nora, Pierre, "Between Memory and History", En Pierre Nora (editor), **Realms of Memory. The Construction of the French Past**. Columbia University Press, Nueva York, Volume I, 1984, p. 3.

quienes enarbolan estas consignas ni de su validez, sino la descripción del contexto que recibe el trabajo de los historiadores.

Para muchos, la "memoria" parecería ser algo que "sucede" por fuera de la Historia entendida como actividad científica. Esto es producto tanto de las asunciones de los historiadores no profesionales y el público como de aquellos que nos reivindicamos como tales. En todo caso, lo que vuelve interesante el análisis de estas concepciones es tanto su convivencia como el hecho de que todas dan cuenta, parcialmente, de las diversas aristas que la "memoria" como objeto –y sus propias memorias– plantean a los historiadores.

En primer lugar, en tanto acto de recordar, coloca al investigador frente a tres cuestiones: quién recuerda (lo que instala la cuestión de la agencia), qué se recuerda (y, en consecuencia, qué se olvida) y de qué modo se recuerda³. Transversal a estas cuestiones existe una cuarta, que considero una de las formas posibles de organizar la problemática de la memoria desde la especificidad del trabajo de los historiadores, y que tiene que ver con *preguntarse acerca de cuándo un actor social recuerda determinados eventos bajo una forma determinada. Es decir, la historicidad de las memorias, de las visiones acerca del pasado, más allá de lo que para nosotros es el límite para cualquier ejercicio interpretativo: los hechos.*

Por otra parte, estudiar la "memoria" pone al historiador ante la posibilidad de analizar procesualmente las relaciones entre presente y pasado, pues en tanto constructo, la memoria permite instalar la noción de agencia, y ésta alude directamente a los procesos de construcción de sentido acerca del pasado, en un proceso que claramente es selectivo. El estudio de la memoria y el pasado reciente, en este marco, permite al historiador reflexionar sobre los procesos de construcción de las memorias pero a la vez pone en evidencia la incidencia de su actividad en tales procesos, su "contribución" y su "deuda" en relación con una memoria futura y otra presente respectivamente. *En resumen, su relación con su sociedad en un momento dado, y por lo tanto, en tanto público, el carácter político (y por ende parcial) de su actividad intelectual.*

Maurice Halbwachs establece una clara distinción entre la "memoria colectiva", entendida como "historia vivida" y la "historia escrita". Mientras que a esta última le interesan sobre todo "las diferencias y las oposiciones", la memoria es una corriente de pensamiento continua en la cual "el presente no se opone al pasado"⁴. El principal problema de esta distinción es que tal vez sea una entelequia tan grande como los conceptos mismos que la encarnan, sobre todo si tenemos en cuenta que ambas nociones, las de "memoria" y la de "historia", representan una trama enmarañada de interrelaciones a partir de que consideremos a la memoria ya como "objeto", ya como "recurso", en relación a una supuesta "función tutelar" de la historia.

Para Paul Ricoeur, la clave para superar esta aparente contradicción entre memoria histórica y memoria colectiva es la de tomar la noción de memoria colectiva como un "concepto operativo", ya que propone reconocer la complejidad del objeto –y de la relación entre ambos conceptos– a partir de asumir "una constitución simultánea, mutua y convergente de ambas memorias"⁵. Esta relación se establece a partir de las tres formas en las que la historia "rompe" el discurso de la memoria, a saber: "documental, explicativo y crítico", en el sentido de que aporta elementos para la construcción de una memoria, ofrece explicaciones acerca del pasado y somete a la crítica los discursos de la memoria⁶. Y es en base a esta que es posible distinguir grandes *narratio* en los distintos contextos sociales, discursos acerca del pasado que ofrecen distintas vías de aproximación e interpretación que, al menos en el caso de la "memoria" y la "historia" no son excluyentes sino complementarias.

La instalación de la "memoria" como tema central de reflexión historiográfica debe ubicarse a mediados de los años ochenta y se debe a la realización, a lo largo de diez años, de una obra colectiva monumental bajo la dirección de Pierre Nora: **Les lieux de mémoire** (1984-1992). En su Introducción al primer volumen, Nora analiza en una serie de definiciones que recuperan e instalan muchos de los elementos que venimos caracterizando. En primer lugar, mantiene la distinción hecha por Halbwachs más de cincuenta años antes: "Memoria e historia, lejos de ser sinónimos, todo las opone [...] La memoria es la vida mientras que la historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en presente eterno; la historia, una representación del pasado. Caracteriza a la historia como 'laica' en oposición a una memoria que 'instala el recuerdo en lo sagrado'⁷. Resulta evidente, en esta lectura,

el peso de la tradición cultural francesa, en el que la idea de Nación desempeña un papel preponderante. Nora señala que el objeto de la obra es el de analizar aquellos elementos que han sido simbólicamente, a lo largo del tiempo, para “los franceses”. Surge así la definición del concepto analítico de los “lugares de memoria” (*lieux de mémoire*): “*Los lugares de memoria son, en primer lugar, restos. La forma extrema donde subsiste una conciencia conmemorativa en una historia que la convoca porque la ignora [...] Los lugares de la memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener los aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, levantar actas, porque estas operaciones no son naturales. Es por eso que la defensa de una memoria refugiada de las minorías sobre hogares privilegiados y celosamente guardados llevan a la incandescencia la verdad de todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los barrería rápidamente*”⁸.

Conviene tener en cuenta varios de los elementos aquí presentes: la noción de agencia continúa presente (“vigilancia conmemorativa”) mientras que se introducen una gran cantidad de posibles “vehículos de memoria” y una igual diversidad de posibles pertenencias e identidades basadas en la memoria. El trabajo de Nora, concentrado en la idea de pueblo, clase y Nación, refleja una de las vías de aproximación a la memoria, que se revela insuficiente si pensamos que el concepto predominante hoy es el de que hablar de memorias colectivas implica adscribirlas a determinados grupos sociales. Para salir del campo de la historiografía francesa, trabajos tales como el de Benedict Anderson, **Comunidades Imaginadas** (1983) o **The Invention of Tradition**, de Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1983), son ejemplos de la aproximación político-institucional al tema de la memoria, en tanto la agencia es analizada desde el punto de vista de los sectores dominantes, que establecen versiones “construidas” y constructivistas acerca del pasado, con fines de lograr cohesión social⁹.

El principal problema, desde el punto de vista de los actores sociales, es que este tipo de visiones están caracterizadas por una caracterización pasiva de los sectores subalternos, por el mantenimiento de una visión elitista de la historia, y por una actitud desdenosa al estudio serio de las conmemoraciones y otros eventos colectivos¹⁰. Si pensamos en la brecha que el sentido común establece entre historia y memoria, este es un dato relevante: pues tanto las visiones “institucionalistas” como “nacionalistas” (originadas en el estado) tienen mucho de aquellas vistas como “oficiales” (y, por lo tanto, “mentirosas”).

En relación con este tipo de observaciones surge la segunda gran área de estudios de la memoria desde el punto de vista de los historiadores, definida como “psicológica” o “cultural”¹¹. Los principales exponentes de esta línea de trabajo achican el tamaño de la lente y buscan otras formas de memoria, por ejemplo alejada de las conmemoraciones oficiales. Es el caso de Jay Winter. En **Sites of Memory, Sites of Mourning**, un análisis de las formas en las que Europa incorporó la experiencia de la Gran Guerra, el argumento central del autor consiste en demostrar cómo las formas conmemorativas no oficiales (que rastrea en la literatura, la escultura, la pintura y otras formas más privadas de recuerdo) “torcieron” la voluntad oficial de exaltación de la tragedia en el caso concreto del recuerdo de los muertos.

Este avance plantea una arista nueva consistente en proponer a estudio el campo de las relaciones entre lo público y lo privado. Esta perspectiva pone en primer plano la noción de agencia, en tanto enfatiza un fenómeno de interacción que se diferencia notablemente del proceso de “instalación” descrito en el modelo precedente. Por otra parte, si una de las características del “sentido común” era la de homologar “memoria” y “pasado”, la idea de agencia nos obliga a no perder de vista el hecho de que esta designa al ejercicio que nos permite acceder a un determinado recuerdo o experiencia de tal pasado. De este modo, cuando hablamos de la “memoria” en relación a determinados hechos, nos referimos a un ejercicio de recordación. Es por ello que algunos autores, antes que de “memoria colectiva” prefieren hablar de “recuerdo colectivo”¹².

El problema que se plantea, entonces, es el de explicar cómo es posible que ciertas experiencias individuales y privadas se transformen en públicas, y el proceso que experimentan en el camino. Este es un proceso de circulación en ambos sentidos: es de esperar que los recuerdos individuales encuentren un contexto social en el cual se reconozcan como parte, pues la

8 Nora, Pierre, op. cit., pp. 7-8.

9 Ashplant, T. G.; Dawson, Graham and Roper, Michael (editors), **The Politics of War Memory and Commemoration**, Routledge, Londres, 2000, p. 8.

10 Samuel, Raphael, **Theatres of Memory**, Verso, Londres, 1999, pp.16-17.

11 Ashplant, T. G.; Dawson, Graham and Roper, Michael (editors), **The Politics of War Memory and Commemoration**, p.7.

12 Winter, Jay y Sivan, Emmanuel (editors), **War and Remembrance in the Twentieth Century**, Cambridge University Press, Cambridge, 1999

13 Hynes, Samuel, "Personal narratives and commemoration". En Winter Jay and Sivan, Emmanuel (editors), **War and Remembrance in the Twentieth Century**, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 206.

14 LaCapra, Dominick, **History and Memory after Auschwitz**, 1998, p.16.

15 LaCapra, Dominick, op. cit., p. 20.

16 Jay, Winter y Sivan, Emmanuel (editors), **War and Remembrance in the Twentieth Century**, p. 9.

17 Koselleck, Reinhart, **Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos**, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 334-35.

18 Koselleck, Reinhart, op.cit., p.342.

memoria no existe por fuera de los individuos, pero al mismo tiempo nunca es individual en su carácter: está condicionada, informada y conformada por el contexto histórico y social.

¿Cómo es posible que alguien "recuerde" algo que no vivió? Esto es lo que implica el razonamiento anterior: ciertas experiencias individuales o sectoriales se transforman en públicas y colectivas. Samuel Hynes habla de la "memoria indirecta" (*vicarious memory*)¹³ mediante la cual aquellos que no participaron en una guerra, que es el caso analizado por este autor, pueden sin embargo, estimulados por una conmemoración, recordar imágenes e historias asociadas a ese hecho que constituyen una imagen colectiva.

A este respecto, desde la historia oral se han realizado significativos aportes en este sentido. Sobre todo los trabajos de Alessandro Portelli han demostrado la idea de que la memoria es un activo proceso de creación de significados, y que a la vez esta constituye un elemento esencial en la construcción de la identidad, tanto individual como grupal. Lo que es más importante, a la usual descalificación de los recuerdos individuales como "poco fiables", el trabajo de Portelli y otros historiadores como Alistair Thomson han respondido con la revalorización de estas "distorsiones" como datos a ser tenidos en cuenta analíticamente.

Por último, el posicionamiento de los historiadores frente a la utilización de los testimonios –lo que conlleva una definición, también, en torno a la memoria como objeto– llevaría, según Dominick LaCapra, a dos posturas extremas: un "neopositivismo" deslegitimador de este tipo de evidencias y revalorizador de una visión de la historia sobria y analítica, desconfiada hacia una memoria vista como "inherentemente acrítica y cercana al mito; y por el otro, una visión que tiende a caracterizar a la historia como "insensible a las trampas de la memoria y a las razones de ese tipo de trampas"¹⁴. En ambos casos, este posicionamiento mantiene la tendencia a oponer la historia y la memoria. Frente a esta falsa dicotomía, LaCapra afirma que existe una relación complementaria ya que la historia cumple con dos funciones primordiales, la de "adjudicación de verdad" y la de transmisión"¹⁵.

Llegados al punto en el que la memoria aparece como un posicionamiento frente al pasado (en tanto encarna voluntades de recuerdo y olvido). Una forma de acercarse a esta cuestión es la de analizar la memoria colectiva, en tanto compartida por grupos sociales determinados en contextos determinados, como un hecho producido por la acción de los individuos. En este caso, la relación entre lo privado y lo público se transforma en un pasaje, ya que "cuando los individuos se reúne para recordar, entran en un dominio que está más allá de la memoria individual": a partir de una decisión particular, producen un hecho que es social en cuanto público¹⁶.

Este posicionamiento historiográfico frente a la memoria encuentra su sustento en la propuesta analítica de Reinhart Koselleck, quien articula la memoria como una tensión entre "espacios de experiencias" y "horizontes de expectativas", categorías históricas que equivalen a las de espacio y tiempo. Advierte que se trata sólo de "categorías formales: lo que se ha experimentado y lo que se espera respectivamente no se puede deducir de esas categorías. La anticipación formal de explicar la historia con estas expresiones polarmente tensas, únicamente puede tener la intención de perfilar y establecer la condición de las historias posibles, pero no las historias mismas. Se trata de categorías del conocimiento que ayudan a fundamentar la posibilidad de una historia. O, dicho de otro modo: no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren"¹⁷. El principal aporte de esta noción es la de caracterizar a los procesos de memoria como dinámicos, pero, también, la de afirmar el carácter activo de los individuos y grupos en los procesos de memoria, ya que "*la tensión entre experiencia y expectativa es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico*"¹⁸. El trabajo historiográfico, es bueno recordarlo en este punto del razonamiento, es uno de estos "procesos de memoria".

Si partimos tanto de la noción de agencia como del concepto de memoria colectiva (en cuanto a que es posible adscribirla a grupos determinados), podemos incorporar la idea de entender al espacio público como un terreno donde existen disputas por la apropiación social del pasado. El proceso de elaboración y aceptación de estos discursos genera una gama de respuestas posibles. Fragmentos del pasado son incorporados o silenciados, siempre reelaborados en función de factores ideológicos, generacionales, culturales o históricos.

El espacio público aparece como un territorio donde distintos discursos acerca del pasado (entre ellos, el de los historiadores) confrontan, se oponen, complementan o excluyen. Este escenario puede ser visto como “*un teatro [...] y una audiencia públicos para la representación de dramas relativos a “nuestra” historia, nuestro pasado, tradiciones y legado*”¹⁹. De este enfrentamiento puede surgir una memoria dominante, como resultado exitoso de un proceso de “producción social del pasado” en el marco de un intento de dominación política²⁰.

Aunque analistas de estos procesos, los historiadores, en tanto agentes, no escapamos a esa lucha por otorgar sentidos al pasado, ni a las exigencias del presente en esa mirada hacia atrás. En todo caso, nuestra práctica profesional nos otorga una mirada particular, con peso en el imaginario público: el utillaje científico de nuestra profesión no es (no debería ser) un antídoto contra la subjetividad, sino un reaseguro para el lugar desde el que la enunciamos. Nuestras herramientas profesionales no *evitan* el sesgo, sino que dan rigor y autoridad a un *enfoque particular*.

En este contexto, ¿cuál es el papel desempeñado por los historiadores en las discusiones sociales acerca del pasado? Responder a esta pregunta implica revisar algunas de nuestras ideas acerca de nuestra función social.

Los retornos al pasado y las conmemoraciones, los intentos de preservación, han colocado en primer lugar la producción de testimonios orales y su circulación. Desde el proyecto monumental liderado por Steven Spielberg de recopilación de testimonios del Holocausto, pasando por iniciativas locales, surgen en distintas partes del mundo archivos que recogen testimonios que de otro modo estarían ausentes de los relatos sociales. Esta tarea, es bueno señalarlo, está exenta de la valoración algo ingenua con la que se evaluó el uso de fuentes orales por parte de los historiadores a partir de la década del sesenta. Ahora bien, considero que sabemos que “no damos voz a los que no tienen voz” mediante las entrevistas, pero en cambio perdemos de vista nuestra capacidad para instalar temas o legitimar narrativas sociales desde el rigor del trabajo intelectual.

La historia no sólo disecciona mitos, sino que puede aportar elementos para reforzar o traer a la luz causas, hechos y actores olvidados o extintos. El trabajo del historiador tanto cuestiona como afirma, mata como crea, y en eso consiste, también, la politicidad de nuestra profesión.

No podemos –o no deberíamos poder– escribir la Historia de lo que hubiéramos querido que sucediera. No podemos estigmatizar aquello que aborrecemos ideológica o políticamente faltando a la verdad. No podemos salvar ahogados ni víctimas, torcer decisiones y acuerdos, y sí en cambio reinstalar los procesos en los que estos hitos estuvieron insertos, en que aquellas víctimas participaron, en el campo de la discusión política.

Y esto exige mantener la actitud crítica en un doble sentido: pues significa analizarlos como actores históricos en nuestra propia tarea y exponerlos a otras revisiones públicas y científicas. De allí que no se trata de que vayamos a perder la rigurosidad científica, sino exactamente lo contrario: deberemos ser los mejores, los más abiertos e incisivos, los más rigurosos.

Pero es cierto que la idea de memoria coloca a los historiadores frente a un replanteo de sus prácticas y de la concepción acerca de la Historia en relación con la sociedad, y a una “apertura” a otras formas de hacer historia. La “memoria” como objeto, ejercicio y fin lleva a un redimensionamiento de la actividad de los historiadores que implica el abandono de una posición de superioridad o aislamiento frente a otras formas de conocimiento. Raphael Samuel afirma que “*la Historia, en manos del historiador profesional, se presenta a sí misma como una forma esotérica de conocimiento. Fetichiza la investigación basada en archivos, como lo ha venido haciendo desde la revolución Rankeana –o contrarrevolución– en la actividad académica [...] Las discusiones están escondidas en densas marañas de notas al pie, y dejan a los lectores que intentan desentrañarlas en la posición de encontrarse inmersos en una cábala de acrónimos, abreviaciones y signos*”²¹. Frente a esto, ¿es posible plantearse como un objetivo la combinación del rigor con la fluidez narrativa, por ejemplo?

Sucede que, más allá de posturas tendientes a parcelar la Historia en base a determinados cánones, la “memoria”, en tanto ejercicio colectivo, quita de hecho el monopolio y la autoridad para hablar acerca del pasado en base a determinados pergaminos académicos o institucionales. En el espacio público, los historiadores son “uno más” a la hora de discutir el pasado. El lector común no distingue una investigación periodística de una académica, y recoge ambas producciones del mismo anaquel en las librerías, por ejemplo

19 Popular Memory Group, “Popular Memory. Theory, Politics, Method”. En Robert Perks y Alistair Thomson (compiladores), *The Oral History Reader*, Routledge, Londres, 1998, p.76.

20 Popular Memory Group, op. cit., p. 79.

21 Samuel, Raphael, op. cit., p. 3.

22 Samuel, Raphael,
op.cit., p. 8.

"Historia y Política Argentina". Es un trabajo solvente y sólido, convincente como toda buena narración, el que (re)construirá esa diferencia.

23 Samuel, Raphael,
op.cit., p. 430.

Nuevamente Samuel afirma que "la historia no es una prerrogativa de los historiadores, ni siquiera, como sostiene el posmodernismo, una 'invención' de los historiadores. Es, más bien, una forma social del conocimiento; el trabajo, en cualquier circunstancia, de un millar de manos diferentes. Si esto es cierto, la discusión central de cualquier debate historiográfico no debería ser el trabajo individual del académico, ni siquiera acerca de escuelas interpretativas rivales, sino más bien el conjunto de actividades y prácticas en las que la idea de historia está presente o la relación dialéctica pasado-presente aparece"²².

24 Samuel, Raphael,
op.cit., p. 433.

Esta forma de entender a la Historia nos lleva a redimensionarla como una forma más de apropiación social del pasado, y reactualiza el papel que la investigación histórica puede desempeñar en su relación de retroalimentación con la "memoria". La historia, continúa este autor, "es un argumento acerca del pasado tanto como un registro"²³. Desde un punto de vista político, significa tener presente que ignorar esa responsabilidad es dejar un lugar vacante en la discusión social. Y desde un punto de vista social, esto es por lo menos egoísta; desde un punto de vista individual, peligroso y autista.

25 Yerushalmi, Joseph, **Usos del olvido**, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p.25.

La actividad histórica en relación con la memoria tiene un modo de incidencia muy directo que reivindica la práctica, ya que "los historiadores, que se sepa, no crean documentos. Pero por la naturaleza de nuestro trabajo estamos continuamente fabricando contextos. No podemos construir discursos imaginarios al modo de Tucídides, pero por la cita selectiva podemos hacer que los sujetos expresen lo que nosotros creemos su esencia más profunda"²⁴.

26 La Capra, Dominick,
op.cit., p. 20.

Frente a las prevenciones formuladas por Nora, relativas a que se "historiza" en tanto la "memoria" va desapareciendo, manteniendo la antítesis, la relación que aparece como más fructífera es la de mutuo enriquecimiento.

27 Ricoeur, Paul,
op.cit., p.51.

Esto lleva, una vez más, al carácter político de las Ciencias Sociales. En un párrafo muchas veces citado, Yerushalmi afirma que "la dignidad esencial de la vocación histórica subsiste, e incluso me parece que su imperativo tiene en la actualidad más urgencia que nunca. En el mundo que hoy habitamos, ya no se trata de una cuestión de decadencia de la memoria colectiva y de declinación de la conciencia del pasado, sino de la violación brutal de lo que la memoria puede todavía conservar, de la mentira deliberada por deformación de fuentes y archivos, de la invención de pasados recompuestos y míticos al servicio de los poderes de las tinieblas. Contra los militantes del olvido, los traficantes de documentos, los asesinos de la memoria, contra los revisores de enciclopedias y los conspiradores del silencio [...] el historiador solo, animado por la austera pasión de los hechos, de las pruebas, de los testimonios, que son los alimentos de su oficio, puede velar y montar guardia"²⁵.

¿Qué significa, qué implica esa vigilancia? Responderse qué es lo que deseo defender, y de qué, o quién. Para qué, y desde dónde. Con qué herramientas.

En el caso de pasados tan violentos como el argentino, que resultaron en la destrucción de vidas humanas y la voluntad de borrar cualquier vestigio acerca de ellas (frente al ocultamiento de los cuerpos, no puede sorprender la destrucción sistemática de documentos), esta función no es sólo la de "poner en su lugar" a la memoria "adjudicándole verdad"²⁶. La justicia histórica puede exceder los homenajes póstumos ya que el historiador, desde el punto de vista activo y abierto que implican estos razonamientos, desempeña un papel central en la construcción de la sociedad: "la tradición tratada como un depósito muerto participa de la misma compulsión de repetición que la memoria traumática. Al reanimar, mediante la historia, las promesas incumplidas, e incluso, impedidas y reprimidas por el curso posterior de los acontecimientos, un pueblo, una nación o una entidad cultural pueden acceder a una concepción abierta y viva de sus tradiciones"²⁷.

Esa capacidad no es poca cosa. Consiste, por ejemplo, en mostrar cómo en las raíces de un presente aparentemente avasallador y deprimente, existió una sociedad, un pasado en el que el cambio fue un horizonte posible.

Cuando el padre del alumno vuelva a quejarse, entonces, habrá que responderle que sí, que nuestro trabajo es político, que como él, también solemos pasear por el parque disfrutando de la vista de árboles y estatuas ecuestres. ●

PUENTES DE LA MEMORIA: TERRORISMO DE ESTADO, SOCIEDAD Y MILITANCIA

PILAR CALVEIRO

PILAR CALVEIRO VIVE EN MÉXICO DONDE SE DOCTORÓ EN CIENCIAS POLÍTICAS Y DESARROLLA TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN. DETENIDA EN MAYO DE 1977 POR LA DICTADURA, ESTUVO SECUESTRADA EN CENTROS CLANDESTINOS DE LA AERONÁUTICA Y EN LA ESCUELA DE MECÁNICA DE LA ARMADA HASTA SER LIBERADA CASI UN AÑO Y MEDIO DESPUÉS. ES AUTORA DEL LIBRO "PODER Y DESAPARICIÓN. LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN EN ARGENTINA", EDITADO POR COLIHUE EN 1998 Y DE NUMEROSOS TEXTOS VINCULADOS A SU TAREA COMO INVESTIGADORA.

Para empezar, creo que es necesario aclarar desde dónde vengo a hablar aquí de la memoria. Y digo desde dónde porque, de alguna manera, viviendo en el exterior, puede parecer incluso un atrevimiento que yo venga a hablar aquí, de esto. Necesito decir, antes que nada, que en la Argentina hay un gran trabajo en torno a la memoria social. Creo que el proceso que hemos seguido de, primero los juicios, la condena a los comandantes, las indemnizaciones —que representaron el reconocimiento de la responsabilidad del Estado—, la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, la apropiación de la ESMA como edificio destinado a la memoria, son todos logros importantísimos en este ejercicio, en esta práctica de la memoria. De hecho yo lo quiero volver a señalar: son los logros más importantes en toda América Latina. Entonces creo que aquí se sabe mucho de memoria, porque la memoria es eso, acto y ejercicio, mucho más que una reflexión teórica o académica.

Precisamente porque es un acto, hay muchas formas de "hacer" memoria y, por lo tanto, me parece importante detenernos en qué entendemos por memoria y cómo la realizamos porque de ello dependerán los usos políticos que se le den ya que, desde mi punto de vista, no hay posibilidad de realización de una memoria neutral, sino que todo ejercicio de memoria tiene signos políticos. Si esto es así, en realidad más que memoria lo que tenemos son *memorias*, en plural, cuya peculiaridad es la capacidad de recoger distintas voces. Y ahí, entre las distintas voces, creo que puede entrar la mía, como una más, con las limitaciones que tiene esta mirada desde fuera.

Creo que es importante partir de una cierta diferencia entre lo que sería la construcción de la memoria y la del relato histórico. El relato histórico —que es tan importante como la memoria— de alguna manera recupera si no una objetividad —porque el relato histórico también tiene un posicionamiento— la voluntad de construcción de un

relato. Arma un relato que plantea una línea y una forma interpretativa en relación con un determinado suceso o una serie de sucesos. En ese sentido, la construcción histórica se puede conformar desde el poder o desde la resistencia, ya que puede haber historias resistentes, pero la diferencia con la construcción que nosotros tratamos de hacer es que justamente la memoria no solamente es múltiple, no solamente son memorias, sino que además arranca de otra cosa, arranca de lo vivido, de la experiencia. Y al arrancar de la experiencia, pienso que toma como punto de partida lo que podríamos llamar la "marca", la marca que la experiencia vivida graba sobre el cuerpo individual o sobre el cuerpo social. De alguna manera está inicialmente esta marca, pero la memoria es capaz de trascenderla y de hacer de ella otra cosa, pasar de la marca a algo que va más allá de ella: asignarle sentidos y hacer de la experiencia, que es única e intransferible, algo que sí se puede transmitir y que sí se puede comunicar.

Si esto es así, si la memoria tiene estas características, al haber una diversidad de experiencias, habrá también una diversidad de relatos. Y lo interesante es que estos relatos pueden ser no sólo distintos sino incluso contradictorios y ambivalentes. En consecuencia, en el ejercicio de la memoria caben las diferencias, los desacuerdos, las ambivalencias. En este sentido, se podría decir que la memoria arma el recuerdo no como un rompecabezas en donde cada pieza entra en un único lugar, para formar una figura también única, sino que opera más que como un rompecabezas, como un *lego*. O sea que con las mismas piezas yo puedo construir distintas figuras. Y esta diversidad de las figuras posibles es justamente, desde mi punto de vista, la riqueza de la memoria y lo que hace que no pueda haber dueños de esta práctica. No puede haber dueños ni puede haber relatos únicos, sino que necesariamente habrá quienes van a armar unas figuras y quienes armarán otras.

Esto no podemos entenderlo, desde mi punto de vista, como una falla de la memoria o como una falta de fidelidad de la memoria. Porque el ejercicio de la memoria opera rompiendo, deshaciendo y rearmando ya que, en realidad, no arranca del pasado. No es que arranca del pasado y trae algo del pasado al presente, sino que más bien arranca del presente, de las necesidades del presente, de sus urgencias, y desde ahí abre el pasado, vuelve al pasado, reflexiona sobre un pasado que reconstruye interminablemente. En ese sentido, hay una frase de Walter Benjamin que me parece muy linda. Él dice que la memoria es "adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro". Y efectivamente creo que son los peligros del presente los que convocan la memoria, y nos llevan entonces a traer el pasado, a traerlo como relámpago, como un relámpago que ilumina fugazmente, en un instante, los peligros de la actualidad, los peligros que en este momento representan para nosotros un desafío.

cias, sino del orden de la transmisión de un procedimiento técnico o de un ritual. El pasaje de la memoria, como un pasaje de aprendizaje por la experiencia, no puede ser, por lo tanto, del orden de la repetición.

La pregunta por la fidelidad de la memoria está siempre ahí, increpándonos, precisamente por la movilidad del relato. Tratar de responderla nos obliga a un doble movimiento. Por un lado, hay que abrir el pasado, como decíamos, desde las urgencias y las preguntas del presente. Pero por otro lado, la fidelidad de la memoria también nos obliga a la lectura del pasado desde las coordenadas del pasado mismo, recuperando sus claves de sentido. Entonces, en este doble movimiento se conecta, por un lado, el sentido que el pasado tuvo para los actores del pasado y por otro lado, el sentido que ese pasado tiene para los desafíos del presente, para las preguntas del presente. Creo que es la conexión entre los sentidos la que permite que la memoria sea una memoria fiel.

CREO QUE DE ALGUNA MANERA, EN ESTOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS, BAJO DISTINTAS MODALIDADES, SE OPERA ESTA SUSTRACCIÓN Y DEGRADACIÓN DE LA POLÍTICA. LA DESPOLITIZACIÓN QUE APARECE EN EL ORIGEN DE LA DERROTA, SE PROFUNDIZA LUEGO A LO LARGO DEL PROCESO, DURANTE EL MENEMISMO Y TAMBIÉN ES CLAVE EN LAS FORMAS ACTUALES DE DOMINACIÓN.

Creo que otro rasgo importante de este trabajo que hacemos es el hecho de que el relato, justamente porque arma distintas figuras, es además un relato que cambia. Hace diez años nosotros construíamos la memoria de esto, y la armábamos como A. Hoy la armamos como B. Y dentro de diez años probablemente la vamos a armar como C. Y esto tiene que ver con que precisamente la memoria funciona haciendo y deshaciendo el relato. De alguna manera si la historia forma como un archivo, un archivo cerrado, fijo, la memoria es como una especie de virus que va descomponiendo el archivo y que va rearmándolo, tragándose partes —que pueden reaparecer— y reconstruyéndolo de otra manera.

Pero al mismo tiempo, este ir desde el presente a mirar el pasado tiene un segundo sentido, que es abrir el futuro, el proyecto del futuro. Y creo que ahí reside la fidelidad de la memoria. La fidelidad de la memoria, desde mi punto de vista, estaría en esa capacidad de puentear, podríamos decir, entre las necesidades del presente, la experiencia del pasado y la necesidad de abrir un futuro siempre distinto.

La fidelidad de la memoria no puede tener que ver con la repetición. La repetición de una misma historia seca el relato, lo va haciendo cada vez más irrelevante, a la vez que seca los oídos que lo escuchan. La repetición constante de una misma cosa, punto por punto, no es propia del pasaje de las experien-

En este ejercicio de las conexiones también es posible recuperar el pasado y los fenómenos del presente como parte de procesos, no como acontecimientos aislados, sino insertos en procesos que los ligan y vinculan. En este sentido, la memoria sería una especie de gozne que conecta de distintas maneras —porque creo que no se puede entender la memoria como un ejercicio necesariamente del orden de la resistencia. La memoria puede ser resistente, pero también puede ser funcional al poder vigente. De hecho puede haber formas de ejercicio de la memoria que consumen el poder, sus pretensiones y sus actos. El hecho de que una memoria sea resistente o no depende precisamente de cómo se articula con el presen-

te y de su capacidad de rehusar la construcción de un relato único.

En relación con la memoria del terrorismo de Estado, ha habido distintos momentos. Hubo un primer momento, en que se estructuró la teoría de los dos demonios, que tenía un funcionamiento extraño. Lo que hacía era como clonar el diablo subversivo, construido antes por los militares, y enfrentarle un alter-demonio dejando a la sociedad por fuera de la lucha entre ambos. Así, la sociedad aparecía como una víctima inocente en medio de la confrontación. Podríamos decir que entonces la teoría de los dos demonios sustraía, a un mismo tiempo, las responsabilidades del Estado y las de la sociedad.

Creo que la teoría de los dos demonios ha sido suficientemente debatida y refutada. Sin embargo, una cuestión que me preocupa es el posible desplazamiento de la teoría de los dos demonios a la teoría de *un* demonio, el militar, permaneciendo la sociedad como víctima inocente; de alguna manera, en este caso, también se está sustrayendo la responsabilidad social y política. ¿De quién? No creo en una responsabilidad difusa, repartida entre todos de igual manera sino en responsabilidades sociales y políticas concretas, específicas. Responsabilidades de los partidos políticos, de los sindicatos, de instituciones como la Iglesia Católica, de las organizaciones armadas, etcétera. Desconocer estas responsabilidades es otra forma de sustracción de la política, que proviene del olvido de lo que fue, lo que podríamos llamar, "el proceso del Proceso": cómo esto que se dio en llamar el Proceso fue resultado de *un* proceso social y político en el que confluyeron distintos elementos y sobre el que tuvieron responsabilidad diversos actores.

Creo entonces que no se trata de uno, de dos, ni de veinticinco millones de demonios. Acá no hay demonios sino actores sociales, actores políticos, que están involucrados de manera diferente en una

organización social autoritaria, con un Estado autoritario que se gesta a lo largo de todo el siglo XX, y quizás antes. El autoritarismo estatal penetra profundamente en la sociedad y permea las prácticas políticas con la lógica autoritaria, con la lógica binaria, que naturaliza el recurso de la fuerza.

Si se pierde esto de vista, estamos en realidad cayendo en una pérdida de memoria porque hay una pérdida de sentido, una pérdida de sentido de las acciones que ocurrieron, incluso una pérdida *del* sentido. Y es por esta pérdida *del* sentido que "aparece" entonces buena parte de lo actuado en ese momento, como locura. Porque lo que se está perdiendo es el sentido que esto tuvo, y su inscripción dentro del "sentido común" de esa sociedad. En muchos relatos aparece como si una especie de locura social o política hubiera atacado a ciertos grupos o incluso a la sociedad en su conjunto porque extravían el sentido, la inscripción de esos acontecimientos en una historia social y política específica y la participación y contribución de los distintos actores a la misma.

Entonces, si toda memoria, decíamos que tiene esta dificultad de conjugar el sentido del pasado con los sentidos del presente, yo creo que en este caso específico, el problema se agudiza. Cuando nosotros pensamos en los años 70, nos da la impresión de que estamos hablando de algo muy distante, que ocurrió en otro milenio –y de hecho así es–, pero nos parece extraordinariamente lejano cuando en realidad transcurrieron sólo treinta años, que en un proceso histórico es poca cosa. Desde el punto de vista de un historiador se podría decir que ningún proceso importante, ningún cambio decisivo, radical, ocurre en treinta años. Sin embargo, yo creo que esta sensación de distancia que experimentamos es certera porque estamos en un momento en el que lo que ha ocurrido, y lo que está todavía ocurriendo, es un cambio global en la construcción hegemónica; estamos pasando de un modelo

hegemónico –el que existía en los años 70– a otro.

Quiero hacer una pequeña aclaración sobre la cuestión de la hegemonía. La hegemonía comprende un proyecto económico, social, político, ideológico, pero también implica la construcción de un sistema de valores que hacen que el mundo sea comprensible de cierta manera, y que desde allí se defina lo aceptable y lo inaceptable, lo creíble y lo increíble. Entonces se conforma una constelación de sentido que parece "natural", que parece naturalmente parte de los tiempos pero que en realidad es parte de esa construcción hegemónica. Esto no ocurre solamente en los Estados o en las instituciones, sino que penetra en la sociedad y genera una visión del mundo bastante generalizada, que se acepta, precisamente, como visión general.

Creo que de los años 70 a nuestros días, hemos pasado de una organización hegemónica de tipo bipolar a otra organización, que podríamos llamar de tipo global; estas dos construcciones tienen características diferentes.

La organización bipolar de la época de la guerra fría –en la que estábamos insertos en los años 70– se basaba en una constelación de espacios y valores que reivindicaban lo estatal, lo público y lo político como posibles principios de universalidad. Admitía la confrontación y la revolución como formas, si no únicas, válidas y valiosas de la política. Se definían y guardaban las fronteras, fueran éstas nacionales, ideológicas, de género. Existía una extraordinaria tendencia a realizar clasificaciones y, sobre todo, formas de organización binaria: explotados-explotadores, justo-injusto, correcto-incorrecto. Las personas reivindicábamos la disciplina, la razón, el esfuerzo, que las instituciones grababan en nosotros, como parte de nuestros logros. Por supuesto estos rasgos convivían con sus contrarios y con toda la gama de matices que jamás se pueden expulsar de la realidad, pero se podría decir que ten-

dencialmente organizaban la visión del mundo.

La reorganización global a la que asistimos, ha construido una constelación del todo diferente, basada en la valorización de la sociedad civil y lo privado, por oposición al Estado y al sistema político, casi siempre satanizados. Se reivindica la concertación y, con cierta hipocresía, se condena toda forma de violencia abierta, en especial política. Se avanza hacia la ruptura o desdibujamiento de fronteras por lo transnacional, lo híbrido, lo transgénico. Se reorganizan las nociones de centro y periferia, se exaltan las diversidades y para permitir su libre expresión, así como la organización en redes. Los sujetos reivindicamos la personalización de todo, la individualización, el sentimiento y el disfrute. Estos valores, que esconden un potencial autoritario tan poderoso como los anteriores -aunque se exprese de manera diferente-, se presentan prácticamente como incuestionables en el mundo actual.

Estas dos constelaciones de sentido, hacen que cuando nosotros observamos a los sujetos políticos, como los militantes, y en particular los militantes armados de hace treinta años, debamos referirnos, en primer lugar, a otra relación entre la violencia y la política. (Por otro lado éste es un tema que, siendo de fundamental importancia, ha quedado como suspendido y sin discusión en estos últimos treinta años.) Además de concebir de otra manera la relación entre la violencia y la política, los militantes de los años 70 eran sujetos que se planteaban la transformación revolucionaria de la sociedad para construir un modelo alternativo, comunitario e igualitarista. Todo esto fue cancelado a través, en primer lugar, de la represión pero también de una derrota política de los proyectos revolucionarios.

Cuando desde ahora, desde la constelación global, nosotros hacemos una memoria que es de corte individualizante o privada, en donde lo colectivo y lo político no aparecen como los organizadores de

las conductas y de las prácticas, ocurre una traición del sentido, o sea, se traiciona el sentido. Podríamos decir, hay una sustracción de la política que lleva a la traición del sentido de lo que en ese momento se actuó.

En el otro extremo, cuando la memoria idealiza la militancia realizada en los años 70, la exalta como heroica, y obstruye cualquier análisis crítico de la práctica política de entonces por considerarlo peligroso, como algo que si se abre puede contaminar o destruir una experiencia valiosa, en lugar de una recuperación de la política asistimos a otra forma de sustracción de la política. Porque, en realidad, la política reclama política. Es decir, si yo voy a analizar un movimiento político -que eso fue-, tengo que analizar desde parámetros políticos. Tengo que hacer el análisis, la comprensión y la crítica en clave política y no sólo ética. Y definitivamente en clave política y no moral.

La idealización de la práctica política de los años 70, desde mi punto de vista, congela la memoria, la ocluye, cierra, no permite el procesamiento, lo obstruye.

Creo que hay, en cambio, dos modos importantísimos de la memoria que esta sociedad viene practicando y que me parecen fundamentales. Uno es la recuperación de lo que se llama la verdad y que, si fuéramos precisos, deberíamos decir las verdades, entendidas como la asunción de las responsabilidades mediatas e inmediatas. Aquí, la responsabilidad se refiere a la necesidad de dar respuesta a y responder por. En este sentido, la búsqueda de la verdad reclama respuestas, es decir, la asunción de responsabilidades, mediatas e inmediatas, de los distintos actores.

Otra práctica que considero muy importante es el escrache, como forma de poner en evidencia, de romper el disimulo. Pero que creo que ésta es una necesidad no sólo en relación con los otros sino también con *nos-otros*. En este sentido, yo reivindicaría la necesidad de escracharnos, exhibirnos -políticamente

hablando-. ¿Quiénes tendríamos que escracharnos o exhibirnos políticamente hablando? Nosotros, o sea, los distintos actores de esta historia. Creo que en particular los militantes, los sobrevivientes, o sea los que hemos sido actores de esta historia, que es una historia política. Porque me parece que, justamente si la memoria tiene que ver con este acto que parte de la experiencia, son precisamente los sujetos que viven la experiencia los que tienen, no el privilegio, sino la obligación, la responsabilidad de responder y hacer de ella algo transmisible, algo que se pueda pasar socialmente a los que vienen atrás. Y esto, desde mi punto de vista, reclama necesariamente una revisión crítica de los otros pero sobre todo de *nos-otros*. Esto es fundamental para poder realizar el pasaje, para poder unir los sentidos del pasado con los sentidos del presente, para poder pasarlos y entonces sí, abrir un futuro libre de repetición. No se trata de que nosotros abriremos el futuro -sería demasiado pretencioso y ocurrirá independientemente de nuestras voluntades- pero sí podemos ser parte de esta apertura que no es otra cosa que la apertura del proyecto político.

Por eso, creo que es importante analizar los proyectos políticos del pasado, en especial los armados, y tratar de no esconder su derrota política detrás del accionar represivo. Ciertamente, hubo un exterminio que eliminó toda posibilidad de proyecto, pero esto fue posible porque existió una derrota. El exterminio no nos tiene que impedir entrar a analizar esa derrota como *derrota política*.

Hay algunos elementos de la práctica realizada por las organizaciones armadas -algunas de ellas compartidas por otros sectores de la militancia-, que no pueden ser soslayados. Pienso, por ejemplo, en el pragmatismo que se impuso en la práctica política. Pienso también en la pérdida de la representatividad política de las organizaciones, ligada con su separación del sentimiento, el pensamiento y las necesidades de sectores importantísimos de la

sociedad. Asimismo, creo necesario analizar el deslizamiento que se produjo de lo político hacia lo militar, y que concluyó en la militarización y, en consecuencia, degradación de la política. El predominio de la lógica amigo-enemigo, como lógica guerrera, llevó a la difuminación de lo político en lo militar. También es imprescindible abordar la reproducción del autoritarismo social dentro mismo de las organizaciones. En realidad, no podría haber sido de otra manera siendo, como fueron, producto de esa sociedad y ese tiempo, pero es importante abordar por qué y cómo operó ese autoritarismo. Me refiero, por ejemplo, a algunas de sus manifestaciones más evidentes, como el verticalismo *brutal* en la toma de decisiones, el disciplina-

política y la inutilidad de toda apuesta, gracias a los rasgos de privatización, de fragmentación, de escepticismo que predominan en la constelación de sentido global. Tal vez allí se encuentre uno de los ejes centrales que conecta las urgencias y las necesidades del presente con esta mirada al pasado como memoria.

La recuperación de la política extraviada en los años 70, que está en la base de la derrota de entonces y que se prolonga en la falta de proyectos alternativos nuevos, nos reclama, de alguna manera, una recuperación de la dignidad y del sentido de la política. Esta es una de las razones por las que la experiencia del pasado puede iluminar las urgencias del presente para ayudar a abrir los proyectos de un futuro que, sien-

supuestamente, las formas democráticas. Digo "supuestamente" porque en realidad las democracias de América Latina están hoy más cercanas a la oligarquía que a la democracia, pero eso sería harina de otro costal. Estoy aludiendo entonces a lo colectivo, a lo común, a lo público y a cómo eso, que es parte de la organización social del poder, se realiza. De eso estoy hablando. Y creo que hay una pérdida de participación en esto que llamamos política. Toda la tendencia privatizadora tiende a pensar la política como un ámbito de expertos del que los demás pueden prescindir. Se promueve una idea de la política como un lugar especializado del cual se encargan aquellos que tienen la

**LA FIDELIDAD DE LA MEMORIA NO PUEDE TENER QUE VER
CON LA REPETICIÓN. LA REPETICIÓN DE UNA MISMA HISTORIA
SECA EL RELATO, LO HACE CADA VEZ MÁS IRRELEVANTE, A LA VEZ QUE SECA
LOS OÍDOS QUE LO ESCUCHAN.**

miento del desacuerdo y el enquistamiento de conducciones de carácter prácticamente vitalicio.

En síntesis, yo creo que estos rasgos no hablan de un posible exceso de política, sino que más bien dan la impresión de una falta de política. Es posible suponer que la derrota política que vivieron las organizaciones empezó precisamente allí. Y esa falta de política se continuó luego en el terrorismo de Estado que intentó, justamente, expulsar a la sociedad de la política. De manera que en realidad lo que ocurre es una sustracción, un robo de la política y de cualquier proyecto político alternativo. Creo que de alguna manera, en estos últimos treinta años, bajo distintas modalidades, se opera esta sustracción y degradación de la política. La despolitización que aparece en el origen de la derrota, se profundiza luego a lo largo del Proceso, durante el menemismo y también es clave en las formas actuales de dominación. También hoy se promueve la despolitización, la pérdida de la esperanza

completamente nuevo, tal vez permita realizar algunas de las promesas incumplidas del pasado.

Preguntas y respuestas

Me piden que defina el concepto de política y precise a qué me refiero con derrota política, falta de política y despolitización. Bueno, yo no plantearía una definición del concepto de política, en sentido estricto, pero diría que al hablar de política, hablo de poder y de relaciones de fuerza. Básicamente me refiero a la organización del poder social, que tiene que ver con la toma de decisiones que competen al colectivo, al conjunto de una sociedad. Se refiere, entonces, a lo público y a lo colectivo. La toma de decisiones de este orden y los mecanismos que se utilizan para concretarlas o incidir en ellas sería política. Y la política tiene que ver con las formas en las que eso se realiza, con los mecanismos. En este caso,

capacitación técnica para tomar decisiones muy complejas, y lo que los demás haríamos sería concurrir a las urnas y votar, por uno o por otro, según la careta que nos guste más de las que aparecieron en la tele. Ahí hay una pérdida de la política, entendida como las relaciones de poder que involucran y competen al colectivo y de las que dependen los proyectos y las políticas públicas.

Constelaciones hegemónicas

En realidad, eso que llamé constelación de sentidos en torno a la nueva hegemonía global –por darle un nombre que tal vez no es el más afortunado–, tiene que ver con la reorganización que aún está ocurriendo, que se observa claramente a partir de los años 90, pero que podríamos afirmar que empezó en los 70. Creo que este nuevo "modelo" tiene un potencial autoritario tan importante como el otro. Y me refiero a lo siguiente: esta nueva "conste-



PELUDOS, CARAMELOS Y SUCEDIDOS

La incorporación del campo y los trabajadores rurales en la construcción de un pasado para la militancia tupamara montevideana*

ESTA INVESTIGACIÓN, BASADA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS TUPAMAROS Y EN TESTIMONIOS ORALES RECOGIDOS POR LA AUTORA, DA CUENTA DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA DE LA ORGANIZACIÓN Y SU VÍNCULO CON LOS TRABAJADORES RURALES.

SILVINA MERENSON**



* Una primera versión de este texto fue presentada en el Seminario Permanente de Antropología Social en septiembre de este año.

Agradezco los comentarios recibidos en dicha oportunidad y, en especial, la lectura atenta de Virginia Vecchioli, Sergio Visacovsky y Gabriela Sánchez Antelo. Ninguno es responsable de lo dicho aquí.

** Historiadora - UNQ.

¹ Desde la aparición pública bajo el nombre de Tupamaros, muchos trabajadores zafrales sindicalizados por primera vez con la UTAA adhirieron a la lucha armada. A su vez, muchos Tupamaros pertenecientes a las clases medias, especialmente de Montevideo, hicieron su experiencia de proletarización en los ingenios azucareros y en las chacras de Bella Unión.

Como afirma Eric Hobsbawn, "hasta las revoluciones y los 'movimientos progresistas' que por definición rompen con el pasado, tienen su pasado relevante" (1984:10). En el caso del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), su historia nace íntimamente ligada a la lucha sindical de los cortadores de caña de azúcar de Bella Unión, un pueblo ubicado en el departamento de Artigas, emplazado en la frontera territorial norte que el Uruguay comparte con Argentina y Brasil. Las referencias al pasado histórico de la que fuera la organización armada más importante del Uruguay entre mediados de los años sesenta y comienzos de los setenta se construyen como inscripción de la situación del campo uruguayo a comienzos de la década de 1960.

El 3 de septiembre de 1961, en Bella Unión, los trabajadores zafrales orientales, brasileños y argentinos fundaron la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). En 1962 este sindicato realizó la primera de las cinco "marchas cañeras" a la capital uruguaya, ubicada a 650 km. de Bella Unión. La "marcha" de 1962 fue la única que tuvo por interlocutor al Estado. El resto de ellas, realizadas en los años 1964, 1965, 1968 y 1971, pusieron en evidencia la transformación y radicalización de los objetivos políticos de la UTAA. A partir de la segunda "marcha cañera" (1964) el sindicato definió la Reforma Agraria como objetivo a corto plazo e hizo público el liderazgo de Raúl Sendic, uno de sus dirigentes y el máximo referente que tuvo el MLN-T. Desde entonces, la trayectoria sindical de la UTAA se funde en el proyecto político del MLN-T¹ constituyendo referentes ineludibles en los intentos de organizar e interpretar la dinámica política uruguaya de la última parte del siglo XX.

La búsqueda por parte del MLN-T de un pasado asentado en la campaña, que resulte al grueso de sus militantes común, aglutinante, radicaría en la diversidad de procedencias ideológicas de quienes conformaron esta organización: jóvenes residentes en su mayoría en la ciudad de Montevideo, pertenecientes a las clases medias, que ingresaron a la política como anarquistas, blancos, comunistas, maoístas o socialistas (Aldrigui, 2001). En la construcción de una lectura propia de la historia uruguaya el MLN-T persiguió, entre otros objetivos, los elementos de ruptura y diferenciación tanto con la izquierda tradicional, como



con la tradición política batllista de las primeras décadas del siglo XX. El pasado que el MLN-T recupera para sí es el opuesto al que encarna José Batlle y Ordóñez², que es la imagen de la vida moderna, urbana, europeizada, comercial e industrial. Desde la creación del MLN-T, las operaciones sobre la historia uruguaya que se propusieron volver la mirada hacia el campo para significar la lucha sindical de la UTAA, las llevaron a cabo sus propios militantes. Los tupamaros produjeron sus propios historiadores y biógrafos. Sus textos son

los que, ante el proyecto político batllista que inspiró la definición del Uruguay como “la Suiza de América”, definen al Uruguay rural del siglo XIX como pasado legítimo de la organización y, a la trayectoria sindical de la UTAA y a sus integrantes, como su causa política y militante.

La conjugación de las reivindicaciones sindicales sostenidas por la UTAA con el cuestionamiento del orden político y de la estructura agraria del país implicó para la militancia tupamara montevideana la oportunidad para inscribir y legitimar en una sucesión de continuidad con la historia y la tradición política uruguaya la definición de su programa revolucionario. Entre los textos abocados a esta tarea encontramos **La Izquierda Armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros**, de Clara Aldrighi (2001); **Historia de los Tupamaros**, de Eleuterio Fernández Huidobro³ ([1986] 1999); **Los tupamaros, continuadores históricos del ideario artiguista**, de Melba Píriz y Cristina Dubra (2000) y **Actas Tupamaras** (Tupamaros, [1972] 2000).

A los textos mencionados se suman **Sendic**, de Samuel Blixen⁴ (2000), **José Mujica**⁵ (2001) y **Las vidas de Rosencof** (2003), ambos títulos escritos por Miguel Ángel Campodónico. Los tres últimos libros responden al género biografía y narran la vida de tres de los dirigentes más importantes que tuvo el MLN-T. En lo que respecta a la relación del MLN-T con la UTAA y el desarrollo de este sindicato rural hallamos **La rebelión de los cañeros y ‘Los hombres del arroz’**, de Mauricio Rosencof⁶ ([1969] 1989); **Por la tierra y por la libertad**, de Ruben Gerardo Prieto⁷ (1986) y **Los olvidados de la tierra**, de Yamandú González Sierra⁸ (1994). Todos estos trabajos, que parecen validarse entre sí por contigüidad, se ocupan en mayor o menor grado de subrayar la inscripción de los orígenes del MLN-T en una tradición histórica uruguaya de larga duración.

Es claro que la producción escrita acerca del MLN-T no se agota en los títulos mencionados. Sin embargo, en función de los objetivos que persigue este artículo, optamos por privilegiar el análisis y la reseña de estos trabajos, pues estos son los textos que me sugirieron leer los ex o actuales militantes del MLN-T a lo largo de mi trabajo de campo en la ciudad de Montevideo. En este artículo me propongo explorar los modos en que los ex o actuales militantes montevideanos del MLN-T construyen sus interpretaciones del pasado histórico uruguayo, del que se reclaman hacedores y “custodios”. En las páginas que siguen presentaré la bibliografía mencionada para adver-

2 El máximo referente del Partido Colorado, José Batlle y Ordóñez (1856-1929), ejerció la presidencia del país entre 1903 y 1907 y entre 1911 y 1915. El ciclo batllista se abre en 1903 y culmina en 1958 con el triunfo del Partido Nacional, luego de 93 años de gobierno colorado.

La hegemonía colorada, interrumpida por la dictadura militar encabezada por Gabriel Terra en 1933 y por el golpe de estado de Alfredo Baldomir en 1938, marcó el inicio del proceso de modernización en el Uruguay. Algunos autores observaron que, a comienzos del siglo XX, la sociedad uruguaya accedió a un régimen de participación plena que incorporó a los sectores populares a través de la matriz partidaria (De Riz, 1986; Caetano y Rilla, 2003) y los sindicatos urbanos (D’Elia, 1969). Con una concepción estatista y una modalidad particular en comparación con el resto de América Latina de proyectar la nación y de inscribirla en el mundo (cosmopolita, civilizatoria, laica, racionalista, urbanista, industrialista), el proyecto batllista abonó en el Cono Sur la idea de una “mentalidad uruguaya” caracterizada por el privilegio del consenso al conflicto, una caracterización que Real de Azúa sintetizó como una “sociedad amortiguadora” (2001). Bajo esta premisa Uruguay estructuró una matriz democrático-pluralista basada en el sistema de partidos y en la exaltación del legalismo.

3 Eleuterio Fernández Huidobro integró la dirección del MLN-T entre 1966 y 1968 y entre los meses de diciembre y marzo de 1972. En marzo de 1972 fue dete-



nido y, hasta el año 1984, integró la lista de los “9 rehenes” de la última dictadura militar uruguaya. En 1985, tras su liberación, promovió la reorganización del MLN y la fundación del MPP. A mediados de la década de 1990 Fernández Huidobro fue el segundo tupamaro en ocupar una banca en el parlamento uruguayo. Como legislador preside la Comisión de Defensa del Parlamento.

4 Samuel Blixen se incorporó a la dirección del MLN-T en 1970, pero fue detenido poco tiempo después de asumir su cargo. Después de recuperar su libertad, tras permanecer preso por 13 años, se dedicó al periodismo y la investigación.

5 José Mujica formó parte de la dirección del MLN-T desde 1972. Poco tiempo después fue detenido y pasó a integrar la lista de “los 9 rehenes” que la dictadura alojó en distintas unidades militares hasta 1985. En ese mismo año Mujica impulsó la reorganización del MLN y colaboró en la creación del Movimiento de Participación Popular (MPP). En la actualidad es senador por el MPP integrado al Frente Amplio (FA). Mujica fue el primer militante tupamaro que ingresó en el parlamento uruguayo.

6 Mauricio Rosencof integró el Ejecutivo del MLN-T entre 1970 y 1972, año en que fue detenido y considerado “rehén” por la dictadura militar. Rosencof recuperó su libertad en 1985. Actualmente se dedica al periodismo y a la dramaturgia.

7 Ruben Gerardo Prieto se exilió a mediados de los años setenta en Estocolmo, allí

tir los procesos materiales y simbólicos que transformaron a la UTAA y a sus integrantes en parte del pasado que construyó para sí la militancia tupamara montevidiana. Luego me centraré en las lecturas que hoy realizan de estos textos y estas inscripciones históricas los ex o actuales militantes montevidianos del MLN-T.

La ciudad fue selva y el pueblo montaña: el “redescubrimiento” del campo

Entre los dispositivos materiales y simbólicos que abonan los procesos de identificación tupamaros con el Uruguay rural del siglo XIX, el trabajo sindical que desarrolló Raúl Sendic entre los remolacheros y arroceros, pero especialmente entre los trabajadores azucareros de Bella Unión, asume un carácter fundacional.⁹ El desempeño de Raúl Sendic como asesor legal y “líder de la UTAA” permite a los historiadores y biógrafos del MLN-T sumar el campo y a los trabajadores rurales como sujetos de cambio y transformación revolucionaria a la naciente historia de la organización. En los textos que presentamos aquí esta incorporación aparece definida como “el redescubrimiento del campo”, una expresión que refiere a la construcción de una interpretación del pasado uruguayo basada en la atención selectiva de hechos, acontecimientos y personajes históricos identificados con la campaña. A partir del énfasis puesto en el campo –que los tupamaros dicen “redescubrir”– la lectura histórica que construye la bibliografía intenta recuperar la oposición entre la campaña y la ciudad que dominó la historia del siglo XIX en el Uruguay para reactualizar lo que condensaría dos proyectos de nación diferentes (Nahum, 2003).

En **Historia de los tupamaros**, Eleuterio Fernández Huidobro (1999) describe el contacto de la militancia montevidiana con el campo como un punto de inflexión a partir del cual la práctica política cobra un verdadero sentido y los militantes que integrarán el MLN-T alcanzan la madurez. Hasta 1962, año en que Fernández Huidobro junto a otros militantes viajaron a Bella Unión, el autor afirma que la acción sindical de la UTAA “*fue un proceso seguido por la izquierda montevidiana (valga la redundancia), porque detrás de Sendic y sus compañeros estaba también el Partido Socialista y sus órganos de prensa. De otro modo, el proceso hubiese sido silenciado, porque a 600 km. del Sorocabana [un bar céntrico de Montevideo] el Uruguay no existe*” (1999: 21).

El retorno a Montevideo implica en el relato de Fernández Huidobro el fin de una etapa marcada por la “ingenuidad política”. Los “compañeros” que viajaron a Bella Unión decidieron adherir a la lucha de la UTAA y conformaron un grupo político que definió la lucha armada como la metodología para encarar un proceso revolucionario que concluyera en la toma del poder. El autor sintetiza esta definición ideológica y las razones de la primera acción armada protagonizada por el naciente MLN-T en una anécdota o “suceso” que resalta el contraste con la primera etapa del grupo: “*Eduardo Pinela [uno de los militantes históricos de Tupamaros](...) nos lanzó a una campaña de finanzas. Salimos a vender juguetes: una calcinante mañana, sentados en el cordón de una vereda, frente a dos bolsas llenas de ositos de fieltro y Bambis patas para arriba –que no logramos vender– llegamos a la conclusión de que para tener armas en las cantidades que necesitábamos teníamos que ir a buscarlas a donde estaban...*” (1999: 56)

En enero de 1963, según **Actas Tupamaras**, la acción que permitió “*afirmar en la práctica más tangible y comprometida, lo que hasta ese entonces no había dejado de ser una inquietud*” (2000: 57) fue la operación conocida como “Tiro Suizo”, realizada en un club de tiro ubicado a 120 Km. de Montevideo. Según relata Mauricio Rosencof, “*el golpe que se dio contra el Club Tiro Suizo se hizo porque en el norte a los cañeros los tenían acorralados en los montes. Para que ellos llevaran a cabo un sindicato del nuevo tipo que encaró Sendic, necesitaban defenderse*” (2003: 262).

Con la “Operación Tiro Suizo” el MLN-T se propuso ser en la ciudad “la caja de resonancia” de la lucha que la UTAA había comenzado en el norte del país. A partir de la intención de amplificar en Montevideo los ecos de las acciones protagonizadas por los trabajadores rurales en Bella Unión, según **Actas Tupamaras**, “*la ciudad fue selva y el pueblo montaña*” (2000: 33). Estos procesos de identificación explican algunas de las definiciones políticas que en sus orígenes adoptó la organización y que hoy permiten a sus ex o actuales militantes sostener que “*ser tupamaro significa tener las raíces fuertemente hundidas en*



Uruguay” (Campodónico, 2003: 192). Cuando los tupamaros sostienen su particularidad como organización en su coherencia con la historia nacional, a diferencia de la izquierda tradicional que describen como “*muy palabrera*” (Fernández Huidobro, 1999), apelan a la especial atención que depositaron en el campo uruguayo a comienzos de la década de 1960. Al volver la mirada hacia el campo uruguayo los tupamaros encuentran las claves para cuestionar la visión del Uruguay como “la Suiza de América”. Una imagen según la cual, se lee en **Actas Tupamaras**, “*el Uruguay no tiene selvas ni montañas, ni mucho menos campesinos. Uruguay es chico, ‘democrático’, culto, la gente vive en las ciudades, vive bien, goza de una avanzada legislación social. Uruguay tiene una numerosa y optimista clase media. En el Uruguay ‘no pasa nada’. Es una excepción en América Latina. Todo esto era hasta cierto punto verdad. Una verdad precaria*”. (2003: 32)

En la “precariedad” de esta caracterización, los tupamaros justifican su existencia como organización y, en la lucha de la UTAA en Bella Unión, la recuperación de las raíces nacionales en las que basan la construcción del campo como motor de la revolución social y la pertinencia de la acción armada en el Uruguay.

Exponer “*la cruda realidad de los cañeros*” (Aldrigui, 2001) para “*acercar el campo a Montevideo*” (Campodónico, 2001) fue una de las tareas que emprendieron los militantes tupamaros ya que, y en esto radica una de las paradojas del MLN-T, gran parte de la simpatía que ganaron en sus primeros años de vida, al igual que los jóvenes que engrosaron sus filas, no fueron otros que los uruguayos que añoraban la sustancia del estado de bienestar batllista (Halperín Donghi, 1998). Por esta razón, los esfuerzos tupamaros se centrarán en “redescubrir el campo” de modo tal que su descripción constituya la utopía negativa de la “Suiza de América”, es decir, del Uruguay batllista.

Entre los militantes tupamaros que contribuyeron a la imagen que los montevideanos elaboraron del campo uruguayo, Mauricio Rosencof tiene un lugar destacado. A comienzos de la década de 1960 publicó en el seminario “Marcha” una serie de artículos sobre los trabajadores azucareros y la lucha sindical de la UTAA. En 1969 Rosencof recopiló estas crónicas en un libro que llamó **La rebelión de los cañeros y ‘Los hombres del arroz’**, un texto que lleva a la fecha doce ediciones y que, desde su primera publicación, se transformó en un clásico entre la militancia revolucionaria uruguaya. Este libro, que según su autor describe “*el norte de la guerra silenciosa del hambre*” (1989: 13), así como los sucesivos arribos a Montevideo de las “marchas cañeras”, fundaron una lectura tan romántica como épica para la figura de Raúl Sendic, de la trayectoria de la UTAA, y de la vida en Bella Unión¹⁰. Una mirada que, como veremos, los historiadores y biógrafos del MLN-T reproducen según pasan los años.

Ya no podrá hablar la caña sin mencionar su nombre: la representación de Raúl Sendic

En las primeras páginas de **La rebelión de los cañeros**, la presentación de los trabajadores rurales está dominada por la descripción de la “misericordia”, la “pobreza” y la “explotación” pero, por sobre todas estas características que Mauricio Rosencof atribuye a los hombres y mujeres del campo uruguayo, por “*el peligro de la resignación, que continúen de por vida aceptando su realidad como si fuera un destino de piedra*” (Campodónico, 2003: 114). Sin embargo, esta situación se revierte en el texto con el arribo de Raúl Sendic a Bella Unión. “*A este norte de miseria, explotación, hambre y violencia –escribe Rosencof– llegó, un día de 1962, Raúl Sendic. Abandonaba sus estudios de derecho en las postrimerías de la carrera para anclar en el corazón de los desposeídos*” (1989: 13). Llegaba a Bella Unión, en palabras de Campodónico, “*un tábano que no dejará de clavar el aguijón tantas veces como sean necesarias para que los dormidos por fin despierten*” (2003: 114); para comprobar, como sostiene Blixen, “*que en la Suiza de América la democracia terminaba en los ejidos*” (2000: 50).

La caracterización que los textos hacen de Raúl Sendic, como un joven que dejó las comodidades de la ciudad y un proyecto de vida “burgués” para vivir, comprender e interpretar las necesidades de los trabajadores rurales como nadie lo había hecho desde la derrota del proyecto artiguista en 1820, constituye la base desde la que autores como Clara Aldrigui (2001), Samuel Blixen (2000) y Eleuterio Fernández Huidobro (1999) promueven

escribió **Por la tierra y por la libertad**.

8 Yamandú González Sierra, integrante de “Comunidad Sur”, uno de los movimientos sociales montevideanos que trabajó estrechamente con la UTAA en los años sesenta, fue detenido en 1970 junto a un grupo de militantes de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU).

9 En 1956 Raúl Sendic participó de la creación del Sindicato Único de Trabajadores Arroceros (SUDA) y, en 1957, de la fundación del Sindicato Único de Obreros Rurales (SUDOR) que núcleo a los trabajadores remolacheros de los departamentos de Paysandú y Río Negro.

10 La atención que los movimientos revolucionarios depositaron en el campo no es exclusividad del MLN-T, tampoco lo es la creación de diversos productos culturales por parte de sus militantes que exaltan a la campaña y a sus habitantes como motor de la revolución social. En 1969 el grupo de cineastas integrado por Gerardo Vallejo, Pino Solanas y Octavio Getino, todos militantes de la “tendencia peronista”, filmaron “El camino hacia la muerte del viejo Reales”. Este documental, según sus realizadores, “*narra la vida de una familia campesina de Tucumán que silenciosamente, año tras año, levantan las cosechas creando con su sudor las riquezas que otros disfrutaban*”. En Chile, un año después de la publicación de **La Rebelión de los Cañeros** y la filmación del documental mencionado, el grupo “Quilapayún” grabó por primera vez la “Cantata Popular



Santa María de Iquique”, obra basada en la matanza de aproximadamente 3.600 obreros del salitre a comienzos del siglo XX.

11 Mauricio Rosencof cuenta a su biógrafo que, en 1972 mantuvo una conversación con Ferreira Alduarte en la que este dirigente del PN le preguntó “qué clase de organización conformarían los tupamaros en el caso de que pasaran a ser un movimiento legal. A lo que Rosencof contestó ‘nosotros somos los saravistas de hoy’. Afirmación que mereció la réplica de Ferreira: ‘los saravistas somos nosotros’” (Campodónico, 2003:187).

12 En 1891, convencidos de que la revolución armada era el único modo de hacer cumplir los acuerdos pautados con el Partido Colorado, el Partido Nacional constituyó una fuerza militar propia liderada por A. Saravia que se sublevó contra los gobiernos colorados en 1897 y 1904.

una serie de analogías que apelan a la historia nacional. Especialmente a la figura del gral. José G. Artigas: “el hermano más hermano que le conozco a Raúl”, tal como puede leerse en su biografía.

Según la voz que adopten los textos, Raúl Sendic es nominado de diversos modos: “el Bebe” o “Rufo”, los nombres que adoptó tras su paso a la clandestinidad, “Don Sandí”, “Seu Sandíc” o “el justiciero”, tal como se refieren a él los cortadores de caña de Bella Unión. Todas estas nominaciones introducen las “*muchas historias, casi leyendas, que corrían entonces sobre Raúl Sendic*”, el hombre que “*aparecía por las plantaciones, haciendo reuniones en los cañaverales o en los montes y volvía a desaparecer*” (Rosencof, 1987: 95); el que “*tenía una mirada que despedía ternura*” y “*se hacía leguas y leguas, de noche, a pie, para estar a la salida del sol en una estancia, hasta que la policía pidió su captura en todos los pueblos*” (Prieto, 1986: 118); el que “*esperaba en el monte a un estanciero y le robaba el dinero que le debía a sus cañeros*” (Blixen, 2000: 91). Estas imágenes que remarcan la presencia misteriosa y el sentido de justicia del “*líder de los explotados*” (Rosencof, 1987: 95) es retomada por Blixen, a más de 30 años de la publicación de **La rebelión de los cañeros**, para inscribir ideológicamente los “*sucedidos*” que hacen del arribo de Sendic a Bella Unión el nexo entre el proyecto artiguista y la lucha del MLN-T: “*el fantasma de Artigas recorre el litoral (...) La voz se corre, ‘ha llegado el justiciero’. Vienen de todos lados, de Artigas, de Bernabé Rivera, de Baltasar Brum, hasta de Sequeira; peones de estancia, chacareros, correntinos, brasileños. En Bella Unión, un hervidero de gente, todo el mundo comenta que se está armando un sindicato en serio*” (2000: 64).

El “*sindicato en serio*”, por oposición a los “*sindicatos amarillos*” organizados por las gerencias de los ingenios y los productores de caña, será la UTAA. A diferencia de la descripción que propone Blixen para el arribo de Raúl Sendic a Bella Unión y para la creación de la UTAA, Prieto remarca el liderazgo de Sendic reservando un rol activo a los trabajadores rurales, aunque el resultado de esa operación no hace más que resaltar la figura del “*líder campesino*”. Para Prieto, la UTAA fue producto de “*la tarea pedagógica*” que llevó a cabo Raúl Sendic para “*desarrollar la conciencia, ampliar los conocimientos*” y fortalecer la identidad grupal (1986: 69) entre los cortadores de caña. Este trabajo hizo que dentro de la UTAA “*el liderazgo sea cada vez más plural*”, pues “*ya cuando Sendic organizó el sindicato supo que su principal contribución sería dejarlo en manos de sus integrantes*” (1986: 118).

Ya sea por la exaltación de su liderazgo o por su acto de renuncia, la representación de la figura de Sendic en los textos liga su trayectoria sindical a la historia nacional. Sin embargo, el privilegio de algunos rasgos de Sendic por sobre otros depende del contexto en que su referencia se hace necesaria. Raúl Sendic puede reencarnar al gral. José G. Artigas cuando se trata de reseñar el inicio y las razones de su labor política en el norte del país o, de otro modo, resultar “*un teórico de altísimo nivel*”, “*un intelectual*” en las referencias a su juventud como estudiante en Montevideo (Campodónico, 2001: 65). Si el inicio de su trabajo sindical en el norte del país lo emparenta con el gral. José G. Artigas, la derrota que el MLN-T sufrió a comienzos de la década de 1970, lo identifica con Aparicio Saravia, uno de los referentes históricos ligados fuertemente al campo y cuya figura los tupamaros disputaron al Partido Nacional (PN)¹¹. Aparicio Saravia –caracterizado en la historiografía uruguaya como “*un verdadero ídolo que suscitaba gran adhesión en grandes masas de gente del campo por su imagen de guerrero ecuestre, que corría los campos de batalla al galope*”–, junto con el gral. José G. Artigas, son las dos figuras históricas que el MLN-T cita en los pocos documentos políticos que elaboraron para explicar las razones de su lucha.

En Aparicio Saravia y en el alzamiento de las cuchillas en el siglo XIX, los historiadores y biógrafos del MLN-T justifican las razones de la lucha armada en el Uruguay de la década de 1960. Específicamente, citan el llamamiento “*a la acción que suprime toda controversia y encamina a los hombres a la pelea y el sacrificio*” (Proclama de Paysandú en: Aldrigui, 2001: 80) que Saravia formuló en su carta desde Caraguatá¹². En este antecedente el MLN-T intentó construirse y legitimarse como un “*movimiento político en armas*” que, además de remarcar su inscripción nacional y de retomar el coraje guerrero y el liderazgo de Saravia, incorpora el desenlace de sus levantamientos militares para explicar la derrota que sufrió el MLN-T a comienzos de los años setenta.

Los tupamaros suelen atribuir esta derrota al enorme crecimiento que había tenido la organización y a la incompatibilidad táctica entre el creciente número de militantes y la acción en la clandestinidad. Sobre este argumento, José Mujica señala que, en 1972, *"llegó un momento en el cual la policía, golpeará donde golpeará, nos tocaba [...] Eso fue lo que nos pasó, en ese sentido puedo recordar que hay una carta de Aparicio Saravia, cuando cruza el río Negro, y exclama '¡Si tuviera 5.000 hombres menos!'"* (Campodónico, 2001: 99). Al igual que Saravia, explica Fernández Huidobro, Sendic advirtió el peso del crecimiento de la organización y su correlato: el envejecimiento de su infraestructura. Por esta razón propuso el repliegue de los militantes, aunque tardó, pues en un lapso muy corto de tiempo "cayó" prácticamente toda la dirección del MLN-T, incluido Raúl Sendic: "el tipo más buscado, desde Artigas no hubo nunca un matrero más perseguido", escribe Blixen en su biografía (2000: 280).

En la representación de Sendic como condensador de "los mejores antepasados uruguayos" los textos realzan y legitiman su liderazgo, definen el carácter nacional del MLN-T y, con ello, abonan uno de los vértices que ubican la presentación del campo en la antípoda de la imagen urbana, moderna y pujante del Uruguay. La legitimidad de esta definición, que parece posible a partir del acercamiento de la ciudad al campo —de hecho Sendic es la presencia activa de la ciudad en el campo—, brinda a los tupamaros la posibilidad de justificar su militancia en las luchas de los trabajadores zafrales en Bella Unión a los que la bibliografía se refiere como los "peludos de Sendic".

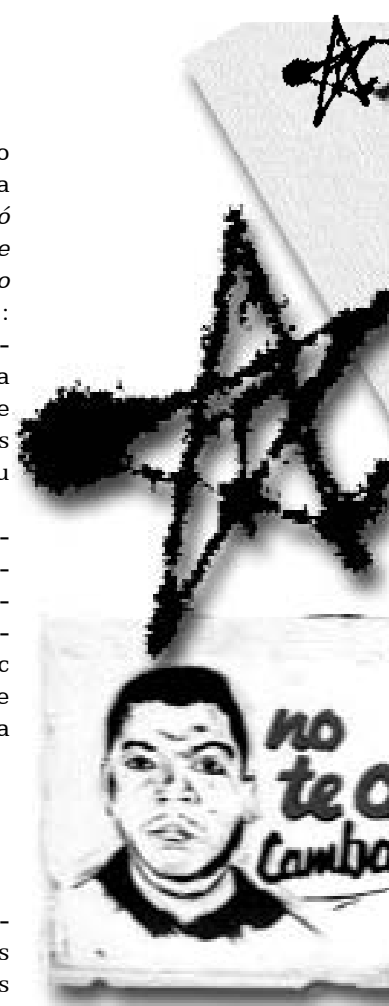
Los "peludos de Sendic": la representación de los trabajadores rurales de Bella Unión

Cuando se trata de analizar los modos en que los textos producidos por los historiadores y biógrafos del MLN-T representan a los trabajadores zafrales, especialmente a los cortadores de caña de Bella Unión que fundaron la UTAA, es imposible eludir las crónicas costumbristas que construyen para representarlos. En este canon, Blixen describe a los cortadores de caña *"que llaman peludos porque trabajan encorvados sobre la tierra y porque quedan negros de tanta melaza adherida a la piel después de cortar la caña quemada; entonces se les ven solo los ojitos, una mirada inquieta y recelosa. Los peludos son crinudos, porque el indio, en las cruzas, ha sido más obstinado. Tienen un andar furtivo, del que vive siempre entre enemigos. Tienen una memoria alerta, porque siempre han sido golpeados [...] Fuman en chala ñaco y beben caña. Se juntan debajo de los puentes y no necesitan más de 300 palabras, en una especie de portuñol, para dar cuenta de las novedades. [...] Si alguno, entre los infelices, merece ser privilegiado, ese es el peludo"* (2000: 62).

Si en las descripciones de los "peludos" predomina la imagen de la pobreza y la explotación a la que son sometidos, lo relevante es que en la bibliografía estos determinantes resultan intrínsecos al campo, especialmente a Bella Unión, como una suerte de *locus* de continuidad histórica.

En la mayoría de los textos producidos por los historiadores y biógrafos que militaron o militan en el MLN-T está presente la necesidad de rastrear los orígenes de los "peludos" en los primeros pobladores del campo uruguayo para explicar en esa genealogía no sólo su "autenticidad", también algunas de sus características culturales. Para describir a los "peludos" que formaron la UTAA, Ruben Gerardo Prieto alude a su "sangre charrúa que en Uruguay es sinónimo de rebeldía" y a su "cruza" con "los gauchos". Los "peludos" son para Prieto el resultado de la "mezcla de ibéricos, esclavos negros fugados e indios libres" (1986: 134). A este origen el autor atribuye las razones por las que *"los asalariados rurales, tradicionalmente más cerca de la tierra y con una escasa participación en el proceso capitalista, estuvieron más próximos a la acción directa y a una experiencia solidaria que, junto con el liderazgo pedagógico ejercido por Sendic, los liberó de la influencia de los valores burgueses"* (1986: 135).

Los textos de Mauricio Rosencof y Ruben Gerardo Prieto identifican lo que denominan "los antepasados" de los trabajadores rurales con las formas de producción precapitalistas, con un modo de vida premoderno y, eventualmente, "puro". Según esta lógica argumentativa, la incorporación de los "peludos" a la militancia revolucionaria es producto de un largo proceso histórico, un proceso que Rosencof introduce con las trayectorias políticas





13 No podemos extendernos demasiado sobre este punto.

Sólo mencionar que los historiadores y biógrafos del MLN-T se remontan a la fundación de Bella Unión, en el año 1829, para explicar que Bella Unión es "tierra aguerri-da" desde su creación (Prieto, 1986), pues "fue fundada por familias guaraníes traídas desde Rivera y que, hambrientas, se sublevaron pocos años después instigadas por Lavalleja" (Rosencof, 1989: 11). Incluso, algunos de los autores citan las crónicas escritas a mediados del siglo XIX por los primeros viajeros europeos que visitaron el norte del Uruguay para demostrar que, en Bella Unión, "el cuadro de pobreza tiene más de 130 años de antigüedad" y que, así como este pueblo "nació de la aventura, el riesgo y la audacia", la UTAA se basó en esas mismas cualidades. Los textos reseñados se empeñan en demostrar el modo en que Bella Unión condensa gran parte de la historia nacional: allí se asentaron los últimos charrúas, en Bella Unión asesinaron a Bernabé Rivera, fue el lugar de asentamiento del Cuerpo de Blandengues al mando del gral. José G. Artigas, y lugar de paso de las tropas de Aparicio Saravia (Aljanati, 1970). Los textos describen al departamento de Artigas, la última frontera, el lugar más postergado (Blixen, 2000: 64) en la tensión entre su histórica relegación desde la derrota del proyecto artiguista y su revalorización desde la fundación de la UTAA.

14 Entre las "acusaciones" que reseñan los textos y que atribuyen a "la derecha montevidiana" figuran que la

de "los cañeros viejos" que participaron de la Marcha de Prestes, de las tropas de Aparicio Saravia y de De Souza. En la recuperación de una suerte de tradición rebelde y combativa que los autores atribuyen a los habitantes del campo y en especial a Bella Unión¹³, los textos mencionados traman la singularidad que la UTAA implicó en el sindicalismo uruguayo. Sus integrantes, dice Rosencof, "no pedían solamente aumentos de salarios, exigían formar una cooperativa con las tierras de la estancia cimarrona de Silva y Rosas. Si llegaba la policía para reprimirlos, la enfrentaban, la hacían recular. Si les prohibían la organización sindical, se reunían en el quilombo de María Bashiña [...] Cuando declararon que la huelga era ilegal se fueron a vivir al monte de Itacumbú [...] No vi nada igual en todo el país. Eran los más desposeídos. Eso fue lo que pesó en mí. Para mí, el punto de partida de mi conducta es la gesta de Raúl Sendic que se inspira en los arroceros y después se va al norte a organizar a los cañeros. Lo que me sacudió a mí no fue el pensamiento de Mao, fue aquello que nació antes de la Revolución Cubana [...] Lo que más me tocó fue comprobar que era muy difícil organizar a los trabajadores rurales, pero cuando descubrieron la fuerza de la organización sindical, chau, se acabó. Era el alzamiento. ¡Iban a la guerra! ¡Era 1904 en el plano sindical! No había tiempo que perder" (2003: 123-24).

Tanto la exaltación de la imagen de los "peludos" decidiendo la medida que identifica la acción sindical de la UTAA –las marchas a Montevideo–, como su inscripción en el alzamiento protagonizado en 1904 por Aparicio Saravia, integran los "sucesidos" que narran los textos. En estas descripciones los trabajadores rurales alcanzan la relevancia épica que requiere la figura de Sendic como heredero legítimo del gral. José G. Artigas y de Aparicio Saravia.

Las descripciones de las "marchas cañeras" a Montevideo terminan de elaborar la representación de los "peludos" como el vehículo más eficaz en la ruptura de la imagen del Uruguay como "la Suiza de América". Estas descripciones parecen tener por objetivo despertar la sensibilidad política de los montevidianos, más que la denuncia de las condiciones en que vivían y trabajaban los "peludos" en Bella Unión. El relato central es el del "impacto" o la "irrupción" del campo en la ciudad, es el relato de las diversas reacciones de los habitantes de Montevideo ante el arribo de los "peludos". De este "encuentro", los autores hacen un hito, especialmente de la primera "marcha cañera" que narran como un hecho excepcional, dominado por la novedad. El énfasis de los autores está centrado en la solidaridad y el recibimiento que la UTAA encontró en los montevidianos, especialmente entre los obreros de algunos sindicatos urbanos y entre los estudiantes de la Universidad de la República.

El arribo de los "peludos" a Montevideo completa la épica que los textos construyen para la lucha de la UTAA y el efecto que describen para los habitantes de la capital uruguaya: "la presencia en Montevideo de aquellos hombres de pelos largos, de las mujeres y de sus niños provocó una gran conmoción entre los habitantes de la capital que hasta entonces ignoraban su existencia" (Campodónico, 2003: 120). Las "marchas" consagran a los "peludos" como militantes que "obligaron" a los montevidianos a "tomar posición" ante la situación del campo y promueven la construcción de la polarización entre "la izquierda y la derecha montevidiana". Mientras que los textos identifican a la "derecha montevidiana" con las acusaciones que circularon sobre los manifestantes¹⁴, desafían a los sectores progresistas de la capital. Con las "marchas", afirma Prieto, "estos 'peludos', empeñados en lograr su tierra y politizados por una súbita y fulgurante toma de conciencia, dan lecciones de solidaridad, de espíritu combativo e imaginativo a muchos intelectuales urbanos" (1986: 42). En los textos reseñados, las descripciones de las "marchas" trascienden ampliamente la lucha sindical de la UTAA para centrarse en el eco que lograron en la sociedad montevidiana y para denunciar a la izquierda tradicional, al punto de afirmar, que los cortadores de caña "se transformaron en bandera, ejemplo de lucha y proyección revolucionarias, en medio de una izquierda silenciosa y paralizada" (1986: 70).

Este modo de representar a los trabajadores zafrales ubica a los "peludos" en un lugar ejemplarizador, por lo general ligado a aquellos que fueron secuestrados, desaparecidos o asesinados en los años previos, en el transcurso de la dictadura en Uruguay, o en los países vecinos. En el texto de Fernández Huidobro, estos "heroicos cañeros" están representados por la figura de Juan Bentín, un militante de la UTAA que llegó a Montevideo para entregar a la dirección del MLN "los humildes pesitos de una colecta hecha entre los ran-



chos de Bella Unión". Este cortador de caña, desaparecido en territorio argentino, fue el encargado de "vigilar el rancho del Bebe [Sendic] y de realizar un inestimable aporte en la primera reconstrucción de la organización" que, hacia 1967, había sufrido la detención de varios de sus militantes. La representación de Juan Bentín –y transitivamente la del resto de los "peludos" de la UTAA sumados al MLN– como militantes valiosos y destacados asume en la conclusión de Fernández Huidobro un carácter más que relevante: "edificaremos el nuevo MLN sobre la piedra fundamental de Bentín el cañero. Tú eres Pedro y sobre esta piedra..." (1999: 109).

El aporte de los "peludos" en la construcción del MLN-T y en los procesos revolucionarios en el resto de Latinoamérica completa el relato que Mauricio Rosencof inició con **La rebelión de los cañeros**, en 1969. Este relato pone en evidencia el modo en que la construcción de la figura de Sendic y la trayectoria política que los autores establecen para los "peludos" se retroalimentan en la reiterada apelación a la historia nacional "la gente –formada por Sendic– que entró en Montevideo, con sombreros aludos, ponchos y muchos de ellos descalzos, terminaron en la dirección del MLN. Gente que terminó combatiendo en la Argentina y desapareciendo en la Argentina. El Gauchito Leal fue a luchar con la revolución sandinista. Otros compañeros estuvieron peleando en Colombia, en todas partes del mundo. Con conciencia, con lucidez, con formación. Cuando Artigas decía que los más infelices serían los más privilegiados parecía que estaba pensando en ellos. No había más infelices que los cañeros" (Campodónico, 2003:124).

La representación de los "peludos" que ofrecen los historiadores y biógrafos del MLN-T sostiene el "redescubrimiento del campo" que se atribuyen y que les permite inscribir el nacimiento de la organización en una continuidad histórica de larga duración que se remonta a las guerras por la independencia del siglo XIX. La imagen que configuran para el campo y sus habitantes, construida en la articulación de la trayectoria política de los integrantes de la UTAA y la folclorización que los autores narran en los "sucesidos", tiene por destinataria tanto a la izquierda tradicional, como a la militancia revolucionaria montevideana. Por esta razón, la representación de los "peludos" informa más sobre los autores que forman o que formaron parte de esa militancia, que sobre el universo cultural al que se refieren. Sus intervenciones, fundadas en el "atraso", la "miseria", la "explotación" y la representación del mundo social que condensan en la figura de los "peludos", es parte fundamental de la utopía negativa que erigen frente a la definición del Uruguay como la "Suiza de América".

"Si tenemos que desenterrar las armas...": el actual MLN como "custodio" del pasado

Finalizada la última dictadura militar, en 1985, y tras la liberación de los presos políticos y el retorno al Uruguay de los exiliados¹⁵, los militantes tupamaros iniciaron una serie de reuniones destinadas a discutir la pertinencia de la reorganización del MLN-T. Entre 1985 y 1989 realizaron una campaña de asambleas callejeras en todos los barrios de Montevideo a las que llamaron "mateadas". En 1987, el MLN-T junto a otras fuerzas políticas¹⁶ creó el Movimiento de Participación Popular (MPP) y, en 1989, el Frente Amplio (FA) aprobó el ingreso de esta organización a sus filas. A pesar de las alianzas políticas que el actual MLN-T desplegó para insertarse en la legalidad y en el concierto político uruguayo de fines de la década de 1980, este movimiento puso particular atención en no renegar de su pasado. Más bien, el actual MLN-T se presenta, como sugiere Mujica, "como ayudame-moria" de ese pasado identificado especialmente con los primeros años de la organización y con el desarrollo de la lucha armada en Uruguay. Este pasado es el que hoy se encuentra material y simbólicamente escenificado en el local montevideano del MLN-T.


Al atravesar la puerta de entrada de la antigua casona de la calle Tristán Narvaja en la que funciona el local central del MLN-T se pueden observar dos amplios espacios. A la derecha se encuentra la recepción y la pequeña librería en la que están expuestos los textos que reseñamos aquí. A la izquierda está ubicado el salón en el que el MLN-T realiza sus reuniones, recibe a los visitantes, y lleva a cabo sus conferencias de prensa. Sobre la pared opuesta a la arcada que marca la entrada a este salón, en el centro de la pared y sujetos a una madera lustrada, pueden verse unos cinco fusiles máuser de repetición modelo 1908



mayoría de los "peludos" que integraban la "marcha" en realidad no eran trabajadores, que las mujeres eran obligadas a acompañarlos, que habían alquilado a los niños en Brasil para exhibirlos y despertar compasión, que al paso de la marcha habían quemado diversas instalaciones. Al respecto véase: Blixen (2000), Campodónico (2003) y González Sierra (1994).

¹⁵ Para un análisis del escenario político uruguayo tras la restauración democrática véase: Caetano, Gerardo y Rilla, José (1998) **Breve historia de la dictadura**. Montevideo, Trilce.

¹⁶ El MPP está integrado por el MLN, el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO).



17 En 1969 el MLN-T tomó la ciudad de Pando, ubicada a unos 132 Km. de Montevideo. Este "operativo" en el que intervinieron 49 militantes es considerado una de las acciones más importantes y de mayor envergadura protagonizadas por la organización.

corroídos por el óxido y dos cajas con sus respectivos cartuchos de balas. Debajo de los fusiles hay una pequeña placa que explica: "1963: fusiles de la aduana de Bella Unión" y, a la derecha, una serie de fotografías que documentan el "desentierro" de las armas y las balas en exposición. A la izquierda de esta misma pared tres mástiles sostienen la bandera uruguaya, la de los "33 Orientales", y la artiguista. Enfrentadas a estas banderas, colgadas sobre la pared opuesta, completan el cuadro la bandera tupamara, la del Frente Amplio, la del MPP y la lista con los nombres de los "compañeros muertos y desaparecidos" en los años previos y en el transcurso de la última dictadura militar uruguaya.

En este salón me invitó a sentar debajo de los fusiles, Valeria, la "encargada de documentación" del MLN. Después de comentarme qué documentos podría encontrar en el archivo, se dedicó a explicarme la "historia" de todo lo que podía ver en la habitación en la que nos encontrábamos. Con un trato distante, midiendo permanentemente mis reacciones, se refirió a los fusiles expuestos en el salón y resumió la "operación de la Aduana" de Bella Unión como *"una acción muy importante, más importante en el plano político que en el militar"*. Lo que Valeria quería explicarme era que la "operación" en la que fueron "recuperados" los fusiles fue significativa en sí misma pues, además de ser uno de los primeros operativos en busca de armas que realizó el MLN-T, la llevaron a cabo reconocidos dirigentes de la UTAA y militantes tupamaros. Valeria continuó, en una suerte de visita guiada por el salón, que *"acá vos podés ver las raíces de la organización"* y, volviendo a referirse a los fusiles, me dijo: *"esta es la cuna, ¿te das cuenta?"*

La distancia que había establecido al comienzo de nuestra charla fue disminuyendo, fundamentalmente cuando mencioné el nombre de un "compañero" que es uno de los "antiguos militantes" que integra el actual MLN-T. Si el pasado condensado en el salón se propuso en los años sesenta y setenta interpelar la sensibilidad montevideana, hoy parece sumar entre sus destinatarios a los que llaman "antiguos militantes", quienes fueron tupamaros pero hoy no son parte del MLN-T. Existen distintas razones con las que los "antiguos militantes" explican el hecho de no integrar el actual MLN. Algunos rechazan de plano la idea de ver convertido al MLN-T en un partido legal que participa en los procesos electorales. Otros, como Mauricio Rosencof, sostienen que "ser tupamaro" no implica formar parte del MLN-T o del FA, sino asumir una "postura histórica" que incluye *"muchos compañeros muertos, mucha cana, muchos desaparecidos, mucha gesta, muchas acciones, muchas marchas de cañeros, mucho debate y una actitud de desprendimiento, de vitalidad [y] de justicia social"* (Campodónico, 2003: 188). El problema para los actuales militantes del MLN-T radica entonces en cuáles son los elementos que sintetizan la condición de "tupamaro": si es la participación en la organización en los años sesenta, la prisión política o el exilio o, en cambio, la inscripción histórica de una práctica política. La diferencia entre una y otra opción es el modo en que, dentro del actual MLN-T, opera la inclusión de las nuevas generaciones entre los militantes tupamaros y aquello que los legitima como tales. Por esta razón, la inscripción de la organización en la continuidad histórica que recupera el "redescubrimiento del campo" como elemento central de esa inclusión vuelve a resultar eficaz. Tal como me confesaba una joven integrante del actual MLN-T: *"si para ser tupamaro tuviste que estar en cana o estar en la toma de Pando¹⁷ hay muchos que quedamos afuera"*.

Por otra parte, la reivindicación del pasado sin eufemismos en lo que respecta a la lucha armada –tal como lo indicaría la exposición de los fusiles en el local– muestra al MLN como una experiencia política excepcional en relación a la suerte corrida por el resto de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas políticamente activas en los años sesenta y setenta. La "sobrevivencia" del MLN-T, para José Mujica, prueba la diferencia entre la "derrota política" y la "derrota militar". Según este ex integrante de la dirección del MLN-T y actual parlamentario por el MPP, los tupamaros pudieron evitar la atomización que sigue a la derrota militar, en cambio *"la inmensa mayoría de los movimientos de América Latina de aquella época desaparecieron [...] De las que fueron las guerrillas latinoamericanas creo que, salvo Colombia y alguna más, no queda ninguna. El propio sandinismo es posterior [al MLN-T], los salvadoreños también. Y si contabilizamos en la Argentina, el ERP, los Montoneros, y otros que hubo antes, todos desaparecieron. Y algunos desaparecieron muy mal"* (Campodónico, 2001: 159-60).

Esta lectura que enorgullece a la "vieja guardia" tupamara que se avocó a la tarea de reorganizar el MLN-T adquiere en los nuevos militantes distintos significados, especial-





mente perneados por las lecturas de los textos que reseñamos aquí y por los “sucedidos” que componen esos textos. Valeria no es de las “antiguas militantes”, se incorporó al MLN-T cuando finalizó la última dictadura militar. Por ese entonces, me explicó, *“tendría unos 25, así que para haber estado antes era una gurisa, pero sí sabía lo que hacían los tupamaros”*. Le pregunté entonces “qué hacían”, a lo que me respondió que iba a buscarme un texto que “explicaba todo eso” y, sin más, se fue del salón.

Mientras yo observaba las fotografías que documentaban el “desentierro” de los fusiles, Valeria fue en busca de **Los tupamaros, continuadores históricos del ideario artiguista**. En este texto, Melba Píriz y Cristina Dubra sostienen que *“el Movimiento de Liberación Nacional resurge porque los enemigos que traicionaron el artiguismo solo cambiaron su cara. Porque casi todo está por hacer y porque los TUPAMAROS FUERON Y DEBEN SER LOS CUSTODIOS DE ESE PASADO”* (2000: 3). Valeria me entregó este trabajo y volvió a referirse a los fusiles que yo no dejaba de observar: *“ya te lo deben haber dicho, la UTAA en sus declaraciones hablaba de desenterrar las armas de Artigas. Entonces esto es muy simbólico, ¿no?”*. Valeria se refería a *“Artigas quiso tierra pa’ quien la trabaja”*, uno de los primeros documentos públicos de la UTAA, que culmina afirmando que *“si en lugar de tierra nos dan palos, que se sepa que antes o después, también nosotros utilizaremos la violencia, para alcanzar el pan, la igualdad y la justicia. Si tenemos que desenterrar las armas con las que luchó el jefe de los Orientales, don José Gervasio Artigas, para conquistar la ‘felicidad de la criollada pobre’ lo haremos, teniendo la seguridad que esas armas alcanzarán la victoria y se volverán a cubrir de gloria”* (Prieto, 1986: 156-57).

Antes de retirarme del local del MLN-T, dirigiendo mi mirada hacia la vitrina en la que estaban en exposición los textos reseñados en este trabajo, pregunté a Valeria si había leído alguno de los libros expuestos. Mi pregunta la molestó y, secamente, respondió: “sí, todos, claro”. Intentando aminorar la fricción que había creado, ingenuamente y como refiriéndome a un film que nos era conocido a las dos, le dije: *“a mí me gusta la parte en la que Blixen dice ‘el fantasma de Artigas recorre el litoral’”*. Inesperadamente este comentario despertó en Valeria el relato de varios de los “sucedidos” que presentamos en este artículo. Uno tras otro esos relatos fueron transformando la expresión del rostro y el tono de voz de Valeria, que parecía cada vez más apasionada. Una pasión a la que intenté sumarme hasta darme cuenta que, tanto ella como yo, habíamos encontrado en los historiadores y biógrafos del MLN-T una lectura del pasado tan cautivante como eficaz. Si en Valeria esa lectura del pasado era parte de la razón de su militancia en el actual MLN-T, en mí era motivo suficiente para optar por realizar mi trabajo de campo en Bella Unión, una investigación que, según Valeria, *“deberíamos hacer nosotros”*, refiriéndose a los militantes del MLN-T. Sin embargo, una estancia prolongada en Montevideo me permitió advertir que existen para la militancia tupamara otros pactos de lectura posibles con los textos a los que me he referido aquí.

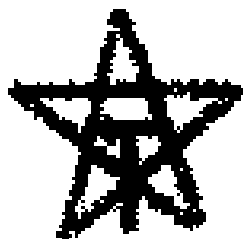
Los “peludos” a prueba de empacho: las representaciones de los trabajadores rurales en las memorias de la militancia tupamara montevideana

La primera vez que le comenté a un “tupa” mis intenciones de viajar a Bella Unión “para conocer a los peludos de la UTAA” fue en el transcurso de un encuentro latinoamericano de ex presos políticos llevado a cabo en Chile, en diciembre de 2003. Con Roque nos conocíamos desde hacía unos meses, habíamos trabajado juntos en la preparación de un acto realizado por el Centro de Relaciones y Soluciones Laborales (CRySOL), la organización que reúne a “ex pres@s polític@s” y que Roque integra desde su creación, en el año 2000. Mi idea lo sorprendió y, tras mencionar *“la confianza que nos tenemos”*, decidió comentarme algunas “cuestiones”. La primera de ellas se refería a las “marchas” a Montevideo protagonizadas por la UTAA. Sobre ellas dijo que *“era verdad que cuando había poca gente dispuesta a ir [a Montevideo en la marcha] se iba a buscar brasileños”* a la frontera para engrosar la columna. La segunda “cuestión” tenía por sujetos a los “peludos”: *“mirá que los cum-pas con unas cañas de más se ponen insoportables”*, me advirtió. Tomé los comentarios de Roque más como una actitud de sobreprotección hacia mi persona, que como una posible lectura del proceso político que había captado mi atención analítica. Sin embargo, cuando





18 El relato número 11 de **La rebelión de los cañeros** se denomina "La Lourdes". En él, Mauricio Rosencof relata la muerte, el velatorio y el entierro en el transcurso de la marcha hacia Montevideo de Lourdes Pintos, la mujer del "Bebe" Fontora, uno de los dirigentes de la UTAA y militante del MLN-T.



regresé a Montevideo en el mes de enero de este año, comprobé que, como Roque, existen otros ex o actuales militantes del MLN-T que adoptan una lectura particular de lo que llaman "la historia oficial del MLN", de esta forma se refieren a la bibliografía que reseñamos en las páginas anteriores.

Del mismo modo en que procedí con Roque, ya en Montevideo, comenté a un grupo de tres hombres y dos mujeres mi intención de trasladarme a Bella Unión. José, a diferencia de Carlos, Mario y Ana, no integra el actual MLN-T, se desvinculó de la organización a fines de la década de 1970 estando preso en el Penal de Libertad. Carlos, Mario y Ana, en cambio, en 1985 impulsaron las "mateadas" que culminaron con la reorganización del MLN-T y con la creación del MPP, movimiento del que hoy son militantes. María, si bien en la actualidad no pertenece al MLN-T, lo hizo desde que retornó de su exilio en 1986 hasta hace aproximadamente un año y medio.

A todos ellos les comenté mi futura investigación y pregunté por las personas que podría contactar en Bella Unión. Mencionaron entonces a cuatro "compañeros": dos hombres que llegaron con Sendic a Bella Unión y se convirtieron en reconocidos dirigentes de la UTAA, y dos mujeres que eran maestras en el pueblo en los años sesenta y que fueron "compañeras" de Ana en el Penal de Punta de Rieles por casi cinco años. Les pregunté si conocían a algunos de los "peludos" que, como ellos, militaron en el MLN-T. Todos contestaron que "sí", y José me explicó que *"el Bebe [Sendic] decía que cada grupo operativo debía estar integrado por 1 o 2 peludos con los que teníamos que trabajar y entendernos... los famosos peludos de Sendic"*. Las últimas palabras de José, en tono resignado, indujeron en el resto de los presentes diversas acotaciones. Mario me preguntó para qué iba a viajar a Bella Unión, si en Montevideo estaban los dirigentes más importantes de la UTAA, *"los que te pueden hablar, digamos"*. Carlos recordaba *"la de fierros que perdimos"* cada vez que enviaron armas para realizar alguna "acción" en el norte del país. José me explicaba que *"los fierros siempre volvían cambiados, con un caño viejo, [por ejemplo]. Al final les decíamos que se arreglen con el machete ese que tienen", refiriéndose a la faça que los "peludos" utilizan para cortar caña.* Ana y María, en cambio, me preparaban para encontrar en Bella Unión *"un pueblo terriblemente empobrecido y dormido"* similar al que describen en sus textos Miguel Ángel Campodónico y Mauricio Rosencof, mientras que José continuaba refiriéndose a la acción militar de la organización y a Bella Unión como un sitio estratégico: *"lo mejor que tenía Bella Unión era la frontera", explicaba José, "se sacaban los fierros, se los enfriaba en Brasil, y se los volvía a entrar"*.

Los cinco tupamaros hablaban del proceso político que tuvo lugar en Bella Unión demostrando autoridad en la materia, no sólo porque adscriben a la definición del *"ser tupamaro como una postura ante la vida"* más que como una inscripción militante, una definición que neutraliza las actuales diferencias políticas que hoy existen entre ellos. También, esa aparente autoridad, parecía radicar en los viajes que hicieron a Bella Unión a fines de la década de 1960, cuando eran estudiantes universitarios y llevaban poco tiempo integrados al MLN-T. El recuerdo de esos viajes en la voz de este grupo era la suma de diversas anécdotas o "sucesos" que despertaban las carcajadas de todos los presentes. José contó que en el primero de los dos viajes que hizo a Bella Unión llevaron una obra de teatro. Después de la función, contó José, *"le pregunté a Lourdes qué fue lo que más le había gustado"*. Interpelando al grupo y abriendo sus ojos todo lo posible, dijo: *"¿Saben lo que me contestó?! ¡¡La polenta!!"*.

Cuando María dejó de reírse impuso un clima de seriedad hasta entonces ausente. Tras preguntarme si sabía quién era Lourdes, ella misma respondió su pregunta diciendo que era *"una peluda que murió en una marcha"*. Carlos agregó que *"por eso uno de los grupos de estudios del MLN-T se llama Lourdes Pintos"*. Les pregunté entonces si Lourdes militaba en el MLN-T, pero ninguno supo responder a mi pregunta. Luego acoté que me parecía que *"en La rebelión de los cañeros Rosencof decía algo sobre ella"*¹⁸. María respondió afirmativamente y el resto comentó que, antes de leer este libro, *"hace muchos años"*, siguieron las notas periodísticas que Mauricio Rosencof publicó en "Marcha". En este semanario montevideano, dijo Ana, *"siempre salían notas sobre los cañeros, sobre la UTAA..."*, artículos que definió como "muy conmovedores", al igual que "el libro de Mauricio". *"Es que lo de Sendic en el norte conmueve hasta a las piedras"*, se sumó Mario.

La conversación recuperó el tono jocoso cuando Mario comentó su viaje a Bella



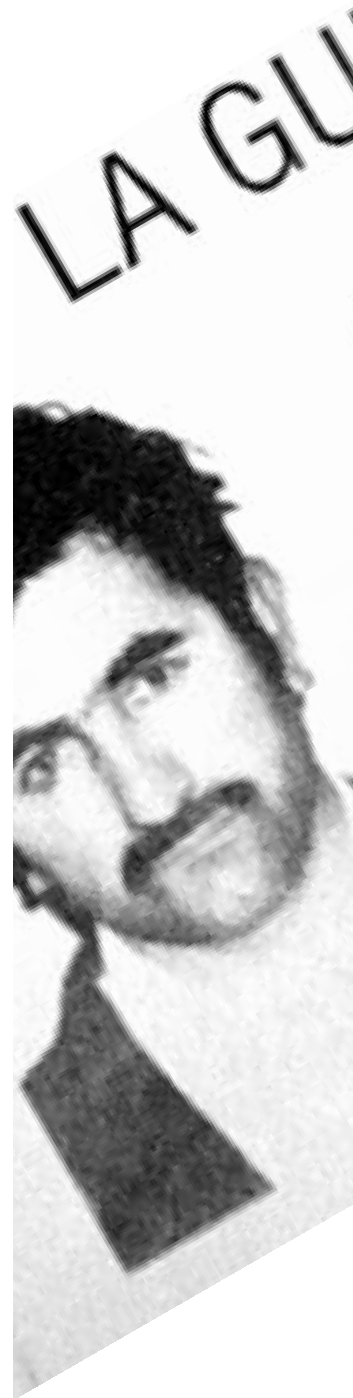
Unión. En esa oportunidad llevaron una película sobre la Guerra de Vietnam. "Los negros –decía Mario- la miraban fascinados. Cuando terminó [la película] gritaban '¡viva los peludos de Vietnam!', para ellos eran iguales". Como si esta identificación resultara absolutamente inviable, José, dirigiéndose a mí, dijo: "vos tenés que imaginarte, gente que nunca vio la civilización...". María, que seguía atentamente la charla, asoció "civilización" con las "marchas" de la UTAA a Montevideo. Contó, entonces, que "durante una marcha, un peludo quiso venderle una contribución a la olla sindical a un maniquí". Ana puso sus reparos a la veracidad de este "suceso", en cambio narró lo que definió como "un chiste": "un milico le preguntó a un peludo por qué estaba preso, entonces el peludo respondió 'por traidor'. ¡Por traidor a la patria!, le gritó el milico. 'No, por traidor de armas', le dijo el peludo".

Ana concluyó su "chiste" afirmando que "los peludos son gente especial". Pregunté "cómo especial" y entonces se explayó sobre una situación que no se mostraba dispuesta a entender: "cuando yo fui a Bella Unión, hace mucho, no sé cómo será ahora, había tipos que mientras hacían la zafra estaban en el sindicato ien la UTAA! y, cuando terminaba la zafra, ilos tipos se hacían milicos! ¡entran en el cuartel! ¿podés creer?" Los "peludos verdes", es decir los cortadores de caña que después o antes de la zafra se incorporan al ejército uruguayo, encarnan en el relato de Ana una contradicción ideológica que no encuentra lugar en su concepción del proceso revolucionario según la irreconcilable oposición amigo/enemigo. Esta dicotomía, que en los años sesenta el MLN-T sintetizó en la consigna "los que están con la patria o contra la patria", se traduce en el relato de los tupamaros montevideanos en la representación de los "peludos" a partir de una mirada definida por el extrañamiento y la distinción de la ciudad respecto de la campaña. El mundo rural, extraño y en muchos aspectos incomprensible, en algunos casos parece construirse como alteridad. En este canon, Ignacio, otro de los "antiguos militantes" del MLN, se explicaba en un correo electrónico las razones por las que yo, como antropóloga, podía llegar a interesarme Bella Unión y sus habitantes: "como en Uruguay no tenemos aborígenes sobrevivientes de masacres históricas, como carecemos de poblaciones indígenas, será que los peludos son algo así como una tribu de indios –la tribu que nos queda– una rama guaraníca o toba o charrúa, las últimas toderías en pie".

En la medida en que avanzaba en mi intención de comentar la "historia oficial del MLN" con sus ex o actuales militantes que residen en Montevideo comprobé la dimensión que adquieren las distinciones que establecen entre ellos y los trabajadores rurales de Bella Unión. También advertí las razones que sustentan este empeño en construir la diferencia que Juan ironizó comentando que "en la entrada de Bella Unión hay un cartel que dice 'bienvenidos uruguayos a Bella Unión' y que Ana estableció al decir que, para ella, "ir a Bella Unión me hace sentir que estoy en otro país, algo medio tropical". Este aparente extrañamiento es lo que vuelve interesante la lectura que la militancia tupamara montevideana hace de los textos que presentamos en este trabajo.

Una tarde, conté a Juan, a Pedro y a Mabel que me encontraba leyendo **Las vidas de Rosencof**, la biografía de Mauricio Rosencof que escribió Miguel Ángel Campodónico. Juan y Mabel ya la habían leído y, si bien no comparten algunas de las opiniones del autor, acordaron que el libro es "interesante". Después de la pregunta de Pedro sobre si "ese [libro] es mejor o peor que el del Bolita Blixen" sobre Raúl Sendic, cité uno de los "sucesos" que Mauricio Rosencof relata a su biógrafo y, según el cual, cuando los "peludos" "contestaban correctamente a las preguntas que les formulaba Sendic, él les daba un caramelo de regalo, en recompensa" (Campodónico, 2003: 247). Para mi sorpresa, que justamente había elegido este "suceso" en detrimento de otros por la posibilidad de fundar en él una posible actitud crítica, el comentario por lo bajo de uno de los hombres fue: "seguro que ninguno se empachó".

La última reflexión no sólo despertó las risas del resto, también condujo a los tres en el relato de otras anécdotas que, como la anterior, muestran a los "peludos" de la UTAA como militantes sin demasiada capacidad política o autonomía de criterio. Juan sintetizó esta caracterización en otro "chiste": "los peludos no tenían un sindicato, tenían un sendicato". Esta representación se completó con la mención de las "actitudes liberales", es decir, con la escasa consideración hacia las medidas de seguridad que adjudican a los "peludos" y que Pedro trajo a cuento en otro "suceso": "yo tenía que encontrarme con un compañero para que me entregue unas armas que venían del norte. Teníamos normas de segu-





19 El grupo de "seispuntistas" se escindió del MLN en el Penal de Libertad. Su denominación refiere a los seis puntos que conformaron su declaración constitutiva y entre los cuales figuraba la reivindicación del papel rector de la URSS y Cuba en la Revolución Mundial. El "seispuntismo" una vez finalizada la última dictadura militar dio origen al actual Movimiento-26 de Marzo, integrado al FA.

20 Eleuterio Fernández Huidobro explicita este pacto en el prólogo de **Historia de los tupamaros** al establecer que "este libro no puede tener dedicatoria. Porque dedicárselo a los compañeros sería un flagrante atrevimiento desde que los compañeros son los únicos dueños y autores de esta historia; quienes la han hecho con su militancia, su sangre y sus vidas".

ridad. Yo tenía que ponerme una banda color carne en la mejilla, iniciar la conversación con cuatro preguntas que tenían cuatro respuestas preestablecidas y, cuando llego a la esquina, veo un tipo que se caía de peludo. Me acerco, inicio el diálogo, y el tipo me dice: '¿vos sos el de la metra [metralleta]?'. 'Sí'. 'Bueno, acá está. Chau' ¡Imponente!".

Acto seguido, Juan y Pedro recordaron a un cortador de caña que, como ellos, estuvo preso en el Penal de Libertad. Este "compañero", contaba Juan, "cuando fue lo del seispuntismo¹⁹ se hizo seispuntista, desde ahí lo apodamos 'el pequeño peludo ilustrado', porque venía y te recitaba los seis puntos..." Este "compañero", siguió Pedro, "salió de la cana y se fue a Suecia", un dato que parece haber conmovido a Mabel que se preguntaba "¿cómo habrá hecho? ¿cómo se las habrá arreglado?" en este país.

Los relatos de los ex o actuales militantes del MLN-T, estructurados de un modo similar a los "sucidos" que proponen los textos reseñados y que los autores vinculan con un modo narrativo propio del campo uruguayo, lejos de ser simples o inocentes comentarios humorísticos o irónicos, resultan síntesis de las formas en que los ex o actuales militantes del MLN-T interpretan la "historia oficial" de la organización. Estas interpretaciones expresan gran parte de las tensiones en las que la militancia tupamara montevideana construye sus lecturas del pasado y se posiciona políticamente en el presente. De otro modo, la alternativa entre reproducir o interpelar el discurso de los textos reseñados aquí equivale al lugar que se adjudican como militantes en el proceso revolucionario uruguayo de los años sesenta y setenta y el prestigio que ese lugar les reporta en la actualidad. Las evaluaciones que los tupamaros montevideanos realizan del proceso sindical de la UTAA, el carácter revolucionario de los "peludos" y la vida en Bella Unión están colmados de interpretaciones y categorías de percepción del mundo social propias de sus experiencias vitales y los grupos con los cuales ellos se identifican (Sigaud, 1995: 171). De acuerdo a estos grupos de identificación y adscripción los trabajadores rurales de Bella Unión, los "peludos" de la UTAA incorporados al MLN-T, componen la categoría de "compañero", pero no resultan pares o iguales en la lucha política. Esta diferencia está directamente vinculada a una reivindicación generalizada entre la militancia tupamara montevideana: el MLN-T desarrolló una

táctica de guerrilla urbana y no rural. "Una realidad" que Pedro me invitó a leer en **Actas Tupamaras** para que yo compruebe "cuantas acciones hicimos en la ciudad y cuantas acciones hicimos en el campo. Fijate en el libro del Ñato [Eleuterio Fernández Huidobro]", me pidió Juan, "los cañeros están en el primer tomo" y no así en los otros dos tomos que componen **Historia de los tupamaros**.

Una primera interpretación podría sostener que las memorias y los "sucidos" citados en este apartado no responden a las representaciones que proponen los textos reseñados en las primeras páginas de este artículo. Sin embargo, si bien estos relatos no reproducen las caracterizaciones que los biógrafos e historiadores del MLN-T establecen para los "peludos" y para Raúl Sendic, sería erróneo suponer que la militancia tupamara montevideana impugna en sus "sucidos" la "historia oficial del MLN". Entre los historiadores y biógrafos citados al comienzo de este texto y los militantes tupamaros montevideanos existe un pacto de lectura basado en una apropiación particular del "redescubrimiento del campo" que establece la bibliografía reseñada. En principio este pacto se sostiene en la presentación de los militantes tupamaros montevideanos como potenciales autores, como potenciales historiadores o biógrafos de la organización²⁰. Esta potencialidad queda evidenciada en la familiaridad que los militantes tupamaros mon-



te se sostiene en la presentación de los militantes tupamaros montevideanos como potenciales autores, como potenciales historiadores o biógrafos de la organización²⁰. Esta potencialidad queda evidenciada en la familiaridad que los militantes tupamaros mon-



tevideanos manifiestan cuando se refieren a los autores reseñados y en el modo que eligen para dar cuenta de la lectura de sus textos, el mismo que utilizan los autores.

El resultado de la articulación entre el potencial rol de autor y las lecturas de la "historia oficial del MLN" es el privilegio de algunos de sus componentes. De la lectura del pasado que propone la bibliografía lo que ingresa en los relatos de la militancia tupamara es la imagen del campo destinada a impactar en la "*sensibilidad montevideana*" (Barrán, 2000) que no renuncia a la perspectiva batllista, más que la evaluación positiva de la acción política que llevaron a cabo sus habitantes y que los biógrafos e historiadores del MLN-T buscaron inscribir en una sucesión de continuidad con la historia y la tradición política uruguaya. La militancia tupamara montevideana como lectora asume la tarea de reubicar a los actores vinculados al campo en la "historia oficial del MLN". Las razones de esta operación refieren a aquello que sucede con la militancia tupamara montevideana cuando la causa política, legitimada en la historia nacional y en el "redescubrimiento del campo", deja de ser "causa" para constituirse en "sujeto de acción: esto es en "compañero" o, más aún, cuando los "peludos" dejan de ser "causa" para pasar a ser "peludos"²¹ al igual que los militantes tupamaros montevideanos citados en este último apartado. Este posicionamiento ante la bibliografía, que no resulta antagónico sino complementario de los textos, constituye el paso previo en la cimentación de un espacio legítimo de inclusión que permite a la militancia tupamara montevideana explicar el origen y la perduración en el tiempo del MLN-T. De este modo, el campo guarda la relación con el pasado y con la causa política de la organización que proponen los textos, pero no se presenta como amenaza a la propia acción y participación política. Planteado así, este pacto de lectura parecería sugerir la forma en que la identidad tupamara en la ciudad de Montevideo se construye en la instrumentación de oposiciones tradicionales (campo/ciudad, centro/periferia) que funcionan dentro y no fuera del propio espacio político. ●

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Aldríguez, Clara, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*, Trilce, Montevideo, 2001
- Aljanati, Daniel, *Los departamentos: Artigas*, Nuestra Tierra, Montevideo, 1970
- Barrán, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en Uruguay*, Grupo Editor, Montevideo, 1990.
- Blixen, Samuel, *Sendic*, Trilce, Montevideo, 2000.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José, *Breve historia de la dictadura*, De la Banda Oriental, Montevideo, 1998.
- Campodónico, Miguel Ángel, *Mujica, Fin de Siglo*, Montevideo, 2001; *Las vidas de Rosencof*, Aguilar, Montevideo, 2003.
- D' Elia Germán, *El movimiento sindical*, Nuestra Tierra, Montevideo, 1970.
- De Riz, Liliana, Política y Partidos. Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay. En *Desarrollo Económico* (25)100, 1986.
- Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los Tupamaros*, De la Banda Oriental, Montevideo, 1999.
- González Sierra, Yamandú, *Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*, FEDESUR-CIEDUR-Nordan Comunidad, Montevideo, 1994.
- Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Buenos Aires/Madrid, 1998.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (Org.), *A invenção das tradições*, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1984.
- Nahum, Benjamín (comp.), *El Uruguay del Siglo XX*, De la Banda Oriental, Montevideo, 2003.
- Moraes, María Inés, *Bella Unión: de la estancia tradicional a la agricultura moderna (1853-1965)*, De la Banda Oriental, Montevideo, 1992.
- Piriz, Melba y Dubra, Cristina, *Los tupamaros, continuadores históricos del ideario artiguista*. En: <http://www.leksikon.org>, 2000.
- Prieto, Ruben Gerardo, *Por la tierra y por la libertad*, Nordan-Comunidad, Montevideo, 1986.
- Real de Azúa, Carlos, *Uruguay ¿una sociedad amortiguadora?*, De la Banda Oriental, Montevideo, 2001.
- Reyes Abadie, Washington, *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Rosencrof, Mauricio, *La rebelión de los cañeros y "Los hombres del arroz"*, Tae, Montevideo, ([1969] 1989).
- Tupamaros, *Actas tupamaras*, Cucaña, Rosario, ([1972] 2000).
- Sigaud, Lygia, *"Fome" e comportamentos sociais: problemas de explicação em antropologia*. Mana. Estudos de Antropologia Social, 1995.

21 "Peludos" es el término que en Uruguay se utilizó -y aún se utiliza- para referirse a los presos políticos varones. Esta denominación deriva del corte de cabello al ras que hacían a los detenidos al ingresar en las unidades de reclusión.



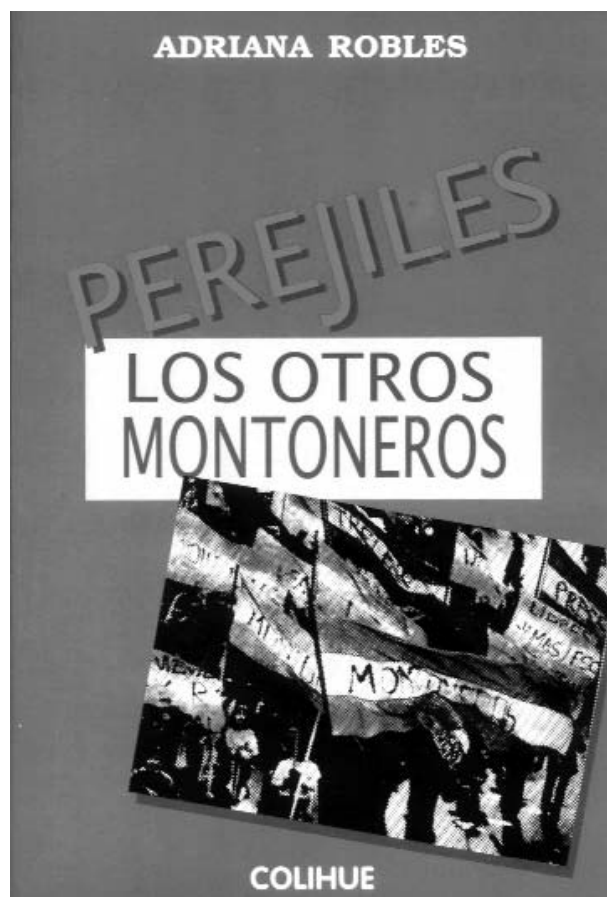
PEREJILES. LOS OTROS MONTONEROS.

Adriana Robles

Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2004.

157 páginas.

María es Adriana Robles, una ex militante de Montoneros. *María* ingresó a la organización en febrero de 1974, incorporándose a la UES de zona sur. Estuvo en el ámbito de los frentes de masas hasta fines de 1975, primero en Avellaneda y después en Lanús. En la antesala del golpe, al tiempo que pasaba a la estructura militar en un pelotón de combate, se profundizaban sus condiciones de vida semiclandestina. Por aquellos días, en la cotidianeidad de *María* convivían en un delicado equilibrio lo legal y lo prohibido. Por un lado, su trabajo y algunas escasas relaciones que se propuso conservar fuera del propio ámbito militante; por otra parte, la intensidad de la vida de una joven que abrazaba la causa revolucionaria en un contexto cada vez más represivo. *María* permaneció en la estructura militar desde principios de 1976 hasta el otoño de 1977. Ese año el pelotón de *María* fue sometido a un *juicio revolucionario* por atreverse a cuestionar a *la orga* la estrategia que incluyera a un tiempo el abandono de la política y el retorno a la militarización como herramienta de lucha excluyente. Al fin de dicho proceso, tras evitar la degradación de la que no pudieron escapar sus otros dos compañeros de pelotón (*Atilio y Beto*), *María* decidió alejarse definitivamente de la organización e iniciar un largo exilio interno, junto a su marido, en San Carlos de Bariloche. Ahí termina la historia de *María* que se narra en **Perejiles. Los otros montoneros** y recomienda la historia de Adriana que, según cuenta, continuó "*manteniendo intactas las convicciones con que abrazara la causa revolucionaria*" y las desplegó en nuevos ámbitos militantes: la actividad gremial



docente en la Unter primero y la actividad partidaria en el ámbito del PJ rionegrino donde actualmente es miembro de la dirección provincial.¹

Son varios los elementos que debemos tener en cuenta a fin de poder clarificar qué es lo que una memoria de tales características puede aportarnos para el análisis de las organizaciones político-militares. En primer lugar, que el acto por el cual un sujeto decide hacer pública su memoria privada se inscribe en un presente concreto desde el cual la interrogación por el pasado responde a intenciones y estrategias tanto políticas como éticas. En segundo lugar, que la *memoria individual* no opera como una *tabla rasa*, de manera que es imposible escapar al impulso que los testimonios de otros actores operan en el proceso de reconstrucción de los recuerdos de un sujeto. Finalmente, que la memoria precisa de marcos espacio-temporales que le permitan encuadrar lo acontecido. En tal sentido, los supuestos de espacio y tiempo que operan en los procesos de construcción de la memoria no remiten como en la ciencia clásica a un medio homogéneo y uniforme donde se desarrollan todos los fenómenos humanos, sino que incluye más bien los espacios de la experiencia.²

Si el rescate de la memoria responde a intenciones éticas, podemos descubrir con facilidad que en el caso de Adriana la evocación de los recuerdos de *María* intentan convertirse en un homenaje a sus

compañeros de lucha, especialmente a los caídos. Más azaroso resulta el camino de intentar responder a qué estrategia política responde este intento de bucear en aquellos recuerdos para rescatarlos desde el presente. Podemos especular que desde su cotidianeidad actual Adriana intenta revalorizar la política como herramienta válida en el contexto del sistema democrático.³ En tal sentido, bucea en el pasado de la militancia setentista para poder dar cuenta del compromiso de una generación que intentó transformar la sociedad con su militancia e identificarse con ella. En este proceso de recupero, Adriana valoriza los principios que movieron a tantos jóvenes a jugarse por la opción revolucionaria para posteriormente dividir aguas entre quienes traicionaron aquellos principios y quienes los mantuvieron reciclándolos en otras formas de acción política. Adriana puede así encontrar una línea de continuidad que la vincule a *María* a fin de construir su propia identidad militante. Obviamente que este no ha sido por cierto un proceso solitario dado que en este rescate hubo un intercambio horizontal de experiencias con otros compañeros que, al igual que ella, lograron sobrevivir. Asimismo, se hace evidente que los recuerdos de Adriana están cruzados por sus lecturas sobre la etapa.⁴ Así, los marcos espacio-temporales de su memoria coinciden con los de la organización Montoneros y en base a ellos articula el recupero de los recuerdos de *María* para contar su participación en aquella experiencia.⁵

Cuando Adriana creyó que era oportuno rescatar a *María* lo hizo, según cuenta, porque tenía la necesidad de recuperar su propia identidad militante y porque quería evocar-evocarse en esa experiencia. Lo hizo también para recordar a sus compañeros presentes y ausentes, y dar testimonio de una militancia comprometida. Esto último es central porque en su relato ocupa un lugar preponderante. Adriana quiere dar cuenta de que la opción de los militantes de base por la lucha revolucionaria fue un acto consciente en sus distintas formas y etapas. Del mismo modo quiere demostrar que son esos mismos niveles de conciencia los que llevaron a muchos, incluso a ella misma, a disentir. En tal sentido, busca ahuyentar el mito de una base militante manipulable y utilizable por la conducción de la *orga* cuyos miembros se dejaban enviar cual autómatas a las entrañas de la muerte. Con esta línea argumentativa procura desmitificar ciertos discursos actuales, incluso “progresistas”, que los reducen así a la despectiva categoría de *perejiles*. Asimismo intenta espantar los fantasmas que desde la nefasta *Teoría de los dos demonios* suelen presentarlos como seres siniestros que se regodeaban en la violencia. En función de esto, su objetivo es reubicar el compromiso militante de la base montonera en el seno de las luchas nacionales y populares.

Las intenciones son nobles pero, lamentable-

mente, la ausencia de elementos explicativos acerca de cuál era la línea política de la conducción de Montoneros al momento de decidir primero el pase a la clandestinidad y posteriormente la disolución de los frentes de masas conducen a *María* a olvidos complejos. La falta de un debate político real lleva a que las líneas generales que Adriana plantea queden confinadas a un mero plano enunciativo. Así, por ejemplo, sus argumentos acerca de cómo debe interpretarse la violencia política desde el presente se reducen a la sola consideración de que aquella experiencia debe ser analizada en el contexto de la lucha que se libraba en el complejo escenario de los setenta. A renglón seguido, busca dejar en claro que con la recuperación de la democracia otras opciones son posibles.

Una mención aparte merece el uso que hace Adriana del calificativo *perejiles*. En el discurso que articula a lo largo de la memoria, el concepto es objeto de una doble operación semántica de resignificación y apropiación. Por un lado, al resignificarlo lo libera de la carga despectiva que la noción de *perejil* conlleva dotándolos, mediante el relato de su experiencia, de conciencia revolucionaria. Acto seguido, al apropiárselo se autorreferencia en esos *perejiles* que constituyen para ella al conjunto de la base montonera revolucionaria que intenta contraponer a la conducción de la organización. No obstante, es importante aclarar que en Adriana dicho proceso de contraposición tiende más bien a dividir funciones y grados de experiencia entre los cuadros dirigentes y las bases, al tiempo que procura unificarlos en un mismo sueño revolucionario. En sus propias palabras: “*Los perejiles, la base menos formada e informada de las organizaciones político-militares. Los desconocidos, los que muchos no saben quiénes fueron. [...] los miles de cuadros de base de Montoneros que, aunque no decidíamos las acciones porque éramos destinatarios de las órdenes, nos sentíamos tan protagonistas e indispensables como cualquier jefe. Porque, [...] nuestra militancia se gestó en las entrañas de la resistencia peronista, se nutrió de su historia, [...] y todos fuimos sus héroes, más allá de los cargos y jerarquías.*”⁶

Es cierto que Adriana no abunda en mayores precisiones conceptuales en la materia. Sin embargo, al transmitirnos la experiencia de *María* nos brinda, casi sin querer, algunos de los elementos en que se sostiene su crítica a esas supuestas “posturas progresistas”. Si bien no aclara a que posiciones hace referencia, podemos suponer que busca dar respuesta a las ideas vertidas por Ernesto Sábato en el prólogo del libro *Nunca más*, —que dan basamento a la *Teoría de los dos demonios*—, y que Adriana cita entre sus lecturas. Bien conocido es el argumento central que sostiene Sábato en dicho prólogo. La inmensa mayoría de *los desaparecidos* fueron, al

decir del "célebre escritor", jóvenes idealistas provenientes de diversos sectores y extracciones, que trabajaban con ahínco en pos de la justicia social. Solos y desprotegidos, estos espíritus desinteresados y solidarios fueron las víctimas fáciles, —el jamón del sándwich—, de la guerra sucia. Para Sábato, en esa guerra no convencional, que se desplegara entre los dos demonios encarnados por las satánicas fuerzas del terrorismo demencial de la extrema izquierda y la irracionalidad del Estado Terrorista, debe rastrearse el origen de "la peor tragedia argentina".

En la misma línea argumentativa de Sábato se inscribe la postura plasmada por el filósofo José Pablo Feinmann en su libro **La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política**.⁷ En el ensayo *Crítica y Violencia*, que abarca toda la primera parte de la citada obra, Feinmann le dedica una mención especial a nuestros *perejiles*, mote que una amplia masa de la opinión pública local le adjudica, casi despectivamente, a la mayoría de *los desaparecidos*. Lo interesante de la operación de Feinmann es que, al igual que Adriana, procura dotar a las víctimas del horror de una real conciencia política. En Feinmann, *los desaparecidos* no son los "jóvenes idealistas" de Sábato, sino que encarnan más bien a comprometidos mili-

progresistas" y los elementos que nos aporta Adriana al evocarse en aquel escenario cuando todavía era *María*. Resulta valorable su intento de plantarse frente a *la teoría de los dos demonios* apelando al recuerdo de su propia experiencia. Es cierto que en el relato de Adriana no podemos hallar elementos para una discusión política profunda, pero si profusos recuerdos de su militancia en Montoneros desde su ingreso a la UES, pasando por su *encuadramiento como militiana* a principios de 1976 hasta *su disidencia* de abril de 1977. Como bien dije, los recuerdos de Adriana son abundantes. Valdría la pena aclarar que por momentos se tornan demasiado vagos y se plagan de olvidos. Sin embargo, un elemento es central a lo largo de su relato: esa especie de apelación constante a la *guerrilla como un lugar sagrado* y a la *lucha armada como la herramienta estratégica del cambio revolucionario* . Aunque *María* no lo exprese claramente, se hallaba imbuida de la línea política de la conducción en lo que refiere a su caracterización del rol de los frentes de masas. En definitiva, la emergencia a la superficie formaba parte de la táctica, mientras que la estrategia seguía siendo la lucha armada. Esta conceptualización cobraba cada vez más fuerza a partir del verano de 1974 momento en que,



tantes de base de los frentes de masas, que quedaron librados a su suerte tras la vuelta a la militarización de Montoneros. Lo interesante es que a partir de esta caracterización divide aguas entre la buena izquierda, —la que opta por la política—, y la izquierda irracional, —la que abraza la lucha armada—. En suma, *los desaparecidos* de Feinmann no son los *perejiles idealistas* de Sábato sino más bien la base militante proba y conciente abandonada por la conducción y victimizada por el terrorismo de estado. De todos modos, es necesario recordar que, dado su carácter de ensayo filosófico, el escrito de Feinmann carece de historicidad lo que dificulta poder enmarcar con claridad y en contexto su línea de pensamiento. Sin embargo, si tenemos en cuenta que por todo lo demás las distancias que separan a Feinmann de Sábato son mínimas⁸, podemos atrevernos a afirmar que su postura encarna una suerte de *versión de izquierda de la Teoría de los dos demonios* .

Varias son las diferencias entre estas "posturas

casualmente, *María* ingresaba a la UES. En aquel contexto *María* estaba profundamente convencida de ello. Por eso, cuando apela borrosamente a su pase a la estructura militar, deja bien en claro que ella formaba parte de los militantes que compartían la línea de la conducción. Sus críticas a la militarización son posteriores y en ellas se encierran los motivos que la llevarán, posteriormente, a plantear su disidencia.

Por lo visto hasta aquí, el relato de Adriana es más bien de trazos gruesos, quizás demasiado gruesos. Está cargado de olvidos y carece de precisiones. Por momentos es desordenado y sumamente reiterativo.⁹ Tiene, por cierto, la virtud de tratar de reconstruir los espacios cotidianos de la militancia, procurando transmitir su propia experiencia y desde allí atreverse a plantear algunas críticas a la organización¹⁰ y algunas líneas de debate que, como dijimos, no son profundizadas. Dada su calidad de Memoria es demasiado localista y carece de una contextualización más global de la experiencia, salvo la referencia a

acontecimientos muy centrales en la organización Montoneros que constituyen en realidad los marcos de la memoria de Adriana que mencionamos oportunamente. En definitiva, es mucho lo que esta Memoria nos niega y lo que nos brinda es demasiado general y fragmentado. El balance, en función de lo que este relato puede aportarnos para el análisis de las organizaciones político-militares, no es muy positivo con el agregado de que, para peor, la prosa es poco atractiva.

La memoria de *María*, como la de tantos ex militantes de base de Montoneros, es un intento sincero de dar cuenta de su militancia revolucionaria recordándose en esas luchas junto a sus compañeros. Desde el presente, Adriana Robles la rescata del olvido con el doble objeto de reconstruir su propia identidad militante y de proyectarla hacia el futuro por la vía de la democracia. Esa es su apuesta hoy más que el debate político de fondo sobre las causas profundas de la derrota. Hoy por hoy, ella sólo está dispuesta a regalarnos sus recuerdos fragmentados de aquella experiencia. Sería pues aventurado de nuestra parte pretender exigirle mucho más que eso. ●

CHARO LÓPEZ MARSANO
Historiadora - UBA



1 - Los datos acerca de la militancia de Adriana a partir del momento que ella misma decide abandonar la militancia en la *Orga*, despojándose de la identidad de *María*, fueron tomados del diario digital rionegrino, bariloche2000.com, que cubrió profusamente el lanzamiento del libro al mercado.

2 - El presente marco teórico es una síntesis de las categorías planteadas por Darío Betancourt Etcheverry en "Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. Lo secreto y lo escondido en la narración y el recuerdo" disponible en la página web del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia.

3 - Es dable aclarar que dentro del justicialismo el matrimonio compuesto por Adriana Robles (actual responsable de prensa del PJ de rionegrino) y el diputado nacional Osvaldo Nemirovski, suscribe a la corriente kirchnerista que lidera actualmente el Presidente de la Nación.

4 - Entre ellos destaca los testimonios compilados por la CONADEP en el libro **Nunca más**, los trabajos de Miguel Bonasso, **Recuerdos de la muerte** y **Diario de un clandestino**; Richard Gillespie. **Soldados de Perón**; Pablo Giussani, **La sober-**

bia armada; Anguita y Caparrós, **La voluntad**, como así también una serie de películas tanto documentales como argumentales sobre la etapa.

5 - Dichos marcos sobrepasan ampliamente a los de su propia experiencia militante que se desarrolla específicamente entre el verano de 1974 y el otoño de 1977. Para evocar los recuerdos de *María*, Adriana intenta inscribirlos en todas las fechas clave de la liturgia Montonera recorriendo un arco completo que va desde el bautismo de fuego de la *orga* con el Aramburazo hasta el retorno a la clandestinidad, que tuvo por consecuencia la vuelta a la militarización y el abandono de los frentes de masas. Así, prolijamente enmarcados entre ambos hechos, en los recuerdos de *María* se suceden William Morris, el día de la militancia, la campaña electoral y el triunfo del '73, el Devotazo, la masacre de Ezeiza, la presidencia de Perón, la ruptura con Montoneros el 1° de Mayo, la despedida del 12 de junio y, finalmente, la muerte del líder.

6 - Robles, Adriana: **Perejiles. Los otros Montoneros**, Colihue, Buenos Aires, 2004, pág 15-16.

7 - José Pablo Feinmann, **La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política**, Buenos Aires, Ariel, 1998, pág 96-99.

8 - Comparte básicamente con Sábado la misma línea analítica acerca del significado que las fuerzas represivas del Estado Terrorista le otorgaban al sustantivo subversión, más amplio y abarcativo por cierto que las nociones de terrorismo y guerrilla. En cierto modo, en la ambigüedad y la amplitud del concepto de subversivo descansa para Feinmann la tendencia de la dictadura de *a-tipificar* el delito y, desde allí, colocar al conjunto de la militancia bajo sospecha. En función de ello, los responsables del Terrorismo de Estado pasaron primero *el peine grueso* para liquidar al "brazo armado de la subversión", para proceder luego con *el peine fino* a barrer a los *perejiles*.

9 - Para dar cuenta de todas las características negativas arriba expresadas basta con dar algunos ejemplos. El recuerdo de *María* se centra más en lo personal que en lo estrictamente político. Vuelve continuamente sobre las mismas ideas y esta plagado de: "...no recuerdo bien, pero...". Cuenta lo que hacían en la UES, tanto a nivel interno como externo, pero su relato no pasa del plano descriptivo de las acciones dejando en el olvido las líneas de discusión política que, según nos cuenta, eran constantes dentro del ámbito. Tampoco aporta datos acerca del debate político que tenían con los miembros de las otras agrupaciones. Es una verdadera lástima, porque si sus recuerdos no la traicionaran tanto podría tal vez aportar elementos acerca de la organización y el alcance de la zona sur de la UES y, más precisamente del ámbito de las escuelas técnicas donde se desarrollaba su actividad militante. Vale aclarar al respecto que su asignación a ese ámbito, que no le era propio, se debía al hecho de la imposibilidad de militar en la escuela privada religiosa en la que cursaba sus estudios secundarios. Justamente de ese espacio religioso, Adriana trata de rescatar los orígenes de su militancia. Sin embargo, cuando evoca esos recuerdos, nuevamente los constantes debates en torno a los cambios que se operaban en la Iglesia Católica desaparecen, para dar lugar a descripciones detalladas de la casa donde se reunía el grupo católico que frecuentaba. Es pues un relato incompleto y desprolijo cruzado por hermosos poemas de Daniel Viglietti.

10 - Al respecto es constante su apelación a como el excesivo *verticalismo de la orga* conducía invariablemente a una suerte de *alineación* de la militancia a la que ella buscaba escapar y de la cuál había logrado salir indemne. Adriana le atribuye a su *rebeldía* las dificultades que tenía *María* para ascender en las distintas estructuras que integró.



MUJERES GUERRILLERAS

LA MILITANCIA DE LOS SETENTA
EN EL TESTIMONIO DE SUS
PROTAGONISTAS FEMENINAS

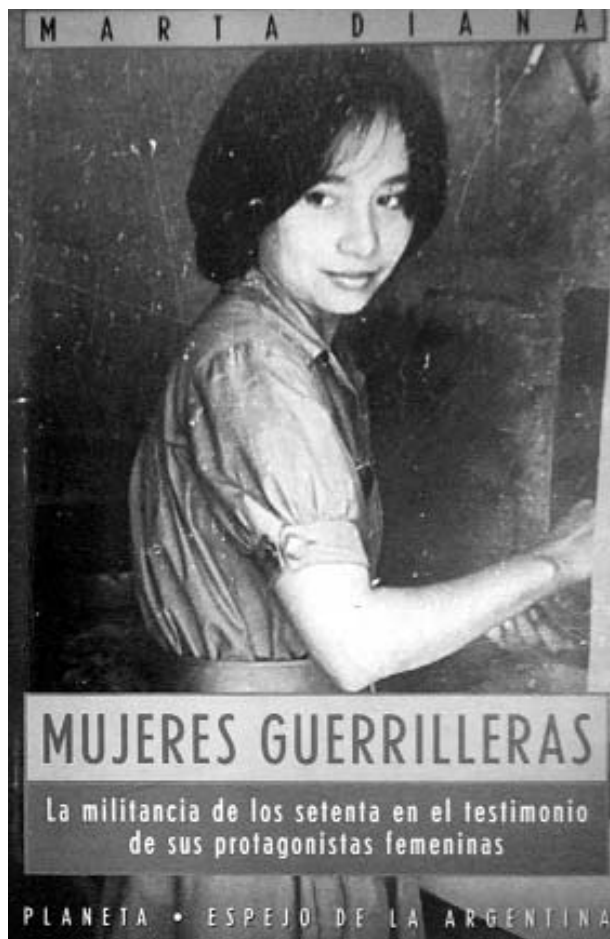
Marta Diana

Buenos Aires, Planeta, 1997, 445 págs.

En su obra *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*¹ Marta Diana plantea la necesidad de humanizar el rótulo "guerrillera", comúnmente ligado en el imaginario social a "heroína" o "delincuente". Necesidad respaldada por su propia historia, ya que a partir de este libro procura reconstruir la trayectoria de vida de una querida compañera de secundario, Adriana Lesgart, sobre quien "descubrió" –tardíamente– que había militado en Montoneros bajo el seudónimo de "Patricia" hasta su secuestro en septiembre de 1979.

Con este objetivo, la autora se encauza hacia una doble búsqueda. Por un lado, se propone rescatar más detalles ignorados sobre su amiga de la infancia, con la intención de salvar el vacío que le impedía ensamblar sus memorias de la "conocida y dulce Adriana" con los relatos ajenos sobre la "dura Patricia". Pero, esta búsqueda la remitió –insoslayablemente– hacia otra más vasta, que involucró su aproximación a una opción de vida radicalmente diferente a la suya, vale decir, la elección adoptada por miles de mujeres de participar en organizaciones que adherían a la lucha armada como un medio de transformación social. Esto último la estimuló a entrevistar a distintas ex militantes (más allá de que no tuvieran ninguna relación directa con Adriana) que estuvieran dispuestas a dialogar con ella sobre el rol femenino, la maternidad, la dinámica de las relaciones de pareja y la violencia. A lo cual le sumó entrevistas a familiares, ex militantes e intelectuales acerca de cómo las percibían en aquel momento. Todo este trabajo confluyó en un conjunto de testimonios de gran riqueza, una especie de caleidoscopio formateado por las preguntas de Marta Diana a través del cual se puede entrever la vida cotidiana de las mujeres en las organizaciones revolucionarias y sus reflexiones actuales.

Una primera controversia, no obstante, surge en relación a cómo articulamos pasado y presente en trabajos periodísticos basados en entrevistas, pues sabemos que la representación del pasado siempre está coloreada por los acontecimientos que vinieron luego. Teniendo en cuenta lo anterior, ¿la auténtica reconstrucción del pasa-



do, lejos de traernos al pasado para que compadezca en el presente, no debiera tender a subrayar la separación entre pasado y presente? Es decir, ¿en este tipo de trabajos, no deberíamos dar cuenta de la distancia que separa las diferentes categorías de percepción sobre la realidad social dominantes en aquél momento y ahora? Señalamos, pues, un primer gran riesgo que acecha detrás de este tipo de trabajos: la descontextualización de las prácticas políticas pasadas y las reflexiones actuales sobre ellas.

Remitiéndonos al libro en cuestión, podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿en qué medida resulta consecuente afirmar que "las organizaciones político-militares eran machistas" si no damos cuenta del contexto histórico en el cual ellas se desplegaron? Asimismo, ¿es posible establecer generalizaciones sobre la forma en que hombres y mujeres se articularon al interior de las múltiples organizaciones revolucionarias antes de conocer el devenir de cada una de ellas y sus transformaciones? En el mismo sentido, ¿podemos condenar apriorísticamente la opción por la lucha armada en un país que hasta 1983 alternó gobiernos democráticos de exigua legitimidad con golpes de estado? ¿O, como el mismo Osvaldo Bayer lamentó en su momento, deberíamos reflexionar sobre la falta de opciones políticas alternativas a la que asumieron?¹

Este riesgo de anacronismo se evidencia claramente en el uso extensivo que hizo la autora del término "guerrillera", entendido ya desde el título del libro



como sinónimo de "militante". Esta equiparación avivó el rechazo unánime por parte de sus interlocutoras en tanto consideraron que "guerrillera" remitía exclusivamente a la participación en hechos armados. Para los miembros de organizaciones revolucionarias la "guerrilla" –en principio– sólo era un medio para alcanzar objetivos políticos. Pero todos sabemos que la derrota tiende a imponer el sentido de los vencedores sobre las cosas y que hoy "guerrilla" tiende a aparecer –prácticamente– como sinónimo de "terrorismo". Por eso vale la pena recuperar los documentos de la época y los testimonios actuales de las protagonistas para analizar la distancia entre cómo se definían a sí mismas en aquel entonces –por ejemplo, como "combatientes"– y cómo lo hacen hoy en día. Entonces, ¿por qué no atendemos en todo caso a los motivos que llevan a rechazar o aceptar el término "guerrillera", "combatiente" o "militante" para auto-referenciarse?

Si consideramos las propias palabras de una de las interlocutoras de Marta Diana, el término "militante" resulta más pertinente no sólo *"porque da una idea más completa y acabada de todas las actividades que una persona puede hacer dentro de una organización revolucionaria"*, sino también porque *"tiene una proyección de continuidad en el tiempo, aunque ya no pertenezca a una organización ni haga tareas de guerrilla"*². Es decir, les permite seguir concibiéndose como sujeto de transformación social más allá de que hoy no adhieran a la lucha armada.

Este tipo de proyectos que procuran rescatar la dimensión personal de las mujeres militantes, más allá del mérito de presentarlas como protagonistas y no como víctimas, tienen el límite de no ahondar en nuestra comprensión de un complejo proceso histórico de carácter colectivo. En este sentido, nos parece más relevante examinar cuándo, cómo y por qué surgió este arquetipo de formación político-militar y cómo se sustentó, no como un fenómeno político aislado, sino como parte de un heterogéneo proceso político que se extendió alrededor del mundo entero entre 1950 y 1970.

De esta manera, también resulta pertinente preguntarnos en qué momento y de qué manera el término "guerrillero" comenzó a ser utilizado en el país como sinónimo de "delincuente terrorista o subversivo", con una innegable carga peyorativa y punible, y examinar si tales connotaciones han variado con los años. Al respecto, resulta significativo que en el momento en que la autora realizó sus entrevistas (desde 1991) muchas cuestiones sobre el pasado reciente aún no estaban clausuradas en el ámbito legal. De este modo, es probable que la ambigüedad o evasión de sus interlocutoras sobre la participación en acciones armadas –más allá de las propias cavilaciones que implicó esta opción en el pasado– responda, entre otras cosas, a mantener hoy un margen de resguardo frente a posibles acciones judiciales y estigmatizaciones sociales. Conflicto palpable en el caso de Graciela Daleo, quien fue procesada entre 1986

y 1993 por el secuestro de Metz y los hermanos Born acontecidos en la década del '70.

Otro nudo de debate tímidamente abierto por la autora, y cuya profundización hubiera enriquecido considerablemente a su trabajo, se vincula al "descubrimiento" tardío de las propias cegueras, la no-mirada, "en cuyos huecos la Historia se hace Holocausto". O, en términos más crudos, el *"percepticidio"*, que *"...lleva como destino la complicidad en el asesinato del objeto que no se ve y –simultáneamente– el suicidio del ojo ciego"*³. Es decir, la temida pregunta de orden moral: ¿hasta dónde uno no sabe o no quiere saber? Y, consecuentemente, ¿qué responsabilidad nos cabe por ello? Por ejemplo, cuando la autora rememora cómo se privó de dar el pésame a la madre de Susana Lesgart cuando se enteró de su fusilamiento el 22 de agosto de 1972, su inhibición respondía a que nadie sospechara que pertenecía a ese grupo. Cuestiones que apelan a este tipo de auto-censuras brotan en el testimonio de varias de sus interlocutoras, por ejemplo, cuando una de ellas relata su regreso al país luego de un prolongado exilio, y recuerda cómo en las reuniones familiares siempre se producían *"comentarios elípticos, algunas miradas y un pacto de silencio generalizado acerca de las razones de [su] partida lo cual tornaba sin sentido las conversaciones, en las que todo el mundo hacía preguntas sobre los países en los que había estado pero nadie mencionaba por qué había estado"*⁴. En relación con esto último, es sugerente cómo las únicas mujeres que mencionaron abiertamente su participación en acciones armadas vivían en el exterior al momento de las entrevistas.

Finalmente, cabe preguntarse ¿qué se animó a mirar Marta Diana? ¿Podemos decir que su investigación sobre "condición femenina-militancia" la condujo a un verdadero "descubrimiento"? Ella misma subraya que en el proceso de investigación se topó con miedos, desconfianzas, dudas, postergaciones y reivindicaciones por parte de sus interlocutoras; quizás una reflexión más profunda y comprometida sobre las razones que alentaron estos reveladores tropiezos recíprocos entre entrevistadora-entrevistada hubiera podido conducirla a una comprensión más acabada en torno a su objetivo. Pero para ello, es necesario reconocer que nuestro posicionamiento en el mundo nos condiciona más allá de que lo desestimemos, es decir, que somos sujetos históricamente constituidos al igual que nuestras percepciones, incluidas aquellas sobre la violencia. ●

ANA GUGLIELMUCCI

Antropóloga, UBA

1 - Reflexiones de O. Bayer citadas por Marta Diana, op. cit., pág. 387. Reproducidas originalmente en: *Latin America Research Review*, Volumen XIII, N°2, 1978.

2 - Op. cit., pág. 45.

3 - Extracto de un texto del psicoanalista Juan Carlos Kusnetzoff reproducido por Marta Diana, op. cit., pág. 418. La versión original puede consultarse en *Revista de Psicoanálisis*, tomo XLII, N°2, Buenos Aires, marzo-abril de 1985.

4 - Op. cit., pág. 43.

ORGANIZACIONES POLÍTICO-MILITARES

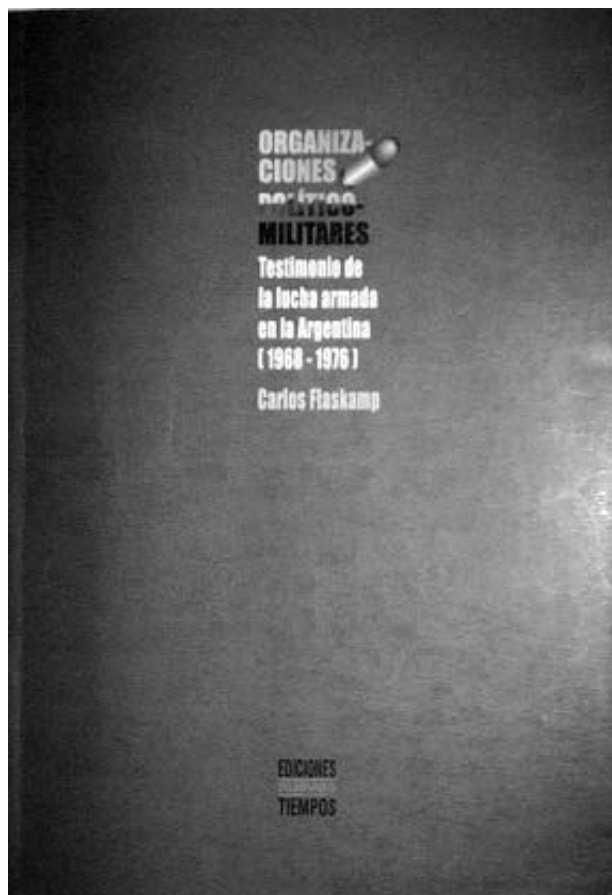
TESTIMONIO
DE LA LUCHA ARMADA
EN LA ARGENTINA
(1968-1976),

Carlos Flaskamp

Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos,
2002, 229 pag.

Fue a finales de la década del 70. Algunos militantes de distintos grupos del peronismo de izquierda, que habíamos disentido con la orientación de nuestras organizaciones, nos volvimos a juntar. Queríamos seguir peleando, sentíamos la angustiosa necesidad de enfrentar la dictadura y, aunque no nos sentíamos derrotados del todo, éramos concientes de que habíamos sufrido una aplastante derrota. Habíamos intentado pensarla, mastigarla, entenderla. En el año 1980 conseguimos copia de los "Papeles de Walsh"¹ y los integramos como centro de nuestro debate. Rodolfo Walsh planteaba una seria crítica al abandono de la política por la organización, y el retorno a la estrategia militar como única herramienta de lucha. Pero lo que más nos impactó de los papeles fue la idea de que la vanguardia, aislada del pueblo, se convierte en una "patrulla perdida". Walsh, hasta se daba el gusto didáctico de escribir con términos militares su crítica al militarismo. También entendimos que el pueblo refluye hacia la seguridad de su identidad política conocida.² Nosotros pensábamos lo mismo, pero nunca lo hubiéramos podido expresar así.

Al observar cómo se han construido las miradas sobre los hechos de las organizaciones armadas, salta a la vista que el proceso de reflexión más importante es el que los nuevos movimientos sociales, con su práctica y su pensamiento, han desarrollado. Ello ha sido posible, en parte, por el surgimiento de nuevos debates en el seno de la izquierda en general, planteados por la revuelta de diciembre de 2001 y las puebladas, piquetes y asambleas que fueron sus antecedentes. El debate acerca de las formas de la acción política revolucionaria necesaria-



mente ha tomado como su referente el pasado en el que se insertan aquellas luchas, incorporando de manera diversa su experiencia, criticándola y también añorándola. Conceptos como *vanguardia*, *leninismo* y *partido de cuadros* e incluso el concepto mismo de *poder* se encuentran en el seno del debate del movimiento social actual.³

Durante treinta años, individual y colectivamente, miles de activistas, adherentes y militantes pensaron su historia, construyeron un relato e intentaron la crítica de aquellas experiencias. En el caso de la tendencia revolucionaria del peronismo, y particularmente los Montoneros, hubo (hay) una tendencia a dividir aguas entre una conducción nacional a la que se le atribuye todas las responsabilidades por los errores cometidos, mientras el resto (militantes de base pero también "cuadros") quedan incluidos en la saga del guerrillero heroico, del militante comprometido de manera ahistórica cuya capacidad de entrega y sacrificio por los humildes no deja de ser alabada. Pero esta visión, con contener un dato histórico relevante como la complicada relación establecida entre la dirección y la base montonera, que incluye un fuerte resentimiento de los segundos para los primeros, en la actualidad me resulta insuficiente y esquemática. La crítica al "militarismo" y al "pase a la clandestinidad" sólo puede ser el comienzo de un debate desde el presente, nunca su conclusión.

Sin embargo, el mundo de los activistas, aún contemplando el grado de influencia que ejercen en la lucha social, es un emisor entre muchos otros que, a su vez, construyen múltiples y diversas imágenes del pasado, como la llamada *Teoría de los dos demonios*, divulgada durante décadas por los medios de comunicación.⁴ Es en el marco de esta otra visión esquemática pero fundante, que los condenaba a ser uno de los sectores demoníacos de la sociedad, que muchos ex militantes de diversos niveles escribieron apologías y hagiografías que intentaban reubicar el compromiso montonero en el seno de las luchas populares.

Cuando Rodolfo Walsh volvió a la escritura para intentar cambiar el drama que se avecinaba, Carlos Flaskamp padecía en solitario los horrores del campo *La Perla*; en 1975 se había separado críticamente de su organización. Había comenzado militando en el GEL, se había relacionado con las FAP y las FAL, para integrarse definitivamente en las FAR. Cuando este grupo se fusionó con Montoneros en 1973, Carlos ya era un cuadro combatiente experimentado. Como tantos otros militantes, había recorrido el azaroso camino desde la izquierda a la opción peronista.

Concebido como un relato testimonial, el libro de Flaskamp plantea-sintetiza –de una buena vez–, la mayoría de las claves que constituyen el centro del debate necesario sobre la participación de la organización Montoneros en las luchas populares de la Argentina en las décadas del 60 y 70. El argumento central de los primeros capítulos es que los combatientes de las diferentes organizaciones se propusieron librar una *guerra prolongada* hasta el derrocamiento de la dictadura y el establecimiento de un régimen popular revolucionario. El conjunto de las acciones armadas de los diferentes grupos se sumó al creciente conflicto social protagonizado por la clase obrera y desgastó las pretensiones autoritarias de las Fuerzas Armadas. Para ellos, la variante de una salida política mediante elecciones libres no estaba contemplada. Esta concepción hizo que la mayoría de los grupos insurgentes *“...interpretaran la apertura política de Lanusse exactamente como lo que era en las intenciones del gobierno militar: una maniobra continuista para aflojar las tensiones sociales y políticas e invertir al mismo régimen oligárquico de legitimación legal.”* [...] *“Ciertamente, una solución democrática auténtica obligaría a revisar toda esta estrategia, quitando fundamento a la idea de que la guerra sólo podría terminar con la toma del poder por parte de las propias organizaciones armadas a la cabeza del pueblo. Por eso las organizaciones político-militares, incluidas las peronistas, tardaron mucho en convencerse de que la “salida electoral” iba en serio y mostraron resistencia a encarar replanteos estratégicos que se desprendían de esta comprobación.”*⁵

Fueron los Montoneros los primeros en comprender –tardíamente– *“...que se estaba produciendo un desarrollo político que no figuraba en sus planes y al que era necesario adaptarse. La importancia del desarrollo político de la organización mediante su protagonismo en la campaña electoral, convirtió a los Montoneros de un grupo armado clandestino en una potente organización política con fuerte capacidad de movilización callejera, que intentaba disputar el poder político en barrios, fábricas, villas, establecimientos de servicios, universidades, colegios secundarios”*. Sin embargo, *“...los montoneros entendieron su adaptación a este giro como un acierto táctico y no como el inicio de una revisión estratégica”*. En definitiva, su prestigio en las propias bases residía en los orígenes, en la lucha heroica y solitaria de los fundadores.

Dado que la consecuencia lógica del giro político de la organización implicaba la participación en el futuro gobierno como una parte del frente nacional armado por Perón, la segunda consecuencia del mismo giro debió haber sido –para Flaskamp– establecer una política de alianzas, lo que implicaba reconocer una limitación a las aspiraciones políticas de la organización: la de ser reconocida como dirección política por haber estado a la vanguardia de la lucha armada.

*“En particular las organizaciones peronistas habrían debido ubicar su propio lugar en el marco del amplio frente que había logrado articular Perón. La coyuntura política era favorable a las propuestas radicales. El peronismo revolucionario estaba en condiciones de ejercer fuerte influencia, si a la vez era capaz de aceptar sus límites temporarios, reconociendo que el proceso político lo había sobrepasado y que el frente nacional era más amplio que el sector que él podía aspirar a controlar.”*⁶

De todas maneras, el movimiento peronista no resultaba el mejor escenario para desplegar aspiraciones hegemónicas y Perón y la derecha les harían sentir el peso de un creciente marginamiento que solo les dejaba las opciones de la capitulación o la radicalización. Aunque ahora fuera más dramático, algo similar había sucedido con muchos militantes durante la resistencia peronista.

Para Flaskamp, el frente que asumió el 25 de mayo representaba un frente político muy amplio, contradictorio y heterogéneo, por lo que consistía un error que fueran los Montoneros los protagonistas de su ruptura, con la consecuencia de enfrentar a todos los demás sectores del peronismo. Pero la organización mantuvo su optimismo pese al creciente enfrentamiento interno, basados en tres certidumbres fundamentales: el carácter nacional emancipatorio del Movimiento Peronista; la necesidad, dentro del mismo, de una corriente revolucionaria que impulsara el proceso en una dirección socialista; la tercera,

la de que ellos mismos, eran esa corriente. Montoneros fue, efectivamente, la alternativa para la mayoría de los peronistas combativos de diversas épocas, no por sus aciertos sino por la comprobación de que "...la izquierda peronista había alcanzado en Montoneros, como nunca antes, una fuerza numérica y organizativa que parecía consolidarla como alternativa política real dentro del Movimiento."⁷ Para Flaskamp, la organización, finalmente, dilapidó el apoyo recibido en la implementación de un "vanguardismo suicida".

Una de las más importantes diferencias entre las organizaciones armadas de izquierda y las peronistas consistió en que la adopción de la identidad peronista llevó a las segundas a ser la izquierda armada de un movimiento nacional-popular, diferenciándose de las experiencias marxistas-leninistas que optaban por erigir sus propios partidos. Por este carácter, las organizaciones político-militares peronistas constituyen un caso particular de la insurgencia armada en América Latina en aquella etapa.

El carácter nacional del movimiento del que formaban parte los constituía como la izquierda nacional revolucionaria, con su identidad y sus particularidades. Pero el planteo que en 1973 hicieron las conducciones de FAR y Montoneros antes de la fusión, como forma de organización de la vanguardia, se alejaba de aquellas concepciones. Proponían dejar de lado el concepto de *organización político-militar* para adoptar la forma de *partido*. La adopción del esquema leninista significó —para Flaskamp— una rigidez organizativa y una nula contribución a las luchas políticas nacionales. El carácter de clase que se atribuía la organización no guardaba relación con el carácter policlasista de un movimiento popular como el peronismo, ni tampoco era la realidad interna de la tendencia revolucionaria, que era tan policlasista como el movimiento al que pertenecía. Lo que constituye un error son las versiones de aquellos que quieren verla como la expresión de las clases medias radicalizadas. El centro de la política de la organización era el trabajo territorial de miles de jóvenes de la JP; la expresión auténtica de una corriente política, y no de una clase: "El esfuerzo por encorsetar al peronismo en un esquema de clase-pueblo-Nación que debía reflejarse en la relación partido (como conducción de la clase)-movimiento (del pueblo)-frente nacional (de la Nación), entorpecería en el futuro la capacidad de análisis montonera."⁸

Junto con la incorporación de conceptos teó-

ricos del marxismo dogmático, Flaskamp consigna la consolidación del empleo de categorías militares para describir fenómenos políticos, lo que considera expresión de la persistencia de la concepción de guerra popular. El análisis político también adquiría así los signos de rigidez de la forma organizativa.

Pase a la clandestinidad y militarización

En el texto de Carlos Flaskamp se encuentran decenas de preguntas sugestivas para el análisis de la etapa, que creo, deben ser tenidas en cuenta invariablemente a la hora de hacer comprensible nuestra historia reciente. De entre ellas escojo su análisis sobre el *pase a la clandestinidad* que Montoneros denominó como de *retirada estratégica*, pues por años ha sido un elemento importante en el debate del peronismo de izquierda. De la persistencia del concepto de guerra popular prolongada y de la explicación de hechos políticos mediante categorías militares se derivaba que muchas organizaciones, entre ellas Montoneros, previeran la existencia de una guerra futura, en tanto los conflictos actuales se interpretaban como etapas de la misma. Para Flaskamp:

"El curso de acción de la organización Montoneros exigía ahora de sus integrantes el convencimiento profundo de que se estaba librando una guerra prolongada, ya que sólo ese enfoque hacía inteligible sus acciones."⁹

Una de las consecuencias fue que en 1974 la conducción nacional montonera decidió nuevamente el pase a la clandestinidad.

La ofensiva terrorista de la Triple A comenzó a hacerse sentir fuertemente en la segunda mitad del año. Los frentes políticos eran un blanco fácil para la política de asesinatos de López Rega. Según consigna Flaskamp, luego de un tiempo de soportar la muerte de sus compañeros se decidió operar contra blancos identificados, con el aval del conjunto de la organización. Es por ello que el concepto de *retirada estratégica* encerraba una dualidad política: "...se anunciaba una retirada y a renglón seguido se pasaba al ataque por medio de una campaña de acciones militares."¹⁰ Si esto era así, ¿en qué sentido se anunciaba una retirada? Finalmente, la retirada real fue el abandono de los frentes políticos. En la jerga militar de la organización, se pasaría del *equilibrio estratégico* a la *defensiva estratégica*. Si el primer período había posibilitado el trabajo político público, la nueva etapa implicaba el repliegue de la actividad política y se "...volvía a tener por eje la actividad clandestina y

"EL CARÁCTER DE CLASE QUE SE ATRIBUÍA LA ORGANIZACIÓN NO GUARDABA RELACIÓN CON EL CARÁCTER POLICLASISTA DE UN MOVIMIENTO POPULAR COMO EL PERONISMO, NI TAMPOCO ERA LA REALIDAD INTERNA DE LA TENDENCIA REVOLUCIONARIA QUE ERA TAN POLICLASISTA COMO EL MOVIMIENTO AL QUE PERTENECÍA"

predominantemente militar". Para Flaskamp "...era necesario estar muy identificado con los esquemas lógicos de la conducción montonera para no encontrar equívoca la idea de una ofensiva armada como forma de retirada"¹¹. Pero a contrapelo de otras interpretaciones, las causas de esta actitud radican en que los presupuestos estratégicos falsos –la guerra popular y prolongada– de los años sesenta, en los que se fundamentaba la estrategia de la organización, cobraban ahora una nueva validez. La lucha armada revolucionaria hasta la toma del poder había dado origen a las organizaciones: "...en esa medida era ella [la conducción nacional], y no sus críticos, quién podía reivindicar consecuencia con el proyecto originario."¹²

El más castigado de los frentes políticos por las decisiones tomadas fue el territorial, o sea, la Juventud Peronista. Su estructura fue disuelta y los militantes barriales pasaron a integrar la periferia de las acciones armadas de los combatientes. En la segunda mitad de 1975, como consecuencia de la decisión de retirada, cada militante fue encuadrado como *miliciano*.¹³ Muchos fueron integrados en los aparatos de logística de la organización. El proceso de clandestinización, pero aún más el de militarización de la militancia, quebró los lazos que aún quedaban entre Montoneros y el pueblo. En Flaskamp, estos sucesos provocaron que cada vez estuviera más seguro de "...que existía una opción por el militarismo y no una mera combinación inadecuada de los distintos métodos."¹⁴

La disidencia siempre es un proceso doloroso. Aunque en primera instancia se encuentran las convicciones que obligan al militante a otra búsqueda, los sacrificios realizados y los afectos mutuos se encuentran presentes para complicar la situación. A ello se agrega que en la etapa predominara el llamado "centralismo democrático sobre la democracia", derivado de la adopción de la forma partido leninista. Para Flaskamp "...algunos grupos aceptan esta hegemonía del centralismo sobre la democracia como una necesidad impuesta de la lucha revolucionaria". Pero, dadas estas condiciones, el disidente siente que "los niveles superiores se le presentan como una unidad sin fisuras". Cuando los militantes no encuentran llegada con sus críticas, la vanguardia –que lo es en su interacción con el pueblo– "se entera vagamente del estado de ánimo popular." Privada de su cable a tierra, la vanguardia conduce fatalmente al vanguardismo¹⁵, a la "patrulla perdida" de Rodolfo Walsh.

Luego de una serie de cuestionamientos al militarismo de la organización, la Conducción Regional, de la que Carlos dependía, decidió separarlo de la organización. En la discusión del ámbito respectivo, Monra¹⁶, representante de la regional, argumentó: "...que lo que yo cuestionaba como una orientación militarista no era un rumbo elegido por la organización, sino un desarrollo objetivo, al que no teníamos otra alternativa que adaptarnos. No era la conducción mon-

tonera la que buscaba la guerra; era la guerra, impuesta por el enemigo, la que imponía sus leyes. Era la tesis que desde hacía tiempo venía sosteniendo la conducción, pero a esa altura yo estaba convencido de que nuestra propia línea había contribuido a determinar ese curso de desarrollo y seguía estimulándolo."¹⁷

A pesar de su separación, Carlos fue detenido por el ejército en 1976 y torturado en los campos de concentración. Tiempo después fue oficialmente reconocido como detenido a "disposición del Poder Ejecutivo". Leído como una atrapante historia de vida, a la vez que como una de las más lúcidas críticas de la experiencia montonera, el libro no elude prácticamente ningún tema. Mucho menos se avergüenza de la crítica fácil de los apologistas que, con el argumento de que "no hay que dar armas al enemigo", esconden bajo la alfombra aquello que debería formar parte de un debate historiográfico y político, aún cuando a muchos les avergüence hacerlo. Cuando el pasado queda congelado en su evocación nostálgica no lega nada a las preguntas del presente. ●

ERNESTO SALAS
Historiador - UBA

1 - Se han denominado así a una serie de cartas y documentos que Rodolfo Walsh dirigió a sus amigos ante las muertes de su hija Vicki y del poeta Paco Urondo, así como algunos escritos a la conducción nacional de Montoneros con críticas y propuestas ante la militarización de la organización y el avance del plan de exterminio de los militares. Recién a principios de los 80 comenzaron a circular, publicados por los grupos que rompieron con Montoneros en el exilio en 1979 y 1980.

2 - Walsh planteaba que era un error creer que la identidad popular peronista se radicalizaría para apoyar el proyecto del peronismo montonero. A la inversa, opinaba que había que acompañar la retirada del pueblo hacia posiciones menos expuestas.

3 - La influencia del movimiento zapatista, con su irrupción desde 1994, y su recuperación del concepto de *sociedad civil* opuesto al de *sociedad política* fue determinante en esta reflexión.

4 - El diario **Clarín** recién cambió el eufemismo "Proceso de Reorganización Nacional" por dictadura luego del vigésimo aniversario del golpe militar, en 1996.

5 - **Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina**, Carlos Flaskamp, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002, 229, pág. 77

6 - Op. cit., pág. 82

7 - Op. cit., pág. 93

8 - Op. cit., pág. 96

9 - Op. cit., pág. 170

10 - Op. cit., pág. 170-171. Además de lo que implicaba como opción, la campaña militar consumía inmensas energías de la organización en tiempo ocupado por los combatientes en la planificación y ejecución de las tareas, que en Montoneros, según el autor, era metódica para evitar en lo posible la influencia del azar.

11 - Op. cit., pág. 170; el subrayado me pertenece, ES.

12 - Op. cit., pág. 172; destacado en el original.

13 - Nuevo concepto militar que incorporaba a los militantes políticos a pequeñas acciones de corte de calles, incendios y, en general, como periferia de las acciones armadas desarrolladas por los combatientes.

14 - Op. cit., pág. 180

15 - Op. cit., pág. 183

16 - Marcelo Kulrat, representante en la reunión de la Conducción Regional.

17 - Op. cit., pág. 188

ORGANIZACIÓN COMUNISTA PODER OBRERO

LOS AUTORES SINTETIZAN LA HISTORIA DEL OCPO, ORGANIZACIÓN QUE CONGREGÓ A NUMEROSOS GRUPOS MARXISTAS QUE PROPICIABAN LA SÍNTESIS DE CLASISMO Y LUCHA ARMADA. SE INCLUYEN DOCUMENTOS INTERNOS Y ARTÍCULOS DEL PERIÓDICO "EL OBRERO".

DARDO CASTRO Y JUAN ITURBURU

La historia de la Organización Comunista Poder Obrero (más conocida como Poder Obrero) es brevísima: abarca menos de un lustro. No obstante, entre 1974, cuando se constituye nacionalmente, y 1976, año del golpe militar, Poder Obrero logró un desarrollo teórico, político y organizativo que lo llevó a participar de las experiencias más importantes del movimiento obrero y popular argentino de la década del 70, tales como las luchas obreras de Córdoba, Villa Constitución y, el punto culminante, las Coordinadoras de gremios en lucha de 1975, que fueron los organismos político-sindicales más avanzados de la historia del proletariado argentino.

Poder Obrero fue la síntesis de una de las tres grandes vertientes revolucionarias de la Argentina: la de origen peronista, que culminó en Peronismo de Base-FAP y Montoneros-FAR, la marxista, que tuvo su mayor desarrollo en el PRT, y la socialista revolucionaria, con FAL y OCPO como principales expresiones.

En esos breves años, se incorporaron a OCPO, aportando su experiencia militar y política, algunas de las tendencias emergentes de la crisis de FAL y numerosos grupos independientes nacidos a fines de los 60. En 1975 la organización dio un salto cualitativo, cuando cumplió un papel decisivo en las Coordinadoras a través de sus cuadros obreros y formuló una propues-

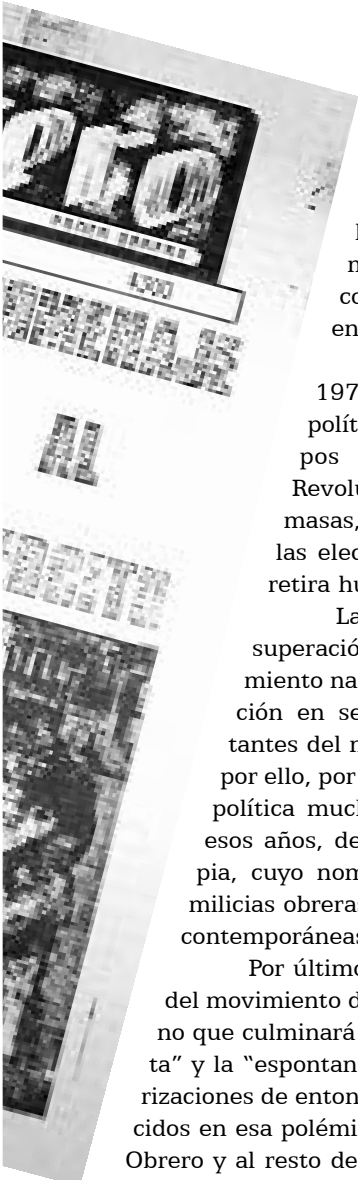
ta de avanzada frente a la crisis abierta por la bancarrota de Isabel Perón y el avance de la derecha, lo que la ubicó como tercera fuerza, a menudo en un papel mediador, junto Montoneros y PRT.

Pese a que, por origen, Poder Obrero estaba ideológicamente más próximo al PRT, la política de masas lo acerca a Montoneros, sobre todo a partir del surgimiento de las Coordinadoras, donde OCPO y Montoneros, en ese orden, adquieren una influencia determinante.

La historia de OCPO puede sintetizarse en las siguientes etapas:

El período de gestación previa en varios grupos afincados en Córdoba, Tucumán, Rosario, Buenos y La Plata, cuando el debate teórico-político está fuertemente impregnado por la recuperación de la teoría marxista clásica. Aunque este debate implica, a la vez, un fuerte cuestionamiento al stalinismo y, poco después, a algunas tesis centrales de León Trotsky. En esta etapa la inserción es predominantemente estudiantil y en la comunidad intelectual, como la de casi todos los nuevos grupos de izquierda.





La segunda etapa comienza con el Cordobazo y sigue con el surgimiento del clasismo de Sitrac-Sitram, los sindicatos cordobeses de la automotriz FIAT. Es un período de intensas luchas obreras, que incluye, además, las huelgas revolucionarias cordobesas con tomas de fábrica, en 1970.

La tercera comienza en 1973, con una tremenda derrota política de la mayor parte de los grupos de la Izquierda Socialista Revolucionaria y un triunfo popular de masas, cuando Héctor Cámpora gana las elecciones y la dictadura militar se retira humillada.

La cuarta se caracteriza por la superación de aquella derrota y el crecimiento nacional de Poder Obrero, su inserción en sectores cualitativamente importantes del movimiento obrero y, estimulado por ello, por la formulación de una estrategia política mucho más depurada y precisa. En esos años, desarrolla una fuerza militar propia, cuyo nombre, Brigadas Rojas, evoca las milicias obreras de las insurrecciones europeas contemporáneas a la Revolución Rusa

Por último, hacia fines de 1975, el reflujo del movimiento de masas alienta un debate interno que culminará en dos tendencias: la "militarista" y la "espontaneísta", para utilizar dos caracterizaciones de entonces. No hubo vencedores ni vencidos en esa polémica: la dictadura aniquiló a Poder Obrero y al resto de las organizaciones revolucionarias. El intento de unificar Montoneros, PRT y OCPO en la Organización de Liberación Argentina (OLA) llegó tarde, cuando las fuerzas revolucionarias ya habían sido diezmadas y, sobre todo, el movimiento obrero se había fracturado entre una vasta avanzada proletaria y las grandes capas de obreros peronistas que se retraían, desilusionados por el aciago final del gobierno de Isabel Perón.

Momento fundacional

En un encuentro realizado en Córdoba en 1974, una decena de agrupaciones pertenecientes a la izquierda socialista revolucionaria acordaron formar la Organización Revolucionaria Poder Obrero (ORPO), que integraron el grupo El Obrero, cuyo núcleo central era de Córdoba, Poder Obrero, de Santa Fe, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de Buenos Aires, Acción Comunista y otros. Orientación Socialista, que venía participando de los debates previos, se apartó por sus desacuerdos en torno al papel

de la lucha armada en la etapa y, fundamentalmente, por la caracterización del peronismo y el balance en torno a las posiciones adoptadas por la izquierda socialista en 1973.

El núcleo programático de ese acuerdo fundacional se apoyaba en los siguientes puntos:


- Que la creación de una nueva organización revolucionaria que unifique los destacamentos de la izquierda socialista surge –luego de un proceso de intensos debates con las organizaciones ya existentes– de la convicción de que la acumulación teórica y política de la Izquierda Revolucionaria Socialista llevó a la ruptura con las concepciones de la izquierda tradicional y aún con las de las corrientes surgidas en los sesenta, lo que plantea la necesidad de constituirse como una nueva alternativa revolucionaria. *(La decisión de autodenominarse "organización" y no "partido" obedece a una concepción de la construcción del partido revolucionario, al que se considera resultado de un proceso, paralelo al advenimiento de una situación revolucionaria, en el que los distintos destacamentos de origen marxista y peronista arriban progresivamente a términos de unidad políticos y organizativos.)*

- Que el carácter de la revolución en la Argentina es predominantemente socialista, ya que se trata de un país políticamente independiente –no obstante su dependencia económica del imperialismo– con una formación económico-social capitalista y una composición del proletariado predominantemente urbana e industrial. *(Esta caracterización rompía con las concepciones del stalinismo y el trotskismo, ya que la primera, crudamente expresada aquí por el Partido Comunista primero y luego por el Partido Comunista Revolucionario, postulaba una revolución democrática y antiimperialista, en tanto que el segundo definía a la Argentina como un país semicolonial, aunque planteaba la revolución socialista basándose en la célebre tesis del propio Trotsky sobre la Revolución Permanente).*

- Que la Argentina atraviesa una situación prerrevolucionaria, es decir que las fuerzas del proletariado, su organización y su conciencia no han madurado lo suficiente, aunque están en gestación las condiciones revolucionarias. *(En este punto, se considera imprescindible el nacimiento de formas de doble poder para la apertura de la situación revolucionaria).*

- Que, en un marco de acelerada derechización de la gran burguesía, la lucha por la democracia y el socialismo exige una tal acumulación de fuerzas sociales y políticas que sólo es posible a través de la creación de un vastísimo Frente Democrático, cuyo núcleo es el proletariado industrial, que ayude a resolver la crisis a favor del campo popular.

- Que el clasismo es la expresión natural de la lucha reivindicativa del proletariado, ya que marca su independencia del Estado, la patronal y las burocracias.



cias, pero que no constituye en sí mismo una política de masas ya que la clase obrera construye su liderazgo político sobre las otras clases y sectores en el Frente de Masas, en cuyo seno libra la lucha por la democracia política. Concebir al clasismo como la política revolucionaria reduce a ésta al marco de la lucha sindical y aísla a la clase obrera de las otras clases y sectores que son sus aliados, transitorios o duraderos, en la lucha por profundizar la democracia y abrirle paso a una situación revolucionaria. *(Esta concepción expresa otra de las diferencias con las corrientes de la época, incluso con otros grupos de la izquierda socialista, ya que considera al proletariado peronista y a las organizaciones revolucionarias que lo expresan como parte fundamental del frente de masas y de la dirección del proceso revolucionario. De ahí que la forma política del poder revolucionario se enuncie como Gobierno Obrero y Popular.)*

■ Que la construcción de las vanguardias políticas se da en el proceso mismo de construcción del Frente de Masas, distinguiendo entre dirección revolucionaria –que es colectiva, compartida por los distintos destacamentos prerrevolucionarios y no necesariamente comunista– del partido de la revolución, al que se prevé posterior a la toma del poder y como consecuencia de ella. En esa orientación, la apertura de un proceso que contemple niveles crecientes de unificación de las organizaciones revolucionarias se considera como una tarea decisiva.

■ Que, frente a la situación política existente, es necesario extremar los esfuerzos por incorporar a todos los sectores democráticos, cualquiera sean sus niveles de compromiso y consecuencia, para extender y generalizar la lucha por una democracia avanzada y necesariamente inestable, ya que el afianzamiento de cualquier gobierno de la burguesía conducirá inevitablemente a una contrarrevolución preventiva y a la desarticulación del movimiento de masas mediante una represión aún más violenta que la de este momento.

■ Que, en este contexto, la política de alianzas ha de ser sumamente flexible y dinámica, respondiendo a los distintos momentos del proceso político, y que la hegemonía proletaria en el Frente Democrático no se garantiza de ningún modo con un programa previo sino que la cuestión se define en cada momento concreto de la lucha. *(También aquí OCPO rompe con la tesis de los frentes populares, que teorizó Dimitrov, y que Stalin impulsó en China y Europa, a la vez que con la propuesta de Trotsky, que, a propósito de la insurrección alemana y, más tarde, de la Guerra Civil Española, reduce la lucha antifascista al Frente Único, es decir a la unidad de los partidos obreros. En realidad, para Poder Obrero el Frente Democrático expresa los niveles de alianza para la lucha democrática, en tanto que el Frente Único es la unidad de los revolucionarios, y ambos son parte de la construcción del Frente de Masas).*

■ Que la lucha por la democracia y el socialismo tiene un carácter ineludiblemente violento, lo que plantea la necesidad de construir un ejército proletario basado en las milicias obreras y populares. Aunque la acción militar independiente de las organizaciones revolucionarias se considera necesaria, ella forma parte de las tareas preparatorias para el armamento general del proletariado una vez abierta la situación revolucionaria. En ese proceso, se propone la generalización de los piquetes obreros armados como una tarea fundamental de la coyuntura.

■ Que el carácter del enfrentamiento armado entre el proletariado y sus aliados, por una parte, y la gran burguesía y el imperialismo, por la otra, exige una estrategia de Guerra Civil Revolucionaria. *(Esta tesis, fuertemente inspirada en las insurrecciones europeas, marca una diferencia fundamental con las otras dos propuestas vigentes en la época: la del PRT, de guerra popular prolongada, inspirada en China y Vietnam y que supone un papel fundamental del campesinado, y el insurreccionalismo del PCR y otros grupos –recuérdese la consigna “Ni golpe ni elección, insurrección”–, que las organizaciones guerrilleras llamaban “pacifistas”, porque postulaban un levantamiento generalizado del proletariado sin proponerse ninguna acumulación militar para garantizar que se pueda tomar y defender el poder).*

Un año más tarde, en 1975, en un nuevo encuentro en Buenos Aires, se incorporan FAL, de Rosario y Santa Fe, y Lucha Socialista, de La Plata, cuyo principal dirigente era Luis Rubio. Poco antes ya se habían integrado grupos más pequeños de Mendoza y San Juan, dirigentes estudiantiles de Filosofía/70, de Buenos Aires, y ARDES, una agrupación fundamentalmente estudiantil de Tucumán, aunque su principal dirigente, Héctor Marteau, tenía una proyección popular importante en esa ciudad.

Luego de un corto debate sobre la necesidad de asumir la identidad comunista, pese a décadas de desprestigio, el nombre mudó a Organización Comunista Poder Obrero (OCPO).

El núcleo central de ORPO, primero, y luego de OCPO, fue El Obrero, que nació hacia fines de los sesenta por iniciativa de un grupo de militantes cordobeses, entre ellos, varios que habían participado de la etapa final del Movimiento de Liberación Nacional, conocido como “Malena”. De esa breve experiencia había quedado la apertura hacia el peronismo, la valoración de las condiciones nacionales en la elaboración de una estrategia revolucionaria y la concepción, por entonces novedosa, de que el partido de la revolución no surge de la autodefinition de un grupo de intelectuales sino de un proceso masas en el que convergen los distintos agrupamientos de la vanguardia.

Hasta el Cordobazo, El Obrero era un grupo pequeño formado por estudiantes y unos pocos cuadros obreros. Entre los fundadores, Carlos Fessia,

Jorge Camilión, Juan Iturburu, Rodolfo Espeche y Dardo Castro. Su potencialidad radicaba, en todo caso, en una poderosa capacidad de elaboración política, en la formación intelectual y política de sus cuadros y en su aguda sensibilidad frente al proceso de masas. Sin referencias en la historia de la izquierda argentina, no provenía de ninguna de las grandes escisiones del Partido Comunista, ni del peronismo, ni de las vertientes trotskistas que estuvieron en el origen de organizaciones tan distantes entre sí como el PRT, PO o el PST.

En realidad, El Obrero, como el resto de los grupos que formaron OCPO, era hijo del fervor intelectual y político de los años 60, alimentado por la resonancia mundial de las luchas de liberación nacional en el Tercer Mundo, la Revolución Cubana y las insurrecciones obrero-estudiantiles en varios países, que en la Argentina convergían con los cambios económicos y sociales introducidos a fines de los '50. Así fue como los actores fundamentales del Otoño Caliente italiano y del Mayo francés fueron los mismos que aquí protagonizaron la gran huelga estudiantil de Córdoba en 1966, el Cordobazo en 1969 y el Viborazo en 1971: el obrero fordista y el estudiante masa.

Esta impronta marcó desde el inicio la identidad de El Obrero y de los grupos que formaron OCPO. Varios de ellos, aún sin conocerse, venían de procesos y elaboración teórica y política asombrosamente similares, como fue el caso de El Obrero y Lucha Socialista. En ambos grupos, por ejemplo, se interpretaba que las insurrecciones urbanas de fines de los '60 cuestionaban profundamente las estrategias revolucionarias obrero-campesinas heredadas de las revoluciones soviética, china y vietnamita. Por eso es que, para El Obrero, el Cordobazo fue el hecho decisivo que le permitió pensar una nueva teoría política que estará en la base de su desarrollo posterior.

El Cordobazo y el Clasismo

Hacia fines de los '60, El Obrero tenía alguna inserción en fábrica y varios cuadros en los sindicatos de trabajadores estatales. La gran huelga de la Universidad de Córdoba, en 1966, democratizó profundamente al movimiento estudiantil, y en ese magma de agrupaciones de base nacieron los Grupos Revolucionarios Socialistas (GRS), el brazo estudiantil de El Obrero. También en las fábricas la tarea de la hora era el impulso a las agrupaciones de base, no partidarias, donde convergían las organizaciones revolucionarias en la lucha por el salario y la democracia sindical.

La formulación política de El Obrero estaba fuertemente impregnada por planteos de principios, común a toda la izquierda socialista, y su propaganda tenía más un contenido de docencia que de propuestas políticas. De hecho, el nombre El Obrero fue asig-

nado por los trabajadores que, al ingresar a fábrica, recibían un pequeño periódico que tenía ese nombre y que contenía lecciones de materialismo histórico junto con análisis políticos y sindicales.

En realidad, el nombre de la publicación había sido tomado del periódico homónimo publicado en 1890 en la Argentina por el ingeniero alemán Germán Avé Lallemand, un intelectual marxista de una rara originalidad.

El debate político interno del grupo El Obrero era intenso, y giraba alrededor de toda la teoría marxista que se conocía por entonces. A mediados de los '60, las editoriales Pasado y Presente y La Rosa Blindada habían introducido autores que el comunismo oficial ignoraba: Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, Nicolás Bujarin y toda la vanguardia rusa asesinada por Stalin como Georg Luckács, Võ Nguyên Giap y, decisivamente, los documentos de la Tercera Internacional que resumían la experiencia del movimiento comunista mundial. También contemporáneos europeos como Louis Althusser, Nicos Poulantzas y otros.

Los militantes de El Obrero devoraban esos libros y los sometían a una crítica implacable. Así se forjó un conocimiento profundo del marxismo y de la experiencia revolucionaria mundial. Desde Trotsky hasta Mao, desde la revolución argelina hasta la cubana, todo era estudiado sistemáticamente, pero con el desprejuicio y la irreverencia del recién llegado.

Pero, en mayo de 1969, el Cordobazo puso patas arriba el proceso político y trajo un salto en la acumulación política de los destacamentos revolucionarios. La irrupción de la clase obrera, primero en las calles de Córdoba y luego en varias ciudades, significó que todo el debate teórico de los años previos tuviera ahora una referencia ineludible y que, a partir de entonces, la acción política ocupara el centro de la actividad de los grupos de la izquierda revolucionaria. Ya no se polemizaba sobre experiencias lejanas, o en todo caso, esa polémica tenía una atinencia concreta e inmediata, y cada vez más lo que se decía y se hacía tenía consecuencias en el proceso político, a medida que los cuadros más destacados del movimiento obrero asumían o eran influidos por las posiciones de izquierda.

Un año después del Cordobazo, Sitrac-Sitram, los sindicatos de la fábrica automotriz Fiat radicada en Córdoba, produjeron en la práctica otra ruptura con la vieja izquierda al recuperar del fondo de la historia del movimiento obrero argentino los principios de clase que definen la lucha reivindicativa como antiestatal, anticapitalista y antiburocrática.

Para entonces, la izquierda socialista ya estaba inserta en puntos importantes del mapa industrial, y continuaba librando su batalla contra las corrientes que proponían la revolución por etapas. De hecho, en el Encuentro Nacional de Obreros Revolucionarios,



convocado por Sitrac-Sitram en 1971, ése fue el debate central, que culminó con una declaración que reivindicaba la revolución socialista y hacía suyas todas las luchas del movimiento obrero argentino, desde el anarquismo hasta el 17 de octubre, pasando por la Patagonia Rebelde y la huelga de los talleres Vassena de principios del siglo XX.

Cámpora al gobierno

Con el Gran Acuerdo Nacional, lanzado en 1972 por el general Alejandro Agustín Lanusse, la burguesía se propone disputarle en términos políticos el dominio del Estado al movimiento popular. Es decir, renuncia a disciplinar al movimiento obrero por la vía coercitiva para, en cambio, establecer nuevas formas de relación donde lo que se busca es el consenso. De este modo, el proceso dictatorial en manos de Lanusse adquiría ductilidad. Por un lado, abrió los grifos de la descompresión social por medio de paritarias que trajeron aumentos salariales; por el otro, había cierta libertad formal, aunque, a la vez, se mantenía la persecución y represión al activismo clasista y al movimiento político revolucionario. Con Lanusse el pueblo experimenta las primeras desapariciones forzadas de personas, las detenciones ilegales y fusilamientos de militantes (el caso emblemático es, sin dudas, el de Trelew).

Así, la dictadura intentaba aislar al movimiento revolucionario, ya que la condición para liberalizar el régimen político era que los partidos tradicionales repudiaran a las organizaciones armadas, lo que Lanusse también le exigió a Perón. A su vez, como la dictadura percibía la complicidad de las organizaciones armadas peronistas con Perón, le impuso condicionamientos para poder ser candidato en el futuro proceso electoral.

Esta sinuosidad de la política de Lanusse puso en crisis a El Obrero-GRS, induciéndolo a profundizar su izquierdismo, de manera que un año antes de las elecciones de marzo de 1973 lanza el "boicot" al proceso electoral. Su política se vuelve profundamente sectaria, pues denuncia como enemigos del movimiento popular a todas las corrientes políticas que guardan algún tipo de expectativas en el proceso electoral. De todas maneras, es importante señalar que estas vivencias de El Obrero-GRS anclaban en las propias contradicciones que se movían en lo profundo del movimiento popular.

No obstante, la inserción social de Poder Obrero le impone a sus militantes un llamado de atención con respecto a la forma concreta de expresar el boicot, ya que se percibe que el movimiento obrero se ha incorporado al proceso electoral, por lo que se descarta apostar a un voto de masas, como sería un vuelco hacia el voto en blanco, y se opta por una forma de voto programático con la idea de agrupar al activismo

"más conciente". Entonces, la propuesta fue el Voto Repudio, expresado en una boleta donde se plantea el rechazo a las elecciones en nombre de la continuidad de la lucha por el socialismo.

El día después del Camporazo, el 12 de marzo, llegó la crisis, cuya profundidad fue aún mayor que la de otros grupos a causa de la inserción de El Obrero en el movimiento de masas y su aguda sensibilidad política. Se declaró entonces "el estado de asamblea", al que se sumó, además, a agrupaciones estudiantiles y gremiales, y a dirigentes independientes que eran referentes del movimiento popular y habían compartido la posición electoral.

Una fábrica entera, la de motores Perkins, encabezada por su comisión interna, había decidido, en una asamblea en puerta de fábrica, poner en la urna el voto repudio. Al día siguiente, sólo el humor cordobés mitigó el abatimiento avergonzado de quienes habían impulsado esa táctica.

La ascunción de Cámpora y la primavera democrática

La recomposición de Poder Obrero, pese a la magnitud de la debacle inicial, no tardó demasiado. No sólo por la reubicación autocrítica sino, fundamentalmente, porque el propio proceso de masas avanzaba vertiginosamente. A poco andar del gobierno peronista que asumió en 1973, trabajadores de todo el país comenzaron a rebelarse contra el Pacto Social y rompieron el techo salarial impuesto por el Plan Gelbard. La lucha de clases estallaba en el seno mismo del poder político y, de algún modo, los trabajadores comprendían que, pese a la profunda brecha democrática que abrió de hecho el triunfo de Cámpora, se vivía una situación de equilibrio catastrófico, con un movimiento obrero y popular sin fuerza suficiente para ganar la hegemonía política a la vez que los grandes grupos de poder se recomponían rápidamente. Poco después, los proyectos de reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales, que daba mayor poder a la burocracia sindical, y del Código Penal, que era un arma contra las movilizaciones obreras, fueron otros tantos motivos de enfrentamiento con el gobierno. En ese marco, se intuía que, la estabilización política bajo la férula de cualquier fracción gran burguesa en condiciones de imponerse, con Perón o sin él, favorecería el aplastamiento cruento de toda resistencia que obstaculizara el proyecto de recomposición capitalista y de cambio drástico en la distribución del ingreso. No lo sabíamos entonces, pero éste era el objetivo del capitalismo en todo el mundo.

Entretanto, en el seno de El Obrero, triunfaba en el debate la corriente que proponía profundizar el compromiso político asumiendo todos los matices de la lucha política democrática, desde una posición de autonomía revolucionaria. La defensa de la goberna-

ción de Ricardo Obregón Cano en Córdoba, y de Martínez Vaca en Mendoza, mostraron la importancia que tenía en la conciencia de las masas la defensa de la soberanía popular. Esta asimilación también abrió a una mayor comprensión del peronismo. La lucha consecuente por la profundización de la democracia, bien que conservando la independencia política revolucionaria, abrió paso a las consignas transicionales y a una incursión profunda en las tesis de la Tercera Internacional previas a la muerte de Lenin.

Así se incorporó la distinción entre sindicatos de clase y consejos obreros, los organismos de resistencias de la clase obrera y las organizaciones de doble poder. Este bagaje teórico y una subjetividad ansiosa en penetrar en la tensión de una lucha de clases cada día más compleja permitían dar cuenta de las formas novedosas de organización popular en la lucha contra el desabastecimiento y el control de precios. En las barriadas del gran Buenos Aires y de la Capital, las Unidades Básicas, que como se sabe eran las formas de organización política del Partido Justicialista, asumían esas tareas rompiendo los moldes de la estructura partidaria para transformarse en organismos de lucha popular.

En esta práctica, la profundización de la lectura de Trotsky permite separar el concepto de las consignas transicionales con el programa de transición. En la concepción de Poder Obrero, el programa es siempre un programa de lucha que se va adecuando a la relación de fuerzas que, a su vez, es esencialmente dinámica. Desde esta práctica van surgiendo posiciones políticas que le permiten a Poder Obrero salir de la crisis del 11 de marzo de 1973 y volver a reinsertarse en la lucha política. Este es el concepto que más tarde, como consigna de resistencia democrática frente a la ofensiva del isabelismo y las tres "A", se formula como Gobierno Provisional del Senado". No por casualidad estas consignas de lucha no fueron levantadas por las organizaciones políticas de raíz stalinistas y trotskista.

De esta manera, se abandona la concepción formulada por el Lenin en **¿Qué hacer?** a favor de **El Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo** y todos sus escritos producidos durante el proceso revolucionario, desde **Las Tesis de Abril** en adelante, hasta la convocatoria a la Tercera Internacional. También Trotsky, con **A donde va Francia**, **La lucha contra el Fascismo en Alemania** y **Los escritos militares** influyeron en la reformulación de la teoría revolucionaria

de Poder Obrero, así como los escritos sobre el fascismo de Poulantzas, los de Gramsci sobre la huelga turinense, la literatura sobre los consejos obreros y las tesis de Zinóviev.

Del clasismo a las coordinadoras

Desde la epopeya de los sindicatos cordobeses de Fiat, Sitrac-Sitram, que en enero de 1970 emergieron afirmando su condición de clase y excluyendo toda política de alianzas con fracciones del gremialismo burocrático, el movimiento obrero combativo había recorrido un largo camino en el que se asimiló plenamente la necesidad incesante de buscar términos de unidad los más amplios posibles. En este sentido, los mecánicos cordobeses en 1974, los metalúrgicos de Villa Constitución y, poco después, en 1975, las Coordinadoras de Gremios en Lucha de Córdoba, Buenos Aires y Santa Fe, redefinieron el clasismo y, superándolo, incorporaron el carácter pluralista de la lucha reivindicativa y democrática.

Una vasta avanzada obrera, influida por las organizaciones revolucionarias, aprendía junto con ellas que la unidad de los trabajadores, cualquiera fuese su identidad política, era la condición fundamental para defender salarios y libertades democráticas. Después de todo, el Cordobazo fue fruto también de la alianza entre un socialista, Agustín Tosco, y un astuto vanderista, Elpidio

Torres, que por entonces jugaba al recambio del dictador Onganía propuesto por otro general, Alejandro Agustín Lanusse. Y a partir de 1973, Tosco se unió al peronista.

En la recuperación del SMATA y de la UOM Villa Constitución, sus conducciones ya no se definen como clasistas aunque sigan siéndolo. Son listas plurales en las que la conducta política y la metodología los define como clasistas. En la Mesa de Gremios en Lucha de Córdoba, que es el antecedente inmediato de las Coordinadoras, también se visualiza una concepción mucho más abierta, más flexible, más política, causada por la necesidad vital de evitar el aislamiento del movimiento obrero. Hay una continuidad clasismo-sindicalismo combativo-coordinadoras. Las coordinadoras son las síntesis, ya no plantean sólo cuestiones reivindicativas sino que se erigen en conducción obrera y dirigencia popular, incorporando en sus propuestas la lucha por las libertades democráticas.

En esos años, el pensamiento político que fue elaborando OCPO tiene esa base, es decir que se origina en una estrecha relación con el propio proceso



político de masas. Fue clasista con el Sitrac-Sitram y luego tuvo una influencia decisiva en las Coordinadoras. Y fue influida por ellas.

Este proceso es palpable en la política de alianzas. Por ejemplo, en 1974, previo a la intervención del sindicato metalúrgico de Villa Constitución, la UOM llama a todos los partidos políticos a una reunión y los invita a sumarse a la lucha contra la intervención. En el caso de Córdoba, a fines de 1975, la Mesa de Gremios en Lucha, convoca a todos los partidos políticos a una reunión en Alta Gracia, en la que estuvieron dirigentes nacionales del radicalismo y del peronismo. La Mesa, en nombre del movimiento obrero cordobés, los invita a luchar juntos para parar el golpe.

Estas iniciativas eran propuestas de OCPO, que concibe al frente de masas como un instrumento dinámico, cambiante, siempre contradictorio, que se define en cada momento político concreto. Esto es un elemento nuevo, porque la tradición de la izquierda socialista y trostkista admite alianzas sólo con quienes se puede acordar un programa de más largo plazo, y no una consigna para un momento concreto en el cual se busca un determinado objetivo que conviene a los intereses inmediatos del proletariado.

El final

En octubre de 1975 se realizó el último Comité Central de OCPO. Para entonces, la lucha política entre militaristas y espontaneístas ya se había desatado. El núcleo fuerte de los primeros estaba en el Comité Militar, con Oscar Salerno, Vampi y Raúl Tissera, y en la secretaria de Organización, a cargo de Eduardo Renedo, un cuadro de una capacidad teórica deslumbrante que elaboró la fundamentación en que se apoyó el militarismo y que luego revisaría totalmente su posición, poco antes de que fuera secuestrado. Los seguían centenares de militantes sumamente jóvenes, incorporados en la última etapa, que a causa de la forzada clandestinidad no conocían ninguno de los cuadros históricos de la organización. Casi todos revistaban en el aparato militar o en áreas burocráticas y carecían de experiencia de masas, al contrario del perfil tradicional de los militantes de OCPO, formados en las lides sindicales o estudiantiles, donde habían ganado representatividad y reconocimiento.

Por otro lado, el ala política se sostenía en los cuadros históricos de El Obrero, como Fessia, Camilión y Castro, a esa altura debilitada porque Iturburu y Rubio, de Lucha Socialista, estaban en pri-

sión, y Espeche había renunciado a la dirección para proletarizarse.

Luego de un largo análisis de la inminencia y, acaso, la inevitabilidad del golpe militar, expuesto por Fessia, la política que se adoptaría hacia delante desató el conflicto. Por una parte, el ala política propuso profundizar las tareas de masas, redoblar los esfuerzos de unidad con PRT y Montoneros, no solo para actuar conjuntamente en el plano militar sino, fundamentalmente, para trabajar una táctica común en el movimiento obrero y para lanzar una ofensiva política conjunta destinada a incidir en los partidos tradicionales, a esa altura divididos entre entusiastas y resignados frente al futuro golpe.

En el fondo de esta propuesta estaba la convicción de que las condiciones habían cambiado irreversiblemente, y que la posibilidad de parar el golpe estaban ya prácticamente fuera de las posibilidades de las organizaciones revolucionarias, lo cual debilitaba enormemente esta posición en el debate.

Aunque formalmente coincidían con la propuesta política, los integrantes del Comité Militar respondieron que la vía fundamental para revertir el retroceso era profundizar el enfrentamiento militar. Propusieron un plan de operaciones de extrema ofensiva que, explicaron, fortalecería la organización y sería un aliciente para las luchas del movimiento obrero, que se hallaba desvalido por las vacilaciones de las organizaciones revolucionarias que, prácticamente, lo habían abandonado a sus fuerzas en medio de la represión desatada por la derecha. Contribuía a esa lectura la ofensiva que el PRT redoblaba pese a los reveses de la Compañía de Monte en Tucumán y de las tomas de los cuarteles de Sanidad y Monte Chingolo, y al cambio de rumbo de Montoneros, que había lanzado un ambicioso plan militar visto el ocaso de las Coordinadoras.

En rigor, el planteo militarista reformulaba una vieja discusión sobre el papel del partido, su metabolismo con la clase obrera, es decir lo que el leninismo define como la relación vanguardia-masa o, mejor aún, entre espontaneidad y conciencia. Frente a una coyuntura en la que las tareas de masas se volvían cada vez más difíciles por la crisis política y la represión, la propuesta de una resolución militar sonaba atractiva para muchos compañeros que se habían incorporado a la militancia prácticamente con un fusil en la mano.

Las dos posiciones estaban en paridad de fuerzas en el máximo organismo de conducción, de ahí





que la resolución final haya sido una mezcla de ambas posiciones. Así, puede leerse lo siguiente en el Informe Político del Comité Central, fechado el 1° de Octubre de 1975:

"El enfrentamiento al gobierno y a las fuerzas represivas y golpistas a fin de promover una apertura democrática para el campo obrero y popular debe ser el objetivo fundamental de la lucha armada. Para ello, la Organización debe multiplicar en forma acelerada su capacidad de combate a través de las Brigadas Rojas, a la vez que debe jugar un rol decisivo en el impulso de los piquetes obreros armados y de todos los niveles de autodefensa de masas." Y más adelante decide: *"Promover una línea de unidad de acción con todas las fuerzas políticas obreras, populares y democráticas en defensa de las libertades democráticas y contra el golpismo. El eje central de la política de unidad de acción debe consistir en impulsar todo tipo de manifestación, acto, denuncia u otros hechos concretos, que contribuyan a ampliar el espectro de fuerzas para enfrentar al golpismo y las maniobras autoritarias y antidemocráticas de la burguesía. A este nivel debe convocarse el conjunto de fuerzas que tienen contradicciones políticas con las maniobras golpistas, dando a la vez con ellas una lucha consecuente sobre la necesidad de levantar la renuncia del gobierno y la convocatoria a elecciones, pero sin romper la unidad de acción política."*

Era un documento de compromiso; de hecho, reabrió la lucha política con más fuerza. En la reunión, Fessia terminó aceptando el plan militar para evitar la profundización del conflicto. Nunca pasó de unas pocas operaciones. La represión destrozó el aparato militar y OCPO fue descabezada en pocos meses.

Algo sobre el militarismo

Hacia fines de 1975, después del Rodrigazo, el movimiento obrero estaba exhausto y fracturado por dentro. Grandes capas de trabajadores peronistas se retraían, desconcertadas por la bancarrota isabelista y la clausura del horizonte político, en tanto que los sectores obreros y populares que habían sido el núcleo dinámico durante el período anterior comenzaban a aislarse, así como las organizaciones revolucionarias, que nos empeñábamos en redoblar la apuesta aún sabiendo que el camino de la revolución era ya un corredor sin salida. El militarismo, que la movilización incesante había perdonado, cobró mayor fuerza en todas las organizaciones armadas. No el foquismo, al menos en el sentido clásico, el de Régis Debray, que sólo tuvo vigencia en las ingenuas primeras agrupaciones armadas de los '60, como las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) en sus respectivos comienzos.

Por ejemplo, el PRT fue, quizás, la organización

que con mayor fidelidad aplicó la concepción leninista del partido, y queda para otro debate si no fue esa misma concepción, que en **¿Qué hacer?** exacerba la centralidad de la vanguardia, lo que llevó al PRT a retirar cuadros valiosísimos de las coordinadoras para sumarlos al combate armado.

Es que todo partido político es portador de una propuesta de orden, de un orden determinado, más aún cuando se trata de una organización revolucionaria a la usanza de los '70, dos décadas antes de Chiapas y la encantadora sabiduría del subcomandante Marcos. He ahí el mayor conflicto para un revolucionario, un desafío que no puede resolverse de una vez y para siempre sino que exige respuestas en cada momento político. Lo saben largamente los dirigentes gremiales que militaron en algún grupo político setentista y que vivieron la contradicción entre la espontaneidad del movimiento, su desorden natural, y la propuesta política de su partido, siempre al filo de lo burocrático y autoritario que los aísla o del espontaneísmo que lleva a que la construcción política sea como arena que se escurre entre las manos.

Y el militarismo es la máxima propuesta de orden, ya que una operación armada puede ser planificada de antemano hasta en el menor detalle y su simetría, su perfección previa en la mesa de arena, son menos riesgosos y exigen menos creatividad y audacia que la resolución de una crisis política, donde se está obligado a tener cuidadosamente en cuenta no ya las fuerzas propias, el número de combatientes, el armamento, el escenario operativo, etc., sino las tendencias profundas del movimiento social, sus contradicciones internas y su capacidad de respuesta. No fue en 1973 cuando esa impotencia nos arrastró al holocausto, sino hacia finales de 1975, cuando toda nuestra inexperiencia y nuestro tremendismo revolucionario quedaron al desnudo a un costo terrible.

En nuestro descargo, cabe alegar que poquísimos dirigentes superaban los 30 años de edad. Ni la izquierda revolucionaria socialista, que emerge con el Cordobazo sepultando en la teoría y la política al viejo y anquilosado debate entre stalinistas y trotskistas, pudo procesar acabadamente una nueva concepción de la construcción política. Apenas la cortedad de nuestra experiencia nos dio tiempo para comprender que los procesos revolucionarios no se inician con un libreto previo elaborado por un grupo de intelectuales para ser llevado a las masas, como una razón que se despliega, sino que la primera tarea es aportar a la construcción del frente de masas, que es donde los programas adquieren sentido y cobran vigencia política al ser sometidos a la acción colectiva, que los corrige y los perfecciona o los sepulta. Y es en el frente de masas donde se ha de construir el partido o, mejor, los destacamentos revolucionarios, ya que es de secta religiosa pensar que, salvo la propia, todas las creencias llevan a la herejía y al fuego eterno. ●

INFORME POLÍTICO

Documento interno del OCPO, 1975.

LA LUCHA DE CLASES EN EL PAÍS SE HA TENSADO Y NOS EXIGE PRECISAR LOS PASOS TÁCTICOS Y LAS PREVISIONES DEL CURSO FUTURO DE LOS ACONTECIMIENTOS. LOS CAMBIOS OPERADOS EN EL PANORAMA INTERNACIONAL TIENDEN A AGUDIZAR EL JUEGO DE LAS CONTRADICCIONES INTERNAS, ACELERANDO EL DESENLAJE DE LA ACTUAL SITUACIÓN DE EQUILIBRIO INESTABLE POR LA QUE ATRAVIESA LA ETAPA.

La situación internacional

Luego de un marcado *retroceso del imperialismo yanqui* en el campo internacional, signado por el triunfo de la *Revolución Indochina*, la crisis de Chipre y Medio Oriente, el avance revolucionario de Portugal, el crecimiento de la oposición latinoamericana, etc., hecho que coincide con la aguda recesión yanqui del 73-74 y un avance agresivo de la URSS en las diversas áreas de competencia en los últimos meses, se comienza a operar la apertura de una nueva fase en la que *los yanquis retornan nuevamente la ofensiva* y se lanzan a recuperar posiciones a nivel internacional.

Este cambio de relación de fuerzas se asienta básicamente en varios elementos: 1) tendencia a una reactivación económica interna norteamericana. La política proteccionista y la libre fluctuación del dólar, le permite a EE.UU. mejorar relativamente su balanza comercial y de pagos en perjuicio de los demás centros monopolísticos (MCE y Japón), a la vez que empieza a operarse un lento proceso de reactivación industrial interna a partir de la segunda mitad de este año; 2) persistencia de la crisis en el MCE (particularmente Alemania y Francia) y agudo proceso de recesión japonés, que le permite a los yanquis lanzarse a formar una línea de compromisos sobre los demás centros imperialistas mundiales, en detrimento de un avance de la URSS; 3) quiebre del Frente Árabe a partir del acuerdo Egipcio-Israelí en detrimento de la política de la OLP y la URSS, a la vez que se promueve en el Líbano un proceso reaccionario contra la OLP; 4) fisuras en el frente petrolero, a partir de la presión ejercida por Arabia Saudita e Irán, hoy estrechos aliados yanquis dentro de la OPEP, que le permiten anular el nuevo intento de ofensiva en los precios del petróleo; 5) reconocimiento de la URSS de los actuales límites de influencia en el terreno internacional (tratado de Helsinki) que tiene sus inmediatas consecuencias en Portugal) donde se expresa a nivel de gobierno un desplazamiento de las fuerzas de la izquierda y un avance de la socialdemocracia, agente objetivo de la burguesía.

Esta *ofensiva política yanqui a nivel internacional no elimina, en manera alguna, las numerosas zonas de tormenta ni implica un cambio radical de la actual situa-*

ción de debilidad estratégica en que se encuentra EE.UU. Tampoco está asentada sobre un proceso de *recuperación económica efectiva*, ya que el carácter de *la actual reactivación económica tiene rasgos coyunturales limitados* (que puede durar aproximadamente dos años) y no tiene posibilidades de producir un avance de la magnitud del operado en 1960/66. A pesar de que Ford anunciase un ambicioso plan de inversiones (100 mil millones de dólares) en la industria energética, no se debe perder de vista que el mercado interno yanqui se ha achicado a partir de la crisis de la industria automotriz, y del estancamiento de la industria espacial, dos de los pilares de la industria yanqui.

Sumado a esto está *el alto índice de desocupación interno y a nivel internacional*, las escasas posibilidades de operar una fuerte expansión de las inversiones, y del comercio, ante el mantenimiento de la recesión en Japón, Alemania, etc. Este conjunto de factores determina un límite bastante grande a la reactivación económica norteamericana, que luego de dos años *puede abrir cauce a una crisis más profunda aún que la del 73/74.*

Pero sí puede tener consecuencias políticas en un plazo relativamente inmediato que debemos tomar en cuenta: en primer lugar, obliga a la URSS a girar a la derecha en su política internacional frenando los rasgos agresivos de su política en estos últimos años (Portugal, Indochina, Medio Oriente, Chipre, etc.); este giro a la derecha va de la mano del reconocimiento de las actuales *zonas de influencia* y de *un avance de la cooperación económica ruso-yanqui*; en 2º lugar le permite neutralizar las manifestaciones más agudas de los conflictos internacionales y ganar un respiro en varios centros de tormenta. En 3er. lugar, le permite a los yanquis *debilitar la oposición de los no alineados, bloque en el que se manifiesta un deterioro de la influencia de los países más radicalizados, a la vez que un crecimiento de los moderados y conciliadores.* Esta situación se manifiesta en Latinoamérica, en un debilitamiento de la oposición nacionalista que tiene como eje a Perú, Panamá, Venezuela.

Esta nueva ofensiva yanqui a nivel internacional tiene características esencialmente políticas (la combinación del acuerdo y el garrote) y tiene que ver mucho con la necesidad de ajustar el proceso electoral próximo, pero que no debe ser subestimado por sus rasgos agresivos.

Por otra parte, *no va acompañado de un serio proceso de recuperación y disponibilidad de recursos económicos internacionales, lo que hace previsible que América latina no entre en la esfera de las prioridades de inversión.* Si bien América latina es considerada por los yanquis como zona de fundamental importancia estratégica, la actual relación de fuerzas que se opera en América latina no los coloca en una situación apremiante como para obligarlos a volcar sus recursos hacia la economía latinoamericana. El golpe reaccionario de Banzer primero, la dictadura terrorista de Pinochet y la

bordaberización uruguaya le permitieron revertir la situación política que había creado el alza de masas operado a partir del 70. En este marco, *la resistencia antiimperialista se desplaza de eje hacia las corrientes nacionalistas burguesas de Perú, Panamá y Venezuela con sus límites y características de clase.*

Esto no quita en absoluto que el imperialismo yanqui se lance a presionar con mayor agudeza sobre América latina, tal como ocurrió hace poco con el abortado golpe derechista en Ecuador, la negativa a una negociación con Panamá, etc.

Dentro de esta reducción de prioridades, *antes que la Argentina se encuentran Brasil y Paraguay, jugando el rol de subimperialismo y de estado policíaco, respectivamente.*

Esto nos hace prever que: 1) se acentúa sobre el país *una mayor presión del imperialismo yanqui*, 2) que esa presión no viene acompañada de una política económica amplia, sino en un plan de fuerte concentración y austeridad, tipo FMI. 3) Que necesariamente *tiene que apoyarse en los sectores más retrógrados de la burguesía y en una política de mano dura.* 4) *Que esta ofensiva tiende a ser gradual y que, combinada al proceso político interno, adquiriría su pico de mayor presión, en la primera mitad del próximo año.* Que esto se pone de manifiesto en las condiciones que le impone el Fondo Monetario a la misión Cafiero, con los préstamos "atados" que hoy se están negociando, en la presión de los monopolios para cortar los intentos de control de precios, en los objetivos que le imprimen los latifundistas y terratenientes de CARBAP al último paro ganadero, etc.

La situación nacional

1 El refresco que trajo Lúder a la desgastada imagen del P.E., no modifica los rasgos sustanciales de inestabilidad en que se debate el gobierno nacional. A la vez, se ha transformado en fuente de nuevas fricciones y conflictos dentro y fuera del Partido Justicialista.

Luego de las concebidas expectativas por su asunción y por las medidas adoptadas (destitución de Lacabanne, renuncia de Damasco, diálogo con los partidos opositores, etc.) no pudo tampoco sustraerse al desgaste que sufre el Gobierno.

En primer lugar, porque *las contradicciones internas del peronismo* —producto de su descomposición y crisis— haya adquirido tal agudeza que se han trasladado a las instituciones que en el esquema de dominación democrática-burguesa deben mantener la apariencia de "árbitros supremos" por encima de las contradicciones intersectoriales. Hoy, por el contrario el P.E. es disputado a dentelladas *entre verticalistas y antiverticalistas, disputa que paraliza al parlamento, que abre fisuras en el gabinete nacional, en la burocracia sindical, etc. y coloca al gobierno en una situación de aguda inestabilidad y deterioro.*

En segundo lugar, porque Lúder —*que sube al gobierno apadrinado por Afirmación Peronista y con el apoyo de los demás partidos opositores*—, en buena medida, *en canal de presiones y creciente participación de las FFAA a través de la actual propuesta de "frente antisubversivo" y de Institución-nalización más Represión.*

Esta nueva situación abre nuevas contradicciones y reacomodamientos en el seno del Justicialismo y de los partidos burgueses.

2 La lucha entre *verticalistas y antiverticalistas* pone al desnudo una situación tal, en la que *ninguno de los bandos tiene suficiente fuerza para imponer claramente su hegemonía: los verticalistas, que controlan el Consejo Superior, la mayoría del Gabinete Nacional y la Cámara de Diputados, vienen con sus fuerzas en franco retroceso.* En el plano Gremial, Miguel sufre una gran desgaste —incluso en la propia UOM— *y se ve obligado a apoyarse en las 62 Organizaciones, reducto del lopezrreguismo sindical y de los verticalistas.* *En el plano político no tienen aliados en los demás partidos burgueses, fundamentalmente, tratan de defender lo indefendible: el mantenimiento de Isabel Perón como cabeza del partido y del gobierno.*

Por otra parte, el sector de *Afirmación Peronista, que tiene como figura política a Calabró*, en un proceso de crecimiento político no ha ganado suficiente peso en el Partido, aunque *cuenta con un mayor espacio político por medio del apoyo que le brindan los demás partidos, en particular la UCR.* *Su principal y gran debilidad es que no tiene un crecimiento a nivel de masas y sufre en forma similar —aunque en menos medida— las consecuencias de la descomposición del peronismo.* Crece, pero como coletazo y reacomodamiento de un proceso más general de crisis y descomposición política. Además, *el sector de Afirmación —que levantó como recambio del gobierno a la figura de Lúder— se enfrenta hoy ante la contradicción de que éste amenaza con despegarse de su base de apoyo —el Senado y la oposición al verticalismo— para hacerse eco de las presiones de las Fuerzas Armadas.* *Esta mayor ingerencia militar en el gobierno le abre un conjunto de contradicciones al partido oficial y a las fuerzas opositoras que tienden a ponerse al rojo vivo en la disputa Lúder-Isabel.* Por otra parte, el regreso y mantenimiento de Isabel Perón —*figura no controlada por las Fuerzas Armadas— le agregaría un tembladeral a la ya actual situación de inestabilidad y precariedad política.* Por la otra, la reafirmación de Lúder al frente del gobierno les trae el riesgo de perder su control político.

3 La crisis del gobierno no es sino el reflejo y la manifestación de la crisis del gobierno parlamentario de derecha y sus pilares (el peronismo y el radicalismo). Este esquema de dominación que puso en marcha la burguesía con las elecciones y con Perón, hoy está dando sus últimos coletazos, pues están quebradas las premisas que le dieron origen. Dentro de esta situa-

ción y en la medida en que la actual crisis tenga un término de resolución —ya sea mediante un retroceso de la burguesía ante la lucha y presión obrera y popular, o bien a manos de la gran burguesía ligada directamente al imperialismo— es el sector de Afirmación Peronista y Lúder los que tienen más posibilidades de imponerse por aparecer éste como mayor garantía política para la burguesía que Isabel Perón. En este marco, el 17 de Octubre es un primer plazo de resolución del conflicto Lúder-Isabel.

4 Sin embargo, un eventual triunfo de Lúder no es tampoco garantía de estabilización efectiva. Aún con el aval con reservas que le otorgan las FF.AA., el apoyo que le otorga la UCR y el menor deterioro de Afirmación Peronista, Lúder no tiene ni el espacio, ni las condiciones económicas y políticas suficientes para neutralizar el conjunto de contradicciones existentes en el país.

En primer lugar, Lúder trata de compatibilizar una apertura del juego político con los demás partidos y una ofensiva represiva contra el campo revolucionario. La base misma de esta propuesta es contradictoria: una efectiva represión contra la guerrilla y la avanzada revolucionaria les exigiría —para ser realmente efectiva— un proceso gradual, de “tucumanización del país”, lo que entraría en flagrante contradicción con la pretensión de abrir en alguna medida el juego democrático-burgués. No se puede realizar una ofensiva militar contra el campo revolucionario mediante un gobierno que trata de preservar la actual estructura parlamentaria y el juego democrático burgués que en definitiva es la muestra de un proceso político en retroceso.

Por otra parte, el mismo Lúder no puede suscribirse, en definitiva a la base de apoyo que le dio origen (el Senado, el justicialismo, etc.) ni es tampoco una figura que concite expectativas en el campo popular, como para darle un sustento político efectivo a la propuesta de Institucionalización más represión.

En segundo lugar, la situación económica del país amenaza con agravarse a corto plazo, trayendo aún más inestabilidad a la situación política y colocando al proyecto Cafiero al borde del fracaso, cuestión de la que no puede desligarse Lúder, en tanto no tiene una alternativa diferente a la del actual ministro de Economía.

5 El proyecto Cafiero. El proyecto Cafiero es el intento de frenar el proceso recesivo que sufre la economía del país, neutralizando el curso descendente de la misma y sentando las condiciones para una posterior expansión económica. Su objetivo no es la expansión inmediata, sino el reordenamiento y la neutralización de la crisis. Ante esta perspectiva, adquiere la característica de “plan de Emergencia” de carácter transicional que presente como término de conciliación entre la burguesía monopolista argentina y el imperialismo yanqui y como punto de equilibrio entre el mercado interno y el internacional. Sin embargo, a corto andar su objetivo transitorio y de emergencia se enfren-

ta a dificultades cada vez más crecientes.

A nivel internacional, a pesar de su política conciliadora, no es la figura que representa económica y políticamente el proyecto que impulsa el imperialismo yanqui (a través de los organismos financieros internacionales) ni tampoco a la gran burguesía aliada a los centros monopolísticos. Los magros créditos internacionales son una prueba del escaso apoyo obtenido en la banca internacional y de los numerosos condicionamientos económicos que se le imponen.

Cafiero se dispone a aplicar el conjunto de medidas que le exige el FMI para dar vía libre a las pocas divisas concedidas. 1) aumento de tarifas, transporte y combustibles, 2) Racionalización de la Administración Pública y reducción del déficit del Estado, achicando el Plan de Obras Públicas. 3) Modificación de la ley de Inversiones Extranjeras (transformación de las sociedades S.R.L. en anónimas como forma de encubrir el origen de los accionistas y eliminación del tope del 12% a la exportación de utilidades, etc.) y de la ley de Hidrocarburos. 4) Devaluaciones periódicas y sistemáticas del peso. 5) No aplicación del control estricto de precios. 6) Reducción y postergación de los ajustes salariales, etc.

Esta política trae numerosas contradicciones en el frente interno: la burocracia de la CGT, los sectores representativos de la mediana y pequeña burguesía, etc. El proyecto Cafiero se mueve entre dos aguas, y reduce el campo de maniobras ante las crecientes demandas y necesidades de las masas. El tremendo deterioro del salario real a causa del incesante aumento de los precios (más del 100% desde junio) trae como resultado la oposición creciente de las amplias masas trabajadoras, que en forma gradual se están lanzando a la lucha salarial. Esta creciente presión obrera ha obligado a Cafiero a conceder la formación del Instituto de las Remuneraciones exigida por la CGT. Sin embargo, el escaso margen de maniobra que tiene, lo enfrentará a corto plazo a una fuerte presión salarial por parte del movimiento obrero.

A la presión obrera se le suma la movilización de todo el campo, sin exclusiones (aunque indudablemente con objetivos políticos y económicos diferentes). La gran burguesía latifundista y los terratenientes de la Soc. Rural han efectuado un paro sin precedentes en varios años atrás, encuadrado en una perspectiva de acumulación golpista. Desde otra perspectiva totalmente distinta crece la movilización de los campesinos pobres y medianos (paros de las Ligas Agrarias y Tamberas, etc.).

Este conjunto de contradicciones, más la presión ejercida por los monopolios industriales para frenar cualquier intento efectivo de fijación de precios máximos, constituyen un cuadro general que coloca al proyecto Cafiero al borde mismo del fracaso.

Tironeado por arriba y por abajo, su propuesta de emergencia amenaza con entrar en total crisis. Los nuevos aumentos de tarifas, combustibles, transportes,

etc., incidirán nuevamente sobre los precios empujándolos hacia arriba. Además, con un déficit presupuestario que bordea los 180 mil millones de pesos nuevos, con las reservas del Banco Central en franco retroceso, con una Balanza Comercial deficitaria, la situación económica del país y el panorama de Cafiero no puede resultar más que sombríos.

6 Ante esta situación de inestabilidad del gobierno y ante el cúmulo de contradicciones internas que se agudizan en el conflicto Lúder-Isabel, se ha comenzado a operar un proceso de acumulación política por fuera del gobierno peronista y del mantenimiento del parlamentarismo de derecha, con claras connotaciones golpistas. El paro ganadero (montado por la dirección de CARBAP ligado a capitales anglo-yanquis), la presión monopólica sobre los precios, el acto ultra gorila del Luna Park, las declaraciones de Bonamín y Tórtolo, etc., son la expresión de ello. En el seno de la burguesía ha comenzado a cerrarse la fase de equilibrio inestable de fuerzas que se operó hasta ahora y tiene como objetivo acumular en una línea de oposición abierta para promover un recambio golpista del gobierno.

Este nuevo factor del proceso político debe ser particularmente tomado en cuenta por la táctica revolucionaria, dado que se transforma en una nueva contradicción contra la clase obrera y el pueblo, aún hoy secundaria, pero más peligrosa por sus consecuencias. Este proceso de acumulación debe ser relacionado con la actitud y el proceso que se opera en las FF.AA., centro fundamental en el que la burguesía deposita progresivamente su expectativa de recambio a fin de que le garantice "estabilidad" y seguridad a sus negocios. El ritmo de esta política golpista está condicionado por la evolución del proceso interno de la burguesía y del gobierno, por la evolución de la situación económica y, fundamentalmente, por las características que adquiere la lucha de masas.

7 Las fuerzas armadas, después de haber liquidado de su seno a la fracción lopezrreguista, han generado una creciente participación en el Estado, mediante una política de no compromiso con los planes y decisiones del actual gobierno. Esta participación no comprometida (disfrazada de profesionalismo "prescendente") refleja el tránsito gradual de las FF.AA. hacia una salida golpista, de corte derechista.

La actual política de institucionalización más represión se enfrenta a condiciones políticas que, tarde o temprano le abrirán graves contradicciones.

Por una parte, un gobierno inestable, lleno de fricciones, no es una base política sólida para llevar adelante sus planes antisubversivos.

Por otra parte el proyecto económico actual no representa el programa económico que plantea el lanuismo —sector hegemónico dentro de las FF.AA. — más abiertamente ligado al capital imperialista.

En tercer lugar, los actuales partidos burgueses que sustentan al gobierno (desde el justicialismo hasta

la oposición radical) no son los instrumentos más adecuados para llevar adelante una línea de "mano dura" con un programa más definidamente proimperialista. Si le sumamos a esto el que la burguesía no está dispuesta a tolerar por mucho tiempo la situación de deterioro e inestabilidad actual —situación que amenaza con agudizarse a corto plazo ante una casi segura alza de las luchas obreras y populares— el proyecto de Institucionalización y represión entrará en una fase de definiciones.

En otras palabras, este cuadro de situación de las contradicciones interburguesas, agravado por una posible agudización de la lucha de masas, va preparando en la burguesía el terreno para las propuestas golpistas de tipo "excepcionistas" en la cual, su base de sustentación no la constituirán los partidos burgueses de masas (condicionado por la base electoral y por su compromiso con proyectos distintos al imperialismo yanqui) sino las entidades corporativas de la burguesía (lo que no elimina los intentos por fracturar o arrastrar tras de sí a sectores de los partidos burgueses).

Este proceso de acumulación golpista está aún limitado por una serie de variables políticas a tener en cuenta: 1) que el gobierno de Lúder entre en un proceso de desgaste y cierre las expectativas que hoy mantienen algunos niveles de la burguesía; 2) que si bien el golpismo está acumulando en la burguesía, se tendría que enfrentar al conjunto de los partidos burgueses (salvo figuras como Frondizi y Manrique), lo que determinaría una fractura prematura en el seno de la burguesía; 3) que probablemente no sean figuras como Videla y Massera —hoy hegemónicos en la conducción de las FF.AA. — sus cabezas visibles, en tanto personifican a la actual propuesta de Institucionalización más Represión (o de GAN recortado), en el otro proyecto se señalan los nombres de Mujica y Viola como figuras más visibles de una línea golpista; 4) que los sectores de clase media, presionados por la crisis y la inseguridad políticas se vuelquen hacia expectativas golpistas, situación que hoy no se manifiesta sino en un reducido nivel.

Esta situación contradictoria no puede durar por mucho tiempo. Las FF.AA. han dado ya un paso muy grande en la participación del poder político, pero que los coloca en un marco limitado y recortado para llevar adelante su "lucha contra la subversión" y su propuesta global ante la sociedad. Por ahora, el rol que les cabe (a más de condicionar los pasos políticos del gobierno) es el de jugar el rol estabilizador de un proyecto que no es el suyo.

La táctica revolucionaria, a la vez que debe multiplicar su denuncia sistemática del avance militar ya producido, debe también incorporar la agitación y la lucha contra el recambio golpista. La lucha contra la estabilización de este gobierno, por la renuncia y la convocatoria inmediata a elecciones, debe ir profundamente ligado a la denuncia y la lucha contra el golpismo, como un todo indivisible, pues forman parte de la lucha

decisiva por la ampliación de la democracia, contra las maniobras cada vez más autoritarias y excepcionistas que promueve la burguesía.

Dentro de este planteo, el principal foco de atención antigolpista son las FF.AA. Éstas presentan una contradicción que hoy debe ser aprovechada por el campo revolucionario: se han visto obligadas a "salir antes de tiempo" a jugar su rol de represores frente a las masas trabajadoras y al pueblo. Esto les limita el campo de maniobras como para aparecer como "democráticas", alejadas de las contradicciones sociales y políticas que tiene el gobierno con las masas. Esto es así, ya que para llevar adelante su plan antisubversivo, se verán obligadas a enfrentar con la represión la lucha obrera y popular. De cualquier forma, no debe perderse de vista, que el objetivo central de acumulación de las FF.AA. no son las masas populares, sino el conjunto de la burguesía que gradualmente ha empezado a hablar de la necesidad de restablecer el orden y la "moral", etc.

8 Los Partidos Opositores. En el seno de los partidos opositores se manifiesta un proceso de acomodamiento político contradictorio. En el caso del Radicalismo, se ha puesto en evidencia su apoyo al recambio de Isabel por Lúder y su alianza con Calabró. Pero al mismo tiempo se manifiesta el temor a una salida golpista, que lo lleva a Balbín a dar pasos sumamente cautelosos en sus definiciones sobre la crisis del justicialismo. En el fondo, a la vez que percibe que de mantenerse Isabel Perón en el gobierno se agravaría aún más la situación política, teme que un apoyo demasiado definido por los "antiverticalistas" agudice el enfrentamiento interno del peronismo y acelere la intervención militar. Su actitud insegura y vacilante —que ha sido la constante en toda esta etapa— lo lleva hoy a proponer un adelantamiento de las elecciones para noviembre del '76, con la finalidad de recrear expectativas electorales antes de que se desencadene con más agudeza la crisis política. A la vez, se lanza a respaldar el Plan Cafiero (no a aumentos salariales) como plan de "emergencia" ante una eventual presión de la CGT.

En el caso de la izquierda burguesa o del reformismo institucionalista, la contradictoria situación política los coloca en una posición que linda con el desarme político. En el caso del PC, se hace esto notorio: por una parte propone como objetivo fundamental la liquidación de los restos del lopezreguismo (o de los verticalistas), tratando de reformar desde "adentro" al plan Cafiero y suavizar la política antisubversiva de los militares. Por la otra, trata de salirse al cruce a la política golpista, mediante un lenguaje indirecto, que soslaya el rol de las FF.AA. en una propuesta de este tipo. El PC se ve sometido así a un juego de contradicciones que hoy lo ha ubicado en una posición derechista frente a la clase obrera y que se va progresivamente encerrando: teme al golpe y sigue llamando a un gabinete de coalición cívico-militar, democrático; trata de "izquierdizar" el Plan Cafiero, en un momento en que éste inicia serias concesiones al

FMI; se opone a Isabel, pero teme que Lúder sea canal de una participación militar antiinstitucionalista; invoca a las masas para superar la crisis, pero se ha alejado 180 grados de los agrupamientos combativos y de las fuerzas de la izquierda, etc.

Esta política de "apoyo crítico" irá progresivamente perdiendo capacidad de maniobra y le abrirá necesariamente contradicciones con las masas, que bien aprovechados, lo pueden obligar a adoptar una actitud más opositora hacia el gobierno. En ello será decisivo el proceso de masas, que se ha comenzado a gestar contra la actual política salarial del gobierno. Mientras tanto será muy difícil que el PC salte el cerco de su política claudicante frente al gobierno y las FF.AA.

Aun así, con una *política sistemática basada en una línea de unidad de acción contra el golpismo y por las libertades democráticas concretas*, lo colocará frente a las masas en una posición política sumamente difícil de sustentar.

En forma similar se manifiesta esta situación en el Partido Intransigente más sometido por sus características burguesas carente de masas, a la especulación del resultado de la confrontación Lúder-Isabel y de la evolución política de Afirmación Peronista. En forma similar es válida una política de Unidad de Acción antigolpista combinada a la propuesta de reivindicaciones democráticas concretas.

9 El campo Obrero y Popular: La clase obrera, luego del auge general de junio y julio, entró en una situación de relativa estabilidad. No dejó de llevar adelante movilizaciones, pero las mismas tuvieron un carácter fragmentado y descentralizado. Particularmente, la lucha contra la desocupación fue el centro de su actividad, teniendo en la mayoría de los casos un carácter espontáneo. Incidió, en la mayoría de los casos el hecho de que la CGT —anterior canal por el que se expresara la movilización generalizada del proletariado— hoy está taponada, tanto por el compromiso de un sector de la burocracia con el gobierno, como por las contradicciones internas que abarcan al conjunto de la camarilla sindical. En segundo lugar, conspiró contra la disminución de las movilizaciones obreras la fractura de las fuerzas revolucionarias y combativas que no le brindaron un canal de centralización política más sólida y coherente. Asimismo, dentro de esta situación hay que agregar las características discontinuas que tiene el accionar político de la clase como resultado de la ausencia de un partido obrero con peso de masas que opere como dirección política. Este conjunto de situaciones no le permitió al movimiento obrero jugar un papel más efectivo en todo el proceso de crisis que se le abrió al gobierno en julio y que tuvo por momentos características de anarquía y que aún hoy persisten.

Esta situación debe encontrar una correcta respuesta en la táctica revolucionaria, en la medida de que el Movimiento Obrero, es el factor fundamental y determinante para enfrentar y derrotar a los intentos de esta-

bilización del gobierno y a los planes golpistas de las FF.AA.

En esto se torna determinante la capacidad de movilización de la clase y la necesidad de que la misma adquiera *continuidad y claros contenidos políticos*. Todo tipo de movilización que se produzca va a contribuir a inestabilizar aún más la situación social y política del país.

En función de ello, de no mediar un término de unidad entre la lucha reivindicativa y lo político, de la inestabilidad saldría más fortalecido el polo golpista.

Por eso, se hace más fundamental que nunca ligar estrechamente las reivindicaciones sociales y económicas con la propuesta política para la etapa, dando una lucha sin cuartel contra aquellas posiciones sindicalistas que traban esta necesaria ligazón en los organismos de masas.

Hoy, en función de la gran carestía de la vida y de la fuerte caída del salario real, se está incubando en la clase un nuevo proceso de auge de sus movilizaciones. En ese marco se hace indispensable reactivar la actividad de las Coordinadoras Sindicales Regionales y promover una ligazón nacional de las mismas. El movimiento de masas debe constar de un instrumento adecuado para poder adquirir envergadura y generalización.

Si bien la burocracia tiene fuertes contradicciones en su seno y es factible que los sectores menores puedan en alguna medida hacerse eco de las presiones obreras, lo más seguro es que su actitud no será similar a la adoptada en junio/julio dado su compromiso con el gobierno y el poco espacio político que le queda para operar una actitud opositora, hoy sumamente peligrosa para la salud de la burguesía.

En esta situación se hace imperioso que el movimiento de masas cuente con direcciones de lucha ágiles y aptas de centralizar la protesta espontánea que empieza a expresarse a nivel fabril.

Montoneros: Ante el agravamiento de la crisis política del gobierno, Montoneros se ha lanzado a profundizar su accionar militar luego de mostrar algunas vacilaciones en el impulso de las Coordinadoras de base —particularmente en Buenos Aires— y de adoptar en ese terreno una actitud de desconfianza hacia la capacidad de respuesta del movimiento de masas, Montoneros se ha lanzado sin embargo a profundizar su enfrentamiento al gobierno a través de la lucha armada. La apertura del frente Rural (acción contra la gendarmería en Tucumán y enfrentamiento en Formosa) ha abierto nuevas contradicciones y ha colocado al nivel de enfrentamiento político y militar a un nivel superior. En el plano político se ha lanzado a acelerar la formación del Movimiento Peronista Auténtico como término de disputa de espacio político con Afirmación Peronista y de instrumento de presión a Cámpora que ha adoptado una actitud vacilante y de intentar recomponerse desde adentro del Partido Justicialista.

Por su nivel de enfrentamiento al gobierno, por

su propuesta política para la etapa, Montoneros se transforma en una pieza fundamental en la política de Frente Único. La Organización debe profundizar la misma en todos los niveles de actividad de masas presionándolo en todos aquellos en los cuales tiende a subestimarlos o a adoptar una actitud política sectaria. Para ello debe desarrollarse un permanente llamado a estrechar filas en todos los organismos de masas y en todos los niveles de actividad común de las dos Organizaciones.

El PRT: Otras de las piezas fundamentales de la política de Frente Único la constituye el PRT. Luego de su actitud vacilante ante la posición del PC, el PRT ha modificado su caracterización de la situación política. Cerrado totalmente el espacio para su política de Frente Democrático, el PRT tiende nuevamente a recostarse en una alianza con los partidos y Organizaciones revolucionarias. Si bien su presencia se hace sumamente reducida y endeble en los Organismos de Masas y no termina por definir una táctica correcta frente a la situación política, el PRT sigue siendo una de las fuerzas fundamentales en la política de Frente Único, para multiplicar el enfrentamiento al gobierno.

Por todo ello, el C.C. resuelve:

1 Que el ritmo de la lucha de clases se acelera y agudiza en grado sumo en nuestro país. Que en la burguesía ha amenazado a operarse un cierre de la etapa de equilibrio inestable que se manifestó hasta ahora; cuestión que se pone de manifiesto en la mayor ingerencia de las fuerzas armadas en el gobierno, como expresión de tránsito gradual de las mismas hacia una salida golpista de derecha.

Que en un término más amplio se ha iniciado el proceso de cierre de la situación prerrevolucionaria y que son condiciones fundamentales para que la misma desemboque en una situación revolucionaria, en el que el Movimiento Obrero encuentre un sólido frente unitario y su movilización adquiera claridad de objetivos políticos y continuidad en su accionar. A su vez que arrastre tras de sí a las fuerzas populares, a fin de aislar a los planes reaccionarios de las FF.AA. y del gobierno. Para ello la Organización debe multiplicar su capacidad de combate en todos los terrenos, particularmente el militar, a la vez que debe impulsar sin ningún tipo de dilaciones una permanente línea de Frente Único a nivel sindical y político con las organizaciones revolucionarias y combativas como condición fundamental para promover un nivel de respuesta superior y generalizado a los planes reaccionarios y golpistas de la burguesía.

2 Que cobra fundamental importancia incorporar a un primer plano de la táctica, la denuncia y enfrentamiento de los planes golpistas y el incremento de la presencia militar en el gobierno. Que este elemento debe ir insolublemente ligado a la lucha contra el gobierno, a la exigencia de renuncia de Isabel Perón, de todo el elenco gobernante y a la convocatoria

de elecciones inmediatas y libres y democráticas.

3 Que la propuesta de elecciones y contra el golpismo debe ir vinculada a la inmediata derogación de la ley de Acefalía, por la cual la gran burguesía intenta reestabilizar al gobierno hoy en crisis, cerrando el camino a todo tipo de protagonismo y participación de las masas trabajadoras. A su vez, la consigna democrática debe asentarse sobre el plan de emergencia que la organización debe impulsar desde el movimiento de masas, como propuesta concreta de lucha y como exigencia al gobierno para enfrentar la crisis económica y social que padece el país y que se descarga con todas sus graves consecuencias sobre el pueblo trabajador.

4 Que la Organización debe profundizar su agitación y su actividad en los organismos de la clase en prosecución de un Congreso Obrero y Popular, como alternativa de acumulación del Movimiento Obrero y Popular y como instrumento del Frente Único de los Trabajadores, hoy arma indispensable para enfrentar con solidez y eficacia a los planes reaccionarios y golpistas que se desarrollan en la burguesía. El eje central del Congreso Obrero y Popular lo constituye la propuesta de elecciones y de enfrentamiento al recambio golpista y el plan popular de emergencia ante la crisis. El impulso de esta instancia de unidad de masas, de acumulación política como respuesta al frente burgués, debe promoverse desde el conjunto de los nucleamientos combativos del movimiento obrero —las Coordinadoras Sindicales, los Agrupamientos de base, los centros villeros y estudiantiles, etc.— y en una relación estrecha con los partidos obreros y combativos, en particular PRT y Montoneros, organizaciones a las que debemos convocar permanentemente a adoptar esta iniciativa.

La acumulación de fuerzas para un Congreso Obrero y Popular debe ir desde lo particular a lo general, a fin de que no resulte una propuesta superestructuralista del campo obrero y revolucionario, pero sin perder de vista la tremenda y urgente necesidad de esta instancia obrera y popular como respuesta a la crisis política y ante las maniobras de recambio que se operan en la burguesía.

Así, cada hito regional de relativa importancia debe transformarse en una tribuna para agitar o impulsar esta propuesta. Cada acto, cada asamblea, debe ser instrumento de impulso del Congreso Obrero y Popular.

5 Que la mayor ingerencia militar en la represión contra el campo obrero y revolucionario, combinado a la aceleración de la crisis política y social, coloca a la lucha armada en un nivel superior de enfrentamiento. Esto a su vez se ve acrecentado por el grado de enfrentamiento al que ha pasado la guerrilla promovida por Montoneros y el ERP y que condicionan en gran medida el proceso y desenvolvimiento de las contradicciones políticas, agudizándolas aún más.

Ante ello, la Organización debe acelerar sus con-

diciones y capacidad de combate para poder colocarse a la altura de las necesidades que crea la lucha armada en el país.

El objetivo de la etapa es el de enfrentar al accionar represivo de la burguesía a los planes antisubversivos de las FF.AA., etc., con la finalidad de profundizar la inestabilidad del actual gobierno y combatir el recambio golpista.

El enfrentamiento al gobierno y las fuerzas represivas y golpistas a fin de promover una apertura democrática para el campo obrero y popular, debe ser el objetivo fundamental de la lucha armada. Para ello, la Organización debe multiplicar en forma acelerada su capacidad de combate a través de las Brigadas Rojas, a la vez que se debe jugar un rol decisivo en el impulso de los piquetes obreros armados y de todos los niveles de autodefensa de masas.

Sólo multiplicando en forma acelerada nuestra capacidad de combate es que nos podremos colocar a la altura de las necesidades que nos requiere hoy el movimiento obrero y revolucionario.

6 Promover una línea de unidad de acción con todas las fuerzas políticas obreras, populares y democráticas en defensa de las libertades democráticas y contra el golpismo. El eje central de la política de Unidad de Acción debe consistir en impulsar todo tipo de manifestación, acto, denuncia u otro hecho concreto, que amplíe el espectro de fuerzas para enfrentar al golpismo y todas las maniobras autoritarias y antidemocráticas de la burguesía.

A este nivel debe convocarse el conjunto de fuerzas que se le abren contradicciones políticas contra las maniobras golpistas, dando a la vez con ellas una lucha consecuente sobre la necesidad de levantar la renuncia del gobierno y la convocatoria a elecciones, pero sin romper la unidad de acción política.

Esta propuesta debe ser agresivamente impulsada por la Organización a fin de comprometer y abrir contradicciones a las fuerzas conciliadoras y vacilantes con el gobierno y las fuerzas armadas denunciando sus inconsecuencias ante las amplias masas.

7 Promover y multiplicar la actividad de las coordinadoras sindicales regionales, ligándolas en forma más estrecha con las luchas y necesidades de las masas obreras.

Las Coordinadoras Sindicales se tornan herramientas decisivas para centralizar las luchas obreras, que gradualmente se irán generalizando y que requerirán de una dirección unitaria de masas para darle continuidad y generalización. Asimismo se hace hoy imprescindible promover una Mesa Nacional de Coordinación de todas las instancias regionales. Las Coordinadoras Regionales han sufrido hoy un cierto deterioro en su actividad y capacidad de centralización. Ha contribuido a ello, los errores y vacilaciones de las distintas corrientes que constituyen sus pilares.

A la vez, la falta de coordinación nacional ha coad-

yuvado a ponerle un tope a estas experiencias. Es decisivo que la organización multiplique su impulso, ligándolo en forma estrecha con las agrupaciones de base por frentes, a la vez que debe tomar la iniciativa en las medidas de coordinación nacional. Los ejes fundamentales serán la lucha salarial, la desocupación y la carestía de la vida, los cuales deberán ligarse estrechamente a la propuesta democrática para la etapa. Asimismo, las coordinadoras no deben cerrarse sobre una política inflexible: debe darse una línea de unidad de acción sobre reivindicaciones concretas, con todas aquellas fuerzas vacilantes o remisas a impulsar las coordinadoras pero que son susceptibles de unificar en luchas por objetivos concretos e inmediatos. Asimismo, las coordinadoras son instrumentos fundamentales para impulsar la propuesta de Congreso Obrero y Popular y una línea de trabajo hacia el campo popular. Las coordinadoras deben darse una línea permanente hacia los centros vecinales, entidades populares y campesinas, etc., tomando sus reivindicaciones y convocándolos a su accionar común. También debe convocar al conjunto de los partidos populares y democráticos a promover todo tipo de medidas concretas por la democracia, el salario, etc.

8 Promover la unidad de la avanzada obrera y socialista y al conjunto de los destacamentos revolucionarios en un sólido Movimiento a nivel nacional que aproveche los resquicios legales que aún subsisten, que impulse la lucha obrera y democrática y que coadyuve a la creación de más sólidas bases para un Partido Obrero Comunista en nuestro país.

COMITÉ CENTRAL, 1º DE OCTUBRE DE 1975.

NUESTRA PROPUESTA

Publicado en *El Obrero*, 27 de Noviembre de 1974

Si tuviéramos que definir con una sola palabra la situación del campo obrero y popular, posiblemente tendríamos que optar por la siguiente: DISPERSIÓN.

Evidentemente, la confusa situación actual no puede definirse con una sola palabra, pero en todos los aspectos y niveles la dispersión es un elemento muy marcado.

Hay dispersión y desorganización en el activismo obrero avanzado; hay dispersión teórica y política en la vanguardia consciente y en sus organizaciones; hay dispersión y aislamiento en los conflictos obreros que van surgiendo.

Este fenómeno no se debe a problemas organizativos, ni a "mala voluntad".

Se basa en una situación de las masas, que hemos definido como de fracturación política, y de transición en su conciencia política.

Situación que es reforzada por la falta de propuestas claras y correctas por parte de los destacamentos revolucionarios organizados. Y en este terreno no es

un problema de falta de voluntad, sino de línea política.

Es urgente revertir esa situación, porque la derecha está avanzando, más que sobre la base de un consenso masivo, sobre la base de la fracturación, la dispersión y la confusión.

Revertir esta situación requiere una correcta comprensión de la etapa política y la fijación de objetivos generales adecuados a la misma. Una verdadera táctica comunista no puede construirse si no da respuesta a las necesidades del proceso objetivo desde un punto de vista de clase y revolucionario.

El frente único

La unidad de la clase en torno a la defensa de sus reivindicaciones inmediatas es un punto de partida esencial, fuera del cual es imposible proponerse ninguna táctica política.

Pero a su vez, las reivindicaciones salariales, de democracia sindical, etc., propias del movimiento obrero, tienen relación necesaria con un combate más general, que interesa no sólo a la clase obrera sino también a los sectores populares, por objetivos democráticos generales.

Aún cuando el punto de partida inmediato en la tarea práctica de organización y agitación sean las necesidades más elementales de la clase obrera hoy (salarios, condiciones de trabajo, democracia sindical), es inevitable la relación de esta lucha con la lucha general por la libertad de reunión, contra el Estado de Sitio, contra las intervenciones a las provincias, por la libertad de los presos políticos y sindicales, en defensa de reivindicaciones de otros sectores populares (fundamentalmente el estudiantado), etcétera.

La clase obrera no ganará en fuerza, sino todo lo contrario, si no engloba en su perspectiva todo este conjunto de problemas DEMOCRÁTICOS GENERALES, y, en ese sentido, es correcto plantear una línea de unidad de acción que —en principio— da cabida a la confluencia con sectores políticos reformistas y democrático-burgueses. Es deseable —y por lo tanto debe impulsarse— la generalización de una oposición democrática a la política represiva y antiobrero que ejecuta cada vez más abiertamente este Gobierno. No por temor a que los reformistas y burgueses, pasándose a la oposición, hagan demagogia y confundan nuevamente a la clase, los comunistas vamos a dejar de impulsar a esas fuerzas a tomar posiciones más decididas. Lo que hay que hacer es tratar de comprometerlos en cosas concretas que favorezcan al movimiento de masas, que ayuden a su reactivación; que aislen a los sectores más derechistas del Gobierno; que se comprometan en la defensa de conquistas y reivindicaciones del movimiento obrero y popular. Y en ese marco dar la lucha política; desenmascarar sus vacilaciones; contraponer nuestro proyecto político al de ellos. Allí, luchar para que el movimiento obrero mantenga su independencia, levante banderas y encare tareas que (como las experiencias de

autodefensa armada y de control obrero) rebasan la perspectiva de esos señores.

Oponernos (o no impulsar) algo que favorece el movimiento de masas porque eso nos introduce "competidores" en el terreno de la influencia política es —precisamente— la mejor manera de salir perdiendo en esa lucha política. La izquierda revolucionaria debe buscar contrapesar la influencia política de los reformistas y burgueses democráticos, apoyándose en las expresiones avanzadas, en las vanguardias de combate del movimiento obrero.

Los comités de resistencia

En base a un programa general de carácter democrático (como lo sintetizamos en los dos últimos números de este periódico) es necesario buscar la unidad de acción de todas las fuerzas políticas que coincidan con el mismo. Pero este programa parte de las necesidades de las masas, de las necesidades del movimiento, y no es correcto sentarse a esperar que los partidos y personajes burgueses se avengan a impulsarlo. **HAY QUE IMPULSARLO DESDE YA Y DESDE LAS BASES**, con un criterio de unidad en la lucha. Además de los acuerdos que puedan lograrse "por arriba", en la coordinación de los partidos y organizaciones políticas (que son importantes) es necesario encarar una tarea de organización política amplia en el seno de las masas; una tarea de formación de organismos de base en torno a ese programa general de reivindicaciones obreras y democráticas. Y en esta tarea, que debe ser encarada a partir de los frentes concretos y respetando sus particularidades (fábricas, sindicato, barrio, zona), tratar de englobar a todos los elementos —sean radicales, peronistas, comunistas, etc.— que estén dispuestos a luchar por esas banderas. Aunque no hacemos cuestión de nombres, consideramos, en principio, que la denominación que más se ajusta al carácter de esos organismos es el de Comités de Resistencia o Comités Obreros de Resistencia.

Las dificultades o la debilidad de nuestras fuerzas no pueden hacernos desistir por anticipado de una tarea que responde a UNA NECESIDAD OBJETIVA.

El frente revolucionario

Pero esta línea de acción, como hemos señalado en varias oportunidades, requiere de un núcleo impulsor, una fuerza motriz, no sólo desde el punto de vista de la mayor consecuencia y energía en el impulso, sino también —y fundamentalmente— desde el punto de vista de la perspectiva política. **ES NECESARIO GARANTIZAR UNA ORIENTACIÓN REVOLUCIONARIA, SOCIALISTA, UNA LÍNEA QUE IMPULSE LA INDEPENDENCIA DE UNA PERSPECTIVA DE CLASE DENTRO DE ESTE PROCESO.**

Y esto no significa la repetición abstracta y propagandística de la necesidad de un partido de clase, o de las bondades del sistema socialista. Se trata de la necesidad de un combate político diario tendiente a desarrollar las

iniciativas independientes de la clase; dirigido a desmascarar en la práctica y en política a las vacilaciones, limitaciones y claudicaciones de reformistas y demócratas burgueses; y encaminado a nuclear las fuerzas obreras de avanzada en torno a un proyecto político global para la etapa, de Gobierno Obrero y Popular.

Para desarrollar todas estas tareas políticas, es necesario que las fuerzas revolucionarias, socialistas, unifiquen sus fuerzas.

Conspira contra esta línea de FRENTE REVOLUCIONARIO la concepción que confunde la UNIDAD DE ACCIÓN, de acuerdos defensivos, con reformistas y burgueses, con la posibilidad de formar "frentes estratégicos" con esas fuerzas. En el terreno de las reivindicaciones concretas y las propuestas inmediatas que favorecen el desarrollo objetivo del movimiento de masas, los revolucionarios no debemos temer hacer acuerdos hasta con el Diablo... Y otra cosa muy distinta es que hagamos acuerdos en los objetivos finales, estratégicos, con reformistas y burgueses. En realidad, no sólo resulta insostenible la intención de mantener la independencia política de la clase obrera de esa forma, sino que incluso resulta un tanto insólito que una fuerza se reconozca como revolucionaria, afirme no tener nada de reformista en su línea, y agregue que con los reformistas tiene "sólo"... acuerdos estratégicos!!! Nada menos... Esta línea de unidad política de las fuerzas revolucionarias es una tarea que debe impulsarse no sólo a través de acuerdos entre organizaciones, sino también y fundamentalmente desde las bases, en el activismo obrero revolucionario y socialista, esté o no integrado en organizaciones.

Si la interpretación de la realidad es acertada y las propuestas y tareas se ajustan a ella, es posible y necesario promover la organización y participación activa en política de una importante franja de activismo obrero que se acerca a la revolución, que simpatiza con las posiciones revolucionarias, pero que no tiene un polo aglutinante ni un canal de expresión. En el marco de la lucha general, en relación con las necesidades del movimiento de masas, es necesario ir organizando esas fuerzas en una corriente obrera revolucionaria y socialista, para impulsar con consecuencia y energía la lucha democrática, para impulsar las experiencias de la clase que (como las de autodefensa armada y control obrero) apuntan en una perspectiva independiente, y para proyectar todo eso hacia una alternativa política revolucionaria y de clase.

EL ARMAMENTO OBRERO (IV) MILICIA Y EJÉRCITO

Publicado en *El Obrero*, 27 de Noviembre de 1974

En anteriores artículos hemos relacionado las tareas militares con la situación de las masas (con su estado

de ánimo y conciencia política actual), con las necesidades de autodefensa, con la cuestión de la relación entre la vanguardia y la masa, etc. Además, en el último artículo, enmarcábamos la cuestión del armamento obrero en la etapa general de la lucha de clases que atraviesa el país, enfocándolo como parte de la preparación del proletariado para una confrontación violenta con el fascismo. Hoy comenzaremos a tocar algunos aspectos más de fondo, de tipo estratégico. En el número anterior planteábamos la formación de PIQUETES (o comandos) OBREROS ARMADOS "...en la perspectiva de formar los organismos armados del proletariado, la milicia proletaria".

Muchas veces se ha interpretado que el planteo de "milicias" (obreras o populares) equivale a negar la necesidad de contar con una organización militar elevada, perfeccionada, eficaz como tal y —en ese sentido— se ha tomado la propuesta de "milicias" como algo contradictorio con el planteo de "Ejército".

Esta contraposición no es correcta: la milicia puede ser una forma particular, un sistema especial, de Ejército. Así como hay ejércitos PROFESIONALES, hay ejércitos basados en el sistema contrario: EJÉRCITOS DE MILICIAS.

La milicia es el sistema de integración del ejército en base a la población y no a militares profesionales. Puede abarcar a toda una población o a una determinada clase social, o a varias clases. Puede basarse en la conscripción obligatoria o en el voluntariado. Pero el hecho de que sea de milicias no quiere decir que deba necesariamente ser menos elevado o menos eficaz como organización militar. La aptitud y eficacia militar de un ejército depende de la preparación alcanzada, de la disciplina, de la capacidad de los cuadros, de la moral de las tropas, de los medios materiales con que cuenta, de la economía y la sociedad que lo sustentan, etc., etc.; pero no del hecho de que sea profesional o de milicia. Un Ejército revolucionario debe ser necesariamente un Ejército profundamente fundido con las clases revolucionarias, surgido y nutrido de allí. Tanto para tomar el poder como —con mayor razón aún— para conservarlo, hace falta una organización armada de las masas, y, en ese sentido, debe ser una MILICIA.

Naturalmente que nos referimos al rasgo esencial ya que generalmente se dan diversas combinaciones, y en realidad, ningún ejército puede, a esta altura del desarrollo de la técnica y la ciencia, prescindir totalmente de personal especializado profesional.

Los que sostenemos la necesidad de construir una sólida organización militar para garantizar la derrota de la burguesía, cometeríamos un error negando el planteo de la milicia obrera (o popular —eso es otra cuestión—) porque es fundamental la estrechísima ligazón de esa organización militar con las masas.

Precisamente, les haríamos el juego a los que se declaran partidarios de la milicia para fundamentar en contra de la necesidad de contar con un verdadero Ejército para la revolución. Hay variantes pacifistas que utilizan

esa trampa: argumentan que la verdadera fuerza de la revolución son las masas. Y eso es cierto. Dicen que el impulso revolucionario de las masas puede más que el más perfeccionado de los ejércitos burgueses. Y esto también es cierto. Pero a renglón seguido sacan la conclusión de que, entonces, el proletariado no necesita tener su propio ejército para derrotar el ejército de la burguesía. Y junto con esto, hablan de unas "milicias" que imaginan como algo más bien improvisado e inorgánico y que además, al parecer surgirían de manera absolutamente espontánea, sin que ellos tengan ninguna responsabilidad concreta en su impulso y formación.

Quienes razonan así parecen desconocer que una organización o partido que pretenda jugar un rol de vanguardia DEBE CONTAR CON UNA CAPACIDAD MILITAR PROPIA, INDEPENDIENTE, que le permita realizar un conjunto de tareas imprescindibles. (Más adelante volveremos sobre esto.)

Con ese criterio, también podríamos decir, por ejemplo, que el impulso revolucionario de las masas puede más que los más lúcidos y perspicaces dirigentes políticos de la burguesía, y eso es cierto. Pero de ahí no se puede sacar la conclusión de que la clase obrera no necesita gestar sus propios dirigentes políticos de clase, o que es indiferente que estos dirigentes políticos proletarios sean buenos o malos. Los dirigentes políticos, los partidos, los ejércitos, etc., de la burguesía, no pueden detener la historia, en última instancia, pero siempre y cuando el proletariado cuente con dirigentes, partidos y capacidad militar como para derrotar a la burguesía.

Que la organización armada que garantice la revolución debe estar estrechamente fundida con las masas, no quiere decir que el papel de la vanguardia consciente deba ser esperar sentada a que surja sola, ni tampoco quiere decir que esa organización armada de las masas deba ser militarmente inferior a las fuerzas armadas de la burguesía.

Los revolucionarios debemos proponernos que las fuerzas armadas de la revolución sean lo más desarrolladas, extendidas, disciplinadas, capacitadas y pertrechadas que sean posible. En ese sentido, la organización militar más elevada, aquí y en cualquier lado, se llama EJÉRCITO. Naturalmente, ese Ejército, concebido como brazo armado de las masas en guerra, no surge en cualquier momento sino que requiere determinadas condiciones, pero estratégicamente el asunto no debería motivar tantas discusiones: la clase obrera necesita su propio ejército revolucionario.

Naturalmente, no faltará quien argumente que ha habido casos en que el proletariado ha tomado el poder antes de estructurar un ejército propiamente dicho. Nuevamente, esto es cierto, pero utilizarlo como argumento para negar la necesidad de una organización militar sólida y preparada, y para descuidar, demorar o —directamente— oponerse a las tareas militares que la lucha de clases va planteando en cada momento como necesarias, no es más que una variante mal disimulada de pacifismo.

En última instancia, este esquema de razonamiento es similar al del PCA cuando pretende escudarse en que Lenin dijo que podían darse situaciones en que la clase obrera tomara el poder sin disparar un tiro, pacíficamente (y es cierto que lo dijo), y en base a eso estructurar una "estrategia" para tomar el poder por vía pacífica. La trampa de los reformistas consiste en "olvidar" que esas situaciones de que hablaba Lenin son situaciones fugaces, completamente excepcionales, que se dan únicamente cuando la burguesía está materialmente impedida de resistir violentamente, porque sus fuerzas armadas ya están destrozadas, derrotadas, porque su aparato represivo está completamente aniquilado, anarquizado, impotente. En una situación así si el proletariado tiene el suficiente impulso revolucionario para lanzarse a la conquista del poder, si tiene una dirección política revolucionaria que lo guíe en el momento justo, si tiene una superioridad militar aplastante, puede ocurrir, efectivamente, que el proletariado inmovilice a la burguesía sin necesidad de disparar un tiro. Lo que ocurre es que estas situaciones, además de ser fugaces y excepcionales, se dan en medio de tremendas guerras y revoluciones.

Hace falta que se hayan disparado muchos tiros para que la burguesía llegue a semejante situación, y luego se reinicia la guerra, porque la burguesía se rearma (generalmente con el apoyo internacional) y vuelve al ataque. Los reformistas estilo PCA se "olvidan" de esto, fomentan las ilusiones sobre la posibilidad del acceso pacífico al poder y así es como entregan al proletariado, indefenso y desarmado, a la masacre de la contrarrevolución burguesa. Lo que ocurre, sencillamente, es que toda la concepción ideológica del reformismo no parte de la base de que la guerra entre las clases es insoslayable, de que la burguesía hay que aplastarla y al Estado burgués hay que destruirlo, sino que creen que a la burguesía es posible convencerla, presionándola "moralmente", para que los deje a ellos encaramarse en el aparato del Estado burgués y una vez allí, dulcemente sin sobresaltos ni enfrentamientos violentos, ellos irán modificando el Estado burgués de a poquito, hasta hacerlo "socialista"... todo con el permiso de la burguesía... Como en Chile... Los pacifistas más disimulados, que podríamos llamar "neo-reformistas", no dicen especular con la posibilidad de que la burguesía se entregue sola, sin resistir... En teoría no es exactamente igual, pero en la práctica es bastante parecido, porque ni el PCA, ni el PCR, ni el PST, ni ninguno de ellos se preocupan en absoluto de las tareas militares que va planteando como necesidad la lucha de clases. Eso sí, para despotricar contra el "terrorismo", el "guerrillerismo", y todos esos "ismos" que ellos tanto odian, siempre están listos.

Para sintetizar lo dicho hasta aquí: desde el punto de vista de los instrumentos armados de la revolución, el objetivo estratégico debe ser la formación de un EJÉRCITO, basado en el sistema de MILICIAS. En próximas notas continuaremos con estos temas.

ARMAS Y LEYES

Publicado en *El Obrero*, 27 de Noviembre de 1974

Hace unos días los diarios de todo el país informaron que el teniente coronel Navarro —autor de la sedición que derrocó al gobierno constitucional de Obregón Cano y Atilio López en Córdoba— fue encontrado en un lugar de la cordillera, en Mendoza, haciendo práctica de tiro con armas de guerra, junto a otras cincuenta personas. El Ejército, ante la denuncia de los pobladores, se hizo presente y rodeó a Navarro y sus amigos.

Si se hubiera tratado de un "grupo extremista", seguramente que todos sus integrantes hubieran ido presos por varios años, si es que no los fusilaban en el acto, como han hecho tantas veces. Pero como vieron que se trataba de Navarro, elementos de la burocracia sindical de Mendoza, y otras "yerbas", el jefe militar conversó un rato amablemente con ellos, y no pasó más nada.

Esta vez salió en los diarios, pero pasa todos los días. Las leyes que penan la tenencia de armas se aplican únicamente contra los obreros y contra los revolucionarios, jamás contra los matones de la burocracia, los fascistas o los asesinos parapoliciales. Mantener el monopolio del uso de las armas es vital para la clase capitalista, para mantener su dictadura de clase, a través del Estado. Y hoy en concreto, es una forma de mantener desarmados a los obreros mientras los fascistas se arman y actúan impunemente. ABAJO LAS LEYES QUE PROHIBEN LA TENENCIA DE ARMAS A LOS OBREROS Y A LOS REVOLUCIONARIOS.

VILLA CONSTITUCIÓN UNA BATALLA IMPORTANTE

Publicado en *El Obrero*, 27 de Noviembre de 1974

En el momento de escribir este periódico está a punto de comenzar el proceso electoral en Villa Constitución. La importancia de este hecho es realmente enorme: Villa Constitución ha jugado un papel en el último tiempo para el conjunto de la clase obrera, Villa es el único lugar donde se hizo retroceder al ministro Otero y a la burocracia de la UOM, logrando que se reconozca a los delegados democráticamente elegidos y a las Comisiones Internas. Villa es el lugar donde se respondió con magníficas movilizaciones de masas a las provocaciones de la derecha. Villa es el lugar donde una toma de fábrica movilizó a toda la población en apoyo a las demandas obreras. Y es también el lugar donde la avanzada obrera, a partir de la toma de fábrica, ha desarrollado formas de autodefensa armada de masas. Es, en suma, la cuna del histórico "Villazo". La burocracia de la UOM y el Ministerio de

Trabajo maniobraron hasta lo indecible para no otorgar elecciones; amenazaron, provocaron, utilizaron la represión, trataron de dividir, etc., etc.

No obstante todos los medios empleados, hoy estamos en vísperas de las elecciones, tan largamente peleadas. A partir de mañana, lunes 25, se juega en gran medida la suerte de una seccional de la Unión Obrera Metalúrgica. Por la cantidad de obreros que agrupa y por el tipo de producción que se realiza, es una seccional importante. Pero el solo hecho de que se trate de una seccional de UOM, ya adquiere el hecho una trascendencia tremenda: la UOM, el coloso de la burocracia, la fortaleza del gangsterismo y el matonaje, se ha dado el lujo de no permitir verdaderas elecciones en sus seccionales desde hace años y años. Desde siempre la oposición a la burocracia, en las elecciones de la UOM, además de ser perseguida, matoneada, encarcelada y despedidos sus miembros ha sido directamente "proscripta" en las elecciones y sus listas anuladas sin más vueltas. Sea cual fuera el tipo de oposición, ha sido lisa y llanamente eliminada. Los burócratas de UOM ni siquiera se toman el trabajo de hacer fraude en las elecciones. Simplemente no dejan votar. Si a esto le agregamos que en este momento la UOM es la columna vertebral del poderío de la burocracia como factor político, cabe preguntarse a qué se debe que permitan la realización de las elecciones.

En primer lugar hay que tener presente sin falta que, aunque falten sólo horas para la iniciación del comicio, no hay que descartar, ni mucho menos, la posibilidad de que a último momento se arme una provocación, o se recurra a una argucia legal, o cualquier otra cosa por el estilo, ya sea para impedir las elecciones, ya sea para tergiversar o desconocer sus resultados.

El activismo avanzado y los revolucionarios no podemos, en manera alguna, dejar de alertar respecto de este peligro, y preparar la respuesta ante esa eventualidad.

Por otra parte, que el hecho de que permita la realización de las elecciones no implicaría que ha decidido volverse democrática y respetar la voluntad de las bases.

Hay una sola explicación posible al hecho de que las elecciones lleguen a realizarse, y es que la burocracia de la UOM y el Gobierno en su conjunto, han hecho un "cálculo de costos políticos", y han llegado a la conclusión de que en este momento un zarpazo indisimulado, llevaría a una respuesta de masas sumamente violenta, y, en el marco actual, de consecuencias prácticamente imprevisibles. Es indudable que ese es el riesgo político que correría un intento de aplastamiento liso y llano del movimiento. La tentativa de impedir las elecciones unificaría muy probablemente en contra de la burocracia a la casi totalidad de los obreros de Villa, no sólo los metalúrgicos, y además a buena parte de la población, generando, casi con seguridad, un movimiento que puede llegar a convertirse en un problema político para el Gobierno nacional.

En cambio, el Gobierno y la burocracia tienen algunos motivos para considerar un mal menor, en cierto sentido, que las elecciones se realicen.

La confusión general que existe en vastos sectores del movimiento de masas no puede menos que hacer mella en los obreros de Villa, y es seguro que la lista armada por la burocracia sacará sus votos. Y si esos votos alcanzan cierta magnitud, pueden dar una base política para una ofensiva futura. Dentro de sus posibilidades, la burocracia ha logrado armar una lista de gente no muy "quemada", y si bien el candidato que tenía para encabezar la lista (Pastriti) les renunció horas antes de oficializarla (debido a lo cual hubo que prorrogar 24 horas el plazo de oficialización de listas) el candidato que pusieron de reemplazo (Farías) tiene cierto aval entre los obreros de mayor edad.

De todos modos, es posible hacer, sin exitismo, un cálculo optimista: en ACINDAR, bastión principal de las luchas y vanguardia indiscutible, la Marrón gana. En Maratón, el punto fuerte de la lista Rosa, de todos modos la Marrón tiene también cierta fuerza. En Metcon que la burocracia la cuenta seguro, es muy posible que se lleven una sorpresa. Y en los talleres chicos, la Marrón ha reunido una buena fuerza en el último tiempo.

Por todo esto pensamos que los obreros de Villa Constitución, mayoritariamente no se dejarán confundir en esta oportunidad, y respaldarán a la dirección que ha surgido de los combates, que ha conducido con firmeza y con inteligencia el movimiento, que ha logrado mantenerse a pesar de la adversidad de las condiciones en que ha tenido que moverse.

En una situación como la que atraviesa en este momento el movimiento obrero, en la que numerosas direcciones han sido duramente golpeadas, un triunfo electoral claro en Villa Constitución sería un hecho político y sindical de extraordinaria importancia, para retemplar el espíritu del activismo, para ofrecer un punto de apoyo sólido para su reorganización, y para perfilar un polo orientador de futuras luchas. Y esto no sólo en relación a la UOM, sino también en relación a todo el movimiento obrero.

En el mismo momento en que se está por comenzar el acto electoral, debemos prepararnos para garantizar el respeto a los resultados del mismo. Plantear ante el conjunto del activismo obrero este problema, organizar la agitación y la solidaridad con los obreros de Villa que, tarde o temprano, de una forma o de la otra, serán objeto de una ofensiva por parte de la burocracia más corrompida, criminal y traidora que hay en el país: la poderosa burocracia de la UOM.

Ganar y conservar la seccional de Villa, es algo que interesa decisivamente a todo el movimiento obrero, y que requerirá mucho más que la fuerza de los obreros de Villa para lograrlo.

En esta semana se juega buena parte del destino del movimiento en los próximos meses. Hay que estar alerta.

SOLIDARIDAD
CON LOS OBREROS DE VILLA CONSTITUCIÓN.
POR EL RESPETO DE LA DEMOCRACIA SINDICAL.
VIVA LA LISTA MARRÓN.

¿REVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN?

PUBLICADO EN ENERO DE 1967, EN LA HABANA, COMO CUADERNO N° 1 DE LA REVISTA **CASA DE LAS AMÉRICAS**, SE CONVIRTIÓ RÁPIDAMENTE EN UNO DE LOS TEXTOS MÁS INFLUYENTES EN LA FORMACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES POLÍTICO-MILITARES DE TODO EL CONTINENTE. INHALLABLE EN LAS LIBRERÍAS, SE REPRODUCE EL CUERPO CENTRAL DEL TRABAJO PRECEDIDO POR LA INTRODUCCIÓN DEL ENTONCES MINISTRO DE CULTURA DE CUBA, ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR.

RÉGIS DEBRAY

Introducción

Roberto Fernández Retamar

Régis Debray fue dado a conocer a los lectores de nuestra América con la publicación de su ensayo "América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria", en el número 31 de la revista **Casa de las Américas** (julio-agosto de 1965). En enero de ese mismo año había publicado en **Les Temps Modernes** "Le castrisme: la longue marche de l'Amérique Latine". Reeditados varias veces, ambos trabajos iban a conocer una vasta audiencia, y harían de su autor, a los veintitantos años, uno de los intérpretes más lucidos de la actual problemática latinoamericana. Debray tuvo su primer contacto con el fenómeno revolucionario cubano en 1961: pudo asistir a la gigantesca campaña de alfabetización acometida ese año, que convertiría a Cuba en el primer país latinoamericano libre de analfabetismo. La deslumbrante certidumbre de una realidad vivida ratificó en él su interés por el estudio de los fenómenos revolucionarios contemporáneos, presididos por el pensamiento marxista. A sus concepciones no le han faltado la confrontación con la realidad, y mucho menos la ha rehuido, sino que han nacido de ella, y conservan la inmediatez, e incluso la necesaria dosis de pasión, que tal nacimiento supone.

Después de Cuba, Debray recorrió varios países del continente, en contacto estrecho con revolucionarios, llegando o compartir en ocasiones la vida guerrillera. Supo pues de América Latina no a través de ideas preconcebidas, sino de experiencias. Profesor de filosofía —formado junto al gran pensador marxista Louis Althusser—, fue extrayendo de vuelta a Francia, las enseñanzas de sus días latinoamericanos: así surgieron los artículos mencionados, que pueden verse como las dos partes de un mismo trabajo. El rigor intelectual se alía en ellos con el conocimiento, desde el interior, de los hechos abordados.

A fines de 1955 volvió a Cuba, decidido a profundizar en la experiencia de la revolución cubana —a su juicio, no suficientemente estudiada. La agudeza de sus conceptos, su profunda capacidad de análisis y la originalidad de su enfoque,

puestas de manifiesto en los trabajos anteriores, despertaron el interés de los círculos dirigentes de la revolución cubana, los que le brindaron las mayores facilidades para realizar su tarea de investigación. Durante todo el año 1966, tuvo oportunidad de hablar con numerosos participantes directos en nuestra gesta revolucionaria: entre otros, con quien concibió y dirigió esa lucha, el comandante Fidel Castro, con quien departió largas jornadas, pudiendo escuchar los relatos de las experiencias vividas, a veces sobre el mismo escenario donde ocurrieron acciones militares decisivas. Tuvo además acceso a numerosos documentos inéditos de aquella etapa que pudieron conservarse: mensajes en pleno combate, instrucciones a los jefes militares en acción, partes de guerra, cartas y otros textos. Esto le permitió adquirir la más viva impresión de aquellos hechos históricos. Ningún otro entre quienes han escrito sobre la revolución cubana ha contado con tal caudal de material y datos para la investigación histórica.

Debray no ha hecho, desde luego, la historia de este proceso, pero ha derivado de él sus conclusiones fundamentales tanto de carácter militar como político, contrastándolas con la experiencia personal, de aciertos y errores, que conoció en otros focos guerrilleros, o de los cuales logró obtener una información fidedigna y fresca.

Es con verdadera satisfacción que iniciamos los Cuadernos de la revista **Casa de las Américas** con este ensayo, destinado sin duda, aún más que los anteriores de su autor, a despertar la atención de quienes, a lo largo del continente de Bolívar y Martí, Fidel y el Che, saben que el deber de un revolucionario es hacer la revolución.

"La Revolución Cubana no puede repetirse ya en la América Latina"...

Esta frase, en boca de militantes latinoamericanos, se ha convertido en un clisé peligroso. Justa en ciertos aspectos, ha traído olvidos sangrientos.

A fuerza de decir que la Revolución Cubana no tendrá ya

equivalente en el Continente, por el cambio que ha operado en la relación de fuerzas, hemos llegado a ignorar tranquilamente aquello que no puede ya repetirse. De la Revolución Cubana, se ignora hasta el abecé.

Primero, hemos reducido a Cuba a una leyenda dorada, la de los doce hombres que desembarcan y que se multiplican no se sabe como en un abrir y cerrar de ojos; después decimos que la realidad no tiene ya nada que ver con ese audaz cuento de hadas. Ese juego de manos ha dejado escapar sencillamente lo esencial, la realidad compleja del proceso insurreccional cubano.

¡Cuántas vueltas inútiles, cuantas experiencias infortunadas, cuánto tiempo perdido han resultado de ello para los movimientos revolucionarios del presente! Nosotros mismos hemos tratado de mostrar en estudios anteriores la amplitud de las transformaciones provocadas por Cuba en el Continente. Pero hay que dar fe del movimiento inverso que comienza un poco por doquier entre los combatientes y los militantes; vuelven con curiosidad a la experiencia cubana para advertir "el como" más que el brillo de la superficie, los "detalles" políticos y militares, los mecanismos internos. ¿Y por qué? Porque al cabo de años de sacrificios y a veces de derroche, descubren verdades de orden técnico, táctico y aún estratégico que la lucha revolucionaria cubana había puesto en acción y practicado desde sus comienzos, a veces sin darse cuenta de ello. Descubren que cierta manera de aplaudir ruidosamente la leyenda de la insurrección fidelista ha podido encubrir, en sus propias filas, el desdén o la negativa a aprender de ella y discernir sus lecciones fundamentales.

Así, pues, tenemos que lamentar que nos falte todavía una historia detallada del proceso insurreccional cubano, que no puede venir sino de sus promotores y actores, y que esa falta nos fuerce a abreviar nuestras referencias en alusiones, cuando necesitamos una investigación sistemática.

Liberar el presente del pasado

Jamás somos completamente contemporáneos de nuestro presente. La historia avanza enmascarada: entra al escenario con la máscara de la escena precedente, y ya no reconocemos nada en la pieza. Cada vez que el telón se levanta hay que anudar de nuevo los hilos de la trama. La culpa, desde luego, no es de la historia, sino de nuestra mirada, cargada de recuerdos e imágenes aprendidas. Vemos el pasado superpuesto al presente, aunque ese presente sea una revolución.

El impacto de la revolución cubana ha sido vivido y pensado, principalmente en la América Latina, a través de las formas y esquemas ya catalogados por la historia, entronizados, consagrados. Por ello, pese a toda la conmoción que ha provocado, el golpe se ha recibido amortiguado. Hoy, calmada la algarazara, se comienza a descubrir el sentido propio de Cuba, el alcance de su enseñanza, que antes había escapado. Una nueva concepción de la guerra de guerrillas ve la luz.

Entre otras cosas, Cuba ha recordado en primer lugar que la revolución socialista es el resultado de una lucha armada contra el poder armado del estado burgués. Esta vieja ley histórica, de orden estratégico si se quiere, ha sido llenada al principio con contenidos tácticos ya conocidos. Se ha comenzado a

identificar guerrilla con insurrección, porque el arquetipo -1917- se había presentado bajo esta forma, y Lenin, seguido por Stalin, lo había teorizado en algunas fórmulas; fórmulas que no tienen nada que ver con la situación presente y que en vano se agitan periódicamente, como las que se refieren a las condiciones del estallido de la insurrección, entendida como asalto inmediato al poder central. Pero esta diferencia saltó pronto a la vista. Después, la guerra de guerrillas americana se ha confundido casi con las guerras de guerrillas asiáticas, puesto que se trata también de una guerra "irregular" para sitiar las ciudades a partir del campo. Confusión más peligrosa todavía que la primera.

La lucha armada revolucionaria encuentra condiciones específicas en cada continente, en cada país, pero éstas no son "naturales" ni evidentes. Lo son tan poco, que en cada caso son necesarios años de sacrificios para descubrirlas y adquirir conciencia de ellas. Así, por instinto, los socialdemócratas rusos pensaron en rehacer la Comuna de París en Petrogrado; los comunistas chinos trataron también de rehacer el Octubre ruso en el Canton de los años 20; y las camaradas vietnamitas, un año después de la fundación del Partido, de provocar insurrecciones de Soviets campesinos en el norte del país. Para nosotros, ahora, es obvio que las insurrecciones soviéticas no podían triunfar en el Asia colonial de la preguerra, pero los más auténticos militantes comunistas han debido comenzar por ahí el aprendizaje de su victoria.

Podría pensarse que es una suerte que Fidel no haya leído los escritos militares de Mao Tse-Tung, antes de desembarcar en las costas de Oriente: ha podido inventar así, sobre el terreno, a partir de su propia experiencia, las reglas de una doctrina militar conforme al terreno. Sólo al fin de la guerra es cuando su táctica se define y los rebeldes descubren los escritos de Mao¹. Pero de nuevo en la América Latina los militantes leen los discursos de Fidel y los escritos del Che Guevara con los ojos que han leído ya al Mao de la guerra antijaponesa, así como a Giap y ciertos textos de Lenin, y creen reconocer los segundos en los primeros. Superposición visual clásica, pero peligrosa, cuando la guerra revolucionaria tiene en la América Latina condiciones de desarrollo muy particulares, profundamente diferentes, que no podrá encontrar sino a partir de una experiencia propia. En ese sentido, todas las obras teóricas sobre la Guerra del Pueblo hacen tanto mal como bien: se les ha llamado gramáticas de la guerra. Pero se aprende más pronto el idioma de un país extranjero cuando se está en él y hay que hablarlo, que con una gramática en su casa. En tiempo de guerra esas cuestiones de rapidez son vitales, sobre todo en los primeros momentos, cuando una guerrilla casi sin armas e ignorante debe afrontar a un enemigo bien armado y que sabe.

Fidel achacaba un día la responsabilidad de ciertos fracasos guerrilleros al vínculo puramente intelectual con la guerra. Se comprende por que: sin contar la debilidad física, la inadaptación a la vida de campaña, un intelectual tendrá que apresar el presente con montajes ideológicos preformados y vivirlo a través de los libros. Sabrá menos que otro inventar, improvisar, arreglárselas con los medios disponibles, decidir en el momento mismo una operación audaz para salir de un mal paso. Creyendo saber ya, aprenderá menos deprisa, sin flexibilidad. Y la ironía de la historia ha querido que la situación social

propia de muchos países latinoamericanos delegue precisamente ese papel de avanzada en estudiantes y en intelectuales revolucionarios, que han tenido que desatar o más bien comenzar las formas más elevadas de la lucha de clases.

Luego esos yerros, esos malentendidos, esas confusiones se han pagado. No demasiado caro, si pensamos en los desastres durante tanto tiempo repetidos de la primera guerra de liberación contra España. Se aprende enormemente sobre la guerra y la América leyendo una biografía de Bolívar, y también lecciones validas para las guerras revolucionarias de la América de hoy. La más preciosa de todas: la tenacidad. Cinco veces expulsado del suelo americano en cuatro años, derrotado, ridiculizado, solitario, cinco veces ha vuelto, hasta la primera victoria, en Boyacá, con una obstinación que le hizo tener por loco. Aprendiendo cada vez un poco más: la necesidad de movilidad y de caballería para compensar su falta de efectivos y armamentos; la necesidad de hacer una guerra agresiva y de ataques rápidos, no defensiva y estática; la necesidad de quemar las naves y cortarse todo repliegue posible al declarar "la guerra a muerte" contra el español para precipitar la formación de lo que hoy llamaríamos "condiciones subjetivas" en sus propios partidarios y en los criollos; la trampa representada por Caracas en tanto los españoles fueran dueños de los campos; la necesidad de rodear las ciudades partiendo de los llanos y de bases de apoyo sólidas; la importancia, en fin, de algunos lugares ("Coro es a Caracas lo que Caracas es a América").

La misma lección de tenacidad nos la ha recordado recientemente Fidel, más de una vez al borde del desastre. El Moncada (1953), el desembarco del Granma (1956) y, en menor medida, el fracaso de la huelga de abril del 58 son otros tantos reveses tras los cuales cualquiera hubiese regresado a casa en espera de días mejores. ¿Cuántos focos guerrilleros han fracasado en Guatemala antes de la consolidación de las guerrillas de Zacapa e Izabal? Más de cuatro, aniquilados o desmantelados. ¿Cuántos fracasos en Venezuela, cuántas traiciones y divisiones? Sin embargo, la guerrilla ha sobrevivido y recomienza con más fuerza: quizá aun la guerra misma empieza ahora de veras.

Los reveses sufridos por el movimiento revolucionario en la América Latina son verdaderamente poca cosa, si se miden por un período de tiempo que es prólogo de las grandes luchas de mañana, si se tiene en cuenta que los pocos años pasados corresponden a ese período de arrancada y reajuste que han atravesado todas las revoluciones en su principio. Más aún, lo que puede sorprender es que algunos movimientos guerrilleros hayan podido resistir tantos ensayos y errores, unos evitables y otros no. Al decir de Fidel, eso es lo asombroso y lo que prueba hasta que punto el movimiento es suscitado por la historia. De hecho, más que de fracasos hay que hablar de cierto explicable estancamiento y de falta de desarrollo rápido, consecuencias, entre otras cosas, de los desaciertos y errores inevitables en esta etapa de exploración de una concepción y un método revolucionario *nuevos*, pese a su engañoso parentesco con otras experiencias internacionales.

Todos los procesos revolucionarios decisivos han comenzado con algunos traspies por la razón que hemos evocado: porque los puntos de partida existentes son los que deja el proceso histórico precedente y se parte de ellos aun sin darse

cuenta. De todos esos traspies el latinoamericano es el más benigno. En cada caso se ha tratado de rectificar el paso sin cambiar la dirección de la marcha, corregir la táctica sin renunciar a la estrategia justa ni a los principios. Es el momento que define los dos campos.

En cada país que ha hecho la experiencia de una revolución, este momento puso frente a frente a los revolucionarios de un lado y a los reformistas y futuros traidores, de otro.

Después de 1905, el pacifismo y el espíritu de derrota cobran fuerza en el partido Socialdemócrata ruso. Lenin, desde Ginebra, donde vive exilado, y otros, deben levantar la voz no para oponer la democracia representativa de las Dumas a la insurrección obrera, sino para oponer una insurrección bien dirigida a una insurrección no dirigida en lo absoluto. En China, al día siguiente de las derrotas de 1927, había que oponer —como lo hicieron Mao y otros— no el compromiso a la insurrección obrera sino el repliegue al campo y la Gran Marcha (forma de lucha propia de las condiciones chinas) al asalto rápido de las ciudades bajo la férula del Kuomintang enemigo. Después del desastre del Moncada, Fidel y sus compañeros supervivientes no pensaron en abandonar el principio de la lucha armada contra Batista, sino que le dieron un contenido distinto, más justo. Para un revolucionario el fracaso es un trampolín. Teóricamente más rico que el triunfo: acumula una experiencia y un saber.

De hecho, unos pocos años de experiencia en lucha armada de todas clases, en la América Latina, han hecho más para dar a conocer la singularidad de sus condiciones objetivas que las décadas precedentes de teoría política copiada. Históricamente, Cuba ha dado la arrancada a la revolución armada en América Latina. Esa arrancada, irreversiblemente efectuada a partir de una línea justa, es lo esencial.

"De hecho, ¿se habrá producido la eclosión de la lucha armada? ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador? ¿Serán esas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado.

Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario y la certeza de su posibilidad"².

Hoy, en la América Latina, una línea política que no pueda expresarse, en el plano de sus efectos, en una línea militar coherente y precisa, no puede ser tenida por revolucionaria. Toda línea presuntamente revolucionaria debe poder dar una respuesta concreta a esta pregunta: ¿cómo derribar el poder del Estado capitalista? Es decir, ¿cómo romper su esqueleto, al ejército, reforzado de día en día por las misiones militares norteamericanas? La revolución cubana ofrece a los países hermanos americanos una respuesta que hay que estudiar en los detalles de su historia: mediante la construcción más o menos lenta, a través de la guerra de guerrillas libradas en las zonas rurales más propicias, de una *fuerza móvil estratégica*, núcleo del Ejército Popular y del futuro estado Socialista.

Toda línea militar depende de una línea política, que aquella expresa. Ahora bien, aún dentro de la lucha armada, estos últimos años han sido puestas a prueba otras líneas mili-

tares, dando un sentido muy distinto a la guerra de guerrillas. Más que malas interpretaciones de la respuesta cubana, se trata de esquemas políticos *importados*, disfrazados de líneas militares, y aplicados a condiciones históricas muy diferentes de aquellas en que esos esquemas tuvieron sus raíces. Tales son los casos de las concepciones de la autodefensa armada; cierta manera de entender la propaganda armada y la base guerrillera; y en fin, la sujeción de la guerrilla al Partido como una pieza más añadida a su organización de tiempo de paz.

Esas concepciones, que han adquirido fuerza de línea en muchos lugares, han dado a la lucha armada popular un contenido trunco que puede juzgarse por sus resultados. Resulta útil investigar qué concepciones políticas las inspiran y cómo algunas plagian experiencias revolucionarias extrañas a la América Latina y a sus condiciones actuales.

Esas experiencias negativas nos permitirán quizá descubrir la enseñanza esencial que se debe sacar tanto de la fase insurreccional de la revolución cubana como de las luchas armadas de hoy.

La autodefensa armada

La autodefensa, como sistema y como realidad, está hoy liquidada en los hechos. Colombia, con sus zonas de autodefensa campesina, y Bolivia, con sus zonas de autodefensa obrera, constituían los dos países en que esta concepción había tomado fuerza de línea. Esos dos "focos de subversión", a unos meses de distancia, fueron liquidados por el ejército: Marquetalia, al sur de Colombia, ocupada en mayo de 1964, y las minas de Bolivia, invadidas en mayo y setiembre de 1965 después de trágicos combates. Esta doble derrota señala el fin de una época y atestigua la muerte de una cierta ideología. Es preciso que el movimiento revolucionario cante su responso de una vez por todas.

Fin de una época: la del equilibrio relativo de las clases. Principio de otra: la de la guerra total de clases, que excluye las soluciones de compromiso y los repartos del poder.

Frente a la polarización actual entre explotados y explotadores en un país neocolonial, el hecho de que pueda existir una porción de territorio en que el Ejército y el aparato del estado no puedan proceder "al ejercicio normal de sus funciones", es más de lo que puede soportar la nueva legalidad imperialista, pero no lo suficiente para ponerla en peligro. El fracaso de la autodefensa armada de las masas corresponde, en el plano militar, al fracaso del reformismo en el plano político. En el nuevo marco de la lucha a muerte no hay lugar para las soluciones bastardas, para la búsqueda de equilibrio oligarquía-fuerzas populares, para los pactos tácitos de no agresión. La dictadura de las oligarquías nos pone en la alternativa de pasar a su destrucción en bloque o aceptarla en bloque: no quedarse en el medio. Además, la autodefensa está hoy desacreditada; sus propios partidarios de ayer la han transformado en el comienzo de más altas formas de lucha. Pero ¡cuidado!: tiende a renacer bajo formas más seductoras y, desde luego, ocultando su nombre. Tiende a renacer porque se arraiga en una ideología vivaz como Proteo. En el momento en que la autodefensa se ahogaba, el trotskismo ha llegado para tenderle la mano y tratar de darle

vida. Este renacimiento es el que nos ocupa ahora.

En el sustrato ideológico de la autodefensa se encuentran ideologías de las cuales Lenin ha dicho repetidamente que eran naturales de la clase obrera y que volverán a tomar la delantera cada vez que los marxistas y los comunistas bajaran la guardia: el "economismo" y el "espontaneísmo". El economismo es la defensa a exclusiva de los intereses profesionales de los trabajadores contra las usurpaciones del poder patronal a través del sindicato; como está excluido atacar al poder político de los patrones, al Estado burgués, esa defensa acepta y avala de hecho lo que pretende combatir. No es un mero azar que en Bolivia, donde por más tiempo ha predominado la tradición anarcosindicalista entre los trabajadores, la lucha de estos revista, desde la revolución de 1952, la forma de milicias obreras de autodefensa.

El término de autodefensa no es el más conveniente: sugiere una actitud pasiva, temerosa y replegada, pero este no es siempre el caso, es incluso excepcionalmente el caso. ¿Quién pondrá en duda el heroísmo combativo de los proletariados europeos antes de "la importación del marxismo a la clase obrera", según la fórmula de Lenin? ¿Y la pericia y coraje de los campesinos colombianos, que fueron las victorias principales de esa terrible guerra civil de diez años, donde cayeron más de cien mil de ellos? ¿Quién negará que la abnegación y la solidaridad de los obreros parisinos de las Jornadas de Junio y la Comuna se encuentran hoy día en los cuarenta mil mineros y "fabriles" de La Paz, héroes de la primera revolución obrera de América, en 1952?

La autodefensa no adolece de una falta de audacia en sus promotores. Por el contrario, a menudo adolece de una admirable profusión de sacrificios, de un despilfarro de heroísmo que no conduce a nada, es decir, a todo salvo a la conquista del poder político. Mejor valdría, pues, hablar de un espontaneísmo armado. Su propio origen ideológico nos revela su época de elección: anterior a Marx. Autodefensa habría podido llamarse la insurrección india dirigida por Tupac Amaru II en el Perú, a fines del siglo 18. Los indios se levantan por decenas de millares, expulsan a los latifundistas criollos, matan al español en el mismo lugar y recuperan sus tierras robadas por las "encomiendas". El movimiento se dispersa pronto en victorias locales; los indios, a medida que se acercan a la costa, ocupan las tierras y permanecen en la montaña: montan un ejército más o menos regular, ninguna fuerza de choque independiente; los insurgentes, dueños del país, desafían marchar sobre Lima, cabeza del virreinato. Lima tiene tiempo, pues, para reagrupar un ejército, y la reconquista se opera sin dificultades en las condiciones que pueden imaginarse. Autodefensa habría podido llamarse a la insurrección de los Comuneros de Colombia, dirigida por la famosa Manuela Beltrán, casi en la misma época.

En resumen, hubo insurrecciones obreras antes del advenimiento del socialismo científico, como hubo guerras campesinas antes de las guerras de guerrillas revolucionarias: no por ello tienen algo que ver unas con otras. La guerrilla es a la sublevación campesina lo que Marx es a Sorel.

Así como el economismo niega el papel de vanguardia del partido, la autodefensa niega el papel del destacamento armado, orgánicamente distinto de la población civil. Así como

el reformismo apunta a constituir un partido de masas sin selección de los militantes ni organización disciplinada, la autodefensa aspira a integrar a todo el mundo en la lucha armada, a constituir una guerrilla de masas, con mujeres, niños y animales domésticos en el seno de la columna guerrillera.

Así como el espontaneísmo no aspira al poder político para los explotados y, en consecuencia, no se organiza en partido político, la autodefensa no aspira a la supremacía militar para los explotados y, en consecuencia, no aspira a organizarse en ejército popular regular, con su movilidad e iniciativa propias. Se dirá que hay autodefensa allí donde la fuerza móvil estratégica no es el objetivo número uno de la lucha armada, allí donde la conquista del poder político no es la perspectiva consciente y visible de la lucha armada. La autodefensa no excluye necesariamente la insurrección. Pero esta insurrección será siempre local y no buscará extender su acción al conjunto del país: la autodefensa es parcial y la guerrilla revolucionaria aspira a la guerra total al combinar bajo su hegemonía todas las formas de lucha en todos los puntos del territorio. Local y, por tanto, localizada de antemano, la comunidad en autodefensa no tiene iniciativa. No puede elegir el lugar del combate, no se beneficia de la movilidad, del efecto de sorpresa ni de la capacidad de maniobra. Ya descubierta, la zona de autodefensa será objeto de un cerco y un ataque minuciosamente preparado por el enemigo en el momento escogido por este. La zona o la ciudad defendidas por su población misma no pueden sino esperar pasivamente el ataque del enemigo y depende de su buena voluntad. No obliga tampoco al enemigo "a que de los pasos necesarios para que la situación no retroceda" (Che Guevara). No obliga a la democracia representativa o al régimen oligárquico a revelar a la luz del día su contenido de clase; la autodefensa permite a la clase dominante no desenmascarse como dictadura de la violencia; mantiene "el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular" en lugar de "violentarlo" (Che). Entra en el juego y hace el juego a la clase dominante, favoreciendo los equívocos en el seno de las clases dominadas, disfrazando de victoria las soluciones de compromiso.

En Vietnam sobre todo, y en China también, la autodefensa armada de los campesinos, organizada en milicias, ha desempeñado un papel importante, como piedra básica del edificio de las fuerzas armadas de liberación. Pero la autodefensa se extendía a zonas militarmente ya liberadas o semiliberadas, y no constituía en modo alguno zonas autónomas. Esos territorios de autodefensa no eran viables sino en razón de una guerra total que se libraba en otros frentes, con las fuerzas regulares y móviles del Vietminh. Permitían integrar a toda la población en esa guerra sin hacer descansar sobre ella el peso principal de la lucha; dispersando el cuerpo expedicionario francés, aligeraban la tarea de las fuerzas regulares y semirregulares y les permitían concentrar un máximo de efectivos en frentes de combate escogidos en función de los planes estratégicos elaborados por un Estado Mayor. En América Latina, todavía más que en Vietnam, la autodefensa no puede bastarse a sí misma, al menos si se pretende evitar la eliminación de la población civil.

"La autodefensa no es nada más que una parte mínima de un todo con características especiales [escribe el Che Guevara en su prólogo a las obras de Giap]. Nunca puede con-

cebirse una zona de autodefensa como un todo en sí, es decir, una región donde las fuerzas populares traten de defenderse del ataque del enemigo, mientras todo el territorio exterior a dicha zona permanece sin convulsiones. Si así sucediera, el foco sería localizado, atezado y batido, a menos que pasara inmediatamente a la fase primera de la guerra del pueblo, es decir, a la guerra de guerrillas".

Algún tiempo después de que el Che escribiera ese texto, "la zona de autodefensa campesina" de Marquetalia y las otras "repúblicas independientes" fueron ocupadas y disueltas por el enemigo, y Marulanda tuvo que volver a la guerrilla móvil. Una zona de autodefensa establecida, cuando no es el resultado de una derrota militar, aún parcial, de las fuerzas enemigas, ni está protegida por un frente guerrillero en constante ofensiva, no es más que un coloso con pies de arcilla, su desplome asesta un golpe a la moral de las fuerzas populares tanto más grave e inesperado cuanto más inalterable parece ese tipo de statu quo; una mitología eufórica se desarrolla, y envuelve la realidad de esas zonas: como éstas duran desde hace años, se olvida que son el fruto de un compromiso tácito, no de una victoria real, y se les cree inexpugnables. La vigilancia se adormece; se olvida cada vez más poner a prueba las milicias, velar por su entrenamiento, por su armamento; la disciplina se relaja. Del lado revolucionario, esos territorios presuntamente liberados se convierten en simple objeto de propaganda política, coartadas para la inacción más que incitaciones a mayor acción. Del lado de la reacción, pretextos hallados a punto para presentarse como guardianas de la unidad nacional y la integridad del territorio, amenazado por ese quiste canceroso, y para atacar a los comunistas "separatistas"; la burguesía infla poco a poco el peligro real y el miedo que siente con fines de propaganda, inflamiento del cual pueden ser víctimas los propios revolucionarios, que acaban por creer que la guerrilla es, en efecto, un cáncer y que sólo el tiempo se encargará del paciente. Así, el "desinflamiento" de esas zonas, cuando el ejército pasa al ataque después de largos preparativos realizados con toda comodidad, hará mayor efecto: gran victoria para la burguesía, gran derrota para la revolución "castro-comunista" ¿Qué hay en realidad?

Si se juzga por la historia de Cuba y de algunos otros países de América Latina, la guerra de guerrillas parece pasar por las etapas siguientes: la etapa de asentamiento primero; la etapa de desarrollo, señalada por la ofensiva enemiga llevada a cabo aún con todos los medios disponibles (cercos operativos y tácticos, rastillaje, tropas aerotransportadas, bombardeos, etc.); finalmente, la etapa de la ofensiva revolucionaria, política y militar a la vez. Durante la primera etapa, la más difícil de superar evidentemente, la más expuesta a las contingencias de toda naturaleza, el grupo inicial conoce un período de nomadismo absoluto al comienzo; después, un período más largo de fortalecimiento o habituación de los combatientes, organización de correos regulares, de líneas de aprovisionamiento, de relevos, de depósitos de armas) para llegar a la fase final del asentamiento verdadero o constitución mínima de una zona de operaciones. Esta progresión ve crecer el número de combatientes en valor absoluto, pero también disminuir su proporción relativa puesto que se desarrollan los servicios, las pequeñas industrias, los cuadros oficiales; en otras palabras, la parte de la técnica

aumenta (armamento, comunicaciones, producción, explosivos, escuelas de reclutas, etc.) para responder al desarrollo de la potencia de fuego de la guerrilla y de su poder ofensivo.

Ahora bien, una zona de autodefensa como la de Marquetalia daba la impresión de haber llegado al término de esa primera etapa (consolidación de una zona de operaciones) y de que podía pasar a la segunda: hacer frente a una ofensiva enemiga, tomar la iniciativa táctica, destacar elementos de la columna madre para crear otros frentes guerrilleros. Nada de eso. Como los territorios de autodefensa campesino no habían coronado el término de una lucha armada revolucionaria, sino de una guerra civil entre conservadores y liberales, sin conclusión clara, sin efecto sobre el potencial militar del enemigo, la guerrilla, comenzando por la de Marquetalia, tuvo que regresar a la primera fase, a la nómada, sin dejar de estar embarazada por las familias de los combatientes, las tareas de evacuación de la población, el cuidado del ganado y las propiedades agrícolas, etc.

Bolivia: una situación análoga, en el medio obrero, asume aspectos de tragedia. Veintiséis mil mineros de las grandes minas de estaño nacionalizadas están distribuidos por casi todo el altiplano, pero la principal fortaleza minera se concentra en una faja de terreno de quince kilómetros de largo por diez de ancho; donde se encuentran las minas "Siglo Veinte", "Huanuni" y "Catavi". En 1952 los mineros destruyen al ejército de la oligarquía, establecen un gobierno liberal, reciben armas y una apariencia de poder. La revolución se aburguesa. Los mineros se escinden poco a poco. Tienen armas, milicias, radios, un sindicato poderoso, dinamita y detonadores –instrumentos de trabajo de cada día– y, además, el control de la riqueza fundamental del país, el "metal del diablo", el estaño. Replegados sobre sí mismos, semimpotentes, semindolentes, dejan a la burguesía nacional reconstituir un ejército y jalonan su reinado de huelgas, escaramuzas y combates. En pocas palabras sobreviven; y después, como es natural, el ejército puesto en pie por la burguesía se traga a ésta con un golpe de Estado; de los Estados Unidos llega el orden de destruir el movimiento obrero y la junta militar provoca fríamente a los trabajadores al arrestar a su viejo jefe sindical Lechin. La huelga general indefinida propuesta por los trotskistas es decretada en mayo de 1965; los cuerpos de elite del ejército, "rangers", tropas paracaidistas especiales y la infantería clásica cercan las minas y desatan un combate frontal contra las milicias de los mineros; la aviación bombardea una mina cerca de La Paz y ametralla otra. Resultado; muertos por centenares del lado de los mineros y por decenas del lado de los soldados; las minas son ocupadas por el ejército, los soldados fuerzan las puertas de las casas y ametrallan a ciegas a las familias. Se proscriben, encarcela o mata a los dirigentes sindicales y a los mineros más combativos. Objetivo alcanzado. Todo está en orden, aún el odio y las lágrimas de rabia. Hasta la próxima vez.

En el marco de una insurrección general combinada entre diversas minas, La Paz, y ciertas regiones rurales, si ésta insurrección viene a coronar una larga guerra de desgaste librada en otras partes y con otros medios, los mineros organizados en sindicatos revolucionarios pueden desempeñar un papel decisivo. Pero una cosa parece imposible: que una insurrección espontánea acabe en pocos días con un ejército moderno, entrenado y engrosado por una misión militar norteamericana bien

equipada, dotado de una fuerza de choque numéricamente reducida pero agresiva. En resumen, los tiempos han cambiado: es difícil repetir 1952 en 1966.

¿Qué posibilidad de defensa y de ataque victorioso tienen hoy los mineros?

Los milicianos son trabajadores de minas nacionalizadas. En caso de huelga o insurrección, el gobierno corta las carreteras, es decir, los víveres. El aprovisionamiento de los habitantes de las minas se efectúa desde La Paz por tren y camión. En el lugar, a 4.000 metros de altura, los riscos no producen gran cosa; algunas comunidades de indios aymaraes cultivan papas y quina, y secan carne de llama. De esta economía de subsistencia no se saca nada serio. Por ello los camaradas tienen necesidad de una victoria rápida, pues no disponen de víveres para más de una decena de días; pasado ese tiempo, no más leche para los niños, no más medicamentos en los hospitales, no más carne en la "pulpería". En cambio, los mineros impiden la salida del mineral, bloquean los trenes a la salida de las minas. Pero la pelea es desigual: comienzan vencidos. El gobierno tiene fondos en los bancos, préstamos norteamericanos a su disposición, almacenes comerciales, acceso al puerto de Chile, y pueden mantenerse largo tiempo sin mineral. El minero en armas compromete cada día un poco más el aprovisionamiento de su familia: la suerte de uno es la suerte de la otra; ve a su hijo languidecer ante sus ojos, y a sus compañeros de trabajo atacados de silicosis, agotados, agonizar por falta de medicamentos –algunos siropes no más–. Si estuvieran solos, independientes, si estuvieran organizados en unidades reducidas, un golpe de mano contra los almacenes de las ciudades vecinas bastaría para aprovisionarlos por semanas. Pero tal como están, el hambre alcanza por igual a ellos y a sus familias.

Las minas son también ciudades, inmensas barracas grises sin ventanas, construidas a alguna distancia de los pozos, donde sobreviven las familias. Altiplano helado. Ni árboles ni arbustos: un zócalo de tierra roja que se prolonga hasta el horizonte, una luminosidad intensa. Las casas se alinean en hileras rectilíneas, objetivo fácil y destacado para los bombardeos. El bombardeo no compromete la producción: no se trata más que de la población. Por lo demás, la mina es subterránea y las instalaciones de superficie reducidas. Los hornos de fundición están en Inglaterra y en los Estados Unidos. Otra debilidad: las minas están separadas por varias decenas de kilómetros; es fácil para el ejército aislarlas y dominarlas una por una; difícil para los mineros agruparse para coordinar la resistencia. Ningún plan, ningún mando militar centralizado, ninguna preparación militar ni medio de transporte; por lo demás, solo los movimientos de noche estarían permitidos a las formaciones de milicia. A lo sumo, algunos comandos podrían moverse de día, sobre objetivos limitados, aún en la retaguardia del enemigo, hacia las ciudades. Pero ese tipo de acción rebasa la autodefensa y las condiciones concretas de vida de los milicianos, que no tienen cada día sino el tiempo de dormir y malcomer, para continuar su trabajo por un salario promedio de 30 o 40 dólares al mes. De ahí la impaciencia o la desesperación, hay que hacer algo para romper el cerco. ¿Pero qué? Acción suicida, sin preparación; la dinamita no puede nada contra una ametralladora 30 cuando se la arrojan a mano, y los fusiles –viejos, de repeti-

ción— datan de la guerra del Chaco. Pocas balas, cuestan caras. ¿Y qué se puede contra la aviación? Para destruir un ejército es necesario otro, lo que supone enfrentamiento, disciplina y armas. La fraternidad y el coraje no hacen un ejército. Ejemplos: España, la Comuna de París...

Clavados en su lugar de trabajo; junto a las mujeres que combaten y los niños; expuestos a todas las represalias contra los suyos y contra ellos mismos; sin capacidad de maniobra ni para destacarse de su base en formaciones organizadas; sin organización militar; sin dirección ni medios. En resumen, sin posibilidad material de transformarse en fuerza móvil, los mineros están condenados simplemente a la matanza. Depende del ejército escoger el día y la hora de la matanza: por dónde comenzará, por qué ruta subirán las columnas de soldados, dónde aterrizarán las tropas especiales. La iniciativa y el secreto de los preparativos son dejados a la tropa; a los mineros, solamente el alarde, con sus propios recursos, a la luz del día. Si atacan, su base de partida, ya conocida, es fácilmente liquidada. Su contraataque, por otra parte, no puede ir muy lejos, pues la naturaleza del terreno es tal, que su base les retiene y les atrae como un elástico en la espalda.

Dotar o no a las fuerzas populares de un destacamento armado, orgánicamente independiente de la población civil, liberado de las tareas de la defensa civil y que aspira a la conquista del poder político, tal es el criterio decisivo que distingue en este punto fraseología y teoría revolucionaria. Se sabe que el trotskismo hace mentir al sentido común, ya que en su propia división está su fuerza. Está en todas partes y en ninguna, se entrega ocultándose, no es jamás lo que es, trotskista. La ideología trotskista surge hoy de varios lados, tomando como pretexto algunos fracasos transitorios de la acción revolucionaria, pero es siempre para proponer la misma "estrategia de toma del poder". Resumámosla.

Las masas obreras y campesinas reclaman en todas partes el socialismo, pero no lo saben todavía por estar bajo la férula de las burocracias stalinistas. Hay que despertar, pues, la espontaneidad latente de los trabajadores. Para obtener ese fin, la guerrilla no es la forma más elevada de la lucha revolucionaria; hay que instalar en la base "el doble poder", es decir, llamar a la formación de comités de fábrica y comités campesinos cuya proliferación permitirá al fin constituir la Confederación Única de Trabajadores; esta Confederación, a través de la insurrección instantánea y general de la montaña y la ciudad, será el instrumento de la toma del poder. El trabajo de agitación debe desde ahora aspirar a desatar huelgas y manifestaciones obreras. En el campo, a constituir sindicatos campesinos; proceder a la invasión de las tierras: organizar insurrecciones localizadas que poco a poco ganen la ciudad con la consigna de: Revolución Socialista. Los trabajadores deben desde ahora, paso a paso, tomar el control de los medios de producción. Después, alzarse directamente contra el poder del Estado, en el acto, sin intermediarios ni destacamentos especializados. La Revolución partirá de las luchas económicas existentes o latentes, que se agudizaran hasta convertirse en insurrección de masas: se pasa directamente de la acción sindical a la insurrección.

Perú, Guatemala y Brasil (São Paulo y Nordeste) fueron los tres países elegidos por el Buró Latinoamericano de Buenos

Aires, sección de la IV Internacional. Así operó Hugo Blanco, llegado de la Argentina, con los campesinos del Valle de la Convención; las ligas campesinas de Julio debían ser "trabajadas" en el mismo sentido, y tal fue la línea impuesta por la Internacional de Posadas hasta estos últimos meses a Yon Sosa en Guatemala, aprovechando su estado de abandono y la falta de ayuda de otras organizaciones políticas. **Revolución Socialista**, en su tiempo órgano del "13 de Noviembre", escribe en su primer número (julio del 64): *"La concepción de organizar la insurrección armada por etapas, a través de la llamada guerra del pueblo, es formal, burocrática y militarista. Lleva en el fondo la subestimación de las masas, su utilización y la postergación de su intervención directa."*

El trotskismo da una gran importancia al carácter socialista de la Revolución, a su programa futuro, y quisiera que se le juzgara por esta cuestión puramente fraseológica, como si declarar mil veces que la revolución debe ser socialista la ayudara a nacer. Pero el nudo de la cuestión no es teórico, reside en las formas de organización a través de las cuales se realizará "la Revolución Socialista". Entonces se descubre no solamente que esa revolución de que se nos habla es una utopía, sino que los medios que se emplean en ello no llevan a la revolución, sino a la liquidación muy poco utópica de los movimientos populares existentes. Dejemos sobre este punto la palabra al frente guerrillero "Edgar Ibarra", destacamento de las FAR de Guatemala, que después de haber demostrado la vanidad de un programa democrático-nacional para la revolución guatemalteca y la "inexistencia de la burguesía nacional", se dirige así al movimiento trotskista: *"Toda esta posición [trotskista] lleva, mediante una hábil maniobra, a quitarle el contenido revolucionario a la guerrilla; negar su desarrollo hasta convertirse en el ejército del pueblo; a negar el papel del campesinado en la guerra revolucionaria en nuestros países; a negar la necesidad de la derrota militar del imperialismo y sus lacayos para arrebatarle el poder; a ocultar el carácter de guerra prolongada de la lucha armada y presentar ilusoriamente la perspectiva insurreccional a corto plazo; a dividir a las fuerzas del pueblo y los esfuerzos de los revolucionarios, distrayéndolos en la organización pacífica de sindicatos y organizaciones de masa"*³.

Decidámonos por un momento a tomar en serio la concepción trotskista, y no como la pura y simple provocación que es en la práctica. Saltan a la vista varias confusiones. El calco obrerista del modelo de células de empresa y sindicatos proletarios sobre la realidad campesina (lo que es válido en la fábrica de la metrópoli capitalista. Sería válido para la comunidad india, que tiene la edad de la sociedad maya o inca); la subestimación, paradójica después de semejante calco, del papel de la clase obrera como fuerza directora de la revolución; la confusión de la lucha armada —como largo proceso de formación de un ejército popular en el campo— con el asalto directo al poder o insurrección de tipo bolchevique en la ciudad; una incompreensión total de la relación de fuerzas entre la clase campesina y la clase dominante. Cualesquiera sean esas confusiones teóricas, y hay muchas, una cosa es cierta: el bello aparato verbal funciona en la realidad como una trampa, y la trampa se cierra sobre los trabajadores agrícolas y a veces también sobre sus promotores. Promover asambleas públicas del pueblo en una aldea indígena,

reuniones sindicales abiertas, es simplemente denunciar a sus habitantes a las tropas represivas, y los cuadros políticos a la policía: es enviarlas a la prisión o a la fosa.

"Las consignas de ocupación de tierras y fábricas" –dicen los compañeros guatemaltecos en el mismo documento–, "que podrían ser empleadas en determinadas etapas de la lucha, al ser planteadas anárquicamente conducen a provocar matanzas y reveses muy grandes de los campesinos y obreros que no tuvieron aún respaldo para apoyar esas invasiones. La famosa 'disputa' de la propiedad de los medios de producción a la burguesía es inconcebible bajo el control de todo el aparato de represión de las clases dominantes. Esta táctica podría ser aplicada en zonas donde el desarrollo de la guerrilla o del ejército popular impidiera la oleada represiva. De otra manera, ofrece los blancos más vulnerables del pueblo a los golpes del enemigo. Acciones como estas pueden adquirir contenido de verdadera provocación, causando derrotas que conduzcan al pueblo a inhibirse políticamente como única forma de defenderse de la represión".

En el fondo, el trotskismo es una metafísica empedrada de buenas intenciones⁴. Cree en la bondad natural de los trabajadores, siempre pervertida por las burocracias malignas, pero en el fondo jamás abolida. Hay una esencia proletaria presente en el fondo de los campesinos, igual que de los obreros, que ningún accidente podrá alterar. Basta, para revelarla a sí misma, devolverle la palabra, fijarle los objetivos que ve sin ver, que se propone en silencio, y el socialismo pasará a hechos de un golpe, sin dilación, todo limpio.

Porque el trotskismo, llegado a su último punto de degeneración, es una metafísica medieval, está sujeto a las monotonías de su función. En el espacio, dondequiera igual: los mismos análisis de coyuntura sirven en el Perú y en Bélgica.

En el tiempo, inalterable: el trotskismo no tiene nada que aprender de la historia, tiene ya la clave de ésta: la guerra permanente de los trabajadores, indefectiblemente socialistas –por esencia– hasta en su actividad sindical, contra el formalismo perverso de las burocracias stalinistas: Prometeo luchando sin cesar contra un Zeus de mil cabezas para robarle y mantener vivo el fuego de la liberación. ¿Dónde se ha visto el análisis concreto de una situación concreta en la pluma de un trotskista?

Condenado a vivir el presente con las categorías del pasado, se seca en vida. ¿No ha tenido más que fracasos? Los saboteadores de la revolución están en todas partes. La contradicción es que esos guardianes de la espontaneidad de las masas, partidarios de abandonar al proletariado agrícola a sus rencores salvajes, liberado de esa casta "militarista" llegada de las ciudades que son las guerrillas y, al fin, devuelto a sí mismo, son a menudo militantes extranjeros, venidos de afuera o de un país vecino. Y no llegados para participar en un Movimiento de Liberación, para servirle, lo que es el internacionalismo mismo, sino para dirigirle y asumir su control, utilizando sus debilidades, lo que es diferente. Extraña espontaneidad: no nace en el lugar, se importa. ¿Pero por qué asombrarse? Metafísica abstracta, sin contacto con la realidad de la historia, ni aún de una sola historia, la ideología trotskista no puede sino ser aplicada desde afuera. No cabiendo en ninguna parte, hay que aplicarla en todas partes, a la fuerza⁵.

Así, viene a ocurrir en los hechos que, paradójicamente, para el trotskismo ultrarrevolucionario, como para la autodefensa reformista, la guerra de guerrillas traduce una tendencia militarista a apartarse de las masas. La insurrección trotskista se asemeja a la autodefensa: provocadoras una y otra, en nombre de las masas contra los aparatos, en nombre de la acción de las masas contra la acción de un "puñado de aventureros". Las masas tienen buenas espaldas. Estos buenos teóricos las llevan al suicidio cantando himnos a su gloria. Una y otra hacen del sindicato la base de organización y el motor de la lucha de clases, la autodefensa en la realidad y el trotskismo en la realidad y la teoría. He aquí lo que nos explica una sorprendente coincidencia: se nos hablaba de trotskistas ultraizquierdistas; es todo lo contrario. Trotskismo y reformismo se dan la mano para condenar la guerra de guerrillas, frenarla o sabotarla⁶. No es mero azar que esos dos movimientos hayan tomado a la Revolución cubana como blanco de sus ataques en todas partes, en la América Latina como en el resto del mundo. He aquí lo que explica también por qué los nuevos movimientos guerrilleros que surgen con fuerza, como las FALN en Venezuela, bajo la comandancia de Douglas Bravo, como las FAR de Guatemala, han tenido que batirse en dos frentes. La carta-programa de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Guatemala, que hemos citado, está dirigida al mismo tiempo al Partido Guatemalteco del Trabajo (Comunista) en su antigua forma, antes de su transformación, y al Movimiento "13 de Noviembre", el de Yon Sosa, entonces dominado por los trotskistas. En base a esa notable definición de las formas y el contenido de la revolución guatemalteca se han creado las nuevas Fuerzas Armadas Revolucionarias a fines del año 1965, de acuerdo con el Partido Guatemalteco del Trabajo, renovado y rejuvenecido.

¿Qué enseña la experiencia adquirida hasta hoy?

La guerrilla revolucionaria es clandestina. Nace y se desarrolla en secreto; los propios combatientes usan seudónimos. En sus comienzos se mantiene invisible, y cuando se deja ver es en el momento y lugar escogidos por su jefe. En su acción como en su organización, la guerrilla es independiente de la población civil y, por consiguiente, no tiene que asumir la defensa directa de la población campesina. La protección de la población descansa en la destrucción progresiva del potencial militar del enemigo, es relativa a la relación global de las fuerzas: la población estará totalmente segura cuando las fuerzas adversas sean puestas fuera de combate totalmente. Si el objetivo principal de una guerrilla revolucionaria es la destrucción del potencial militar enemigo, no puede esperar que el enemigo vaya a ella para tomar la iniciativa y pasar al ataque. Ese objetivo, en todo caso, requiere del foco, que éste se mantenga independiente de las familias residentes en su zona de operaciones.

Primero, para proteger a la población del ejército represivo. Frente a los guerrilleros inasibles, el ejército desata la venganza sobre los campesinos, a los cuales supone en contacto con aquellos; si descubre a uno que no ha comunicado una información a la tropa, lo mata y lo titulará guerrillero en su informe al Estado Mayor para sacar más provecho de su heroísmo. La movilidad, ventaja de la guerrilla revolucionaria sobre la población civil, le impone una especial responsabilidad frente a los campesinos expuestos día y noche a la represión, eternas víctimas por

sustitución. La guerrilla es, pues, clandestina por partida doble y se preocupa tanto de la seguridad de los campesinos como de la de los combatientes. Las dos seguridades, a fin de cuentas, no son más que una.

Los guerrilleros evitan tanto ir a los pueblos como permanecer a sabiendas de todos en una casa o en las tierras de una familia; si penetran en un pueblo, van a todas las casas para comprometer a todas las familias sin hacer resaltar a un colaborador, o no se detendrán en ninguna de ellas. Si tienen que dar un mitín, simulan reunir a la población por la fuerza, y ésta tendrá así, frente a la represión, la excusa de haber cedido a la amenaza. Los contactos se hacen fuera del pueblo, clandestinamente, y desde luego fuera de los campamentos guerrilleros, utilizando, si es necesario, intermediarios, personas u objetos. Informadores y colaboradores no se conocen entre sí. En la guerrilla misma, un muy pequeño número de responsables conoce las redes de contacto. Un colaborador "quemado" de la región que pide integrarse a la guerrilla es aceptado sin discusión, aún si llega sin arma; etc.

Después, para proteger la propia seguridad de la guerrilla. "Vigilancia constante, desconfianza constante, movilidad constante". Estas son las tres reglas de oro. Las tres conciernen a la seguridad. Varias razones de buen sentido imponen la desconfianza respecto de la población civil y obligan, pues, a mantenerse alejados de ella. Por su misma situación, los civiles están expuestos a la presión y a la presencia constantes del enemigo, que tratará de comprarlos, corromperlos o arrancarles por la violencia lo que no pueden comprar. Además, por no haber sido sometidos a una selección y a una preparación técnica similar a las de los combatientes, los civiles, en la zona de operaciones, estarán más expuestos a la infiltración del enemigo o a la corrupción moral. Por ello, los campesinos, aún los colaboradores, no pueden generalmente ir a los campamentos cuyo emplazamiento ignoran; lo mismo que ignoran, desde luego, los diferentes depósitos, los lugares de destino o la orientación real de las patrullas guerrilleras que pueden ver pasar. "Ocultábamos nuestras intenciones a los campesinos" —cuenta el Che—, "y si alguno pasaba por el lugar de una emboscada, lo reteníamos hasta que se produjera"⁷. Esta vigilancia no es forzosamente desconfianza: un campesino puede fácilmente cometer una indiscreción y más fácilmente aún verse sometido a la tortura. Se sabe porque esta vigilancia se ejerce ante todo sobre los guías, todos cuidadosamente desinformados por los guerrilleros sobre el lugar de dónde vienen o a dónde van, etc.⁸.

De ahí la necesidad de no dejar jamás salir a nadie de un campamento sin abandonar enseguida el campamento. Si es un guerrillero portador de un mensaje, conocedor a fondo del terreno, al regreso sabrá unirse a la columna en marcha o encontrar el nuevo campamento. En efecto, se ha comprobado más de una vez que el hombre —guerrillero o campesino— obligado por sus funciones a ir y venir de la montaña a la ciudad, a llevar un mensaje, a traer una información o hacer un contacto, está muy particularmente expuesto a la acción del enemigo. Por medio de él se trata de infiltrar a la guerrilla, de buen grado por la fuerza, y gracias a él se puede localizar a los combatientes del foco⁹.

Según Fidel, el peligro que representa esta función de agente de enlace entre la guerrilla y el llano es de orden psico-

lógico; al comienzo el joven combatiente, todavía vacilante sobre las oportunidades de victoria de la guerrilla, sale del campamento para realizar su misión. Abajo descubre las fuerzas y la pompa del ejército que cerca la región, su material, sus efectivos. Piensa, entonces, en la banda de hambrientos que acaba de dejar; el contraste es demasiado grande y la tarea parece irrealizable; pierde la fe en la victoria; cree ridículo o desmesurado querer vencer a tantos soldados con tantos camiones, helicópteros, víveres y aparatos de todas clases. Escéptico, está desde entonces a merced del enemigo. Así es al principio con los novatos. El llano desmoraliza y desmoviliza a los más débiles.

En resumen, las ventajas de que dispone una guerrilla sobre el ejército represivo son utilizables sólo si puede mantener y preservar su agilidad y su flexibilidad. Frente a cualquier operación, el secreto de los preparativos, la rapidez de ejecución y la sorpresa requieren grandes precauciones. So pena de perder la iniciativa, la velocidad en sus movimientos, su capacidad de maniobra, una columna guerrillera no puede convoyar a mujeres, niños y todos los materiales y animales domésticos de un pueblo a otro. Confundir el éxodo de los civiles con las marchas, muchas veces forzadas, de una guerrilla, es privar a ésta de toda capacidad de ataque; luego no tiene con qué defender esta misma población de la cual se hizo cargo. Limitada a tareas de protección civil o autodefensa, la guerrilla deja de ser la vanguardia del pueblo entero y se priva de toda perspectiva nacional. El contraataque, al contrario, cataliza las energías populares y hace del foco en desarrollo un polo de atracción para todo el país.

La autodefensa reduce, pues, la guerrilla exclusivamente a un papel táctico y la priva de todo alcance estratégico revolucionario. En el plano mismo en que se coloca, si asegura por un tiempo limitado la protección de la población, la compromete a largo plazo.

"Dejarse atacar o limitarse a la defensa pasiva es colocarse en la imposibilidad de proteger a la población y exponer sus propias fuerzas al desgaste. En cambio, buscar el ataque al enemigo es poner a éste a una defensiva incesante, agotarle, impedir llevar más lejos sus actividades, quitarle la iniciativa y hacer sus búsquedas difíciles. He aquí la mejor manera de llevar a término nuestra gloriosa misión: proteger a la población". Esas directivas se dirigían a los combatientes del Vietminh en su guerra de liberación contra los colonialistas franceses. Con mayor razón, valen para muchos países de América Latina.

La propaganda armada

La lucha guerrillera tiene móviles y fines políticos. Debe apoyarse en las masas o desaparecer; convencer a las masas de sus buenas razones antes de enrolarlas directamente, a fin de que la rebelión se convierta realmente, por su reclutamiento y el origen de sus combatientes, en "guerra del pueblo". Para convencer a las masas hay que dirigirse a ellas, es decir, dirigirles discursos, proclamas, explicaciones, en resumen, realizar un trabajo político, "un trabajo de masas". El primer núcleo de combatientes se dividirá, pues, en pequeñas patrullas de propagandistas, y recorrerá separadamente la montaña, penetrando en los pueblos, celebrando mitines, tomando la palabra aquí

y allá para exponer los fines sociales de la Revolución, denunciar a los enemigos de clase del campesino, prometer la reforma agraria, el castigo de los traidores, etc. Si los campesinos son incrédulos, hay que devolverles la confianza en sí mismos inculcándoles la fe revolucionaria: la fe en los revolucionarios que les hablan. Se crearán células en los pueblos, clandestinas o públicas; se sostendrán o fomentarán las luchas sindicales, repitiendo sin descanso el programa de la Revolución. Solamente al fin de esta etapa, cuando se haya logrado el apoyo activo de las masas, una retaguardia sólida, un aprovisionamiento seguro, una información multiplicada, un correo rápido y una base de reclutamiento, se pasará a la acción directa contra el enemigo.

Tal es, al parecer, la línea de la *propaganda* armada. Esta concepción se apoya en una experiencia internacional indudable.

En Vietnam, la propaganda armada, ligada directamente a la organización de grupos de autodefensa en el campo, parece haber desempeñado un papel decisivo en el curso de la guerra de liberación contra los franceses, y principalmente en el curso del período de formación del ejército regular popular: 1940-1945.

A medida que pasaron de la guerrilla a la guerra de movimientos, luego al ataque de posiciones fortificadas, poco a poco, los camaradas vietnamitas pasaron de la Sección al Batallón o Regimiento y luego a la División: crecimiento no tan natural como se piensa, puesto que no corresponde, por ejemplo, a la línea de progresión de la guerra revolucionaria china, que puso enfrente de golpe a ejércitos regulares. En Vietnam, pues, el Partido Comunista fue el núcleo de organización a partir y en torno al cual se desarrolla el ejército popular. En 1944, para dar cuerpo y forma al ejército de liberación, el Partido creó "la sección de propaganda del Ejército de Liberación". Así, el Partido constituye primero un núcleo de cuadros revolucionarios y lo organiza: tal fue el pelotón de propaganda del Partido, dirigido desde el principio por Giap. Después ese núcleo se divide en todo el país para formar milicias populares y unidades de guerrilla irregulares. Su fin no era combatir, sino formar unidades combatientes.

Así comenzó a edificarse, por *la base*, la pirámide de las Fuerzas Armadas de Liberación vietnamitas, con sus tres tipos de formación: las organizaciones paramilitares o guerrilleras, las tropas regionales y las unidades regulares. Al nivel de la aldea y el distrito: la guerrilla. Al nivel de la región o de la "interzona" (grupos de provincias): las tropas interzonales o unidades semi-irregulares. En fin, el ejército principal o fuerza móvil estratégica, sin base fija ni área determinada de operaciones. Lo mejor de la guerrilla es vertido en la fuerza interzonal; lo mejor de ésta, en el ejército regular: cada piso de la pirámide descansa así en el piso inferior sin aplastarla. Cada uno tiene su función propia. La combinación y articulación de esas tres fuerzas tenían como cimiento, de abajo hacia arriba, el pueblo repartido y organizado en aldeas. La punta de lanza —el ejército regular— estaba soldada a la base, pero era autónoma en sus movimientos. Como explica el general Giap, la estrategia de la guerra contra el Cuerpo Expedicionario francés descansaba en la posibilidad que tenía el partido de hacer actuar, ora alternativamente, ora simultáneamente, esas tres fuerzas una con otra. La guerrilla y las formaciones interzonales dispersan al Cuerpo Expedicionario enemi-

go, en un territorio demasiado vasto para él, y le inmovilizan hostigándolo. La fuerza de maniobra enemiga se ve así numéricamente reducida al mínimo. Su retaguardia nunca es segura. O está en todas partes, y no dispone ya de una fuerza de choque concentrada, o hace frente en un solo punto, y entonces desguarnece el resto del país. "Si el enemigo se concentra, pierde terreno; si se diluye, pierde fuerza": los franceses ayer y los norteamericanos hoy son todavía prisioneros del dilema.

En todo caso, la guerrilla está destinada a aislar y reducir el cuerpo de elite del enemigo, en combinación con los planes de maniobra de las fuerzas regulares del pueblo para hacer actuar siempre la ineluctable ley según la cual un ejército regular es puesto fuera de combate cuando es destruido su cuerpo de elite. Cuando en Dien Bien Phu la fuerza de choque francesa —16.000 hombres— fue eliminada, el cuerpo expedicionario quedó inmovilizado al mismo tiempo por las milicias populares en todo el golfo de Tonkín, y se encontró decapitado.

Luego, para destruir esta fuerza de choque represiva es necesario otra fuerza de choque del lado popular: el enfrentamiento traba en combate a dos ejércitos regulares, con la diferencia de que el ejército regular del pueblo se apoya en todo momento en el conjunto de la población (reclutamiento, aprovisionamiento, transporte, información); si este apoyo faltara, no podría ni siquiera sostener un combate.

Hoy las Fuerzas Armadas de Liberación, en el sur de Vietnam, cuentan también con un Ejército de Liberación propiamente dicho, luego con tropas regionales y en fin con milicias, llamadas guerrillas. Pero los niños, las mujeres y los ancianos no pueden incorporarse directamente a la lucha armada. ¿Cómo movilizarlos entonces? ¿En qué forma pueden participar en la guerra? Integrándolos a la producción, al sabotaje, a la información, al transporte, etc. Esta integración requiere a su vez la formación y organización de un ejército político, cubierta de protección del ejército a secas; así, la lucha política sirve de aprendizaje o entrenamiento para la lucha armada; es la forma de lucha propia de la retaguardia como factor de movilización y comprensión. En resumen, lucha política y lucha armada van juntas; allí donde una es débil la otra lo es también y viceversa.

Si en un país como Vietnam la propaganda armada ha estado en el orden del día es porque allí se dan un gran número de condiciones favorables. Muy esquemáticamente, se pueden citar o adivinar las condiciones siguientes:

Primero: la gran densidad de la población campesina, la superpoblación de las aldeas o pueblos y el marcado predominio de la población campesina sobre la población urbana permiten a los agitadores fundirse con ella fácilmente, como el pez en el agua. Igual ocurrió en China. Esos propagandistas pasan tanto más inadvertidos cuanto que el enemigo es un ocupante, soldado regular, extraño a la vida de la aldea y a las costumbres del país, y no es imposible engañar su atención: franceses o yanquis en Vietnam, japoneses en China. La desproporción existente entre las fuerzas numéricas del ocupante y la población del país no permite el control de todo el territorio por el Cuerpo Expedicionario, cuya red de supervisión, de mallas demasiado anchas, deja el campo libre.

Segundo: los propagandistas están enlazados ora a las bases de apoyo revolucionario, ora a un ejército popular capaz de

sostenerlos o protegerlos en su acción, y más que todo atestiguan la realidad tangible y visible de las victorias militares. Las reuniones, mitines y asambleas en las aldeas tienen un contenido pragmático: no son discursos vacíos, programáticos, "bellas palabras", tanto y tan justamente temidos por los campesinos, sino llamamientos a unirse o sostener a las formaciones combatientes existentes: los propagandistas se apoyan en una lucha real. La guerra es el ambiente objetivo, cotidiano, en que viven los campesinos. Y no contra cualquier enemigo, sino contra un enemigo extranjero, llegado de afuera, que habla una lengua extranjera y vive en las ciudades como vive el ocupante: un enemigo establecido demasiado poco tiempo en el país para haber podido adquirir un prestigio natural que impida ver sus raíces. No es difícil cuestionar mentalmente su poder, que descansa en la fuerza bruta, en el azar de un tratado entre potencias lejanas, en el derecho de conquista, y no en la costumbre ni en la tradición o la idiosincrasia nacionales. La propaganda armada vietnamita se ha desarrollado, pues, en el marco de una Guerra de Liberación Nacional, de una guerra efectiva, presente en todas partes y bajo todas sus formas, contra un enemigo extranjero localizado y fijado por tropas regulares ya formadas en algunos puntos, fortificados o no, del territorio.

Las diferencias entre Vietnam y la América Latina conducen al siguiente contraste. Mientras en Vietnam la pirámide militar de las fuerzas de liberación se construyó desde la base, en América Latina, en cambio, tienden a constituirse desde la cúspide: fuerzas permanentes primero —el foco—; fuerzas semi-irregulares luego, en las inmediaciones del foco; milicias al final o después de la victoria (Cuba).

¿Cómo, en efecto, se presenta la situación en numerosos países de la América Latina?

1. Los focos guerrilleros, al comienzo de su acción, ocupan regiones relativamente poco pobladas, de población muy dispersa. Nadie, ningún recién llegado pasa inadvertido en una aldea de los Andes, por ejemplo, donde inspira ante todo desconfianza. Del "forastero", del "blanco", los campesinos quechuas o cakchiqueles (mayas) tienen muchas razones para desconfiar; saben bien que las bellas palabras no les darán que comer ni les protegerán de los bombardeos. El campesino pobre cree en primer lugar en quién tiene el poder, empezando por el poder de hacer lo que dice. El sistema de opresión es sutil: está allí desde que hay memoria de hambre, cristalizado, instalado, compacto. El ejército, la guardia nacional, la policía del latifundista, hoy "rangers" y boinas verdes o negras, están dotados de un prestigio tanto más fuerte cuanto que es menos consciente. Ese prestigio es la forma primera de la opresión: paraliza el descontento, cierra las bocas, hace tragarse el insulto a la simple vista del uniforme. El ideal neocolonial es todavía "mostrar su fuerza sin servirse de ella", pero mostrarla es ya servirse de ella.

Dicho de otro modo, la fuerza física de la policía y el ejército es tabú, y no se rompe un tabú con discursos, sino mostrando que "las balas les entran también a ellos". El guerrillero, a la inversa, debe servirse de su fuerza para mostrarla, pues no tiene otra cosa que mostrar salvo su resolución y su capacidad para servirse de lo poco que tiene. Servirse de su fuerza para mostrar la que casi no tiene y al mismo tiempo mostrar que la

fuerza del enemigo es primero y sobre todo su alarde. Para destruir ese tabú, ese vestigio secular de miedo humildad frente al patrono, el polizonte, el guardia rural, nada mejor que el combate. Luego el tabú desaparece tan pronto como el respeto por hábito se vuelve irrisorio. Los mismos campesinos que toman las armas y se enrolan en la guerrilla, igual que los veteranos, llegan a subestimar al enemigo y no tomarlo ya en serio; una acción contraria se impone entonces a la dirección guerrillera en un segundo tiempo: devolver un poco de su prestigio al enemigo para evitar las aventuras.

2. La división y el control de las regiones por la reacción o por el imperialismo directamente, su vigilancia hoy multiplicada, deben quitar a un grupo de propagandistas armados toda esperanza de permanecer inadvertidos o clandestinos como "peces en el agua". El destacamento armado y la vanguardia popular no tienen que vérselas con un cuerpo expedicionario extranjero, de efectivos limitados, sino con un sistema perfectamente instalado de dominación local.

Los extranjeros son ellos. Los sin prestigio, los recién llegados, que no pueden aportar a la población, al principio, sino dolor y sangre, son ellos. Por otra parte, hoy las vías de comunicación se multiplican, se construyen aeropuertos o pistas en las regiones más alejadas, inaccesibles por tierra.

Del otro lado de Los Andes, por ejemplo, entre la montaña y la cuenca amazónica, la famosa carretera marginal de la selva se propone unir las regiones tropicales de Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia entre sí y cada área tropical con su capital. En cuanto al imperialismo norteamericano, éste ha multiplicado sus efectivos en el campo, esforzándose por aparecer no bajo una forma represiva, sino, al contrario, como asistencia técnica y social. Se conocen todos los planes sociológicos en curso, con personal internacional, bajo el manto universitario o directamente de la Organización de Estados Americanos, destinados a "fotografiar" la situación social, económica e individual de cada familia de las "áreas peligrosas": Plan 208 de la OEA en Bolivia; "Simpático" en Colombia; Plan JOB 430 en la Argentina; "Cámelot" en Chile; "Colony" en Perú; etc. Miles de Cuerpos de Paz, algunos de ellos a fuerza de trabajo, paciencia y a veces abnegación real, han logrado "integrarse" en las zonas rurales, aprovechando la falta de trabajo político de las organizaciones de izquierda en el campo; los misioneros católicos, evangelistas, metodistas, adventistas pululan hoy hasta en las regiones más remotas. En resumen, todo ese aparato de control de mallas finas viene a añadirse al aparato de dominación propiamente nacional. Sin exagerar la profundidad ni el alcance de su penetración, crea una situación diferente.

3. La ausencia, en fin, de fuerzas regulares revolucionarias o semirregulares ya constituidas. La propaganda armada, al menos si está animada de intenciones combativas, pretende precisamente formar unidades regulares o aumentar las unidades existentes gracias a un trabajo de "reclutamiento político". Así, se precede a la "toma de aldeas" para reunir allí a la población y celebrar mitines de propaganda. En realidad, ¿en qué se ha ayudado a los habitantes de esas aldeas para desembarazarse de sus adversarios de clase? En el curso de esas operaciones pocas armas han sido recuperadas. Aún si el entusiasmo arrastra a jóvenes campesinos a

partir con los guerrilleros, ¿con qué se les armará?

Numerosos compañeros han sacado de esas experiencias la conclusión de que una emboscada contra la columna de refuerzos u otro golpe asestado al enemigo en la vecindad hubiera suscitado más entusiasmo en esa aldea, atraído nuevos reclutas, dado una lección política y moral más profunda a sus habitantes y, sobre todo, obtenido armas, que son lo esencial para una guerrilla que comienza. La destrucción de un camión de transporte de tropas o la ejecución pública de un policía torturador hacen más propaganda efectiva entre la población vecina, propaganda alta y profundamente política, que doscientos discursos. Tal conducta la convence de lo esencial: que la Revolución es una realidad ya en marcha, que el enemigo no es invulnerable. La convence en primer lugar de que el soldado es un enemigo, su enemigo, que hay una guerra en curso y que ésta depende de su acción cotidiana. Después, el discurso es posible. Podrá ser escuchado. En el curso de tales golpes de mano los combatientes recuperan armas, aminoran el potencial militar enemigo, se entrenan, desmoralizan a las tropas enemigas, reavivan la esperanza de los militantes en todo el país. Su fuerza de propaganda y agitación reside en esa misma concentración de efectos. Detalle significativo: en dos años de guerra, Fidel no da un solo mitín en su área de operaciones.

Las formas de organización militar impuestas por la propaganda o la agitación armada parecen haber conducido a una cierta inacción o a la vacilación. Paradojalmente, ningún movimiento guerrillero que haya adoptado semejante concepción de lucha ha podido aumentar su zona de influencia de manera decisiva. En efecto, para llevar a cabo la agitación armada en una zona extensa, el foco inicial debe dividir sus magras fuerzas en varias patrullas, de efectivos reducidos –tres a diez hombres–, a fin de recorrer el mayor número de aldeas. Ventaja táctica cierta: se cubre una zona más extensa, se evita agotar los recursos locales en víveres y aprovisionamientos de todas clases sin ser carga para los campesinos; se puede multiplicar la presencia y los efectivos del foco en la imaginación de los trabajadores con una simple alusión a las otras escuadras que patrullan la región; sobre todo, el foco se hace inapresable y difícilmente localizable por el enemigo, que no puede cercar así a toda la guerrilla. Pero si bien se gana en movilidad, esta no tiene ninguna eficacia en el plano militar, pues el poder de fuego de cada patrulla es insignificante. Aún si la jefatura pone a punto los muy teóricos mecanismos de “concentración-dispersión”, ese sistema queda en el papel durante los primeros meses de una guerrilla sin entrenamiento, sin control ni conocimiento del terreno, habida cuenta de los azares terribles de la vida en la selva, de las distancias, de las difíciles transmisiones. Así desperdigada en patrullas demasiado pequeñas en un territorio demasiado vasto (5.000 km cuadrados como mínimo), la relación de fuerzas es desfavorable y tenderá a serlo cada vez más: *la guerrilla es débil en todas partes y el enemigo es fuerte en todas partes*, por disperso que esté. Esta distribución en patrullas impide la *formación de columnas* con escuadras especializadas en su seno, escuadras de vanguardia, escuadras de retaguardia, con piezas de armamento pesado servidas por grupos entrenados, haciéndose el rancho por escuadras para aligerar la carga logística. Para seguir la metáfora china, el foco, en lugar de cerrarse como un puño para lanzar un

golpe y arrancar un dedo al enemigo, abre y extiende sus cinco dedos, y es el enemigo el que tiene la fuerza del puño frente a cada uno de los dedos. En esto, no basta el convencimiento puramente intelectual. Algunos movimientos guerrilleros conocían y leían con regularidad obras teóricas ricas en metáforas parecidas, a despecho de lo cuál seguían hasta hace poco dividiendo al extremo sus fuerzas.

Si, por un lado, el foco asegura su supervivencia, asegura también la del enemigo, y sería ingenuo creer que la relación de fuerzas debe cambiar necesariamente en su favor. Como ha mostrado la experiencia de Lara, en Venezuela, y en cierta medida la de Guatemala, los conflictos políticos crecen en el seno mismo de la guerrilla con su cohorte de secesiones, discordias y fricciones personales, a causa de la inacción prolongada, intolerable. Surgen o se acentúan los conflictos con las fuerzas políticas del exterior –partidos u organizaciones– que, en lugar de ser convencidas y arrastradas por la práctica y el impulso de la guerrilla, ven más bien confirmada su sospecha respecto de esa forma de lucha popular, dan la palabra a su reprobación hasta entonces silenciosa, y comienzan a discutir abiertamente dicha forma de lucha. Esas divisiones, por natural efecto de rebote, debilitan más aún el foco, siempre sin victorias militares de importancia, sin crecimiento por consiguiente. El enemigo, por su parte, durante ese tiempo saca provecho de los diferendos surgidos en el seno del movimiento, corrompe, seduce o compra a los más débiles y liquida físicamente a los demás.

¿Es esto decir que la propaganda armada o el trabajo de agitación debe rechazarse? No.

A juzgar por algunas experiencias logradas, una guerrilla deja en el curso de su avance algo –o alguien al menos– detrás de sí y detrás de sus líneas, cuando hay líneas, a fin de organizar lo que llegará a ser una base de apoyo sólida; pero entonces la población está protegida en su seguridad física por fuerzas regulares capaces de rechazar al enemigo; la base comienza a organizarse así en un embrión de Estado popular. El trabajo de agitación y propaganda para explicar la organización nueva a la población y hacer pasar a manos de organizaciones de masas la administración de su zona, se hace fundamental y condiciona los combates futuros. La propaganda testimonia entonces la naturaleza liberadora del combate librado y la hace penetrar en el espíritu de los habitantes. Además, favorece la organización de la producción; la recaudación de impuestos; la explicación de las leyes revolucionarias; el mantenimiento de la disciplina; la creación de escuelas de cuadros y otras; la excavación de trincheras y subterráneos por la población civil para protegerse de los bombardeos; etcétera. Se trata en este caso de una etapa posterior a la que todavía no han alcanzado los movimientos guerrilleros latinoamericanos hasta el presente. Dicho de otro modo: *la propaganda armada sigue a la acción militar, pero no la precede*; la propaganda armada tiene que ver con el frente interno de la guerrilla más que con su frente externo.

Por lo demás y en lo esencial, en tanto no hayan cambiado las condiciones presentes, la propaganda es una acción militar lograda.

Considerar la propaganda armada como una etapa en sí, distinta y previa a las operaciones militares es, al parecer, provocar inútilmente al enemigo, exponer al asesinato o a la huida

a los camaradas propagandistas y denunciar una zona de acción guerrillera futura o posible. Dadas las condiciones sociales, ideológicas y psicológicas del campesinado en la mayor parte de los países latinoamericanos, dados los diversos aparatos de información de que dispone el enemigo, reforzado hasta el extremo después de la Revolución Cubana, el grupo de agitadores, armado o no, será vigilado, detectado y liquidado al nacer, si hay necesidad. Lo que es peor: los contactos que hayan establecido, las células organizadas, las personas que hayan "trabajado" en el campo, las aldeas y los centros urbanos próximos sufrirán quizás la misma suerte. Si el enemigo es bastante astuto para esperar, dejará hacer hasta el comienzo de las operaciones o aún después para permitir infiltrarse a sus servicios de inteligencia. Un "campesino" será situado en la infraestructura de la organización de base. Desde el comienzo de las operaciones toda la guerrilla estará localizada ya y será liquidada enseguida.

¿Qué origen atribuir a esta concepción que reduce al guerrillero a no ser sino un agitador armado?

La falta de experiencia anterior en la lucha armada, en las condiciones históricas y sociales propias de la América Latina, ha permitido, sin duda inconscientemente, copiar la experiencia vietnamita, desgajándola de su medio propio. El desconocimiento de la Revolución Cubana ha podido desempeñar también su papel; revolución de la cual se ha tomado la envoltura externa, pero cuyo contenido no ha sido estudiado todavía suficientemente. La formación de un ejército popular en el campo, a fin de cercar y galvanizar las ciudades, ha cometido tal vez el error de ligarse al nombre de foco. Una especie de interpretación biológica ha ligado espontáneamente a la idea de foco las de contagio: propagación espontánea, irradiación microbiana en los tejidos sociales vecinos por el simple efecto mágico de contacto o vecindad. Un centenar de hombres inflama la montaña de discursos; el régimen, aterrorizado, se desploma bajo los gritos, y las aclamaciones populares reciben a los barbudos. Se habría confundido así foco militar –motor de una guerra total– y foco de agitación política. Se habría olvidado simplemente que los cubanos del "26 de Julio" hicieron primero una guerra sin una sola tregua unilateral; que en solo unos meses de 1958 el Ejército Rebelde sostuvo más combates que otros frentes americanos en uno o dos años; que en dos meses los Rebeldes destruyeron la última ofensiva de Batista, rechazando y poniendo fuera de combate a 10.000 hombres con 300 guerrilleros, para comenzar enseguida una contraofensiva general; una guerra que ha costado cara en vidas de combatientes muertos en combate; una guerra que, aún siendo excepcionalmente corta, no por ello ha requerido menos un tesoro de invenciones tácticas, de movilidad y audacia, aliado a una gran solidez estratégica. Se ha olvidado sencillamente que "Patria o Muerte" no es una fórmula para terminar los discursos, sino una regla de acción, a nivel táctico, que los combatientes cubanos tomaron al pie de la letra en cada una de sus acciones, desde el ataque al pequeño fuerte de La Plata hasta la toma de Santa Clara. Estratégicamente se han jugado el todo por el todo: han merecido tener al fin todo.

Claro está: esta decisión estratégica –arriesgarlo todo– no debe llevar la guerrilla a librar en lo táctico batallas decisivas que puedan costar la derrota de la Revolución. La idea de un Ayacucho no cabe en la revolución de hoy, y no hay que esperar

ganarlo todo en una sola batalla. Por ejemplo, cuando la batalla de Guisa, en noviembre de 1958, Fidel opuso 200 guerrilleros (de los cuales 100 eran novatos) a 5.000 soldados de la dictadura, más sus tanques, aviación y artillería, pero los rebeldes tenían siempre la posibilidad de replegarse del Llano hacia la Sierra por el hábil aprovechamiento del terreno: la batalla era más decisiva para el enemigo que para la Revolución, ya que ésta tenía varias columnas en otras partes, invadiendo a la isla. Jugarse el todo por el todo quiere decir: una vez alzados en la montaña, los combatientes libran **una guerra a muerte**, que ya no admite treguas, retrocesos o componendas. Vencer es aceptar, desde un principio, que la vida no es el bien supremo del revolucionario.

La base guerrillera

Tal vez se corren los mismos peligros de imitación a propósito de la base guerrillera. No nos corresponde discutir en detalle esta concepción, que depende ante todo de las condiciones concretas de cada país y de las decisiones propiamente militares incumbentes a los responsables de la guerrilla y sólo a ellos. Aunque sólo una gran experiencia militar puede responder a la cuestión de la base guerrillera o su sucedánea, la zona de seguridad, conformémonos solamente con plantear la cuestión.

Si nos referimos a episodios recientes, como el del Perú, no es imposible que la experiencia china de las bases de apoyo, tal como fue sistematizada por Mao Tse Tung en 1938, en "Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas antijaponesa", haya podido extenderse a la América Latina imponiéndose sobre la imagen que se ha formado de la guerrilla cubana. Últimamente, publicaciones difundidas en ambientes universitarios, como **Monthly Review**, se han dedicado a presentar la experiencia peruana de Luis de la Puente y del MIR como el modelo mismo de una pretendida "estrategia cubana" de lucha armada, lo que permite a esa revista pronosticar el fracaso definitivo de ésta última. En un número reciente de esa publicación norteamericana "progresista" –de la cual no se sabe si es más siniestra que ridícula, pues la ingenuidad, de tan perseverante, se aproxima al gran arte de la desinformación– se lee, en la pluma de Huberman y Sweezy, que la estrategia de Fidel Castro "requería el establecimiento de una zona de seguridad controlada por las guerrillas en las montañas, que se convertiría en el foco de la atracción y el desarrollo revolucionarios, llevando eventualmente, como en Cuba, a una guerra en gran escala contra las fuerzas armadas peruanas"¹⁰. Y se añade: "La principal aportación de De la Puente fue que, siendo el Perú de mucho mayor tamaño, debía haber no una o dos, sino media docena de zonas guerrilleras". Resulta de aquí que esa pretendida "estrategia cubana" haría del establecimiento de una base fija el punto de partida y el objetivo primero de la guerrilla.

Que un intelectual, sobre todo si es burgués, hable de estrategia ante todo, es normal. La desgracia quiere que el buen camino, el único practicable, parta de datos tácticos para elevarse hasta definir una estrategia. El abuso de estrategia y la falta de táctica es un vicio delicioso propio de los contemplativos, al cual también nosotros cedemos al escribir estas líneas. Razón de más para tener presente en la mente *la inversión* de que

somos víctimas al leer obras teóricas. Estas nos presentan en forma de principios y cuadros fijos, concepciones llamadas estratégicas que de hecho señalan, en ciertas condiciones, el final de una serie de pruebas de orden táctico. Tomamos así como punto de partida lo que es resultado. Para un destacamento revolucionario, una estrategia militar resulta primero de la coyuntura política y social; de sus relaciones con la población; de las imposiciones del terreno; de las fuerzas adversarias; de su armamento; etc. Solo el dominio del detalle da seriedad a los planes generales. Finalmente, y más aún tratándose de una fuerza guerrillera que de una fuerza regular, no hay detalles en la acción o, si se quiere, todo es asunto de detalle.

Esta lenta ascensión de la táctica a la estrategia, que ella envuelve y a la cual apela a la vez, acompañada de la experiencia de todos los escalones intermedios, es un poco la historia de la Revolución Cubana, y es también una buena regla de método para el aprendizaje práctico. Uno se queda desconcertado ante la atención minuciosa y casi maniática prestada por Fidel, hasta el último día de la guerra, a los más mínimos preparativos materiales de la menor acción, como queda de manifiesto en su correspondencia de guerra: el emplazamiento de los combatientes en una emboscada futura; el número de balas dadas a cada uno; el Registro de los víveres, etc... Excelente lección de eficiencia precisa. Antes de hablar de una "estrategia cubana", la simple honestidad impone el deber de informarse, de una u otra manera, con los miembros del Ejército Rebelde, acerca de lo que fue realmente la guerrilla cubana. Cuando un intelectual, próspera de profesión, descuida, además, informarse de fuentes originales, como es el caso de nuestros folletinistas de vanguardia, da a su ignorancia una función social precisa, la de confundir, en beneficio de la opresión existente, al público que está obligado a ilustrar.

A primera vista, la base guerrillera o base de apoyo fija, a la cual la experiencia china presta un valor estratégico fundamental, requiere un conjunto de condiciones favorables:

–La extensión y profundidad de un territorio, que tiene por corolario una falta de medios de comunicación en el interior del país (condiciones subrayadas con fuerza por Mao en el texto citado de 1938);

–Una población rural muy densa (Perú, 9 habitantes por km²);

–La presencia de fronteras comunes con un país amigo (en un país estrecho como Vietnam la base de apoyo más importante, la del Vietnam, carta decisiva a partir de 1950, lindaba con la frontera china);

–La ausencia de tropas enemigas transportadas por aire, que constituyen las fuerzas de choque antiguerrilleras en casi todos los países latinoamericanos, con las técnicas modernas de represión, cerco de infantería por tierra y desembarco simultáneo de tropas aerotransportadas en el centro de la zona embestida, pequeñas patrullas móviles de caza en contacto radial con la retaguardia para localizar y comunicar enseguida la posición de los combatientes populares, etc.

La insuficiencia numérica de las fuerzas enemigas –condición evidentemente llenada en China en el momento de la guerra antijaponesa– que no lo es en absoluto en América hoy. No olvidemos que el ejército rojo chino estaba constituido como

ejército regular desde 1927, después de una división entera del ejército del Kuomintang, con sus oficiales comunistas, se pasó a las filas comunistas. En China las fuerzas populares disponían, desde antes de la invasión japonesa, de unidades regulares constituidas. Después de la invasión extranjera, fueron el VIII y el IV Ejército de Ruta los que establecieron las bases antijaponesas, pasando de 40.000 hombres en 1937 a un millón en 1945. Era, pues, posible a los camaradas chinos sostener guerras de posición para defender las bases fijas más importantes.

Casi ninguna de esas condiciones, como se ve, se da hoy en la América Latina.

¿Cuáles parecen ser a ese respecto las enseñanzas de la experiencia cubana y de las luchas actuales?

Sabemos hoy, sólo leyendo los periódicos, que el momento crucial para una guerrilla es el de su entrada en acción. Como los niños de los países pobres, sus oportunidades de morir son muy elevadas en el curso de los primeros meses y decrecen cada mes que pasa. Hacer una guerra corta, matar el foco al nacer sin darle tiempo a adaptarse al terreno, a ligarse profundamente a la población local y adquirir un mínimo de experiencia, es, por tanto, la regla de oro de la contrainsurgencia. Cuando un asesor militar yanqui sueña, apostamos a que ve caer del cielo sus tropas aerotransportadas en medio de un campamento guerrillero apenas señalado. El sueño, por suerte, es irrealizable, al menos en esa forma. En todo caso, entre la represión experimentada y la guerrilla principiante hay siempre una carrera contra el reloj: la guerrilla para ganar tiempo y el ejército para no perder un minuto; la primera para aprender y el segundo para no dar tiempo a aprender. Hay que localizar el foco lo más pronto; todos los medios son buenos, desde la infiltración silenciosa hasta la movilización ruidosa de la infantería y la aviación para agitar y remover una zona sospechosa y obligar así a los guerrilleros, por desconcierto, a moverse y a salir a terreno descubierto.

En esas condiciones, querer ocupar una base fija o apoyarse en una zona de seguridad, aún de algunos miles de kilómetros cuadrados de extensión, es, al parecer, privarse de su mejor arma, la movilidad, dejarse encerrar en una zona de operaciones y permitir al enemigo el empleo de sus mejores armas. El rescate de la zona de seguridad erigida en fetiche es el campamento fijo, instalado en lugares reputados de inaccesibles. Esta confianza en sólo las virtudes del terreno es peligrosa: al cabo, no hay lugares inaccesibles por la sencilla razón de que, si uno mismo ha llegado a ellos, el enemigo puede hacer otro tanto. La regla de conducta observada por el Ejército Rebelde desde el comienzo era la de actuar como si el enemigo supiera siempre dónde se encontraba la guerrilla y fuera a su encuentro desde el acantonamiento más próximo. La lucha contra la infiltración y la delación tendió, pues, en Cuba, a adoptar la forma de movilidad a ultranza. Toda persona que saliera de un campamento era sospechosa de poder denunciarlo de grado o por fuerza; por esta razón no podía haber sino campamentos provisionales y movidos sin cesar en la primera etapa.

Al final del año 1957, operaban dos columnas en la Sierra Maestra: la de Fidel, 120 hombres, y la columna confiada por Fidel al Che, llamada columna N° 4 con fines de desinformación, 40 hombres. En el mes de octubre, con esta columna que

ya contaba unos 60 hombres, el Che intentó sentar las bases de un territorio libre en el valle del Hombrito. Instaló ahí un campamento fijo, hizo construir un horno de pan, un hospital, talleres de reparar zapatos, etc., trajo un mimeógrafo, con el cual tiró los primeros números del periódico *El Cubano Libre* y empezó incluso, según sus propias palabras, a establecer los planes de una pequeña hidroeléctrica sobre el río del valle. Al cabo de unas pocas semanas, las tropas de Sánchez Mosquera atacaron esta base que no pudo ser salvada a pesar de haber sido preparada su defensa. Los Rebeldes no tenían la fuerza para defenderla. El Che fue herido en el pie, y tuvo que retirarse más adentro. Este intento de crear una base no tuvo repercusiones graves por estar presente en la cercanía la columna de Fidel en la cual podía apoyarse la del Che. De haber sido un foco aislado, este intento hubiera podido salir muy mal. Sin embargo, la defensa porfiada del Hombrito forzó al ejército a retirarse posteriormente y convirtió la destrucción de la base en una victoria más. La idea de la base era justa, pero prematura.

Fue solamente al cabo de diecisiete meses de combates continuos, en abril de 1958, cuando los Rebeldes fijaron una base guerrillera en el centro de la Sierra Maestra.

Durante todo este tiempo la base guerrillera no fue sino la zona de operaciones, ya la ofensiva constante, fuera de las líneas, fue la que logró "liberar" una pequeña porción de la Sierra Maestra. Las columnas descendían cada vez más hacia el llano, ampliando sin cesar sus incursiones, impidiendo poco a poco la entrada al macizo montañoso a las tropas represivas. Los habitantes de la Sierra no tenían que temer entonces ser cogidos entre la tenaza de las tropas de Batista y los guerrilleros. Parece, pues, que la base de la Sierra Maestra se ha constituido de fuera hacia adentro, de la periferia hacia el centro.

El pequeño territorio básico entonces despejado es el terreno en que se encuentran el hospital de campaña, las pequeñas industrias artesanales, los talleres de guerra, la radio, la escuela de reclutas, el puesto de mando. Esta pequeña base permitió a los rebeldes resistir en posiciones atrincheradas la ofensiva general del verano del 58. Adosados a esa estrecha faja de montaña, pudieron hacer frente a una serie de ataques convergentes del enemigo, que en un momento dado redujo a menos de 4 km la profundidad del territorio rebelde, en algunos puntos críticos¹¹. Pero aún en esta situación de sitio, el Ejército Rebelde seguía siendo capaz de abandonar esa base, burlar el cerco y, llegado el caso, volver a su nomadismo primero en otra zona.

En Cuba, la ocupación de una base guerrillera, por decisiva que hubiera sido, no fue el objetivo político y militar número uno de los Rebeldes. El objetivo número uno era, al parecer, la destrucción de las fuerzas enemigas, y, primero la recuperación de armamentos. Las experiencias actuales de Guatemala, Colombia y Venezuela parecen confirmar, en ese punto, la validez de la experiencia cubana. La ocupación de una base fija no es allí la condición "sine qua non" del desencadenamiento de las primeras operaciones ofensivas de las guerrillas; más aún: esa ocupación no es posible sino después de una primera etapa nómada de lenta fijación en una zona de operaciones particularmente favorable.

Durante ese tiempo la base guerrillera es, según una expresión de Fidel, el territorio dentro del cual se mueve el gue-

rrillero y que se mueve con él. En la etapa inicial la base de apoyo está en la mochila del combatiente.

Partido y guerrilla

En muchos países de América a menudo la guerrilla ha recibido el nombre de "brazo armado" de un Frente de Liberación, para indicar su dependencia de un frente patriótico o de un partido. Esta expresión, copiada de fórmulas elaboradas en otras partes —en Asia principalmente—, se opone, en el fondo, a la máxima de Camilo: "*El ejército rebelde es el pueblo uniformado*". En ausencia del conocimiento concreto de una situación concreta, diferente y desconocida en su diferencia misma, es siempre peligroso importar esquemas de organización, aunque estos se apoyen en una teoría reconocida. Físicamente peligroso, se entiende, pues de un solo error político derivan numerosos errores militares y de un solo error militar la destrucción de todo un foco que comienza. Sin duda, el hecho de que la lucha armada en América Latina no haya sucumbido a tantos pasos en falso, a tantos tanteos y erróneos comienzos, revela la tolerancia de la historia frente a ella. Mientras tanto, la sanción de una teoría falsa es el fracaso militar, y la sanción del fracaso militar, el asesinato de decenas y centenas de compañeros y hombres del pueblo. Según una frase de Fidel, ciertas políticas tienen que ver con la criminología.

Situar la guerrilla bajo la dependencia estratégica y táctica de un partido que no cambia radicalmente su organización normal de tiempo de paz, o situar la guerrilla como una ramificación más de la acción del partido, trae por consecuencia una serie de errores militares mortales. Pasémosles revista rápidamente: son hoy conocidos de todos.

La bajada a la ciudad:

El brazo, por armado que esté, debe consultar a la cabeza antes de hacer un movimiento. La cabeza —o dirección— se halla en la capital, ¿Acaso no es allí donde se concentran la vida política del país, los dirigentes de los otros partidos, la prensa, el Parlamento, los Ministerios, las oficinas de correos, en resumen, los órganos del poder central? ¿Acaso no es allí donde se concentran el proletariado industrial, las fábricas, los sindicatos, la Universidad, en resumen, las fuerzas vivas de la población? Las normas del centralismo democrático imponen al comandante del frente guerrillero —generalmente miembro del Comité Central— ir a participar en las discusiones de la Dirección; si no es miembro del órgano dirigente, razón de más: es necesario comunicarle las orientaciones. Se dirá que la Dirección puede también enviar un emisario a la montaña, y es lo que hace a menudo. Pero para discutir sus orientaciones cuando no concuerdan con la realidad de la guerra, para exponer los problemas concretos —materiales y políticos— que se plantean a sus hombres, para solicitar ayuda o simplemente para hacer sentir que existen a una Dirección que tiende pronto a olvidarlo, que ignora todo de la guerra y sus problemas, bañada en la "vida política" de los días buenos, el comandante guerrillero, tarde o temprano, debe bajar. Sobre todo cuando las divisiones políticas se hacen evidentes, estallan los organismos y se forman otros sin

que él sea consultado, hay que ir "abajo", allí donde se hace y se mueve "la política". Como ocurre que "la cabeza" está vacía o es incompetente o sorda, para hacerle comprender los detalles de ese mundo más lejano que la luna que es la vida guerrillera, se necesita tiempo; hay que prolongar, pues, la estancia "abajo" o volver a bajar. Riesgo fatal. Tarde o temprano, el responsable militar caerá: asesinado en el acto, torturado y "suicidado", excepcionalmente encarcelado si la opinión pública puede intervenir a tiempo. Una vez ha escapado a tiempo; la otra será cogido. (El azar o "extraños azares" se mezclan en la cuestión: un accidente de automóvil, por ejemplo).

No olvidemos que el enemigo de clase procede a un *asesinato selectivo* en gran escala en América Latina: matar a los jefes, dejar vivir a los otros. Doble ventaja: se aísla a los jefes mientras vivan y se corrompe a los combatientes que no quieren morir; la clase dominante sabe reconocer bien a los que le hace falta matar –los políticos–militares– y a los que puede dejar en la cárcel o en la calle –muchos políticos–, a los que tiene interés en liberar de la prisión o dejarles en libertad. Con la mayoría de los responsables militares, de los hombres de la montaña, no hay compromiso posible; nada hay que esperar de ellos sino la guerra; hay que suprimirlos. ¿Atraparlos o liquidarlos en la montaña? Si tienen experiencia, es prácticamente imposible. El único medio para los polizontes y los asesores norteamericanos es que bajen a la ciudad, a su terreno. Enfermos, que descienden a hacerse curar; traicionados o aislados, que vayan a poner orden entre los políticos acorralados. "La ciudad –dice Fidel– es un cementerio de revolucionarios y recursos". Sin contar el efecto moral desastroso que provoca en los combatientes el descenso de su jefe, en las condiciones de vida en que se encuentran, cuando el primer papel del jefe es dar ejemplo de aguante y sacrificio. Mejor secuestrar a un médico o la mitad de un hospital que bajar a hacerse curar, decía en conclusión un comandante guerrillero. El jefe no puede bajar para asistir a ninguna reunión política: hace subir a los políticos para decidir y discutir en lugar seguro, arriba; si no, envía a un emisario. Lo que supone, primero, que se le reconozca su cualidad de jefe responsable y que se le den los medios de ejercerla, o que se los tome el mismo. Lo que supone, ante todo, la adopción de una estrategia franca y clara: ¿cuál es la forma fundamental de la lucha de clases en un momento dado? ¿Su terreno fundamental? ¿Su objetivo principal?

2. La falta de poder político acarrea la dependencia logística y militar de la montaña respecto de la ciudad. Ahora bien, esta dependencia acarrea a menudo un **abandono** de la guerrilla por la Dirección de la ciudad.

La subordinación de la guerrilla a su dirección política urbana desarrolla en los guerrilleros no solamente una situación real, sino también un complejo mental de inferioridad y dependencia. Del exterior esperan todo: sus cuadros políticos, las orientaciones, el dinero, las armas, hasta la fecha de las operaciones. El principio moral y político, no contar sino con sus propias fuerzas, es perdido de vista, y la guerrilla está cada día un poco más presa de los espejismos de la ayuda exterior inminente. Hay que esperar a que la ayuda prometida llegue, y el día previsto la ayuda no llega o llega con cuentagotas y es pospuesta

para el día siguiente. Se va tirando en espera de mañana para ver si llegan los pares de botas, los nylons, las municiones, la gasolina, los medicamentos, las linternas eléctricas pedidos tres meses antes. Así se coloca rienda a "su" lucha armada, aunque sólo sea por indolencia.

Y es normal: las capitales, sobre todo las ciudades del Caribe, esas grandes sucursales yanquis, son purgatorios vivibles al lado de las aglomeraciones urbanas de Asia y aún de Europa. ¿Cómo un habitante de esas ciudades, por marxista-leninista que sea, podrá adivinar la importancia vital de un metro cuadrado de nylon, de un pote de grasa de fusil, una libra de sal, de azúcar y de un par de botas? Como se dice, "hay que haberlo vivido para concebirlo". Vistos desde afuera, son "detalles", "servidumbres materiales" de la lucha de clases, "el lado técnico", luego menor, por tanto, secundario de las cosas: reflejos mentales de burgueses, y todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad, es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero: no puede saber el trabajo material que esto demanda: comer, dormir, moverse, en resumen, sobrevivir. No tener medios de subsistencia salvo los que produce uno mismo, con sus manos, a partir de la naturaleza bruta. El hombre de ciudad vive como consumidor. Basta un billete en el bolsillo para tener con que pasar el día; desde luego, los billetes no bastan, pero con la afluencia de yanquis y su cortejo de corrupciones se ganaran otros sin demasiadas dificultades.

La jungla de las ciudades no es tan salvaje: los hombres se estrangulan allí para ser reconocidos como bestias superiores, no se combate ya para no morir. La vida es de todos, desigualmente dada, pero dada de todos modos. Está en el comerciante en forma de productos acabados: la carne descuartizada, el pan cocido; el agua en la pila; el sueño sin turnos de guardia, bajo techo, a cubierto; la luz, en las calles sin serpientes, en los focos del alumbrado; el medicamento, en la farmacia o el hospital. Se dice bien que nos bañamos en lo social: los baños prolongados ablandan. Nada mejor que salir de ellos para darse cuenta de hasta que punto esas incubadoras tibias infantilizan y aburguesan. Los primeros tiempos en la montaña, reclusos en la selva llamada virgen, la vida es simplemente un combate de cada día en sus menores detalles y, en primer lugar, un combate del guerrillero consigo mismo para superar sus antiguos hábitos, las marcas dejadas por la incubadora en su cuerpo, su debilidad. El enemigo a vencer, en los primeros meses, es él mismo, y no siempre se sale vencedor de ese combate: muchos abandonan el campo, desertan o descienden voluntariamente a la ciudad para asumir otras tareas.

El terrible abandono en que han tenido que vivir numerosos focos durante meses, a veces años, no se explica tanto por el sabotaje larvado, el desinterés o la traición de sus aparatos de superficie como por una diferencia irreductible de condiciones de vida, luego de pensamiento y comportamiento, entre unos y otros. El mejor de los camaradas, en la capital o en el extranjero, aún destacado en misiones importantes, dedicado a su trabajo, cae bajo el golpe de esa diferencia, que vale por una "traición objetiva". Muchos de ellos lo saben. Cuando una guerrilla habla con sus responsables urbanos o en el extranjero, trata con "su" burguesía. Aún si tiene necesidad de una bur-

guesía –como de un pulmón artificial para los momentos de asfíxia– no puede perder de vista esa diferencia de intereses y de medio: los dos no respiran el mismo aire. Fidel Castro ha tenido la experiencia de ello y no ha vacilado, aún a riesgo de quedar solo en momentos muy difíciles, en condenar y repudiar a “su” burguesía, inclinada a hacer alianzas sin principios. Principalmente cuando condenó el Pacto de Miami en su admirable carta del 14 de diciembre de 1957, en que, frente a una política burguesa, se define ya una moral proletaria encarnada en el Ejército Rebelde, moral que más tarde revelará ser *también* una política proletaria.

Dependencia logística: algunos frentes guerrilleros han sobrevivido recibiendo en un año doscientos dólares del organismo político de que dependían. El mismo organismo político gastaba durante ese tiempo miles de dólares en tareas de propaganda en el extranjero y en el interior, en mantener funcionarios dentro y fuera del país, en crear órganos de prensa, reunir congresos de amnistía, etc., para sacar provecho del prestigio que le daba la existencia de esos mismos frentes, desprovistos de medios de combate y solitarios. De esta experiencia y otras semejantes se ha sacado la conclusión siguiente: es menos riesgoso y más seguro para una guerrilla hacer desde su propia base incursiones, si es necesario motorizadas (secuestrando y abandonando un camión), a los poblados vecinos para obtener víveres y equipos de campaña (mochilas, mantas, botas, vestidos, etc.), crear sus propios depósitos, enterrarlos u ocultarlos, y asegurar así su libertad de acción por algunos meses¹². Por arriesgados que sean esos golpes de mano, son preferibles a la espera pasiva: esperar la buena voluntad o la posibilidad de aprovisionamiento por los organismos urbanos, los azares del transporte, las dificultades causadas por los “cercos operativos” u otra movilización de las fuerzas enemigas. Además, reducen al mínimo las posibilidades de infiltración o localización de la guerrilla, que se hacen siempre desde la ciudad en dirección de la montaña, del exterior al interior, y no en sentido contrario.

Dependencia militar: no pueden planificarse operaciones militares con meses de anticipación, para un día dado, de acuerdo con el calendario político nacional establecido por la clase dominante: elecciones presidenciales o parlamentarias, sesiones del Congreso, asambleas diversas, viajes oficiales. Dicho está que los planes de campaña deben ser elaborados por aquellos mismos que tienen que realizarlos o en colaboración mutua con una dirección política que tenga un conocimiento profundo, táctico, detallado, de las cuestiones militares. Pero una dirección política sin esos conocimientos no puede elaborar planes militares sola, según sus conveniencias, como apoyo a una política de maniobras o de presiones sobre el régimen burgués, y luego transmitirlos a su aparato militar “para que los ponga en práctica”, como el cliente imparte la orden al “maitre d’hotel”, que la transmite a los cocineros. Por ridícula que sea la comparación, el divorcio entre teoría y práctica, entre vanguardia política y vanguardia militar, puede llegar y *ha llegado* a esos absurdos.

La falta del mando único:

Acarrea la falta de plan general de acción; no es posible combinar y coordinar los medios disponibles en función de una dirección principal de acción. La falta de unidad de mando pone a las fuerzas revolucionarias en la situación de un sirviente de pieza de artillería sin dirección principal de fuego, en la situación de una línea de ataque sin dirección principal de ataque: los atacantes se pierden en el terreno, tirotean al azar y mueren por nada. El número y el poder de los medios de fuego no sirven de nada sin un plan de fuego, la asignación de un sector principal para ser batido por fuegos cruzados o concentrados. A ese despilfarro, a esa matanza inútil, lleva la ausencia de dirección ejecutiva centralizada, es decir, político-militar. El Frente o el Partido no son mancos: al brazo armado corresponde un brazo legal, pacífico. ¿Cómo combinar la acción de los dos? Peor todavía: ¿cómo combinar las dos alas del aparato armado, la guerrilla rural y la resistencia clandestina en las ciudades? Sólo una dirección notablemente coherente y vigorosa, armada de un plan estratégico racional a largo plazo, movida por un análisis político sin tachas, puede combinar esos dos aspectos de la acción directa; por lo menos es necesario que exista, que salve el pellejo. Quedándose en la ciudad, la dirección política será inevitablemente destruida o desmantelada por la represión. Los dirigentes lo saben o se lo imaginan. Pero la fuerza de la tradición, la adhesión zoológica a formas de organización determinadas, consagradas, solidificadas por el tiempo, impide romper una estructura establecida y pasar a la nueva forma de lucha exigida por la situación de guerra. Esas resistencias son normales: el partido bolchevique y Lenin tropezaron con ellas hasta Octubre del 17.

En la actualidad, hay países en que numerosos dirigentes políticos pueden dar su acuerdo, en un momento de auge, a abandonar la ciudad, a ir a la montaña y escapar a la represión creciente. Pero de hecho, difieren cada día la partida. Cada día hay un golpe de Estado “en el aire”, una reunión atrasada; una esperanza de ver resuelta la crisis en un abrir y cerrar de ojos. Siempre hay un pretexto. Hasta el día en que es demasiado tarde: la policía los encarcela o los mata. Luego, la dirección tradicional cae. Se pone en pie rápidamente una dirección de reemplazo clandestina, sin las cualidades de la primera, elegida con regularidad en congreso, que se encuentra en prisión o diezmada; desvinculada de la base y de las organizaciones regulares. Esta dirección improvisada despacha los asuntos corrientes y se absorbe en la rutina clandestina. Satisfecha con poder siquiera mantener en pie algo así como un partido, da largas; vacila en tomar las decisiones de fondo y deja a la guerrilla como está, allí donde está; esperando días mejores, le presta el concurso de siempre, y siempre con grandes sacrificios.

En todos los casos se buscará reunir las ventajas de todas las formas de lucha sin los inconvenientes de ninguna: se rehusa escoger una forma de lucha como fundamental y otra como subordinada. Se deja a los dos brazos agitarse, cada uno por su lado, cada uno por su cuenta, sin acción coordinada, sin subordinación de las tareas. Esta dirección política abstracta, reformista o desavenida, transforma el movimiento revolucionario en un muñeco desarticulado. En una situación de guerra, una desviación en la cima, en la cabeza, puede engendrar desviacio-

nes de signo contrario en las dos alas del aparato armado: a las nostalgias legalistas de la dirección política vienen a responder, en su aparato armado, el terrorismo descontrolado en la ciudad y el bandolerismo en el campo.

—*Acciones incontroladas en la ciudad*: en ausencia de un mando único, ninguna estrategia clara de lucha armada. En ausencia de una estrategia clara, ningún plan de acción. La guerrilla es aislada de las ciudades; cada una actúa por su cuenta; las fuerzas urbanas o lo que hace las voces de estas no están claramente subordinadas a la Sierra: para ello hace falta que la guerrilla sea reconocida como el ala directora y motriz del movimiento. De ahí, acciones independientes y anárquicas en la ciudad, que pueden comprometer no solamente los planes de la guerrilla, sino hasta el sentido mismo del combate librado.

"Es fundamental precisar [escribía el Che Guevara ya en 1960] que nunca puede surgir por sí misma una guerrilla suburbana... La guerrilla suburbana estará directamente a las órdenes de jefes situados en otras zonas. Por tanto la función de esta guerrilla no será llevar a cabo acciones independientes, sino de acuerdo con planes estratégicos preconcebidos"¹³.

Claro está que el terrorismo de ciudad no puede desempeñar ningún papel decisivo y que entraña a la vez algunos peligros de orden político. Pero si está subordinado a la lucha fundamental, la del campo, tiene, desde un punto de vista militar, un valor estratégico: inmoviliza millares de soldados enemigos, congela la mayor parte del aparato represivo en tareas estériles de protección. Fábricas, puentes, centrales eléctricas, edificios públicos, carreteras, oleoductos pueden ocupar hasta las tres cuartas partes del ejército. El gobierno, por ser gobierno, tiene que proteger todos los intereses de todos los que tienen bienes y en todas partes, los guerrilleros no tienen que cuidar nada en ningún lugar. No tienen peso muerto. Por eso, la relación de fuerzas no se mide en términos de igualdad aritmética. En Cuba, por ejemplo, de los 50.000 hombres que tenía Batista, no pudo emplear nunca más que 10.000 a la vez contra la guerrilla. Y el Ejército Rebelde, al decir de su jefe, llegó a ser invencible cuando alcanzó la proporción de 1 contra 500.

Es que, desde el primer día, Fidel impuso una clara estrategia, aún más clarividente porque las fuerzas del 26 de Julio eran mucho más numerosas y mejor organizadas en las ciudades (Santiago, La Habana) que en la Sierra, en esa época de lucha. El acento principal debía ponerse en la consolidación de la guerrilla rural, en el Ejército Rebelde; a éste correspondía la dirección del Movimiento, aquí estaba la cabeza de todo el país. Después del desembarco, Fidel delegó en Faustino Pérez la reorganización del Movimiento en La Habana, dándole plenos poderes para ponerlo bajo la dirección de una fuerza que, como se sabe, reunía 20 hombres (enero del 57). Todas las armas disponibles debían ser enviadas a la Sierra Maestra y ni un solo fusil distraído para la resistencia urbana, directiva que podía parecer escandalosa, dado el desarrollo de esa resistencia y sus reales necesidades en armas; directiva que engendró más de un conflicto con el ala urbana del Movimiento, más de un resentimiento, pero que permitió en un mínimo de tiempo la constitución de "la fuerza móvil estratégica", el Ejército Rebelde, en el primer frente de la Sierra Maestra. Será ésta la que liquidará al régimen

en definitiva: tal es uno de los "leitmotivs" de las cartas de Fidel a Frank País, jefe del Movimiento en Santiago.

Después de la muerte de Frank País sigue insistiendo Fidel. El 11 de agosto de 1957, escribe a Aly (Celia Sánchez): "*Una consigna debe ser ahora la más correcta: 'todos los fusiles, todas las bolas y todos los recursos', para la Sierra*", y vuelve a lanzar la misma consigna en otra carta a Aly el 14 de agosto.

Entre las dos alas del Movimiento Liberador, las contradicciones no dejan de acentuarse, inevitablemente. Las dos alas tienen un desarrollo desigual, donde quiera que sea, en efectivos y en ciudad; de ahí los peligros de una cojera. Como hemos visto, la montaña proletariza a burgueses campesinos y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios. Los conflictos tácticos que no dejarán de surgir, las diferencias de apreciación o de línea encubren un conflicto de clase, donde los intereses del proletariado, paradójicamente, no están del lado de la ciudad. Si esos conflictos pidieron ser resueltos tan pronto en Cuba, si la marcha hacia el socialismo ha podido ser tan rápida después de la conquista del poder, es porque desde el primer día la hegemonía fue reclamada, defendida y conquistada por Fidel en beneficio de la guerrilla rural. Una de las pocas acciones que pudo proponer e imponer el Llano fue la huelga general de abril del 58, que terminó en una catástrofe y repercutió gravemente sobre todo el Movimiento.

La Comandancia del Ejército Rebelde dejó hacer y colaboró al máximo y de buena fe los preparativos de la huelga, tanto Fidel en el Primer Frente como Raúl en el Segundo: a los de abajo, les tocaba decidir sobre lo de abajo. La Sierra no podía estar mejor informada de la situación en las ciudades que la gente de la ciudad: por esta razón de sentido común, Fidel no se opuso a la huelga. Resultó así víctima del "subjetivismo" del ala civil del Movimiento. El fracaso de la huelga general puso en evidencia una crisis latente a la vez que permitió superarla. En el plano de la organización, se reestructuró la Dirección, acabando con todas las trabas impuestas a la Sierra; la Comandancia del Ejército Rebelde tomó en sus manos la responsabilidad nacional del movimiento. En el plano de las concepciones de lucha, fue definitivamente barrida la concepción "civilista": para el Llano, la guerrilla era algo simbólico, destinada a crear las condiciones de un golpe de Estado en la capital. Para la Sierra, la guerrilla podía y debía dar una solución militar al problema político que no podía resolverse por ningún otro medio. Por eso, pudo Fidel escribir antes de la huelga: "*Si logra [Batista] aplastar la huelga, no resolvería nada; nosotros seguiríamos luchando, y dentro de seis meses, su situación será peor*" (carta a Nasin, marzo 23 de 1958). La clase dominante tenía todos los medios para reprimir y resquebrajar una huelga general, mientras que estos medios no le servían en absoluto para vencer en una guerra de guerrillas. Así le tocó a la Sierra salvar a la Revolución puesta en peligro por el Llano. Con el fracaso de la huelga, al comprobar a los ojos de todos que sólo la Sierra podía salvar la Revolución, era lógico que ésta asumiera la responsabilidad de su dirección. En un discurso ulterior al triunfo, Fidel volvió sobre las oposiciones fundamentales de estrategia y de clases que encubrían el mal paso y las discusiones que lo siguieron¹⁴.

Toda la experiencia contemporánea de América confirma y da fuerza de ley a esa desarmonía y ese desgarramiento

entre las fuerzas de la Sierra y del Llano.

—Dispersión en el seno mismo de la guerrilla rural: La ausencia de mando único y dirección centralizada favorece la creación prematura de varios focos. Dada la desigual relación de fuerzas existentes al comienzo entre la reacción y el campo popular, esta división debilita todavía más a la guerrilla que al ejército represivo. Ese se resiente menos de tener que dispersar sus fuerzas que la guerrilla de tener que dispersar las suyas. Tanto más cuanto que el ejército no las atacará simultáneamente, sino una por una, obteniendo así en cada sector una superioridad todavía más absoluta que si hubieran estado unidas en un solo foco. Aquí el ejemplo peruano habla por sí solo. La gran extensión del territorio no parece ser un argumento suficiente para retardar la consolidación previa de una fuerza móvil mínima, dotada de un poder de fuego mínimo que le asegure una capacidad de ataque apreciable en un sector dado. En otra parte (Venezuela), los focos guerrilleros se multiplicaron desde 1962, multiplicación artificial que no correspondía a un crecimiento real del movimiento guerrillero ni de su capacidad ofensiva. Este crecimiento forzado —causa y efecto de la ausencia de una comandancia única— debilitó de hecho la guerrilla. Es esta quizá una de las razones del retraso que sufrió la guerrilla venezolana para constituirse en vanguardia político-militar y darse al fin una comandancia única (1966). En todo caso, lo que muestra bien que la guerrilla no fue en ese país un movimiento concertado, obediente a un plan de acción madurado de antemano, es esa proliferación espontánea y desordenada de focos, con un personal no entrenado, cuya mayoría fue liquidada en los primeros meses. Entre los otros focos que sobrevivieron a esa primera ola de ofensiva (Falcón, Lara, Trujillo, Oriente) ninguno se desarrolló suficientemente pronto y bien para poder catalizar en torno de él la lucha de clases. Así, ninguno pudo, hasta una fecha reciente, contrabalancear seriamente los centros de poder dispersos que representaban los partidos políticos existentes. La ausencia de una dirección única de la lucha armada, realmente ejecutiva y prestigiosa, provoca así el desparramiento de los frentes, y esa dispersión a su vez retarda la aparición de una dirección única.

Este retardo puede ser voluntario; o sea, que se crearán nuevos frentes guerrilleros para impedir la constitución de esta dirección única. Pero en este caso, más que de frentes guerrilleros activos, se trata de depósitos de ahorro a cobrar después de la victoria. No están destinados a hacer la guerra, sino a mantener una masa de reserva política, y hacer la propaganda de sus promotores. Tener una guerrilla da prestigio, permite hablar en voz alta e imponerse en la escena del poder. La simple rivalidad entre organizaciones concurrentes o una frustración pequeño burguesa frente a una vanguardia constituida, pueden llevar así a una dispersión inoperante de la guerrilla rural.

En las condiciones que le son propias, Cuba ofrece el ejemplo de un desarrollo armonioso de la guerrilla a partir de un núcleo central único cuyo crecimiento se opera naturalmente. Ese núcleo crece hasta el día en que sus efectivos, excesivos para los recursos locales en víveres y aprovisiona-

miento de todas clases, debe estallar. De la célula madre, la Sierra Maestra, se destacan entonces otras células portadoras de gérmenes por división natural: crecimiento, primero, de la columna madre hasta 120 o 150 hombres: sobrepasada esta cifra no solamente agotaría los recursos del lugar, sino sobre todo resultaría demasiado grande para el tipo de terreno donde opera en condiciones de guerra irregular, terreno donde no es posible desplegar unidades grandes. Esta columna va generando después sucesivamente varias columnas, que pueden ser inicialmente de 40, 50 o 60 hombres (dentro del mismo frente de la Sierra Maestra, la primera fue confiada al Che Guevara en julio del 57). Esas columnas llegan a constituir nuevos frentes que a su vez más tarde, siguiendo el mismo principio, generan sus columnas o unidades tácticas. Si una de estas columnas va destinada a zonas distantes donde no es posible la coordinación táctica con la columna madre y sus columnas, la nueva columna llega a constituir otro frente, que a su vez genera sus columnas. Raúl parte de la Sierra Maestra hacia el norte de Oriente con unos 60 hombres y organiza un nuevo frente, que llegó a contar con numerosas columnas. Almeida, en marzo del 57 parte a lo largo de la Sierra Maestra, con 40 hombres, hacia la zona de Santiago de Cuba, donde después se formaría lo que se llamó el Tercer Frente. Che, en agosto del 58, parte de la Sierra Maestra hacia Las Villas con 120 hombres, desarrollando allí al máximo la guerra, apoyado por la columna de Camilo Cienfuegos —que salió con 90 hombres de la Sierra—, cuyo destino era organizar un frente al occidente del país, en Pinar del Río. Pero a principios de diciembre, dado el vertiginoso desarrollo de la guerra y su presumible desenlace rápido, recibe la orden de apoyar con todos sus efectivos las operaciones del Che en Las Villas, a fin de cortar en dos partes el territorio y liquidar las principales unidades de Batista concentradas en la región oriental.

La ventaja de ese proceso de menor a mayor, de apariencia tan natural, que parece engañosamente marchar como seda, es que anuncia a la vez la existencia de un mando central indiscutido y de una muy grande libertad táctica de los oficiales y las columnas. Tanto más fuerte es el mando central y más clara y firme la estrategia fijada al comienzo por el mando, cuanto más grandes pueden ser la libertad de acción y la flexibilidad táctica de los diferentes frentes y columnas. La concentración de los medios y de los hombres en un solo foco permite la elaboración de una doctrina militar única al calor de los combates, en la cual se forman todos los hombres. A esta altura, "doctrina militar" designa un conjunto de pequeñas reglas tácticas que han probado su eficacia: atacar a las tropas en movimiento y no en acantonamiento o en estacionamiento; atacar los refuerzos enemigos de manera escalonada, es decir, preparar de antemano emboscadas en su camino; conservar reservas para batir, después de una emboscada a la tropa enemiga en retirada, ya desmoralizada y enredada en el transporte de sus heridos y muertos; prohibir al grueso de los combatientes tener bala en el directo antes de que haya empezado el fuego; cortar y destruir la vanguardia de las columnas por una doble emboscada, de contención, para cortarla del centro y de aniquilamiento para destruirla una vez cortada; utilizar al máximo las minas eléctricas a distancia; valo-

rar, en un principio, la captura de armamentos más bien que la destrucción física del enemigo; conservar la iniciativa en la elección de las sorpresas y la escalada de las provocaciones, es decir, habituar al enemigo, en un punto dado, a un tipo de acciones para sorprenderle bruscamente por medio de una acción diferente en el mismo punto; devolver los prisioneros a sus casas; curar con atención al enemigo herido... Así se forman poco a poco, oficiales en una cierta escuela moral, política y militar, oficiales a los cuales el Mando puede, llegado el día encomendar con toda confianza la dirección estratégica de una zona o un frente, sin que el Mando ejerza el tutelaje de sus acciones. Se han formado todos en la misma escuela, que les ha inculcado un espíritu común, reglas tácticas y un plan de acción escalonado, político y militar.

Varias veces, en momentos en que la menor diversión hubiera sido de gran ayuda, Fidel se oponía sistemáticamente a la creación precoz de otros frentes guerrilleros, como ocurrió en mayo de 1957, con lamentables consecuencias cerca del Central Miranda.

*"Era necesario demostrar que vivíamos, pues nos habían dado algunos golpes en el Llano; las armas destinadas a abrir otro frente en el Central Miranda cayeron en poder de la policía, que tenía presos a muchos dirigentes valiosos, entre ellos a Faustino Pérez. Fidel se había opuesto a separar las fuerzas, pero cedió frente a la insistencia del Llano. Desde ese momento quedó demostrada la justeza de su tesis y nos dedicamos a fortalecer la Sierra Maestra como primer paso hacia la expansión del Ejército Guerrillero"*¹⁵.

—*Dirección artificial de un Frente político improvisado.* La falta de unidad en el mando desata infinitos mecanismos de compensación. Uno de los más socorridos consiste en promover un frente nacional al cual se confiara oficialmente la dirección del brazo armado¹⁶. Se invertirán energías considerables en la constitución de un frente-fantasma, compuesto en lo esencial por el partido que lo ha formado; como un partido no hace un frente, se fabricarán de pies a cabeza organizaciones creadas a expensas de las fuerzas del propio partido; se buscarán las famosas "personalidades independientes" progresistas, cuyo nombre puede callarse para adornar su misterio. Tantas energías y esfuerzos de que se priva al desarrollo de la lucha armada para proveerle, aún antes de que esa lucha se haya consolidado y extendido, de una envoltura pomposa. Acto reflejo clásico: no hacer alianzas reales sobre objetivos determinados, en torno de una fuerza constituida, sino presentar una fachada y decorarla antes de amueblar la casa. Se elaboran programas espléndidos abundantemente distribuidos en el extranjero, ignorados en el interior, y se cree estar en paz con la historia porque se ha puesto el futuro en programa, sin ocuparse siquiera, en el momento presente, de obtener los medios efectivos de realizarlo aunque sólo sea en su primera fase. El Programa, el Frente, las Alianzas, todas esas bellas maquinarias artificiales, absorben la atención y dispensan así de poner en pie el *instrumento* de su realización: el ejército popular, único que puede dar a un frente político su seriedad histórica y su eficacia. No se puede confundir la guerra con su propaganda. Ningún frente artificial puede colmar un vacío de dirección militar y política. Querer disfrazar un vacío

con otro no suprime el primero, sino añade un segundo.

Una vez más, y a despecho de todas las experiencias adquiridas hasta hoy, se hacen pasar las instituciones antes que los hechos. Movimientos revolucionarios incipientes o grupos reducidos sumando unas decenas de hombres, elaboran, aún antes de entrar en acción, organigramas más complejos e ininteligibles que los de un Ministerio, llenos de Mandos, Direcciones, Comisiones como si la seriedad de un movimiento revolucionario se midiera por el número de sus subdivisiones. Las formas de organización preceden al contenido a organizar. ¿Por qué? Porque no se está liberado de la vieja obsesión, y se cree todavía que la conciencia y la organización revolucionaria deben y pueden en todos los casos preceder a la acción revolucionaria. Busquemos bien; este idealismo ingenuo es el que inspira en el fondo a los que se entregan al opio electoral, para quienes habrá socialismo cuando la mitad de los inscriptos en el Registro electoral más uno, voten por él. Se llega a la siguiente paradoja: inconscientemente se aplica a la lucha armada los mismos presupuestos que rigen a las muy pacíficas actividades de los reformistas. Para qué asombrarse entonces si las malandanzas de estos últimos recaen sobre ciertas luchas guerrilleras.

Primero, se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario. Un frente se hace en torno de algo *existente*, no solamente en torno de un programa de liberación. Es el "pequeño motor" que pone en marcha el "gran motor" de las masas y precipita la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor. Lo que enseña la práctica fidelista de la guerrilla es la siguiente paradoja: cuánto más débil es el núcleo revolucionario más debe desconfiar de las alianzas; cuánto más fortalecido, más puede permitirse buscar esas alianzas puesto que el Ejército Popular tiene la hegemonía, y los principios —los motivos del combate— están a cubierto. Concepción que sería sectaria si sólo se tratara de preservar la buena conciencia y la pureza inmóvil del núcleo armado, pero que no lo es cuando se trata de un núcleo dinámico, concebido como motor y director de una guerra ofensiva sin tregua. Ese pequeño grupo —si quiere salvarse— no *puede* permanecer inmóvil, cerrado sobre sí mismo, Patria o Muerte. Muere —de muerte física— o vence, salva la Patria y se salva. En un sentido, el Ejército Rebelde ha luchado durante toda la guerra y especialmente al comienzo, contra la unidad *a toda costa*, sin principios, para reagrupar, por medio de la guerra, a los militantes de los otros partidos y del pueblo entero haciéndolos participar en esa misma guerra contra la dictadura. La carta a las organizaciones en el exilio, denunciando el pacto de unidad de Miami, es una vez más un cortante ejemplo de ello. Dicha carta termina con estas palabras: "Que para caer con dignidad no hace falta compañía".

Esa extraña dialéctica repercute sobre las relaciones de la guerrilla con el ejército. Al principio, siendo débiles los rebeldes, Fidel desalentó al máximo las tentativas de golpe de estado y los contactos con los militares. Aún un golpe de estado a favor del "26" hubiera sido desfavorable al Ejército Rebelde: una Junta "liberadora" hubiera podido

confiscar e interrumpir el proceso revolucionario, no existiendo todavía un contrapeso. Después, cuando la Sierra Maestra contaba ya con fuerzas suficientes y se transformaba poco a poco en vanguardia reconocida por el pueblo entero, Fidel no perdía ocasión de tomar contacto con los militares, no para fomentar un golpe de estado, sino para acelerar la descomposición del régimen, y avivar las contradicciones en el seno del Ejército, principalmente entre los oficiales subalternos y el alto mando de La Habana. Aún un golpe de estado, si se hubiera producido, no podía ya desviar la lucha popular, dividiendo las fuerzas del enemigo, no las fuerzas guerrilleras que hubieran seguido el combate contra los militares con mayor empuje¹⁷. En octubre del 58 escribe a un compañero de la organización: "*Lo revolucionario no es el golpe de estado, sino la incorporación de los militares a la lucha armada*" (carta a Camacho 29/10/58). Esta incorporación, pudiendo aparecer como una traición a los militares leales a su institución, se contentaba con llamarlos a parlamentar, a deponer las armas o a neutralizar ciertas unidades, sin imponérsele nunca condiciones humillantes. Aceptar hablar es ya empezar a claudicar; y a medida que recibían más y más golpes, los oficiales enemigos respondían cada vez más a los mensajes de la Comandancia Rebelde, a pesar de la terrible reputación que como asesinos de soldados había hecho la propaganda de Batista a los Rebeldes.

La guerra psicológica no tiene efecto sino se inserta en la guerra a secas. Aliviada un momento la presión militar, la presión política sobre el adversario carece inmediatamente de punto de apoyo y cae en el vacío. Porque cada día morían soldados, porque se veían amenazados en su vida, los oficiales de Batista, a la cabeza de un ejército profesional, aceptaban un diálogo; por ello ya no se reían, como lo hicieron al principio, de tan ingenua pretensión. Infiltrar o presionar valen cuando se combate y golpea a la vez. Para que un ejército responda a los llamamientos patrióticos o revolucionarios de las fuerzas populares armadas, hace falta que aquél las respete; y un militar no respeta sino a los que teme. También se puede hablar de paz, pero haciendo la guerra. Solamente así, la consigna de paz se vuelve contra el opresor, no contra la insurrección. Y durante todo el proceso, Fidel esgrimó la consigna de paz, el deseo de todos de poner fin a la guerra civil, pero mostrando que Batista y su régimen eran el único obstáculo a la paz; y el deseo de paz se volvió aliento para la guerra revolucionaria.

Después, ningún frente político deliberativo puede asumir la dirección efectiva de una guerra popular; solamente un grupo ejecutivo, técnicamente capaz, centralizado, unido sobre la base de intereses de clase idénticos. En resumen, un estado Mayor revolucionario. Un frente nacional heteróclito por naturaleza es el lugar de desavenencias políticas, de discusiones, de deliberaciones sin fin y de compromisos momentáneos. No puede unirse y vivir sino frente al enemigo, frente al peligro inminente, y aún los medios de encararlo descansarán en la acción separada de las fuerzas que lo componen, dotadas cada una de su unidad propia. Estas fuerzas recobrarán su libertad después de la victoria, resurgiendo entonces sus antagonismos. Aún en ese caso,

un Frente puede asegurar la diplomacia de una guerra, pero no su dirección operacional. Los presidentes u órganos dirigentes de un Frente viven lo que viven los compromisos de clase. Los "árbitros" pueden ayudar a los jefes a conquistar el poder; son los jefes los que lo conservan. A menos que el "arbitro" revele a tiempo sus cualidades de jefe, baje del cielo azulado de los Acuerdos por encima de las clases, ponga los pies en tierra y en sus vulgares sociedades de clase, a la cabeza de una de ellas.

Evidentemente, esos métodos de trabajo tienen una causa política. ¿De dónde vendrían si no? ¿De una falta de moral? Los militantes tienen moral, y admirable. En los países en que han hecho estragos esos métodos han sido los camaradas, los militantes comunistas, los que han llevado el peso principal de la guerra. Miremos la lista de los muertos: casi todos son miembros de los partidos, e igual los encarcelados. ¡Ay! La abnegación no es un argumento político y el mártir no tiene fuerza de prueba. Cuando el martirologio se alarga, cuando todo acto de entereza se convierte en martirio, es que "algo anda mal". Y es un deber moral investigar esta causa, como lo es saludar a los camaradas muertos o encarcelados.

En la raíz hay sin duda viejas concepciones políticas hoy gastadas, desacreditadas, roídas por el fracaso, pero que sobreviven, todavía vivaces. La vieja teoría de la alianza de las cuatro clases, que incluye a la burguesía nacional; la perspectiva de una "democracia nacional", es decir, el mantenimiento de las relaciones de producción capitalista, pero aseadas, limpias de toda ingerencia imperialista, bajo el control de las masas, que exigirán después pasar al socialismo; el desprecio o la subestimación del campesinado, al que una tal perspectiva, por otra parte, no puede seducir. En el fondo, muchas de esas organizaciones políticas adolecen todavía de una falta de análisis concreto de los modos de producción en vigor en cada país de América Latina, de las combinaciones existentes entre los diversos modos de producción, de las formas de dominación de un modo de producción sobre los otros, análisis que sólo pueden indicar las relaciones de clase existentes. Esos defectos, esas lagunas son conocidas; no basta evidentemente denunciarlos para paliarlos; lo que interesa aquí es su efecto práctico.

La frase "lucha armada" es esgrimida, repetida en el papel, en los Programas, pero el empleo de la frase no puede ocultar que falta todavía en muchos lugares la decisión de la lucha armada y la definición *positiva* de una estrategia que le corresponda. ¿Qué se entiende por estrategia? La distinción de lo principal y lo accesorio, de donde resulta una jerarquía clara de tareas y de funciones. Un pragmatismo alegre permitirá ir tirando todas las formas de lucha juntas. Que se las arreglen entre sí para entenderse. En un extremo puede aparecer la definición *negativa* de una estrategia en forma de rechazo. A la idea de que, en condiciones dadas, hay que subordinar las formas pacíficas de la lucha de masas a la lucha armada de masas, se ha opuesto a veces la idea de que semejante subordinación equivaldría a hacer depender la línea política del partido de vanguardia de la estrategia militar, de su aparato armado, y subordinar la dirección del partido a la dirección militar. De hecho, no hay nada de eso. Una

vez más se ha olvidado, pese a las aquiescencias verbales, que la guerra de guerrillas es de esencia política y que no se puede, pues, oponer lo político a lo militar.

A despecho de las palabras, el "tecnicismo" y el "militarismo" están más bien del lado de aquellos que llaman militarismo y tecnicismo a la voluntad de englobar todas las formas de lucha en el contexto de la guerra de guerrillas, del lado de los que oponen línea política y estrategia militar, dirección política y dirección militar. Estos viven en un mundo doble, realmente dualista –y ¿por qué no decirlo?– con una herencia *espiritualista* muy próxima. Lo político de un lado, lo militar de otro. La guerra del pueblo es una técnica, localizada en el campo y subordinada a la línea política entendida como supertécnica, "puramente" teórica, "puramente" política. El cielo manda a la tierra, el alma al cuerpo, la cabeza al brazo. El verbo precede a la acción. Los sucedáneos laicos del verbo –la palabra, la palabrería, el parloteo– preceden y ordenan la actividad militar, desde lo alto del empuje.

Primero, en la América Latina de hoy, no se ve como una dirección política pueda ser extraña a los problemas técnicos de la guerra; y como se pueda concebir un cuadro político que no sea a la vez un cuadro militar. Es la situación misma, actual o futura, la que lo exige. "Los cuadros" de la lucha armada serán aquellos que tomen parte en ella y, en el terreno, se revelen capaces de dirigirla. Ahora bien, cuantos dirigentes políticos prefieren seguir, día tras día, la vida del sindicalismo mundial o absorberse en los rodajes de las mil y una "organizaciones internacionales democráticas" dedicadas a mantenerse en vida, más que a informarse seria y concretamente de las cuestiones militares vinculadas a la guerra de su pueblo. Además, la técnica militar reviste una importancia especial en América Latina. A diferencia de China y Asia en general, la gran desproporción de fuerzas existentes *al comienzo* entre los efectivos revolucionarios y todo el aparato represivo, la pobreza demográfica del campo y los lugares en los cuales se desarrolla la guerra, no permiten reemplazar por un tiempo la técnica y el armamento por la masa y el número de combatientes. Al contrario, para compensar esta desproporción inicial y de manera general la pobreza demográfica relativa de muchos países, hay que dominar la técnica con pericia. De ahí el papel, más importante que en otras partes, de las minas, los explosivos, las bazucas, las armas automáticas modernas, etc. En una emboscada, por ejemplo, el empleo inteligente de armas automáticas modernas; su cadencia de fuego; su combinación organizada de antemano según un plan de fuego riguroso, donde el menor detalle y cada segundo cuentan, permiten compensar la carencia o la escasez de los efectivos del lado revolucionario. En un número limitado y definido de segundos, tres hombres pueden liquidar un camión de transporte de tropas con 30 soldados, allí donde se hubiere necesitado, con los viejos fusiles mecánicos, un número equivalente de guerrilleros. Por la misma razón, el objetivo número uno de una guerrilla es apoderarse de las armas del enemigo y no tratar de liquidarlo físicamente, aunque casi siempre para quitar las armas haya que liquidarlo primero

físicamente. En resumen: no hay "detalles" para un jefe político-militar; todo descansa en los detalles –en un solo detalle– y él debe vigilarlos personalmente todos.

Después, está probado que la experiencia militar de la guerra del pueblo es más decisiva que una experiencia política sin contacto con la guerrilla para la formación de los cuadros revolucionarios. Los dirigentes de envergadura en la América Latina de hoy son hombres jóvenes, sin larga experiencia política previa a su entrada en la guerrilla. Es ridículo continuar oponiendo "cuadros políticos" y "cuadros militares"; "dirección política" y "dirección militar"; "políticos" puros –que quieren seguir siéndolo– no sirven para dirigir la lucha armada del pueblo; los "militares" puros sirven, y dirigiendo una guerrilla, viviéndola, se convierten en "políticos" también. La experiencia de Cuba y la más reciente de Venezuela, Guatemala y otros países, muestra que en la guerra de guerrillas los combatientes se forman políticamente más pronto y más profundamente que pasando un tiempo igual en una escuela de cuadros, aunque se trate de un pequeño burgués o un campesino. Efecto, en el plano de los hombres, del carácter esencial y totalmente político de la guerra de guerrillas. Doble ventaja sobre la formación política "tradicional", aunque sea en el seno de un partido, de la lucha sindical o de una escuela de cuadros nacional o internacional: en ese "cursus honorum" político es seguro que no se formará militarmente (salvo en detalles) y no es seguro que la formación política recibida sea la mejor. Ejemplo: Cuba. El Ejército rebelde y la clandestinidad han suministrado a la Revolución sus cuadros dirigentes y el núcleo de sus militantes. Todavía hoy los Rebeldes están a la vanguardia de esa vanguardia, defendiendo en el seno de la Revolución la línea más radical, la más comunista. ¿No es éste un extraño destino para "militares" tales como los conciben "los políticos"?

Sin embargo, en algunos países, los "políticos" parecen olvidar esta experiencia y la de su propio país. Mantienen esa distinción absurda en las condiciones latinoamericanas, entre "políticos" de un lado y "militares" del otro. Muchas conductas, hoy mismo, reflejan ese divorcio:

–Tal dirección de ese partido sustrae de la guerrilla un buen número de cuadros y combatientes para enviarlos a una escuela de cuadros política fuera del país.

–Tal otra dirección inhibe o "controla" el desarrollo político de sus cuadros militares, poniéndoles al lado "comisarios políticos" llegados de la ciudad. Se instaure así, si no un doble aparato de dirección, en todo caso dos especies de "cuadros" en el seno mismo de la guerrilla, lo que no puede sino estorbar el surgimiento natural de líderes populares, de dirigentes político-militares completos. Esta actitud contrasta con la de Fidel, en Cuba, durante la guerra: "A los que dan pruebas de capacidad militar, darles también responsabilidad política". El riesgo vale la pena: Raúl, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, decenas de oficiales, hoy responsables políticos de una revolución proletaria y campesina.

Pero no ocultemos una evidencia.

Los partidos o las organizaciones cuyas direcciones han procedido así, controlando desde el exterior a su germen de ejército, manteniendo esta dualidad de organización o retirando a sus militantes de la guerrilla para enviarlos a

formarse políticamente en otra parte, se apoyan en principios de organización consagrados, aparentemente esenciales a la teoría marxista: distinción de la instancia militar y la instancia política. Se apoyan, además, en toda una experiencia internacional: en el marco de la guerra prolongada del pueblo, la de China y el Vietnam. Puede que apliquen malos principios, pero los principios no tienen la culpa. ¿No estaríamos entonces en trance de confundir un principio político con una forma de organización determinada o un estado contingente de ciertos partidos? ¿No estaríamos entonces en trance de repudiar a medias palabras un principio sacrosanto, el de la distinción y el predominio del partido sobre el ejército popular en la fase precedente a la conquista del poder, con el falaz pretexto de que el principio es mal aplicado? ¿O el principio no es uno, válido para todas las latitudes?

Tomemos el problema por su raíz.

REFERENCIAS

1 Como se sabe, Fidel halló en Martí su inspiración política fundamental, inspiración fortalecida y corregida desde ya antes del Moncada, por las ideas de Marx y Lenin. De este último, prestó fundamental interés a las ideas contenidas en **El Estado y la Revolución**, donde la destrucción del viejo aparato estatal y sus medios represivos se convierten en un axioma revolucionario. Pero sus fuentes de inspiración militar fueron otras: **Realengo 18**, de Pablo de la Torriente Brau; los relatos de las campañas de Máximo Gómez; los textos de Engels que explican las difíciles condiciones de lucha callejera impuestas al proletariado parisino por el fusil Chassepot y la apertura de grandes avenidas; **Por quién doblan las campanas**, de Hemingway (donde Pablo y su banda casi-guerrillera se mantienen en la Sierra en la propia retaguardia de los fascistas, entre Madrid y Segovia). Más que fuentes, estos libros son coincidencias: Fidel no encontró en ellos sino lo que estaba buscando. Problemas estratégicos de la guerrilla antijaponesa de Mao-TseTung cayó en las manos de Fidel y Che después de la ofensiva del verano de 1958: con mucha sorpresa, leyeron en este libro lo que habían practicado apremiados por la necesidad.

2 Che Guevara: **Guerra de guerrillas: un método**

3 *Resumen de la carta que el destacamento guerrillero "Edgar Ibarra" dirigió al CC del PGT (Partido Comunista) y a la dirección nacional del Movimiento "13 de Noviembre"*, en octubre del 64, (con motivo de los conflictos que surgieron en el movimiento revolucionario guatemalteco).

4 Para una buena descripción de la actitud trotskista, ver Sartre: **Los comunistas y la paz**.

5 Eso no justifica el **ukase** ni el tabú que ocultan todavía para algunos la persona y las obras de Trotsky, del cual decía Lenin poco antes de morir: *"Personalmente, tal vez sea el hombre más capaz del actual C. C., pero también es presuntuoso en exceso y se apasiona demasiado por aspectos puramente administrativos del trabajo."* (Obras completas, t. 36, p. 602).

6 Se confrontara con provecho el artículo de Henri Edme **Les Temps Modernes** (abril, 66) y el de Pumaruma, dirigente de "Vanguardia Revolucionaria", organización peruana de origen remotamente trotskista el primero, el de Edme, expresa con mucha agudeza en sus premisas, un punto de vista de los partidos comunistas más tradicionales. (Ver la respuesta de Osvaldo Baireto, en el próximo cuaderno de la revista **Casa de las Américas**). Los dos autores formulan conclusiones análogas, por lo demás muy imprecisas; autodefensa campesina localizada en el campo, formación de cuadros y luchas políticas "evolucionadas" en la ciudad.

7 Ernesto Che Guevara: **Pasajes de la guerra revolucionaria**.

8 El primer guía de los Rebeldes en la Sierra, que gozaba de toda la confianza de los rebeldes, Eutimio Guerra, simple campesino, había recibido 10.000 pesos de Casillas para matar a Fidel. Un azar y, según Fidel, "un sexto sentido" lo descubrieron y fue hecho ejecutar a tiem-

po. ¿Qué será hoy, cuando el enemigo conoce el valor irremplazable de un jefe, sobre todo en la primera etapa? Por la traición de un guía fue asesinado Luis de la Puente en el Perú.

9 En Julio del 63, todo un foco guerrillero –21 hombres– fue liquidado así en la zona de Izabal, en Guatemala, por falta de vigilancia: un mensajero guerrillero fue cogido en la ciudad y obligado a punta de metralleta a guiar a un destacamento del ejército centroamericano hasta el campamento. A la cabeza de la fila, el mensajero tomó el camino más difícil, creyéndolo guardado por un centinela, y se descubrió por un grito lanzado antes de llegar al lugar donde creía encontrar al centinela; nadie respondió. El mensajero fue abatido, y el destacamento siguió su camino y entró en plena noche en el campamento. El centinela había sido relevado la víspera, porque se juzgaba inaccesible la entrada.

10 **The strategy of armed struggle**, en *Monthly Review*, setiembre de 1966.

11 Ver el relato de la ofensiva enemiga y la contraofensiva rebelde hecha por Fidel Castro por radio el 26 de Julio de 1958.

12 En eso también, lo que pasa hoy en muchos países de Latinoamérica está anunciado en la historia de la revolución cubana. Basta citar este pasaje de una carta de Fidel Castro, en nombre de todo el Ejército Rebelde, al responsable de su abastecimiento en armas: "Sierra Maestra, 4/25/58. *Querido Bebo; hemos decidido organizar nuestro propio aparato de abastecimiento de armas desde el extranjero. Después de 17 meses sin recibir la menor ayuda por parte de la organización es muy difícil que pueda tener fe en otra cosa que no sea en nuestro propio esfuerzo. Se han gastado cerca de 200,000 pesos sin que se nos haya hecho llegar aquí un fusil ni una bala: Los que esperábamos desde Méjico hace mas de un año, buena parte esta en poder del enemigo nada menos que en Pinar del Río, Cuanta falta nos han hecho las armas que lote a lote se perdieron por sustentar otros compañeros el criterio de que lo correcto era abrir otros frentes y no fortalecer el que teníamos."*

13 Ernesto Che Guevara: **Guerra de guerrillas**, p. 131.

14 El Che da la siguiente explicación del conflicto. En otra parte, Fidel expresa claramente: *"condición esencial del revolucionario es saber interpretar la realidad"*. Refiriéndose a la huelga de abril) explica como no supimos interpretaría en ese momento y por ello sufrimos una catástrofe. *¿Por qué se declaró la huelga de abril? Porque había en el seno del movimiento una serie de contradicciones que nosotros llamamos de la Sierra y el Llano, y que se hacían patentes a través de los análisis de los elementos considerados fundamentales para decidir la lucha armada, los que eran diametralmente diferentes en cada una de las alas. La Sierra estaba dispuesta a derrotar al ejército cuantas veces fuera necesario, ir ganándole batalla tras batalla, conquistando sus armamentos y llegar algún día a la toma total del poder sobre la base de su Ejército Rebelde. El Llano era partidario de la lucha armada general tratando el país con un epílogo de huelga general revolucionaria que expulsara a la dictadura batistiana y sentara la autoridad de los "civiles" como gobernantes, convirtiendo al nuevo ejército en "apolítico". El choque de estas tesis es continuo y no es lo más adecuado para la unidad de mando que se requiere en momentos como este. La huelga de abril es preparada y decretada por el Llano con la anuencia de la Dirección de la Sierra, que no se siente capaz de impediría, aunque tiene serias dudas sobre su resultado, y con las expresas reservas del P.S.P., que advierte el peligro a tiempo. Los comandantes revolucionarios van al Llano para ayudaría, y así Camilo Cienfuegos, nuestro inolvidable Jefe del Ejército, empieza a hacer las primeras incursiones en la zona de BayalTío. Estas contradicciones tienen una raíz más honda que las discrepancias tácticas: el Ejército Rebelde ya es ideológicamente proletario y piensa en función de clase desposeída; el Llano todavía sigue pequeño burgués, con futuros traidores en su dirección y muy influenciado por el medio en que se desenvuelve. Che Guevara: Prólogo al libro **El Partido marxista-leninista**.*

15 Pasajes de la guerra revolucionaria, p. 106, Ed. Unión.

16 Frente Unido de Resistencia en Guatemala (1963) y primeras FAR, cuya inanidad denunció la guerrilla Edgar Ibarra (ver carta); Frente de Liberación Nacional de Venezuela; etc.

17 Carta a Frank País, 21 de julio 57: *"Nosotros no tenemos el menor apuro. Nosotros lucharemos aquí el tiempo que sea necesario. Nosotros concluimos esta lucha con la muerte o con el triunfo de la verdadera revolución. Esta palabra ya puede pronunciarse. Viejos temores se disipan. El peligro de un régimen militar disminuye porque cada día es mayor la fuerza organizada del pueblo. Y si hay golpe o junta, desde aquí exigiremos el cumplimiento de nuestros postulados. Y si nosotros seguimos esta guerra, no hay Junta que se mantenga"*.